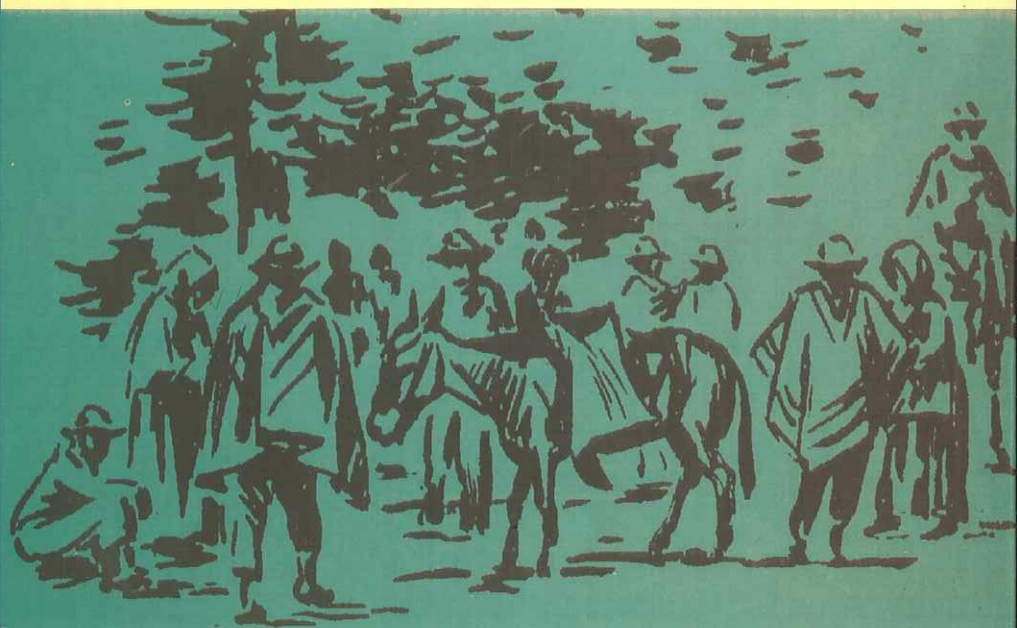


ARTURO MARASSO



LA MIRADA EN  

---

EL TIEMPO

COLECCION LA CIUDAD DE LOS NARANJOS

COLECCIÓN  
«LA CIUDAD DE LOS NARANJOS»

---

TOMO I

Obra Poética - *José Martiniano Paredes*

TOMO II

Facundo - *Elías Ocampo*

TOMO III

El hombre que olvidó las estrellas - *Angel María Vargas*

TOMO IV

Mitre y el Chacho - *Dardo de la Vega Díaz*

TOMO V

Biobibliografía de César Reyes - *Cáceres Freyre*

TOMO VI

Del Solar Riojano - *Nicolás González Iramain*

TOMO VII

Crónicas riojanas y catamarqueñas - *Salvador de la Colina*

TOMO VIII

Mis montañas - *Joaquín V. González*

TOMO IX

El pozo de balde - *Rosa Bazán de Cámara*

TOMO X

Un lancero de Facundo - *César Carrizo*

TOMO XI

La tierra contada - *Juan Bautista Zalazar*

TOMO XII

La mirada en el tiempo - *Arturo Marasso*



---

Si habíamos de enorgullecernos por el lugar que en el ámbito de la cultura han llegado a ocupar nuestras letras, no es menos cierto también que, sabedores del valor de las mismas, nos dolía profundamente la imposibilidad de darlas a conocer, con el agravante y riesgo de la pérdida de algunas obras, desaparecidas ya de las bibliotecas más importantes de la provincia.

Pero he aquí que un inesperado impulso en el cuadro de estas preocupaciones -sin estridencias y con la firmeza de los gestos que atan a la tierra natal- vino a hacer posible lo circunstancialmente imposible.

... Y, es así que aparecieron una treintena, o más, de obras que revisten en la categoría de Clásicos Riojanos (de ellas fueron seleccionadas doce) que se imprimirán a razón de una por mes e integrarán la presente Colección bajo el título de «La Ciudad de los Naranjos» con todos los hondos significados que, para las vidas personales y colectivas, esta nominación evoca.

Y en cuanto a los autores de hoy, estarán presente mediante concursos sucesivos en los distintos géneros. De hecho se prevé también, con el producido de las obras a publicar, la creación de un fondo permanente de largo aliento al servicio de la cultura de nuestro pueblo.

Sin lugar a dudas constituye un hecho único en la provincia, y quizás en el país, que una Biblioteca popular independiente, centenaria ya -como lo es la Biblioteca Mariano Moreno- se lance a una aventura editorial tan importante.

Figurar en la Colección «La Ciudad de los Naranjos» será un orgullo para el más exigente de entre los mejores escritores riojanos.

Pedro A. Maldonado

ARTURO MARASSO

# LA MIRADA EN EL TIEMPO

COLECCIÓN

LA CIUDAD DE LOS NARANJOS

TOMO - XII

EDITORIAL CANGURO  
BIBLIOTECA POPULAR MARIANO MORENO

© Copyright 1999.  
I.S.B.N. 987-9047- 95-8

*Diseño de tapa:*  
Pablo Biolatto

IMPRESO EN ARGENTINA



## LA PIEDRA, EL ÁRBOL

La piedra, el árbol, la montaña se sumergen en este azul del día. La luz penetra en las cosas, ilumina cada partícula, convierte el mundo en un diamante vivo. ¡La tierra de la infancia! Entramos en el valle del Famatina. Los cerros Colorados, como ruinosos castillos levantan sus capiteles y sus torres de roja arcilla rota. La soledad brillante de la mañana puebla los mogotes graníticos, la selva rala. Regueros de unas verdolaguillas de finas corolas purpúreas corren al pie de barrancos arenosos. Ya todo el horizonte está rodeado de montañas. Oímos, al fin, el rumor del agua. Tiemblan, sonoros, los álamos.

El agua de la montaña es agua recién nacida, bullente. Corre, cristal animado, entre roquedales, abre cauces, se despeña; rezuma de las piedras. Se escucha de lejos el ruido del caudal torrentoso. Es el río de las quebradas. Este río da vida a los pueblos. No hay palabra que traiga más sensación de agua, de frescura, de bosque, de profundidad montañosa que la palabra «quebrada». Entre paredones de piedra, de arenisca, de ondulantes colinas, de cerros altos, estas gargantas están po-

bladas de árboles y habitadas por el agua. La cavernosa quebrada de los Sauces, la del Tala, oculta y ancha, ofrecían deliciosos refugios. El ramaje tierno anuncia los manantiales. Brota un chorro de agua cristalina de una roca. Se ve agua en la arena; parece inmóvil, entre el verdor de berros; más allá es agua que corre, caudal luciente, rumoroso. En una garganta de combados montes, de bloques gigantescos, va un hilo de agua clara y fría. En un vallejuelo boscoso, se extiende el cauce seco. Es el mediodía. Una muchacha excava la arena. Brota el agua, se remansa; la sombra circundada de claridad estival tiembla en el estremecimiento líquido. Un sabio geógrafo me decía que los asnos salvajes de los montes -nuestros onagros- conocen los sitios donde el agua está casi a punto de aflorar en la arena. Hacen hoyos con la pezuña y beben. En las áridas regiones el agua es el don precioso. Al verla despertar las semillas y dar hojas a la piedra ha escrito el lírico: «Nada hay mejor que el agua». La llama la llanura reseca, el cauce exhausto. El cielo es un vasto desierto azul. Nubecillas fugaces se disuelven en el aire. La lluvia suele alejarse de los campos y valles en la época en que más se la necesita. Cuando yo era niño, se la imploraba con devotas rogativas. Recuerdo, como en viejas estampas, la procesión que recorría las calles, con un Cristo milagroso, a la hora de la siesta. Una emoción profunda estremeció a esas almas sencillas al ver venir de las sierras de Guanchín las ráfagas de agua de una negra nube tempestuosa. ¡Escena antigua con belleza de égloga! Pero hay también tiempos lluviosos. Caen lluvias torrenciales. Quien no ha sentido una tormenta nocturna en el valle montañoso, no sabe lo que son las fuerzas desencadenadas de la naturaleza. El trueno realmente aterrador se repite en el eco de las sierras, se prolonga sin fin. Parece que estalla la bóveda del cielo. A la

claridad de los relámpagos se ve, en la densa neblina de agua, agitarse desesperadamente la copa de los árboles. Sucede a la tempestad un ruido de temblor incesante. El río seco se ha henchido. Descienden de los cerros raudales avasalladores. Chocan las piedras arrastradas por la creciente. Corre y brama un agua oscura, voraginosa, rauda, tremenda. En el cauce se amontonan los peñascos, árboles, arena, y desvían la corriente hacia una orilla. El agua socava la tierra aceleradamente. El árbol de la ribera tiembla un instante y cae en el veloz torbellino. El agua suele desarraigar la viña, convertir en pedregal la tierra de cultivo. Se construyen defensas para impedir que el río seco lleve adelante tanto afán de dominio en su cuarto de hora de poderosas avenidas. La defensa no es del todo eficaz. Hay pueblos, en lo alto del barranco, que tienen un equívoco vecino. ¿Adónde van estas corrientes esporádicas?. A los bajos, a las salinas. Vemos blanquear, en el sur, parte de una salina; está empapada en el azul de la mañana límpida por la reciente lluvia; allí la noche, aun en verano, trae frío. La vegetación arbórea empieza a desaparecer. En la tierra donde nace el salitre crece el jume, arbusto que se amontona en grises matorrales. Un orbe alejado de seres de escondida existencia allí perdura. Las Salinas Grandes se extienden al oriente, en un paisaje ultramundano y postrero, inmensas, misteriosas; forman un todo aparte. En las salinas hay pequeñas islas de vegetación. Se elevan, de pronto, un algarrobo, un cardón gigantesco. La luna asomaba sobre el Velasco, las sierras de Vilgo se iluminaban con una claridad argéntea. Corría desbordada el agua. Había llovido en las cumbres. La soledad, el rumor de río, el canto de los grillos, y estas sombras de marañas, de árboles queridos, nos detenían en la hora insondable. El elemento precioso debe ser retenido antes que se infiltre en la



extensión arenosa. Para eso se hacen represas. Altos bordes de tierra casi blanca, donde crecen arbustos propios de sitios húmedos, aparecen en los campos, especialmente de los llanos. Al ascender vemos el agua. Las represas se llenan con las crecientes. Dan de beber al hombre y a los animales. En años secos la represa está por agotarse. Queda en el fondo un agua verdosa, hedionda, espesa. Y a veces sólo greda agrietada, retorcida. Una torcaz buscó el último resto de humedad; murió ansiosa, incrustada en el légamo.

Miremos las represas colmadas en la alegría de los buenos años. Las hay también para acopiar el agua de los manantiales; límpidas, frescas. Los álamos, las rocas, se reflejan en ese cristal tembloroso. Rodeadas de colinas, de huertos, se azulan en la mañana. Allá, en el hueco de la montaña, asoman unos árboles verdes. Se oye el silbo del zorzal. Allí hay una aguada, una «aguadita». De una gruta brota una fuente clara y fría.

Cuando era niño:

tendido junto al agua, bebía a largos sorbos;  
cantaban las cigarras y en la corriente móvil  
brillaba el sol de estío y el temblor de hojas verdes.

El agua de los arroyos -ahora canalizados casi todos en su curso por la llanura- iba por las acequias. Una acequia era una rumorosa fiesta del agua; acequias cubiertas de raíces, de hierbabuena, de menta, de la flor del botón de oro. Las ramas llenas de frutos se inclinaban hasta rozar la corriente.

Los cactus florecen en las colinas, en las pendientes de las sierras, en las llanura, entre las piedras y los árboles, multiformes. Las flores se abren con su exquisita delicadeza; palacios de seda -blancos, amarillos, bermejos- con estambres de oro,

donde murmura una abeja del monte, un abejorro. Nada hay tan frágil, tan suntuoso. En primavera, a fines de verano, los cardones se nievan con sus grandes corolas. Una infinita bandada blanca se posa en los valles y las serranías. ¡La flor de los cardones! Cardones corpulentos, inmóviles, con gigantescos brazos, se elevan al cielo, en las cimas de las colinas, en ásperas laderas. A veces, de noche, parece estar posada un instante en uno de ellos, como otra flor, la luna. La claridad desciende entre el murmullo de las ramas de arbustos espinosos. En esa soledad nuestro ser se penetra del misterio del mundo. Las tuscas se envuelven en una oleada de oro. Un olor de primavera se difunde por los campos. La abejilla silvestre -sin aguijón- labra en el peñasco, o en el hueco tronco, una miel con sabor a retamas y a jarillas. La retama y la jarilla, arbustos de lugares áridos, abarcan una gran área andina. Los bordes de las hojas menudas y resinosas de la jarilla suelen señalar la dirección de sur a norte. Sus flores, de un gualdo claro, amarillean en los matorrales oscuros o de verde intenso en sitios húmedos. De bronce viejo es el color de las retamas floridas. Las pobres ramillas, casi desnudas de hojas, se cargan de un tembloroso tesoro de pétalos. Carecen del olor y de la opulencia de flores de sus congéneres, las retamas de los jardines, pero engalanan en los roquedales y los campos la primavera. Donde empieza a espesarse el bosque crece erguido y fuerte el retamo de madera amarilla. Llamábanle «árbol» al algarrobo. Los había inmensos, de extendidas ramas, bajo cuya sombra podía reposar una tribu. Casi todos se abatieron mordidos por el hacha. ¿Qué ley los defiende? ¿Qué corazón los ama?

Ya se van los hombres  
que oyeron nuestra alma,

del padre algarrobo  
cayeron las ramas.

Quedan todavía bosques de algarrobos diseminados en hondos campos. A fines de febrero se desprende el fruto seco, una vaina blanca -si es de algarrobo blanco-, o una vaina casi cilíndrica con doble nervadura parda, si es de algarrobo negro. El algarrobo fue el árbol tutelar de las poblaciones indígenas, su fruto alimentaba a los hombres y a los animales. El chañar, el mistol, el molle, el quebracho, pueblan también la selva. El visco eleva su verde y elegante copa en lugares vecinos al agua. Prefiere también la vecindad de sitios regados el tala. ¿Cuántos siglos tiene este robusto tala? Su enorme espesura, abundante, apretada, forma un inextricable laberinto. Verde, con los granos de oro pálido de su fruto maduro, es el ramaje preferido de los pájaros. Conviven con el espíritu de la tierra los maravillosos talas seculares; islas en el espacio, densos. Estamos en el portal de una noble heredad campesina. Miramos el valle que se extiende hasta el pie del Velasco. Flota una emoción de tiempo, de leyenda. ¿De dónde viene esta algarabía? De los talas. Son los loros. La familia de loros barranqueros come y conversa. La siesta profunda gravita en las cosas. Inagotable surtidor de verdes flechas de cristal, asciende dura y deliciosa la charla de los loros. En el corazón de la cuenca interminable, como alma de la soledad, se sentirá el grito de la chuña o la casi humana presencia del avestruz; en las escarpadas rocas rojizas reposan, inmóviles, algunos cuervos.

El campo tiene olor. Olor a poleo, a jarilla, a hierbas. Pasada la lluvia trae el viento una quintaesencia de aromas. Cada hierba encierra su virtud. El montañés encuentra, entre las quiebras de las peñas, el innumerable tesoro de plantas medicina-



les; el cadillo de la cordillera, la rosa y el cedrón silvestres, el azahar del campo, la doradilla, la menta de los ríos, la hierba buena, la carqueja, la fofosa, la altamisa, el apio cimarrón, la chachacoma, la cepa caballo de la puna, el negrillo, el incayuyo, la muñamuña, el mastuerzo, el quimpe, el suico, la tramontana, la viravira, la yerba larca, la yerba de la piedra, la perlilla, la yerba de la perdiz, la yerba del sapo, la yerba de la víbora, el alquequenje, la lampaya, la canchalagua, la cola de caballo. Vienen algunas de la cordillera envueltas en el vellón que las defiende de la nieve, parecidas al edelweiss alpino, otras -la nencia- con su delicada flor sobre un tallo de gramínea, amarga y saludable; raíces oscuras, cabelleras de filamentos negros, rizomas endurecidos entre las hendiduras de la piedra, hojas de herrumbre con pinceladas de azafrán, el poleo con el enjambre de florecillas blancas en las axilas de las hojas, oloroso. Se mezclan a las hierbas las cortezas medicinales, la del chañar, verde y retorcida; la rama de la tusca, la leña del retamo, dorada, el espinoso quillay amarillo, y se esparce, de ese hacinamiento, un aroma de montes, el olor de las quebradas y las cumbres. Allí, entre la piedra, han brotado los zumos de la tierra, se ha condensado la luz; en misteriosos alambiques se ha destilado una gota mágica. En las callejuelas de las viejas aldeas se unen en lo alto los airosos viscos y talas; emblanquece los cercos con su semilla de lengua barba el loconte, se abre húmedo del rocío el suspiro, la tripa de fraile da sus flores de albura violácea. Una paz rural se levanta de los alfalfares y las viñas, de los robustos nogales, de olivos que vieron pasar generaciones.



## LAS QUEBRADAS Y LOS VALLES

El valle nos llama con la imagen de sus árboles; rico en frutas, acendra sus azúcares en el verano; azúcar de higos negros, blancos, morados, casi azules, de fina piel, rasgada, con una perla de miel; en la humedad de la alborada, copiosos entre las hojas, se ofrecen, fríos, dulcísimos. Higuera familiar, madre generosa, ¡con qué increíble cantidad de higos acrecientas el año! Ya con la primera fruta, moras albas o de rojos coágulos de sangre primaveral, albarillos como mejillas pecosas y rosadas, ciruelas de ámbar, ciruelas de aterciopelado color de ojos negros, con la minúscula pera, con la primicia de los granos pintones de la uva, se hinchan y oscurecen las grandes brevas, delicioso presente de diciembre. Y ya brotan los higos cuya madurez empieza con los soles de enero; llegan los duraznos fragantes, el jugoso duraznito criollo, cuyas plantas suelen formar bosquezuelos incultos en el riñón de la serranía, el amarillo, enorme; el pelón, el prisco de seda. La tuna de Castilla -el higo chumbo- verde, cobriza, tocada de oro, con su tersa o arrugada casaca, ofrece entre la abundancia de las semillas una dulce pulpa fresca. En las sierras y en el campo anuncia la cigarra la plenitud del estío. Maduran los frutos de la tierra, el



chañar, los higos de los cactus, la algarroba, el mistol, el piquillín, la doca de corazón de seda. Huele en el rastrojo el melón dorado, el melón escrito; el meloncillo de olor en los jardines; a la sombra del árbol, en el mediodía ardiente, esponjosa y dulce nieve roja, nos da su néctar la sandía. La pera de agua se desgaja, tiñe a la manzana el arrebol, la piel verde de la nuez empieza a secarse. Negra el olivo con aceitunas minúsculas, verdinegras, innumerables, entre las grandes aceitunas solitarias.

Densos racimos penden de las parras; racimos de claro verdor dorado y traslúcido, con quemaduras de ámbar; prietos, violáceos; en los cercos negra la vieja viña de dulce uva pequeña. Trepan algunos sarmientos por los álamos, la ramas altas del árbol brillan, en la luz el poniente, con el peso de dorados y oscuros racimos; invaden los naranjos, y la copa redonda reluce con la uva madura. La tradición donde dan su ingrediente la noche, el sol, los días, entraba en la virtud del vino de viñedos copiosos.

Recuerdo los lagares; el chorro de mosto brota por el canal mientras se pisa la uva. Los antiguos noques, lagarejos de cuero cóncavo, suspendidos sobre cuatro maderos. El parrón -la parra- forma una verde galería, levantada con horcones; los sarmientos de la vid larguísimos, dan con su hojarasca fresca y su abundancia de racimos, una delicioso sombra en el verano. Las viejas vides, de gruesos troncos, rejuvenecen en cada primavera, derraman su llanto de savia acídula por las heridas de la poda; se abren los retoños de fino vello y exhalan, los racimos en ciernes, indefinible aroma. ¡Verdor de parrones a cuya sombra en el estío caía, gota a gota, sonoramente, el agua de los cántaros, entre el zumbido de abejorros! Un rayo de sol calaba el espeso follaje, encendía un grano de uva en el racimo

y temblaba en la leída página que tenía oído y respuesta.

Ya la estación avanzada empieza a pintar los follajes. El viento agita en el campo la sonora vaina seca de un extraño garabato, especie de espantalobos. Desde una quiebra de la colina vemos abajo el esplendor de oro, de fuego, de ocre de las viñas, de los álamos otoñales, áureos. Ha terminado la vendimia. Las uvas pasas, los orejones, los higos secos, llenan la dispensa. Fermenta en las bodegas el vino. Se azucara el arropo. Viene el invierno. ¿Qué enjambre de florecillas blancas se cierne en el aire? Está nevando. Nieva en el silencio, en la escondida noche, en la madrugada. La montaña aparece blanca. En el verano sólo tiene las cumbres tocadas de nieve perenne. Se azula en la distancia, casi se confunde con el azul del cielo. La nieva resalta como un archipiélago resplandeciente en el espacio.

Descienden, cuidadosas, por los senderos de la montaña las mulas con su carga. Estos viejos muros fueron pueblos mineros; se extraía oro, cobre, del cerro, en brillantes piñas la plata. Volvían los pirquineros con el fruto de su pesado trabajo. Allí arriba, cerca de las nieves, quedan las minas. Desde allí se ve la zona superior de las nubes cuando llueve en el valle. Sufridos, fuertes, los trabajadores del cerro seguían las vetas, con incansable labor en acuosos socavones, en las entrañas de la roca. Las piedras de mucha ley eran beneficiadas arcaicamente. Un golpe de martillo bastaba para separar de la piedra un clavo de plata. Veo la rueda de trituradores, el sombrero sobre el pelo negro. Ahora evoco los viejos mineros, los aventureros, los héroes del cerro; el alumbramiento de una veta de oro o de plata. El ojo experto del pirquinero examina la roca, allá, cerca de los abismos, y exclama: «aquí hay oro». Esconde la piedra en su seno los metales preciosos. En las cum-

bres brilla la nieve. El deshielo alimenta los bullidores manantiales. Aflora el agua arriba y se vierte entre precipicios; desciende el rico caudal por ignoradas sinuosidades; por las fracturas de las rocas; brotan manantiales en las faldas de los contrafuertes, fragantes arbustos espinosos se aprietan en torno al leve resbalar del agua que destila la piedra, que la arena rezuma; se unen los arroyos dispersos, al fluir por los declives, en las cuencas de los ríos torrenciales. El cerro contiene en su enorme espesor y altura una fauna y una flora. Hay rebaños y huertas en sus vegas. El guanaco se refugia en altas mesetas. El cóndor alza el vuelo en los picachos. Algún puma habita solitarios peñascales. Vive el Famatina. Envuelto en nieblas, con cimera de nubes, o límpido en la pureza del día, eleva su mole gigantesca. Crece la selva en las hondonadas. El ruido del agua, el canto del zorzal, de la reina mora, pueblan, en el día, el silencio de las piedras ciclópeas. Más arriba parece latir el cerro como una antena del mundo en el fluido del universo.

Desde las inaccesibles nieves de la cumbre el Famatina desciende hacia el sur en deprimido conglomerado de montañas, desde allí continúa alejado, en retiro de soledad de piedra. Un magnífico camino, obra reciente, recorre la cuesta, camino labrado en las laderas vertiginosas de empinados desfiladeros, donde en mi niñez acechaba en la nube el genio de las tormentas.

Salimos de la maraña de olivos y de viñas, pasamos por torrenteras pedregosas, por callejas de abundantes nogales, de interminables huertas, y penetramos en el lecho del apresurado río. La sierra empieza a elevarse en un laberinto de peñascales y colinas. Las montañas forman una vasta hendidura. Ya el río queda abajo, en un abismo donde verdean, a veces, los álamos. Sinuoso, el camino sube. En una saliente dominamos



la extensión grandiosa de la quebrada. Cerros claros, rojos, oscuros, descienden a la profundidad inmensa; se juntan y se esquivan la cercanía y la distancia; a nuestro pie, casi verticalmente, queda el precipicio. Vamos ganando la altura de la cuesta. La roca de colorada arcilla vuelve el camino de color de rosa. Descendemos entre la confusión de cerros el alejado oeste, al cauce del Bermejo. Hemos traspuesto el Famatina; lo contemplamos, desde el opuesto lado, con sus cimas nevadas, hacia el norte. El camino habla a la memoria, avanza por extensa llanura boscosa circundada de montañas. Al sur, donde resalta el curioso cerro Rajado, se dilatan los campos de Talampaya. ¡Los campos de Talampaya, soledosos y abstraídos en la secreta vida de la tierra! Están los verdes setos, alfalfares, rastrojos y huertas, a la orilla del Bermejo, agua que copia picachos ruinosos. Va crecido y turbio el río en el lecho arenoso. Al contemplarlo nos invade una emoción antigua. Los ríos son sagrados. Al norte, en la limpidez del aire, descuella la cima nevada del Bonete. En la otra orilla penetran en los mogotes las fincas verdes, sin temer el frío. Empiezan allí las estribaciones -entre colinas- de las dilatadas sierras de Umango hacia los hielos de la Cordillera. Si seguimos al noroeste iremos al Jagüel, llegaremos a los páramos andinos, a ver una garza en el silencio de piedra de la Laguna Brava; si cortamos el valle hacia el sudoeste nos hallaremos en el confín donde juntan su cauce los mermados ríos y crían sus alas las ráfagas lluviosas, allí en el ardor del verano se detenía combatida por el viento adverso la nube; se la miraba venir relampagueante a recobrar el tiempo perdido; sus criaturas se sumergían en la líquida selva. Se cree, al verlo, que está cerca. Habrá que andar mucho por hondonadas, bosques y travesías para empezar a ascender el Velasco. El ingente y noble cerro se levanta abrupto, escarpa-



do. Hacia el lado de las llanuras espaciosas desciende con declive lento; las aguas han formado cuencas abundantes en manantiales. Cada una de estas cuencas, como toda región reconcentrada, tiene su índole, sus pueblos, sus tradiciones, su vida agrícola. Nuestra imaginación vuelve ahora a los cerros, a las cuevas, a los precipicios, a las vertientes, a las cumbres del Velasco. Ve las piedras, las gradaciones de color de las rocas, del rojo al gris; vaga por los vallejuelos desiertos, se detiene ante los cardones, aspira el aroma de la flor del aire, huele la pesada arena de las torrenteras, descansa a la sombra del árbol que arraiga entre las grietas de la roca, ve caer el agua de un peñasco. El cielo de intenso azul resplandece en los ásperos paredones graníticos; el viento -es ya la hora de la tarde- murmura entre la vegetación espinosa. Desde lo alto de la cuesta aparece el valle del Famatina; las cumbres nevadas brillan con el resplandor del poniente. Ya las sombras azules ascienden del bosque y de la piedra. Venus fulgura casi sobre las nieves. Se alumbra el cielo. Vívidas, trémulas, las estrellas adquieren una magnificencia que nos asombra. Hay nubes de nitidez fosforescente en el cielo. Son las nebulosas magallánicas. ¿Quién ha rozado nuestra mano? Una ramilla oscura, hermana nuestra. La piedra está penetrada de espíritu. Un agua de eternidad nos purifica. Un abrazo nos ha herido, una voz nos llama. Nuestro ser se disuelve en lo infinito.

Llenan los horizontes las grandes cordilleras. En la llanura se eleva el «cerrito». Aquí, allá, aparecen estas colinas pedregosas, pobladas de cardones, chaguares, de rígida vegetación montañosa. A veces forman largas cadenas entrecortadas por el cauce de los ríos secos. Cada cerrito tiene su nombre y su encanto. No son tan pequeños como parecen. Llegar a la cima es deliciosa empresa; hollamos una llanada de piedra, un labe-

rinto de rocas. ¿Habrá algo más puro en el aire de los campos de soledad que este aire de la cumbre de la colina? Basta dar un paso mientras ascendemos para que el paisaje varíe. La extensión se ensancha. Dominamos la altura del Portezuelo. El viento fresco y fuerte de la mañana late en nuestra frente. Honda, hondísima, es la llanura que se extiende hasta el pie del Velasco. Esas líneas blancas son cauces pedregosos. Esas manchas de verde más intenso son los pueblecitos de viñas y huertos. Empezando a mirar al este, vemos a nuestro pie, en un hemicíclo -en la base de ese hemicíclo hay un profético intento de teatro griego-, Samay Huasi; contengamos la emoción y el recuerdo, la presencia insumergible fluye de esta «colina inspirada»; sigue San Miguel, con dos bandas separadas por la torrentera, con callejas y viñas, oloroso a frutas y a hierbas; más allá queda Anguinán, de agrestes viñedos; a la izquierda, Malligasta, también con viñas, olivos, con la antigua iglesia, con su tradición indígena; al frente de San Miguel, verdea la Puntilla, con viejas tapias y la frondosidad de sus viñas; la colina de la Puntilla nos impide ver los Sarmientos que están también al pie de su cerrito; más allá de los Sarmientos queda San Nicolás, pintoresco y fértil; desde allí domina la cuenca del valle. Aquella otra mancha verde es Tilimuque. Si volvemos la cabeza al oeste veremos la bella ciudad verdeante, que se extiende desde la colina misma; se nos viene a los ojos en la claridad de la mañana. Queda al pie del Famatina. La cumbre nevada desde cualquier lugar está visible. Llegamos a la puerta de la quebrada. Por esa quebrada viene el río, caudal que se distribuye en acequias de riego -ahora son canales de piedra-; iba, verdor tierno, llevando un murmullo por austeros campos. Hemos pasado horas en el interior de la quebrada mirando correr el agua tumultuosas,

entre los árboles, entre arenosos islotes, cerca de cristalinos manantiales donde crece el berro. La quebrada ascienden, se interna en la nube y la nieve. Estábamos, al mediodía, viendo correr el agua.

En las lomadas aparecen móviles manchas oscuras, rojas, blancas. Son cabras. Las sierras inaccesibles tienen senderos abiertos por las cabras. De mañana se apresura el tropel para ganar los sitios donde paca. Los perros pastores corren de un lugar a otro, celosos, diligentes; conducen en fila a la manada antojadiza que se encarama antes del término en la arruinada pirca para atrapar los vástagos nuevos de la viña, aun no mordidos, que pasan por la abierta juntura de las piedras, a un tronco donde mira hojas; entre el tropel apresurado de pisadas y balidos, se detiene alguna a esperar el cabrito saltante que ya se ejercita en dar topes; caprichosa la cabra negra quiere desviarse por las retamas de un barranco. En lo espeso del monte va una estrecha senda con huellas de pezuña hendida. Nos lleva a un puesto de cabras. La tarde las recoge en el corral de piedra. Preguntamos por el color de un cabrito de nacientes cuernos. Es un chivito uturunco, nos responde el dueño de la majada. Una cabra overa ronda la pirca; quizá sea, en esta naciente noche de diciembre, una de las cabrillas del cielo tan unido ahora a las colinas en donde empiezan a aparecer las estrellas entre los cardones y los ralos arbustos. Tendidos, larga la barba, los señores cabríos están rumiando.

Solían venir de los rodeos de los Llanos boscosos, donde aún quedaban un vestigio nómada, apenas extinguidos los años turbulentos de rebeldes andanzas y de audaces contiendas, los vendedores de quesos, con tropas de mulas cargadas de grandes árganas. Hombres atezados por la intemperie, con ponchos de franjas rojas, montados en caballos que traían enor-



mes guardamontes. Colgaban del arzón de la montura, junto a las alforjas, los chifles.

En la entrada de la colina asoman los rotos y ladeados muros, mordidos por el tiempo y la intemperie; los paredones de laja; el mediodía, de cima igual, penetra por el vacío de las ruinas; crecen, espinosos, apretados, los cactus en flor entre el deshecho adobe; quizá se oculta algún cruel huroncillo de piel manchada, rápido el labio y el ojo; huye el lagarto verde por el brillo de la arenisca; las huellas de la multa retornan a la recién abierta cueva. En el polvo reseco se consumió el sonido de las voces antiguas. Un pozo profundo, cercado de ladrillos de escoria, se sumerge todavía hasta el agua subterránea, al desmoronarse ascienden repetidos rumores; se prende en el brote verde el chillido de la cigarra; la vida persiste, en esta luz es proximidad y lejanía, hunde su raíz en la tierra, flota en onda de inmensidad, de olvido.

Por el camino del cerro, va el meditabundo campesino -de los valles, de los llanos- en su mula, paso a paso. El viaje es largo, quema el sol o muerde el frío. Paso a paso se llega. Sobrio, estoico, realiza trabajos increíbles. La pátina de bronce viejo de su rostro le da una expresión inmutable, resignada. En el corral de paredes de piedra multicolor hay una tropa de burros. Algunos niños -criaturas de catorce años- están en la puerta. Han traído trigo, de Hornillos o de Guandacol, para moler en la aceña. Cruzaron montañas, desiertos, con igual paciencia que sus asnos. Volverán con la harina. Aquellos otros asnos llevan su carga de uvas, de melones. La penetrante luz de la mañana, ya alta, arroja las sombras movedizas en la tierra soleada.

Quedaba en la gente de sangre indígena, el temor a las leyes protectoras del mundo animado, viviente. «El tala se en-

durece cuando ve el hacha», me decía un campesino. Las bestias -guanacos, venados, vicuñas- tienen dioses protectores. El cazador no está solo. Divinidades implacables lo vigilan, lo extravían. Los cerros viven; quien viole la hospitalidad de la montaña se despeñará en el abismo, lo sepultará la tempestad de nieve en las antiplanicies andinas.

El indio y el español se unieron bajo la salvaguardia de la Virgen o de un santo. Los descendientes de los incas conservan su jerarquía en las tradicionales fiestas religiosas. Ninguna supera a la del amado protector San Nicolás de Bari. Las hereditarias jerarquías indígenas vuelven a gozar del prestigio del mando. El tamboril resucita con sus sones las tribus y el imperio incaico. La apoteosis pasa por la muchedumbre con el fulgor de espejuelos y de esmaltes, de arcos florales. La apoteosis del Niño Alcalde. El Santo -de color oscuro, de mirada severa- se prosterna tres veces ante el Niño que avanza. Este imponente acatamiento del Santo poderoso conmueve al pueblo fiel. Una ola de llanto se desata en el ardor del mediodía de enero. Promesantes de la comarca y de lejanas tierras han concurrido a la fiesta. Todos le han hecho una promesa, le deben un milagro. Y el Santo está allí, en la catedral de La Rioja, juez temible para los malos, padre dispuesto a proteger a quien los invoca; inmutable. Sus milagros formarían un florilegio impregnado de la piedad legendaria de tiempos que se alejan. Conocí en mi niñez esta ciudad abundante en moreras, de casas de anchos muros, de techos de teja roja, con ramosos algarrobos, con aljibes que miré asombrado; desde el agua, tan honda, llegaba un temor; había sido destruida por un terremoto. Se la rehizo, fue cambiándose. Quedaban vestigios de ruinas. San Francisco Solano le dejó un convento con un célebre naranjo; vi crecer aun el brote verde en la débil corteza



del carcomido tronco. La iglesia de Santo Domingo, de sonoras campanas, hecha de piedra sin mortero, a pesar de las refacciones, le daba un blasón de labor autóctona. El noble vecindario, de ascendencia colonial, vivía entre sus viejos árboles; existían umbrosos huertos. La plaza era un bosque de naranjos. Corría por las cunetas, al lado de la acera, el agua. Cuando empezaban a alargarse los días, a florecer los árboles, el verdor de los naranjos se cubría de nieve. Nieve olorosa, luminosa en la noche; caía esta nieve en la plaza, en las calles, en los huertos. De aquí pasé a estudiar en mi adolescencia a la ciudad del Ambato, allí también la noche tibia, con tardes oleadas de viento, era blancura, aroma de azahares.

¿Qué valen estas montañosas regiones?, dicen algunos. ¿Sabéis cuánto vale ese álamo que está ahora iluminado por la luna? ¿Sabéis cuánto vale ese cabecita negra que canta en el peral? ¿Sabéis cuánto vale el terrón de la pobre casa antigua? Si el mundo fuera sólo interesado olvido, todo tendría precio: las quebradas, el aire, la luz, la familia. La piedra donde el paso se detiene a recordar los días, la que fue sonrisa bella, el anuncio delicioso, la misteriosa afinidad de los seres, atesoran un valor que ninguna riqueza supera. El aldabón de la arcaica puerta, la tradición, la casa, la voz inextinguible, la presencia continua de las montañas idénticas en el transcurso frágil de los años, entran en la irradiante belleza. Algo muy entrañable de la universidad nativa late en las montañas con sus escondidos pueblos. Desde allí vinieron palabras desnudas, puras, como ese viento que pasa por los pedregosos campos en la noche de estrellas y silencio, un ardor de lirismo, de mística sabiduría, una amorosa penetración en los universos espirituales. ¡Tierra de las colinas y los valles, tierra maternal de tanto ser querido, yo sé lo que dices a nuestra alma!



## MEMORIA

Llovía densamente en la tarde de verano. Corría el agua con millares de flotantes burbujas. ¿Qué eran esos sombrerillos del agua? Me dijo la abuela: «son campanitas que se van al mar». Ligerísimos martillos, bajaban las gotas de lluvia a tañerlas. La tarde se volvió una selva de agua, los cerros se velaban. Un verdor jaspeado asomó en una cumbre, se rasgaron las nubes, el sol pintaba de oro las colinas; aún caían espaciadas gotas, aún navegaba alguna campanilla. El mar me atraía, remoto. Quería escucharlo. Un gran caracol de nácar con oriente rosado guardaba el rumor marino en una esquina de la sala. Lo apoyaba a mi oído, me daba el son incesante de las olas. El mar estaba allí, sonoro, misterioso. Cuántas veces ese luciente caracol me llevaba a las ondas, hermanas de las campanitas de la mar que flotaban en el agua de la lluvia. Muchos años después, en el ya entrado ocaso, vi el inmenso tumulto oscuro, la extensión donde creció la noche; mojé mi mano en el mar, la llevé a mi boca y a mi frente, y pensé en ella, en esa voz oculta en mi infancia. Extinguida, asoma la visión de la niñez; leo en el viejo predicador ascético, «como la

burbujita o campanilla del agua se ampolla, y como centella se apaga».

Aparecían las ovejitas por las sierras de Huanchín, ganaban el cielo en apretados rebaños, blancos los vellones; caminaban apresuradamente por los prados azules; son ovejitas de agua, me decían, traen la lluvia. Vendrían mojadas al vadear los ríos del cielo. Del sur del Velasco subían a pacer en los campos del aire ovejillas alargadas, tendidas las cabezas para alcanzar las ramas fugitivas; eran ovejitas del viento; se esparcían deshiladas en la altura luminosa de la mañana. Con las ovejitas del agua llegaban a veces los alguaciles, las alas transparentes, los ojos curiosos, mensajeros de la lluvia.

En las bellas noches de verano veía pasar las nubes. Caballos de largas crines emblanquecidas en la luna, madres con sus hijos llevados de la mano, árboles caminantes de brumosas ramas, barcos de infladas velas, animales fabulosos, allí conocí el hircocervo, los dragones; los leones salían de una caverna vaporosa. Emergían cimas nevadas, corrían ríos desbordados entre laderas vagabundas. Pasaban las nubes; iban, ¿adónde?

Abierta a la mañana esa habitación se poblaba de sol que lentamente se retiraba; «ya es tarde, se decía, se fue el sol de la pieza». Era el cuarto de mi abuela. En la franja de luz viva revolaban algunos insectos dorados. Le explicaba a mi abuela, que había quedado ciega, el vuelo y el color de estos seres del aire. «Son abejitas», me respondía. Entre los átomos vagabundos las abejitas gozaban del sol que las penetraba de resplandores. Con el tiempo advertí que mi abuela me engañaba dulcemente. No eran abejitas, eran moscas. «Tan bello es el sol, me dijo, que convierte en abejitas a las moscas, cuando entran en la claridad se transforman; dichosos los que lo ven; no hay



joya como la vista». Nosotros también, cuando un noble sentimiento nos purifica, cuando renace en nuestra alma la luz primera y en esa luz hallamos la región desconocida que nos pertenece dejamos de ser moscas, para volvernos abejitas.

Detrás de mi casa, la ancha acequia corría desbordante de agua; las hierbas anegadas, se sumergían, ondulaban en la corriente; paladas de tierra fresca, aquí y allá, ceñían el caudal en su cauce; yo había cruzado el portillo de la tapia y estaba azotando con una varilla de chilca el líquido indócil y estremecido, como si fuera una manada que tendía a salirse de la senda; las ondas parecían lomos inquietos en fuga; si mi pie se posaba en el borde, en el instante hallaba salida el agua y bastante trabajo me costaba encerrar el reguero tumultuoso. Esa escena de mis cinco años hubiera sido olvidada. Un hecho extraordinario la coloca viva en el umbral de mis recuerdos. Me asomé a la calle. Don Carmelo y otro señor venían a caballo. Don Carmelo me preguntó al mirarme: «¿Te has peleado con el agua?». Lo que no había imaginado nunca brilló como un mito radiante; al azotarla yo había «peleado» con el agua. Me veía como un héroe extraño. ¿Cómo don Carmelo supo mi pelea? ¿Se la contó el agua? Ese largo correr que venía por las acequias de riego se animaba, adquiría voces, sentimientos. Una sola cosa llenaba el aire, mi pelea con el agua, como si no hubiera otra realidad en el mundo. Corrí a la casa dando gritos: «He peleado con el agua». Mi tía Amelia al tomarme en los brazos y averiguar el caso, me dijo: «¿No sabes que Carmelo quiso decirte que tienes la cara sucia?».

Ibamos a la otra banda del arenoso cauce del río, con una de mis tías, la muchacha y Margarita; el camino entre las tuscas espinosas y el poleo fragante, se llenaba de ojos de agua que rezumaban de la arcilla y de las piedras; había en estos charcos

brillantes menta y hierbabuena, la flor del agua, el botón de oro, berros, plantas acuáticas de infinitas raíces flotantes, la oleada de la mañana de noviembre traía aún más luz de las colinas; es un aire delgado y rumoroso que nos volvía incorpóreos en su pureza aromática; parece el sorbo de un licor que deja una alegría de ramas verdes; el río venía crecido y el cauce se había ensanchado con las huellas; tenemos, para pasar, que hacer pininos en las piedras, decía Margarita riéndose; graciosa, la boca se alumbraba con la risa que le subía a los ojos; «mejor es descalzarse»; como un nieve sus pies jugaban en el agua; la arenilla huía de nuestras plantas que parecían hundirse, el agua deliciosa deslumbraba con el sol; era un llegar incesante de líquidos espejos. Acariciaba María Margarita con la mano la flor del agua y el botón de oro; el cabello suelto al sol, parecía, falsamente, ocultar una hebra de plata; «podía ser; encanece el mucho sentimiento», dijo; la perdiz de la sierra silbaba, lejos; yo era un niño y ella me iba contando la historia de la perdiz, joven arrojada de la altura de la sierra y convertida en ave; las calandrias con largo paso andaban por la arena y los matojos. Brillaban en la acequia de ese portal de la Banda los racimos verdes de las viñas, las dulces frutas maduras del albarillo, las madresevas brotaban por el vallado; mira, me decía, mostrándome los dos largos pétalos de una de las flores, los dedos del Niño Dios; parecían dedillos blancos las madresevas; algunas ya amarillas exhalaban aún su fragancia; me explicó el misterio de una flor de pasionaria, el milagro brotaba de su símbolo, la planta se enredaba en los arbustos del seto; un pavo real abría su destellante esfera de plumas.

Vagaba por el campo en la mañana luciente; había llovido por la noche, había agua en el hueco de las rocas; el aire traía el aroma de los arbustos silvestres; las piedras de innumera-



bles formas y colores se ofrecían en su misterio; lavadas por la lluvia, vestidos por la luz, en la diversidad caprichosa e infinita. Entre las espinosas ramas me deslumbró el tesoro de diamantes y rubíes. Engarzados en enmarañados collares, suspendían la vista asombrada. ¿Qué genio de la montaña sacó esa riqueza de sus grutas para tenderla en las ramas casi secas de ese espino? No fue la codicia quien me hizo acercarme. Fue el deseo de contemplar más de cerca las coronas de diamantes y rubíes del genio de las grutas. Cambió el brillo, los millares de gotas de agua en la telaraña, iban a entregarse en su claridad al aire del mediodía. Ese rocío luminoso no era falso; no es falsa el agua ni el sol que la enciende. Es un tesoro que se ve una vez sola, queda en la memoria, espléndido.

Iba, siendo muy niño, con la muchacha. Junto al ancho portón de una finca donde se elaboraban metales me arrojé al suelo para ver correr el agua. Detrás de un largo paredón de piedra venía el arroyo; a veces manaba el agua por los cimientos hacia el camino. Las raíces de los álamos, de los grandes álamos que bordeaban el agua, solían aparecer con verdes brotes en esos minúsculos manantiales. Pasaban por la corriente, sin detenerse, como impelidas por una urgente premura, hojas, ramillas, frutas. El cristal de la corriente, aunque rápido, no ocultaba las pedrezuelas; una avispa parecía querer detenerse en el líquido móvil, se posaba en la orilla; insectos dorados, rojos acudían a la humedad y al lodo. La mano se extendía y la corriente rizada pasaba por los dedos. En la mañana de verano se esparcía por las colinas el olor del campo. El dueño de ese castillo amurallado donde un cañón antiguo, sin pólvora, apuntaba a lo imaginario, rubio el pelo canoso, casi blanca la leve barba, francés de origen, señorial y afable, no se cómo ya me había levantado del brazo cuando yo miraba el agua. En

el huerto había duraznos, ciruelos. Con delicadas manos fue recogiénolos; llenó una ancha cesta. Algunos racimos de ámbar brillaban en las vides; coronó las otras frutas con las uvas. Entregó la cesta a la muchacha diciéndole que me hacía ese regalo de su huerta. Allí donde la fruta abundaba tanto, sólo su exquisita fineza valoraba el regalo. Ese mismo día, quizá inmediatamente, ese hombre de tan distinguida elegancia se ausentó para siempre. Arruinado en el trabajo de las minas no le había quedado más tesoro que el de esas frutas. Eligiéndolas pacientemente, mientras hablaba sonriéndome, él oía por última vez el rumor del agua y de los álamos, por última vez miraba la mañana.

Vi llegar los vendedores de sal; sonaba el cencerro; el tropel de asnos y de hombres se detuvo; los hombres llevaban el sombrero, que parecía de piel envejecida sobre hojas de palancho que les cubría la frente para defenderlos del calor de los campos pedregosos; pisaban sobre ojotas de duro cuero; quemado el rostro por el sol y la intemperie, venían de lejanas regiones; los panes de sal, cortados con el hacha, conservaban rastros de greda. En las angarillas de cortezas y maderas, entre la paja, pesaban como piedras. Traían también ceniza de jume en bolsas de lienzo tejido con hilo tosco de los telares lugareños, pedernales raros, quizá de virtud, resinas parecidas al ámbar.

Sólo los caraguayes, veloces lagartos verdes, cruzaban como ágiles flechas el suelo encendido de la calle en esa siesta de verano. El sol ardía en las ramas, en los muros, crujían los maderos resecos, los pájaros abrían las alas, acezantes. El perro con la lengua afuera, encontraba para tenderse el sitio más fresco de la casa. Sonaba una esquila; vi desde la puerta, en ese fluir de luz los asnos con sus angarillas. Los conducía un hombre, a pie, con un sombrero del color de las cortezas. Las



sombras móviles se teñían de resplandores reverberantes. Parecía que andaban en cristales cegadores. Traían nieve del cerro. Venían de la limpidez que buscaron mis ojos inmediatamente en el Famatina. En un viaje largo, por bajadas difíciles, de hondonadas y cuestras, llegaba el frío de la nieve, esa blancura de panal endurecido. El pedazo envuelto en pajas secas que se compraba debía guardarse en un hoyo hecho en un lugar sombrío, esa nieve venida del cerro estaba ahora oculta en la lobreguez de la tierra. En su andar perenne, hubiera llegado más tarde convertida en el agua del río.

Una mujer que había salido del hospital se lamentaba llorando ante mi abuela de lo mucho que padeció, mi abuela le averiguaba el trato que le habían dado y no hallaba la causa de sus quejas. «Sí, señora, le dijo, me cuidaban, pero no veía el verde». No veía el verde, las hojas verdes entre las que vivía, las ramas de las vides esparcidas en el álamo, en el cerco de espinos y de madre selvas. El ánimo afligido de las mujeres campesinas a quienes un infortunio ha herido, no se sosiega en su aparente calma; brota el suspiro, el sollozo que las desahoga; necesitan una palabra que las consuele; lo que se ha temido en no se qué presentimiento se hace realidad; el golpe anónima, el llanto parece que quiere ser oído. Un recuerdo, una palabra, las trastorna; «no llore», se les dice: «cómo no voy a llorar ante tanta desdicha», responden; envejecidas entre piedras, crédulas por ser su propio oráculo, adivinan lo que dice un enigmático ruido, los resplandores de la noche, la repentina onda del viento; ven en una hierba extraña, en una floración desmedida, en un fruto raro, en el nacimiento de un animal deforme, un presagio; hablan del fin próximo del mundo o del retorno del tiempo generoso.

En las reminiscencias más antiguas de mi memoria están

los enanillos que yo sabía que eran imaginarios, salían de los más leves resquebrajaduras del revoque, se encontraban con sus compañeros en una actividad continua, el sueño los borraba. Estaban en relación con un misterioso conocimiento de la vida animal; una minúscula araña anda apresurada por la pared, se detiene en una hendidura, al instante ve aparecer de allí una araña mayor y huye; había un orden de relaciones ocultas; esos seres convivían, se llamaban o se repelían secretamente. Todo ser anunciaba algo con su aparición, con su canto, con el grito; veían hasta lo invisible al alborotarse, correr, aullar; eran signos de lo que tenía que acaecer, buenas noticias, viajes, lluvias, vientos.

Cuando se inauguró el ferrocarril, fácil transporte que no temía la escabrosidad de las cuestas, las acechanzas, ni la sed, ni la tormenta en la noche, ni el riesgo de extraviarse, empezó a llegar gente de apariencia extraña, algunos hacían el viaje por la facilidad de la aventura, por el gusto de la novedad: las distancias se acercaban y se confundían. Los chicuelos también deseaban conocer el misterio del viaje. En la esquina, al anochecer, frente a mi casa, estaba un acicalado muchachote riojano, rodeado de chicos que lo escuchaban como a un mago veracísimo. Les enseñaba cómo podían hacer para viajar sin pagar el pasaje. Me acerqué a oírlo y quedé maravillado. El mundo era más grande de lo que yo creía y el ingenio humano capaz de milagros. Nos juntamos, nos decía, quince amigos que deseábamos visitar este bello y justamente famoso pueblo de ustedes; quien tenía veinte centavos, quien cincuenta, quien un peso. Hicimos una bolsa común con el dinero de todos. Sacamos un pasaje. Ya estábamos en el tren en marcha. Apareció el guarda. Veníamos sentados uno detrás de otro. Mostré el pasaje y lo pasé ocultamente al compañero. El com-

pañero lo mostró a su vez y lo pasó y así sucesivamente hasta el último. Exclamaciones de asombro se oían entre los chicos. Entró el mozo, continuó, a preguntarnos si queríamos comer. Con mucho gusto, le respondimos. Pasamos al comedor. ¿Quieren vinos, cerveza? De todo queremos. A los postres nos ofreció cigarros. Aceptamos. Parecíamos príncipes entre el humo de los habanos. Trajeron la cuenta. No, dijimos todos, fuimos invitados. Ganamos la cuestión, llegamos a medianoche, contentos. Llevé la noticia de este portento a mi casa; «cómo le crees a ese trápala riojano, me dijeron, cuanto dijo es mentira».

En la penumbra de la noche su perfil de héroe ingenioso aunque me disgustaba moralmente, había despertado en mí la sensación de esos seres que en los cuentos van pisando el peligro, triunfantes siempre; tocaba en la realidad la fábula y una palabra «trápala» derrumbaba mi asombro, lo hacía trizas. ¿Es justo quitar esta admiración ante el creído prodigio? Nos la quitan también cuando somos hombres. Eso que nos deslumbra, no es tal, nos dicen. «No es oro todo lo que luce», escuchó desde mis primeros oídos. La creída aventura del viaje era una piedra falsa, un embuste. Vinieron por ese tiempo dos o tres arpistas ambulantes, se les llamaba «catamarqueños». Había visto a alguno, sentado como en un trono en un bodegón de luz incierta, con su instrumento y adquirí ya el sentido de «la canción del arpista», de un cierto destino errante que se exhala en el acompañado lamento del canto. No sé que partícula vagabunda de mi ser se hallaba alejada o perdida en un destierro. En una casucha la fiesta reunía gente. Allí estaban los músicos. Los chicos se amontonaban en la puerta. Yo también me detuve a mirar a estos pretendidos colegas del arte, a oír el arpa y las guitarras. Hay mucho de contagioso en las



diabluras de los otros. Uno deja de ser lo que es para confundirse con el grupo burlón y bullicioso. A los arpistas catamarqueños les llamaban «catas». El mal demonio me embriagó y perdido el tino les dije «catas» con voz que creía muy alta. En el vendaval de mi palabra el mundo se había transformado. Huí desesperadamente, manos tremendas con puñales buídos me perseguían, cómo eran de largos los pasos de los arpistas y qué implacable su enojo. Abrí la puerta de mi casa; me matan los arpistas, grité. No venía por la calle más que el bueno de don Conrado, tranqueando con su bastón; me vio correr, pero ignoraba la causa.

Nadie me había oído ni perseguido. Tales visiones levanta el miedo o la conciencia de la culpa.

Vino a una fiesta la banda de música, atrayente por el ámbito de sus acordes y por no conocida. Ensayaban los músicos bajo un coposo terebinto. Brillaba el bronce limpio de los instrumentos, los aros de bronce del tambor y del bombo, los dedos jugaban en el teclado de los clarinetes, de los trombones, de las cornetas, mientras se inflaban los carrillos, la algarabía discorde cesaba y el solo vuelo armónico ganaba el espacio. Esas grandes masas sonoras me transportaban como una hoja en el viento. Siguiendo a mi padre, amigo del director de la banda, y que también tomaba a veces la batuta, sentía casi en mis oídos el trueno melodioso. Una noche estaba oyendo la música en un asiento lejano y oscuro de la plaza. De prisa, casi sin pisar la tierra, la marcha gozosa de una ópera célebre me envolvía con sus alígeras banderas palpitantes, el ritmo vestido de colores sueltos, me llevaba por luminosas regiones de triunfo. Apoyada la cabeza en el respaldo del banco lloré; era un llanto que venía de muy lejos; no sabía la causa. ¿Qué victoria volatilizada en la eternidad, esperaba yo, pobre chico,

pobre cosa sollozante?

El tala de los pájaros verdeaba con su inmenso ramaje. Impenetrable, ni la lluvia caía por entre sus hojas. Loros, cotorras llegaban a participar de la madurez de sus frutos. Mi encanto era oírlo de tarde. El árbol vibraba en un múltiple gorjeo. Zorzales, cabecitas negras, chingolos, tordos, pechos colorados, reina moras, jilgueros, cardenales se reunían allí en la conversación de la tarde. La noche se posaba en las ramas, mano que apaga el último rumor de las cuerdas todavía resonantes. El tala se veía desde la puerta de mi casa. Al tornar de una de mis vacaciones ya el tala no existía. Pensé en la angustia de los pájaros que al ir a reunirse en la tarde no encontraron el árbol.

A mí también me habían arrebatado un reino.





## LA SOLEDAD DEL TIEMPO

Cuando contemplo el pueblo en que nací, lo miro en mi infancia; asomaban a la puerta los rostros conocidos. Entraba en el silencio de la tarde la plaza, con sus grandes terebintos, casuarinas y naranjos; corría en el calor de la siesta la penumbra de la nube por la alfalfa florida donde revoloteaban las mariposas. En los bordes de las melgas creía el sunchillo, hierba de mal olor con hojas parecidas a las del sauce, de flores amarillas, semejantes a una miniatura del mirasol, brotaba también al pie de las viejas tapias, a la orilla de los senderos, en los rastrojos; daba su ostentosa flor la hierba que llaman sola, que esmalta los desiertos campos en lugares regados por el agua de las crecientes; se erguía el cohete-cillo o tomatillo, hierbezuela de forma arbórea con frutos del tamaño de la uva, si se los arroja al fuego estallan con cierto estruendo; la malva de Castilla tendía sus hojas viciosas; ganaba las piedras una plantita rastrera con hojas que recuerdan a las de la mimosa, de torcidas vainas minúsculas con algunas semillas; formaba boscajes la adelfa blanca, plantó allí el primer renuevo para que creciera entre los montes de la tierra ajena, según decían,

un melancólico viajero errante; la cepacaballo espinosa se defendía por su fecundidad de la cosecha, debida a sus propiedades medicinales; cerca de las compuertas de las acequias, creía el llantén con sus hojas verdes y su gallarda espiga, la oreja de gato o de agua, si no me falla el nombre, con hojas casi acuáticas semejantes a las de la capuchina, la hierbabuena extendía sus vástagos subterráneos llenos de brotes por las arenas de los desagües. Mi admiración mayor era el botón de oro que constelaba los sitios húmedos y soleados, llevaba el sol en su breve esfera dorada, hierba rastrera, de raíces adventicias, formaba islas de esplendor entre el verde terroso de las gramíneas que se extendían por los caminos asentándose firmemente; no quiero olvidarme de una minúscula hierba pegada al suelo de hojillas pequeñas y lechosas. La rusticidad traía un encanto silvestre, se sumergía en el campo que estaba cerca. Andaban las calandrias con su elegancia nerviosa y su ojo atento, las reposadas palomitas llamadas urpilas, algún zorzal de rápidas corridas tras un insecto. Los árboles se cubrían de pájaros cantores. Vagaban sueltos los airecillos de la mañana jugando con el sol y las sombras. Entre los cimientos de las tapias de las viejas callejas crecía el algarrobo del diablo, el diablo quiso imitar a Dios, hizo este falso algarrobo, tenaz algarrobillo con la raíz prendida entre las piedras de los secos ríos; moraba a veces el campesino puspús, llamado así quizá por el olor; se pronunciaba pus, por puf; el diablo en la busca afanosa, creo de que un niño, del que se compadeció la diablo, al entrar en el aposento donde se ocultaba decía: «pus, pus, carne humana hiede».

Había restos de una edificación de mampostería abandonados. Los cimientos y el comienzo de las paredes se recortaban con el vano de las puertas; en algunos lugares estaban

derruídos; sacarían piedras de allí para otros trabajos; estas ruinas tenían para mi imaginación infantil algo de grandioso; crecían dentro de los muros todas las plantas silvestres posibles, desmochados algarrobos, espinillos, poleos, talas, viscos, y sobre todo la enredadera llamada loconte que cubría los muros apenas empezados. Allí corrían y se trepaban por los troncos y las tapias las lagartijas; los plomizos conejos de cerco, amigos de saber, aunque inquietos, las novedades, miraban desde la trillada puerta de la cueva, se escabullían de las malvas; algo conocerían de muchas cosas, de los peligros nocturnos de la lechuza, de la persecución si se atrevían a roer en la huerta coles y remolachas. Vi allí una pelea de toros. El temor me impidió detenerme y no supe más. Los bramadores toros tenían las astas cubiertas de enredaderas, al levantar la cabeza del suelo se las llevaban consigo, sin poder desasirse; chocaban los testuces como peñascos y los pies escarbaban la tierra.

En los plenilunios de estío estaba la calle blanca de luna. Es necesario ver cómo era esa calle, en ese lado, por donde asomaba algún álamo tembloroso en la luna que sacaba a los niños a mirarla. Veo las rondas, las danzas de las sombras. Los juegos se unían a los cantos. Juegos de niños en los umbrales, en las piedras de la acera, en la cuadra larga, hasta llegar a la acequia. Yo era parte de las rondas, de esas carreras, de esos gritos. Frente a la puerta, la luna iluminaba el grupo oscuro de las visitas, los hijos se daban a los juegos hasta volver a dormirse en el regazo de las madres. Esta embriaguez de luna, de correr con mi sombra, se penetró una noche de un sentimiento entrañable. Mi padre tocaba el piano en la sala y lo acompañaba un violinista, las notas que oía deteniéndome, alejándome, volviendo, como vagabundas en el viento, venían ya de la



noche, de la luna, de las cosas. Me fascinaban como a quien entra en otra existencia insospechada. La impresión fue extraña, parecía que una voz en mí me decía: «Estos sonidos tan bellos son así siempre, a veces se los oye, y no se los oye otras veces. Las manos los traen de donde existen. El piano, el violín dicen estas voces que vienen de otra parte». Volví a los juegos suspenso en esa voz de sonidos que se apoderaban de las cosas; parecía que mis manos juntaban las estrellas, la luna, los seres en un abrazo entrañable.

El farolero encendía al oscurecer, en las noches sin luna, el farol de la esquina. Un murciélago empezaba a formar círculos en torno a esta mariposa de luz encerrada en su tosca caja de vidrio. Venían los rumores del agua y del viento, voces, hacia esa claridad vacilante. En las piedras de la acera yo miraba; oía la sombra penetrada de leves lumbres; salía un resplandor de una puerta; aprovechando la última claridad del anochecer pasaban las mujeres a traer el agua. La acequia que cruzaba la calle iba por la mitad de la cuadra; brotaba turbulenta del portillo formado de grandes piedras, donde arraigaban lo poleos y la hierbabuena, se espaciaba al ensancharse, entre bordes de arena y desaparecía por otro portillo de la manzana opuesta, circuida de tapias bajas; en esa manzana había alfalfares y a veces la dorada madurez de las espigas. Los álamos se erguían altos en la noche. No se sabe bien donde empieza el agua en la arena. Son pequeñas palpitaciones que se ven por lucecilla indecisa de una estrella que la onda leve no puede llevarse. Estirada la mano más adentro, pasa por los dedos apretada, densa, la corriente; una fibrosa ramilla acuática, se prende a veces entre el hervor de las pedrezuelas agitadas. De bruces, los chicos bebíamos un sorbo de agua que nos mojaba los ojos. La acequia se poblaba de palabras, de risas. Quizás de allí na-

cían noticias y comentarios. En el trágico griego hallé este traer de noticias en los manantiales donde van las mujeres por el agua. En la luna la acequia resplandecía con claridad de móvil argento. El anochecer juntaba a dos o tres muchachas que hacían en la esquina el primer descanso. La luna caía por los cabellos de la frente, brillaba en el agua quieta de los baldes; olían, suspirando, bajos de albahaca. Una alegría de estío, casi vegetal, brotaba de sus palabras.

Mi infancia andaba enamorada del agua. Detrás de una tapia estaban las compuertas. Conducía el hilo de agua escurridiza al huerto. En la siesta, bajo los parrales, corría por angosto cauce este líquido cristal maravilloso. Lo llevaba a los pozos de los naranjos, al granado, a visitar los gladiolos, las malvas reales, a las raíces de las hierbas de mi amistad preferente. Como un dócil animalillo iba por donde yo quería. A veces «el dueño del agua» amontonaba tierra en la compuerta. Una caña hueca me servía de conducto para hurtar la minúscula corriente de la acequia caudalosa. Como un duendecillo mientras escandalizaba el benteveo, cantaba el cabecita negra y un torcaz zureaba, yo me entregaba a mi oficio de regar el huerto. El calor de la siesta apretaba los ramajes; algunas grandes hojas desfallecientes pendían de la rama. Descendían los pájaros de beber en la corriente, llegaban las avispas a la tierra mojada; mis ojos seguían el paso de un chingolo, miraban al picaflor en una rama del limonero, casi hundido con el batir de sus alas en una ancha flor morada; brazos cariñosos me levantaban, me había dormido bajo los ramajes. Algo debió comunicarme la tierra, el agua; algo debí aprender del aire, de las hojas, en esos océanos de luz de las siestas visitadas por los pájaros. Se engañan quienes creen que no dejó algunas palabras en mis labios la vida secreta del universo.

En las afueras, en las quiebras de la serranía, la viejecita centenaria cuyo hijo había salido a rodear tierra o se fue enganchado a la milicia hacía cuarenta años, preguntaba al viajero: «¿Usted que anduvo tanto no lo ha visto?». Hablaba con palabras donde asomaba la profecía. Vendía al paso del asnillo botellas de leche de cabra con tapones de chalas de choclo. Si se quería retribuirle una atención exclamaba no vale nada, me doy un gusto; tenía esa gente la riqueza de no tener nada o de haberlo perdido todo. En los recodos de la montaña conocí ancianos con cicatrices de lanzas, extremadamente viejos, anduvieron las remotas rutas, cruzaron los montes, trabajaron en las minas, en los oficios, sabían las virtudes de las hierbas, respondían «así ha de ser», y a veces agregaban: «pero también puede ser de otra manera»; hablaban del pasado como si estuviera presente, sus juicios brotaban de circunstancias propias, de lo que fueron testigos, vieron venir del sur donde los ríos caudalosos por el deshielo formaban lagunas de selváticas islas, en un año de sequía, a sus habitantes con flechas y lanzas, entregados al saqueo; huyeron con la familia o se defendieron de esa gente sin ley; enardecidos por el relato miraban en dirección de los sitios que mentaban, quizás aún podían escuchar una llamada ya imposible. El monte les dio su fortaleza. No vencidos por el frío ni la nieve, por los años adversos que dañaron la majada o secaron el rastrojo, tenían fina la mirada, adivinas las manos al tocar el aire, sabio el juicio que ve la índole y la intención de las personas.

La parte humana, la vida con sus vicisitudes, las caídas, la fortuna favorable, el buen tino, el declive de la prosperidad, los casos inesperados, las alternativas de las generaciones, el carácter de las personas, el premio y el castigo de los propios actos, la singularidad de cada existencia, se dibujan en la tela



aparentemente quieta de los lugares donde todos se conocen. Cada persona que anda por la calle o se asoma a la puerta, lleva consigo su candor o su malicia. El pastor de cien ojos contempla. Hay una sanción latente, un juicio público que no olvida. «No hay que tenerle lástima, oía decir, fue rico, derrochó su fortuna en el juego, en el vicio». Aquel otro, que vivía en la encubierta mendicidad sacrificó a los padres, engañándolos que estudiaba en Córdoba; su hermosa frente, su saber aniquilado por la bebida, conturbaban. Era el lucero de la mañana derribado por las malas compañías, fue baldón el que debió ser orgullo de su linaje y de su pueblo. La bohemía de fin de siglo lo llevó por los caminos espantosos, «con la ironía en los labios», como a tantos que ignoran lo que vale la persistencia del esfuerzo. Creyeron alcanzar la ciencia, el arte, la fortuna en la fiebre de las reuniones ociosas, vieron a su pie el abismo. Achacaban su mal a la injusticia, a la estupidez del prójimo. Venía por una calle metropolitana, vi unos ojos que no pudieron ocultarse en la sorpresa del encuentro. Ese hombre que esperaba allí, en un portón, con otros mendigos, su comida, era la misma persona que en mi pueblo jugaba con el éxito y la riqueza, que al embriagarse hacía que su caballo comiera dinero. Al darnos la mano me dijo con orgullo de príncipe caído: «Nunca fui más feliz que ahora». Lo conocía también como lector de novelas. Yo traía un librito, el prologuista decía que el autor de tal novela picaresca era sermoneador: «no le viene ripio a la mano que no procure aprovecharlo»; más de una vez yo había pasado por alto esos ripios. Le pregunté a mi caído amigo: «¿Qué es lo que más le gusta en la tal novela?» Las moralidades, me respondió sin vacilar. Esos ripios le alimentaban en la desgracia que él se había buscado; nacían de la amarga experiencia. Allí en aquellos lugares vi los

seres que alcanzaron para mí la felicidad relativa de la tierra. Hijos, trabajaron en la viña, en el oficio, conservaron la herencia de los padres de quiénes fueron alivio y premio; cavaron el cimiento de la nueva casa, vieron crecer a sus hijos en el santo ejemplo de ganar honradamente el sustento. Pobrementemente vestidos, a veces, con desahogo envidiable en otras, sujetos a la contingencia de la cosecha de unas viñas y unos árboles, del pasto de los campos, tenaces, siempre confiados en la virtud mágica del bien vivir, con la paciencia que todo lo consigue, la presencia de cualquiera de ellos comunicaba una confianza tranquila. «Es un trabajador, oía decir, un hombre bueno». Trabajador y hombre bueno, el aldeano, tuvo como los atenienses, por dote a la pobreza. Ella le enseñó a confiar en sus fuerzas, a no desanimarse, a conformarse con el día que Dios nos da y a esperar el venidero. La amistad del campo, siempre nueva en una paz idéntica, el cielo sereno, el sueño exento de cuidados, las hendiduras de las peñas donde la raíz penetra para traer los dones generosos, crean la sencillez ingenua y el sosiego. A mediodía salí a la esquina de mi casa, recién llegado, a contemplar los viejos árboles, las calles, las colinas. Miraba el cerro límpido, se dice que se oculta entre nubes para esconderse a los extraños. Yo tenía ya alguna nieve de trabajos y de años en mis sienes. Detuvo el paso del caballo una persona que volvía de su viña, que labraba, para saludarme. Corto en las palabras, sacó dos duraznos que traía en el bolsillo y los puso en mi mano. «Son de mi huerta», me dijo. Era el regalo de la fruta. En saludo de bienvenida suelen acompañarse con la fuente de higos morados, de racimos deliciosos, puestos sobre hojas de viña, cubiertos con el mantelillo labrado por las manos industriosas. La memoria se vuelve a las casas que florecían en mi niñez, a esas señoras y niñas,

cuyos nombres tienen una música inolvidable: Carolina, Peregrina, Amelia, nombres de mis tías, Clementina, nombre de mi madre, Eloísa, Carmen, Mercedes, Eudosia, Virginia, María, Bibiana, Sofía, Laurentina, Aurora, Hermosinda, dulces nombres que se asoman con el ramaje de los jazmines, con la palabra unida a la sonrisa. Las imagino siempre anudando con sus manos, al andar, las ramas olorosas de las enredaderas, acariciando de paso una mata de claveles, volviendo a su sitio un objeto. Aquí no entran pestes, decían, por la fragancia de las flores y la frescura de las ramas y las hierbas.

La suavidad sensible de las flores, toca el alma con su misteriosa caricia o con su pena; algunas esperan la noche para abrirse, otras se despiertan con el alba, las trae o las cierra el sol; viven otras el transcurso sólo de una noche o de un día; duermen entre las hojas lasas en la tiniebla; estallan con la luz, gozosas; los botones apretados dejan asomar las nervaduras rosadas. Entre los pedregales, las rocas ingentes, los raigones, las barrancas, los cactus brotan de la piedra, se defienden con sus gruesas o transparentes espinas, algunas como garfios, se cubren otros de largos pelos sutiles, los helechos ganan el hueco de un tronco, la grieta del cerro, la humedad de una hendidura, al sacarlos de su sitio, no medran; florecillas del yermo, se marchitan en cuanto se las corta al perder el espíritu de la tierra; esa arquitectura de pétalos de un cardón gigante desmaya al ser tronchada.

La falta de lluvias de ese año era un castigo del cielo; se marchitaban las hojas en las ramas; los frutos secos prendidos al árbol mustio, hablaban del desamparo; sólo los árboles de la tierra, los talas y algarrobos, resistían la sed: no nevaba como antes en el cerro y el agua de riego disminuía en las vertientes, los manantiales donde brotaba el verdor de los berros se con-



cultivo, huéspedes mal recibidos en los jardines y los huertos, con cuánto ardor volvían a gozar de la alborada que las coronaba con el rocío de su cabellera. Enigmas vegetales de unas hojas, de un corimbo, de un racimo, de las verdes espigas barbadadas de la cebadilla donde destellaba el encanto. Nadie la advirtió al crecer, pero aquí está, brillante tesoro, la amapola; inclina su corona, ofrece rica de cálidas hojas las joyas de encubiertos cálices. ¿Es acaso la que se empapa con el licor del sueño, la adormidera de la noche? Una joven sacude la humedad de la mañana de las plantas de amapolas, de bellos pétalos rojos, inclinándolas delicadamente; corren por el cristal las disueltas gotas doradas; debían de tener virtudes.

## JUEGOS

Los grandes volantines, cometas, barriletes, de papeles de colores, ornados, con lucientes colas y con flecos, se estremecían con impaciencia; los había tan altos que tenía que levantarme en las puntas de los pies para tocar el extremo de lanza de su caña mayor, los hacían volar muchachos que me parecían gigantes, les daban hilo de gruesos carreteles que giraban como husos, bramaban en el viento, se daban vuelta y picaban el suelo, se alzaban, se empequeñecían en la altura; la cuerda aflojaba o se ponía tensa, el volantín pedía hilo; el viento de agosto los enloquecía en el espacio. Dándome a probar la fuerza del ave de papeles, me decían: «Si lo tomas te levantará en el aire». Se les mandaba mensajes obedientes que subían por la cuerda. En el pueblo, espacio abierto, nada se oponía a su vuelo. Oía hablar de la pelea de volantines. Los hacían combatir en la altura. En el bolsillo llevábamos las bolillas. Las había de vidrio translúcido, como una esfera de agua congelada, de vidrio de interior coloreado con ramificaciones brillantes, grandes bolillones de cristal vistoso, bolillas de lúcida piedra. Admiraba ver cómo saltaban de las manos expertas para pegar a

la bolilla enemiga, hacerla correr o romperla y quedarse después del golpe seco girando en el lugar que ocupaba la otra. Cuando me atrevía a entrar en el juego, el enemigo se apoderaba de mi tesoro con una rapidez vertiginosa. Las bolillas flamantes, orgullo de mis manos, pasaban al nuevo dueño. Nunca fui el primero en la carrera, en el trapecio, ni en el salto ni en el juego de volantines, de bolillas, del diábolo, del balero, en hacer trotar un asno ni un caballo, nunca llegué a compartir las hazañas de peligrosas correrías y de pugilatos. Sin embargo, ese era el mundo, ese mundo estaba lleno de victorias, de resonancias, de derrotas, de audacias. Allí se combatía, se ganaba; allí estaban los que fraguaban las diabluras, los que en la república infantil logran el asombro y el triunfo. Yo también iba con mi máscara en el bullicio del carro entrelazado de serpentina o en la algazara de la calle. No había en mí el valor de mezclarme con grandes voces en la unanimidad del tumulto; me sentía como alejado y secretamente solo. También llevaba el balde con bombitas rojas, verdes, amarillas, hinchidas de agua, la timidez me retraía, la soledad me ganaba. Tendría diez y siete años y estaba en el patio leyendo un respetable tomo, encuadernado con pasta, campo de batalla de la crítica y el humorismo enconado. El grupo carnavalesco multicolor y multiparlante de muchachos vestidos de diablos abrió la puerta preguntando por mí, las máscaras de fino alambre con seriedad enfática, de cartón rojo con lobanillos, de negros barnices, de bigotes, barbas fantásticas y torcidos cuernos, me rodeaban y se reían, me invitaban a formar en la comparsa. Alguno me quitó el libro de las manos. Leía entre las carcajadas el título de la materia normativa. Se llevaban las manos a la cabeza, huyeron como espantados por el temor de un maleficio. Quedé triste, medio herido por el ridículo.



Iban a la escuela muchachos grandotes, llevaban ramas de ortiga con que rozaban el cuello de un alumno; pájaros en el bolsillo para libertarlos en clase; lagartos como cohetes; se desafiaban en los recreos, dándose feroces citas en el campo; dos de ellos pasaron por la acera de mi casa, yo jugaba, embozado, con un trompo flamante, blanco, con círculos rosados; se detuvieron e hicieron bailar sus trompos de grandes púas afiladas, los alzaban dormidos, por la ligereza con que giraban, en la uña, los pasaban por el dorso de la mano, los recogían en la palma, los soltaban en el suelo sin que se detuvieran. Me invitaron al juego. El mío huyó sin acertar, dando unas vueltas saltadoras. Perdí. Enterró uno de ellos su trompo ganador con la púa hacia fuera; ató el mío con el hilo, de que asiéndolo fuertemente con habilidad, seguro, lo estrelló en la púa de su trompo; dos pedazos blancos volaron por el aire. Se alejaron triunfantes. Estos muchachos alborotaban el grado. Aún en capitales, con la disciplina inexorable de la escuela, no escaseaba un huevo arrojado al pizarrón de madera pintado de negro, una descosida bolsita de harina que pasaba cerca de la cabeza del maestro como un cometa; una víbora muerta puesta entre los libros en el banco de un compañero tímido. Mientras la República hacía ingentes sacrificios por la educación, el «monito», el «diablillo», ese gracioso destruía en parte la obra, enseñaba los malos hábitos, a copiar las lecciones, a dictarlas, a faltar a clase, a engañar al maestro con discusiones y preguntas, en fin, a dispersar la atención y a burlarse del aplicado. Nos contaba sus fanfarronadas, se le envidiaba, era un caudillo; nunca se le probaban sus fechorías en el grado; los compañeros estaban dispuestos a perder el año antes que a descubrirlo; aunque oculto, no era, por suerte, libre su campo, el dominio moral de la escuela la constreñía con freno de hie-

ro. Ese niño o joven, desdichado, hace imposible toda obra seria en el aula, no siente inclinación por el estudio y logrará a veces por malas vías ocupar un lugar sobresaliente en la clase; lo ocupará después falsamente, por su pericia, en la vida pública, en la enseñanza, en la conducción de los hombres.

Un palo o una caña se convertía en caballo; a veces llevaba riendas; corríamos carreras azotando al corcel y dándole alientos; no siempre llegábamos a dominarlo enteramente; solía ser fogoso o caprichoso, daba corcovos, inesperados saltos, se arrojaba al suelo con nosotros; corría dejando una huella como de serpiente; si elegíamos para potrillo de carreras el palo de la escoba o la escoba entera con su gran cola de pichana (*cassia aphilla*, según los botánicos), se nos atemorizaba diciendo que las escobas vuelan de noche cabalgadas por las brujas y que irían a buscarnos a la cama y conducirnos como jinetes a los campos y a las cuevas. Con nuestra industria hacíamos una especie de cerbatana, el taco con el canuto de un gajo menudo de higuera o de sauco, vaciada la médula y afilada la punta con la que mordía en redondel la cáscara de la naranja, y la despedía como proyectil por impulso de la compresión del aire, con el émbolo de un palito; en carnaval una caña arrojaba el agua por un procedimiento idéntico; un mimbre duro y flexible arqueado con un hilo nos sirvió alguna vez de arco para disparar la flecha al blanco, cuando el caballito del cabo de la escoba quedaba entre las antiguallas con los maderos de San Juan, en las amonedas del flaco meñique.

En los umbrales de las puertas, en las aceras, en la soledad de la calle enlunada -«luna, luna lunera», le gritó alguna voz de niño-, «luna, luna», le gritábamos, «que se va la luna», «luna, lunita» en los umbrales, en los bancos, la ronda de niños, penetrada de luna cantaba. Mi sombra iba en la luna. La luna y

las sombras, creaban esas horas donde el grillo y una langostilla verde llenan los intervalos sonoros del juego. Las voces concertadas se alargan por los patios: «Hilo de oro, hilo de plata, hilito de San Gabriel»; el ritmo del canto me suspendía, venía en el aire: «que sepa tejer, que sepa bordar»... tras el crescendo: «con esa me caso yo», insistía «con ésta sí, con ésta no», el tono se adelgazaba apoyándose largamente «se me ha perdido una niña». Los cantos se unían a los juegos: «cuchillito de marfil, manda el agua redonda». El coro «a la rueda, rueda», cantaba: «todos bailan y yo también»; una pena me alcanzaba oyendo: «en el fondo de la mar»; «de la mar», repetía la calleja que iba quedándose sola; «con esta me caso yo, me caso yo». La noche enlunada caía con la hermosura de las palabras mansamente en el sueño. Una mano amada al pasar por la frente esparciendo nuestro cabello, decía: «Cómo has corrido».

Llegó alguna vez el circo. Un bombo, un clarinete y un payaso lo anunciaban por la calle. Los chicos formábamos el cortejo. Con su cara pintarrejada, haciendo un guiño nos miraba el payaso, huíamos para volver de nuevo. El circo se construía en un terreno próximo. Atraídos con añagazas y halagos por los dueños, nuestro orgullo estaba en servirlos. ¡Dichoso aquel a quien se le ordenaba directamente, a quien hablaba el payaso! Corríamos como hormigas presurosas para llevar a escondidas de nuestras casas lo que ellos necesitaban. Hace falta una tabla, un lienzo, un cordel, decían, y llegábamos con tablas, lienzos y cordeles. Les llevábamos también frutas, dulces. Eramos idólos, el circo iba a ser de nosotros. Nos prometían enseñarnos a hacer pruebas y a tocar el bombo y el clarinete. Cuando ese palacio circular de lona se volvió una realidad y se aproximaba la primera función, se nos cerró la puer-



ta. Vengan a ver el payaso y el maromero y el perro sabio, nos decían, traigan el dinero para las entradas. Nadie falte. Se encendían las luces, sonaba la música, gritaba el payaso. Creíamos que nuestros padres caminaban con corto paso; lo mejor era ir corriendo. Al otro día en casi todas las casas empezaban los chicos a construir trapecios, barras, cuerdas flojas, a ensayar las ocurrencias del payaso. Tentaban pruebas peligrosas. Los más tímidos huíamos por no ver los audaces desatinos. La prohibición paterna terminaba con las exhibiciones acrobáticas. Se las hacía secretamente en otra parte. Volaba la fama de los improvisados maromeros.

En los comentarios de la esquina, que yo oía, celebraba alguno su proeza de haber entrado en un descuido del guardián del circo por debajo del toldo; la hazaña estaba en el engaño, en la viveza. El héroe miraba con desdén a los que pagábamos la entrada. Se inventaban las tretas más ingeniosas. Al escucharlos se convertían para mí en personajes de cuentos fantásticos, en esos seres extraordinarios que disponían de poderes mágicos otorgados por un enano o por una hada, de un talismán, que los volvía invisibles. Con mis siete años medrosos, pensé tentar esa gloria. Me armé de valor y de ingenio. Al acercarme al circo junto a uno de esos temerarios chicos grandes, empecé a creer que todo me delataba, que estaba asediado por mil ojos que me descubrían, que se murmuraba en voz baja de mi intento, que unas manos poderosas se abrían para atraparme. Que llegue, creía que decían, ya verá su chasco y su castigo. Pagué mi entrada diciendo «yo siempre pago», y aunque nadie supo mi proyecto, algo se sospechaba, en mi creencia, las miradas hablaban de mí, el payaso parecía aludirme.

Contemplé en la oscuridad de una sala las figuras negras,

casi borrosas, que pasaban por el lienzo. Eran las figuras de la Pasión. Mis ojos infantiles se posaban temerosos en el drama sacro. En la tiniebla, si es que la hubo, veía mentalmente la presencia de mi familia en ese traslado a otro mundo donde podía extraviarme.

Las hogueras de San Juan, enormes, hechas de chamizas incesantemente renovadas, parecían teñir de rojo las lejanas nieves del Famatina. Los muchachos, demonios negros, en torno al fuego, improvisaban alusiones graciosas; en saltos inverosímiles pasaban cortando las llamaradas. Alguno llegó a caer en la hoguera. Los coheteillos brotaban como legiones infernales de la ceniza humeante. Nunca miré con simpatía estos fuegos, universalmente celebrados; una repugnancia instintiva me los presentaba, no en su magia milenaria que después conocí, sino en su realidad destructora, como odiosos. Cuando en la medianoche parecían extinguirse, los chicos y también los grandes arrojaban a la hoguera cuanto encontraban. Las ramas verdes chillaban, parecían dar alaridos. Ni las heladas ni la nieve, que a veces estaba cayendo, podían acercarse a estos volcanes turbulentos. Hay una inclinación humana a la devastación por el fuego. En las hogueras de San Juan creía ver figuras diabólicas llegadas de lejos, regocijadas en el elemento devorador y terrible. Todo el pueblo rodeaba esta vegetación de llamas. Cierro los ojos. Arde en la esquina de mi casa la hoguera; año, por el 1897; veo uno a uno los rostros de mi familia, los está iluminando temblorosamente la llama; veo con ellos a los vecinos, hablan, comentan, se ríen, miran.

Se fueron. El tiempo es fuego; arde y consume lo que toca.





## LOS MUROS DE LA CASA

Diciembre traía la obra ingente y gozosa de la construcción de una montaña con el pesebre del Niño, en la sala de la casa. La armadura interior que llegaba al techo, se hacía con maderas y ramas para cubrirla con lonas empapadas de engrudo con negro de humo, con ocres, con tierras rojas. Mi tía mayor dirigía el trabajo en que prestaban su ayuda, con entusiasmo, colaboradores devotos y vecinos. Los gruesos maderos, troncos, ramas y tablas, estaban firmemente atados. Empezaban a colocar las lonas recién sacadas del espeso líquido para que se adaptaran a la forma de la armazón interna. Aparecía una cumbre, un valle, una quebrada, una torrentera, un camino de herradura, un precipicio, en fin, todo un cerro con infractuosidades y peñascos. Cada uno de los constructores quería imitar algún rasgo de una colina cercana; o de las remotas sierras que aparecían en el horizonte. Una caña que se introducía por debajo daba allá un arco de una loma, un respaldo de silla la caída a pique de una roca, al punzar la lona en otro lugar una hendidura de la peña; cerca del suelo quedaba la espaciosa gruta que parecía de piedra viva. A las cumbres se

les echaba harina, era la nieve, semejante a la del cerro visible desde la puerta; a la húmeda lona se arrojaba arena con mica, lo que creaba una evidente realidad montañosa; chaguares, pencas, decoraban aquí y allá la superficie tal como están en los cerritos; cabras, ovejas, mulas, que eran llamadas juguetes del niño, pacían en las quebradas y los vallejuelos, un vidrio incrustado entre escarpadas laderas daba la impresión de un río que llevaba sus aguas por ocultos desfiladeros. En platillos de cristal se había puesto a germinar el trigo mojado y ya las grandes matas servían para dar en diversos sitios del cerro la impresión verde de cañadas, de manantiales. Pacía cerca una vaca, descansaba un blanco caballo de loza. En el centro de la gruta estaba el Niño de cabellos de oro, blanco y rosado, con su vestidito de encajes, de brillos de plata, sonriente y querido, desnudos los pies entre las pajuelas. La Virgen y San José lo contemplaban con admiración deslumbrada. El Ángel con las alas abiertas, posaba su rodilla en la tierra adorándole. El asno y el buey, para darle calor, acercaban sus cabezas. Los Reyes Magos, junto a los grandes camellos, con sus orientales vestiduras, le ofrecían incienso, mirra y oro. La gruta blanqueaba con las espigüelas del pasto del Niño, gramínea de finos penachos que se traía de las viñas. Con el verano naciente maduraban las primeras frutas, las primicias que se le ofrecían. Ya en las parras había uno que otro grano maduro, se los ponía en minúsculos platos. De Anguinán llegaba como ofrenda un racimo completamente maduro, negro, verdadera maravilla, colgaba del techo de la gruta; los primeros higos, las ciruelas, los meloncillos de olor, las algarrobas arracimadas, formaban el tesoro de las primicias. Todas las flores, en los vasos de arcilla, de cristal oscuro, hacían guardia. En la esperada noche rumorosa se abrían las puertas.

El pesebre aparecía en su imponente y rústica égloga. Llegaban los coros populares que cantaban los villancicos: «Hermoso lucero», «Venid pastorcillos» y otros muchos. Había que obsequiarlos. En las tinajas estaba preparada la aloja. Tres días permanecía abierto el pesebre hasta medianoche. Los grupos corales, algunos con músicos, visitaban incesantemente estos establos del nacimiento que se hacían en varias casas del pueblo. Sin descanso, como devoción del Niño, año tras año, en más de medio siglo -mi abuela había dicho en sus últimas palabras: «no se olviden del pesebre»-, se construía la montaña. Adheridos a la pared y arqueándose en el techo verdeaban los gajos de sauce álamo con brillantes colgaduras de esferas de nácar, de pajaritas de algodón y de papel, de mariposas de seda y de esmalte. El cielo estaba en la tierra; la tierra le ofrecía sus dones.

Era un brillo el agua en la huerta, al pie de los naranjos; corría, se remansaba; el sol, el cielo, estaban en esos espejos donde la mañana se miraba, fragante, entregada al estío, a los pájaros, a las voces, al silencio, a la creciente madurez de los racimos en las ramas que trepaban por el manzano, por el peral, por el álamo; en los parrales de fresca sombra se mezclaba el fuego de las rosas encendidas al tierno verdor de los pámpanos nuevos que en algunos lugares caían hasta el suelo formando grutas en donde la soledad amaba leer los dulces versos o mirar la próxima cima de las colinas luminosas. La oleada de aire se henchía y el huerto era en la extensión una isla guardada por un pájaro que cantaba lo que le decía la rama estremecida. Bello era el don de ser poseedor de una rama verde, de gozar con la novedad de un brote, con la primera púrpura de una manzana. En la inmensa copa de la higuera como un huésped maravillado aparecía el primer higo madu-



ro.

Se posaba, oscuro, el zorzal, la vista penetrante, corría en acecho como la sombra de su vuelo por el cimientto de la tapia; cantaba en el peral o en el naranjo por la tarde; la conversación se espaciaba; sólo había oídos para escucharlo. Una voz suspiraba: «¡Cómo canta el zorzal!». Ese canto traía memorias, despedidas, penas, la adolescencia de los viejos. En una agua naciente corría la vida pasada, despertaba presencias, acentos extinguidos, recordaba la espera de la dicha que quedó sin llegar o ya había pasado.

Ocre, roja, amarilla, la viña caía con sus hojas; la luna dibujaba en el suelo la sombra de los vástagos desnudos; los álamos, los durazneros, los perales, se volvían una pálida hoguera arrojada al viento; solo, entre las ramas más altas que daba visible un viejo nido, la maraña oscura de un muérdago. «¡Qué triste, decían, es la caída de las hojas!». En mi infancia no entendía del todo la razón de esta tristeza. Las nubes se posaban en los cerros, llegaban las largas lloviznas. Goteaba el agua de los árboles inmóviles. Se suspiraba por la primavera tan dulce de ver al final de invierno. Esa lágrima oculta que está en nosotros se exhalaba con la caída de las hojas secas.

Las novenas derramaban un son de campanas en la noche. El culto se celebraba en la vieja iglesia de crudo adobe. Al terminar, en noches de luna, el cura y los fieles se iban al río a juntar piedras para el cimientto de la iglesia nueva. Yo transportaba gozosamente mi carga. Tendría seis o siete años. A veces, tesoro hallado aquí o allá, llevaba un ladrillo. Tenía una ganancia en el cielo. Rezaba las oraciones, me castigaba, fuertemente, en secreto. Las vidas de santos que me contaba mi abuela, me hacían desear el cilicio y el yermo. La fe del niño tiene un encanto de luminosidad, de gracia. No se pide, se

encuentra. La compararía con el que aspira el aroma de azahares. La primavera aparecía en los naranjos. Ese verdor se transformaba en un milagro de nieve ligeramente dorada. ¿Qué cosa podría ser más bella que una rama blanca de azahares? El plenilunio tendía un velo suavísimo en ese encaje de blancura. Cuando florecían los naranjos yo debía ser el rey del mundo. Tal es así, que aún hoy creo que esas flores fueron una maravilla ya imposible. En mi fe de niño el Padre se asemejaba a una rama de azahares, nos colmaba de dicha con sólo saberlo nuestro. Él velaba por nosotros en la limpidez del cielo. En una tarde ya caída en la noche, venía con mi ropita negra, un hombre le dijo a otro: «Pobre niño, ya no tiene padre», un lloro profundo me ahogaba y en la lobreguez de los naranjos decía: «Padre nuestro que estás en los cielos...».

El hábito de madrugar se señalaba como una virtud necesaria. Me levanté en oscuras a hacer tal trabajo, se decía. Me sorprendió después en otras partes oír decir como elogio propio: «No estoy acostumbrado a hacer nada», «Tengo un empleo donde no hago nada». «Sé como yo, no te sacrifiques, que no te agradecerán». La palabra «ocioso» era insulto infamante, aunque el tiempo daba para todo y entre las ocupaciones menudeaba el descanso. Un realismo que no buscaba el fruto tardío enseñaba a «hacer el bien por el bien mismo». La consecuencia valía menos que el acto. El bien adquiriría su trascendencia de idea divina. «Sólo Dios lo sabe», se decía. El santuario de la conciencia aparecía con su majestad sagrada aunque el ser sea el más humilde. «Hoy por ti y mañana por mí», se respondía al agradecimiento. «Lo que no quieras para ti no lo hagas a otro», señala la norma. «Ama a tu prójimo como a ti mismo». «Hay que saber perdonar». Lo que creía fácil no lo era; perdonar las injurias, las calumnias, las injusticias, signifi-

caba un sacrificio ofrecido a Dios. A la persona -generalmente necesitada- que llegaba a la hora de comer, se le ofrecía un lugar en la mesa. «Si gusta acompañarnos, siéntese». Donde comen dos, pueden comer tres, se decía. Nada castigaba Dios tanto como la soberbia y el orgullo. «No digas de esta agua no beberé», porque el mundo tiene muchas alternativas. «No te amilanes, se aconsejaba; por una puerta que se cierra hay dos que se abren». Había que tratar bien a los animales: «Quien maltrata a un animal, no muestra buen natural». La crueldad con un perro, con un asno, despertaba una indignación inmediata.

En un sitio seco y aireado se juntaba la barba de choclo, las cáscaras secas de la naranja; los frascos con flores de azahar, las hojas de durazno, la borraja, la manzanilla, el cedrón, la cepacaballo; una vez quise arrojar algún manojillo de nencia y me dijo mi madre: «eso no se tira, hay personas que tarde de la noche buscan la nencia para un enfermo y hay que tenerla». «Eso ha de tener fulana», se decía de cierta hierba medicamentosa. «Sí, tengo tal planta», era común oír, pero todos los días van a pedirme hojas, y apenas si la dejan crecer. La precaución cuidadosa guardaba sus hierbas, agradables muchas para tomarlas en infusión casera. Tampoco debía arrojarse a la basura lo que aún a uno o a los demás podía ser útil. Ni una hebra de hilo se debe tirar, llega un momento en que se la necesita. Llegaba el momento en que se necesitaba una hebra de seda, un botón de tal color, un corcho, un clavo, un alambre, un sobrante de género, un tornillo, una tuerca; la previsión ofrecía lo buscado. «El pan es la cara de Dios, no se tira al suelo», se decía en todas partes. Este fondo arcaico de conservación de las cosas, opuesto al desperdicio innecesario, traía sus raíces desde los orígenes de la vida agraria, sumergida en



los campos. No se oponía a la abundancia, ni al lujo, conceptuaba como una falta arrojar lo que puede ser necesario.

En los álbumes de la casa se guardaba los retratos de los parientes y de las amistades; cada retrato sugería la presencia de las personas, sus dedicatorias en el reverso, guardaban una solemnidad afectiva; pesaban su vida al escribirla, la hondura del cariño; estaban destinadas a quedar como memoria perenne; el ser es cambiante, nada se sabe el día venidero; el retrato conservaba la memoria, los rasgos fijados, no se modificaba con el año pasajero; el daguerrotipo, en sus bellos estuches, hablaba del tiempo pasado. Esos amigos, decía el breve tratado que leí con las primeras letras, aún ausentes están presentes, aún muertos están vivos. En una manzana pegó la mano encariñada simbólicas hojas de trébol y recortadas letras, la puso al sol a enrojecerse; las verdes hojas se dibujaron como recién nacidas, cuando aspiran a la flor; las letras manifestaban las iniciales de la persona a quien se la ofrecía. Los recuerdos poblaban de nombres la existencia diaria. Un pañuelo de encaje, un abanico, una alfombrilla, una planta, eran un recuerdo de tal persona, el obsequio se convertía en presencia; no podía regalarse nuevamente ni perderse; estaba valorado por una memoria querida. «Le traigo tal cosa para que cuando la use se acuerde de mí». «No me olvide», decía quien se alejaba a otro pueblo. «¡Quién sabe si me volverán a ver!». Se llamaba una casa por el nombre de quien la hizo, aunque llegaran a vivir allí otros dueños; cosa difícil en la tradición no interrumpida de la familia; la calle de don Juan, de don Salviano, años después que esas personas no existían. La locomoción moderna no había juntado las distancias y el mundo era lejania. Sólo allí estaba el centro cotidiano de los afanes y los afectos; siempre pronta la mano. Oyendo decirle a la visita: «algo

me anunciaba tu presencia, llegaste como mandada, un momento antes hubieras oído que decía: tengo el presentimiento que va a venir esta tarde», yo imaginaba que lo interiormente pensado es oído por otros; que lo que pasa por nuestro silencio se comunica; los seres amigos estaban hablándose calladamente. La amistad era el bien precioso, añejada como el vino guardado por la tierra en cántaros de greda; rara vez oí hablar del falso amigo comparado con el báculo de caña que no había que probar por temor de que se rompiese.

El respeto a los mayores era ley; no respetarlos equivalía a estar fuera del comportamiento justo; «respetando sus canas no le contesté como debía», oí decir; el que las llevaba debía hacerles honor y no deshonrarlas. Genio y figura iban unidos. Una larga observación heredada y profundizada en los pasados trances de los caudillos y montoneras, en las circunstancias difíciles, daba a la ciencia de la fisonomía y del aspecto físico un valor infalible. Basta verle la cara para saber quién es, se afirmaba; el carrialzado; el cariancho o carirredondo, el cejijunto, el frontudo, el blanco, el moreno, no se esquivaban a la mirada inquisidora que les descubría el genio en la figura. Los ojos, los labios, hablaban y aun el mes y el lugar en que nacieron las personas. Un gesto, una sonrisa falsa, la mirada baja o alta, algo decían; la voz delataba los sentimientos, la palabra fingida, el arrumaco no engañaban más de lo debido. «Yo soy Juan de buen alma, fácil de engañar», se lamentaba alguno. El zurdo cargaba algunas frases, «pedrada de zurdo», «es zurdo pero bueno». Alguna persona no muy docta sacaba a lucir rasgos físicos exagerándolos. La caricatura hablada lograba efectos ingeniosos. El lunar que fue una joya se convertía en defecto, parecía tal otra cosa desagradable y al fin todo lo amado y admirado ayer se volvía momentáneamente odioso hasta

hacer las paces.

La tenacidad del ánimo se mostraba en las acciones. Mi abuela de cerca de setenta años quedó súbitamente ciega al salir de una misa; no dudó en enajenar prendas queridas para venir acompañada por su hija mayor, a hacerse operar de la vista. No la amedrentaron los largos caminos de las travesías, dominada por las tinieblas, hasta llegar a encontrar la línea férrea. La operó un oculista famoso que admiró su valor impasible y no logró a pesar de su ciencia devolverle la luz ansiada. En mi memoria de niño la veo ya ciega. Me describía los hermosos jardines imaginarios que contemplaba; veía en su tiniebla las nubes, parecían brotar del agua oscura, reunirse, rosadas en la tarde azul, formar coros en las montañas; ganaban el espacio, se desvanecían en el brillo de las estrellas. La habían atraído la acuarela y la lectura, y entre los cuentos interminables de la noche me relataba el pasado desde la creación del mundo y las vicisitudes pintorescas o crueles de la época tan henchida de acontecimientos de su mocedad; países, acciones, costumbres, seres, se animaban en su palabra. Se calló para siempre, con mi nombre en los labios, cuando yo estudiaba lejos. Aunque olvidé mucho de lo que me dijo siendo niño, me construyó por primera vez la realidad dilatada en el tiempo; el drama sacro y la tragedia humana; me mostró la providencia que no deja la bondad sin recompensa, ni la maldad sin castigo. Aquí y allá en mis lecturas fueron encontrando relatos y cuentos que le había oído y que se transmiten incesantemente. Sabía adivinanzas y me dirigía sabiamente y me ofrecía un premio para que llegase yo mismo a dar con el enigma.

Una escena que está en el despertar de la memoria encontró en mi alma una punzada de melancolía que nunca dejé de



sentir ni aún en los momentos de confiada esperanza. En la primera reunión de la tarde, consagrada al mate, escucho. Hay ese no sé qué de nuevo del comienzo del año. El sol toca de soslayo algún grano de uva de un racimo al pasar por las hojas de la parra. Las gotas de agua del cántaro traen al intervalo de silencio un frescor de hondonadas y manantiales. Mi padre lee en voz alta rimas celebradas con aprobaciones y comentarios. Como la abeja en la flor de la retama, mi oído está en los versos. Alguna estrofa empezaba: «Cuando miro el azul horizonte». La pena suspiraba, y al oír un comentario tuve la evidente impresión de haber estado en el mismo lugar, con las mismas personas, oyendo los versos, en otro tiempo remoto; todo lo que miraba estuvo ya en esta escena que se repetía. Abarqué con los ojos la casa, los rostros, nada faltaba. A esta extraña sensación no volví a experimentarla, quedó en mí como un secreto.

El acontecimiento se asomaba a las palabras, a los gestos. Las últimas horas de los cien años se consumían en una espera asombrosa. Una era nueva, recién nacida, traería el prodigio. La esperanza crecía con la última permanencia de horas y minutos. Las doce de la noche llegaron. Miraba el cielo, oía. Estaba en un nuevo siglo, en el siglo veinte. No se cambió el curso del viento, ni se detuvo el agua; no se despertaron los animales y los árboles. Dormían en la noche. No aparecieron prodigios en el cielo. El prodigio estaba en las personas. La esperanza existía. Un siglo puro, aun sin culpa, recién llegado preguntaba a cada uno: «¿Qué quieres?» Veo a mi padre atónito. Oigo sus palabras: «Las doce». Lo transfiguraba una ilusión vehemente; se entraba en un orden restaurado; infundía valor en los caídos. Nunca vi gente vencida, a no ser por la vejez extrema y en la extrema vejez, la fe les abría la ventura

inminente. Contemplando a una anciana ciega, casi centenaria, me dije hace años: «la vejez es inicua». En la pérdida de todo conservaba la esperanza. Oía decir de algunos ancianos: «murió con olor a santidad». «¿Percibiste el aroma?», preguntaba alguno. Conocí a don Eliseo. Lo veo en el lecho, casi extraviado. En el trabajo de los cerros y en la labor agrícola pueden venir años de fracaso. La sufrida raza del hombre, debe saber resistir, armarse de valor y de paciencia. «Nunca hay que perder la esperanza», decían todos los labios a quien se lamentaba. Las esperanzas son sueños de hombres despiertos y si confiamos, se cumplen, agregaban. Don Eliseo, acosado por la indigencia, traída por la enfermedad, deliraba rodeado por su esposa y su familia, con fabulosos tesoros. Con ojos de niño de seis años miro su rostro alargado, su barba escasa, tocada por una pincelada blanca. «Amelia, le decía a mi tía que fue a verlo, tendré riquezas, seré envidiado»; se hablaba del delirio de sus días postreros. Los que trabajaron la minúscula parcela de tierra de riego infatigablemente, o los que trabajaron la piedra o vieron llegar el alba en la labor casera, en días de sacrificio, no saben qué significa el desaliento, porque toda noble labor espera su recompensa. El nuevo siglo fue esa asombrada contemplación del cielo, del aire, de la esperanza en los rostros, en las palabras. Luces que reunían en la mesa. Una angustia silenciosa me advirtió que todo pasa. Ahogué en el silencio de la almohada el llanto.

Ávido de purificación interior, alcanzaba a descubrir el egoísmo, la envidia despierta a veces; la mentira, cierta ira infantil, irreprimible, que se convierte en remordimiento; el exigir lo que no se nos puede dar, si es que uno llegó a exigir; la conciencia mirada por la divinidad, que penetra en nuestro pensamiento; la comunión que me transportaba a un mundo

intocado; mis ensayos de penitencia para ganar la gloria eterna; la devoción de mi casa era la del Niño Dios, un magnífico Niño, obra de arte del Perú, sonriendo a quien le miraba; el Nacimiento con su pesebre era la gran fiesta del año, la Navidad con los primeros frutos ofrecidos al Niño, el Niño era el rey de la casa. Cuando volvía, joven estudiante en las vacaciones, con la frente encendida por el ardor de las ideas nuevas, al llegar a mi casa mi madre y mis tías, si me demoraba un instante más en el ansiado saludo hablándoles, me decían: «Anda primero a besar al Niño», y mis labios aún llenos de discursos libertadores, se posaban en el pie rosado, mis ojos que querían descifrar los misterios, encontraban esos ojos azules que me sonreían; en lo alto estaba un Justo Juez milagroso, bella cabeza de Cristo coronada de espinas. Cuando mi abuela, indefensa en la alternativa de esos rápidos acontecimientos, había quedado viuda, con mi madre de un año, y los otros hijos todavía pequeños, se vio, en tiempos tan tumultuosos de provincia, ya falta de recursos por circunstancias adversas, un día muy de mañana, despertó a mi tía mayor, criatura de diez años y le dijo: «Voy a la iglesia a hacerle un pedido al Señor». Mi tía la esperaba en la puerta de la casa, impaciente. Volvía llena de lágrimas y de contento. «Hija, le dijo, Dios me ha oído. Tres veces el Señor me dijo que sí con la cabeza». Antes de un mes después de aquella promesa, y a pesar de las dificultades y los engaños, recibió la comunicación de un legado que le dejaba un buen pariente; empezaron a construirse las paredes de la casa. El Señor, que en esas paredes presidió los días buenos y los malos, que me vio nacer, que veló por los vivos y los muertos, era la devoción respetuosamente venerada. El era el Padre, el Justo, el refugio en las supremas aflicciones. ¡Cuántas veces, oía decir desde niño a quiénes iban a mi casa: «Hoy no



vengo a verlos a ustedes, sino al Justo Juez!» Pasados los mudables años, he visto todavía en la casa la ofrenda de flores que continuamente le enviaban de otras casas. Las tías dedicaban su preferencia a alguno de los sobrinos. Yo era el amor, el ídolo de mi tía Amelia. El culto de mi tía fue la Virgen del Carmen, había nacido en ese día festejado. Ella me enseñaba a rezar ante su imagen. Con un brazo la Virgen sostenía al Niño, con el otro salvaba las almas del Purgatorio. Una fervorosa devoción, cuando tendría yo cinco años, despertó en mi tía la Virgen del Perpetuo Socorro. Esa estampa bizantina, con sus labrados nimbos, su ancha corona, el manto morado con reflejos de oro, la apenas visible túnica purpúrea con ribetes dorados, la mano de largos dedos, de cuyo pulgar se asían las manos del Niño, de la vestidura verde ceñida con cinto y de rojo manto de color de ocre, la mirada tendida a lo lejos, mientras la Madre dirigía a nosotros su mirada; los dos ángeles rojos, con alas verdes que volaban cerca de sus hombros, las abreviaturas griegas de la estampa, me impresionaban misteriosamente. Fue el culto de mi infancia. Mi abuela me narraba una a una las escenas de la Pasión. La procesión del Jueves Santo despertaba angustia. Las otras fiestas religiosas llevaban la alegría con los vestidos luminosos, los cantos, músicas y flores. La patrona de la Villa, Santa Rita, «abogada de imposibles», recibía las mejores ofrendas. Poco vi en mi niñez las fiestas consagradas de las aldeas cercanas ricas de tradiciones coloniales. La vida, unida al año, un tanto cosmopolita por la atracción de las minas del cerro trascendía el deseo de saber; en mi memoria primera los libros se juntan al paisaje y a la fisonomía de las personas. Mi padre, don Francisco, componía ensayando su música en el piano. Empleaba también con ánimo laborioso, sus habilidades en pacientes trabajos; cultivaba plan-

tas raras, leía, cuidaba un tiempo un hormiguero de pequeñas hormigas negras, ponía paz en la calle entre los perros que se peleaban y me enseñó el culto de los grandes hombres y la religión del arte. El estaba en el deleite de la armonía como idioma de universal sentido. González solía contar una anécdota. Escribió una vidalita, mi padre le puso música suntuosa. «A mi chinita usted la ha vestido de seda», le dijo. También el artista evocador de las montañas no desdeñó los colores venecianos para sus telas. El piano despierta en mí la infancia. Delicadas voces femeninas, acompañadas con mi padre en el teclado y en el canto creaban un ámbito nostálgico. Murió en la capital riojana, impensadamente. La banda de música lo esperaba en el umbral para acompañarlo con la grave solemnidad de la marcha entre los niños que se agolpaban formando escolta. El arte iba con él aún cuando él ya no oía.

¿Con qué pagar el cariño? La infancia parece haber sido un país que se hundió en el agua del tiempo. Nos queda la deuda del amor de la familia, inextinguible. ¿Con qué pagar el mismo, con qué pagar los brazos que nos levantaron gozosamente, el sacrificio oculto para que la vida nuestra se vistiera de sonrisas? Aquel país existió en un valle andino, un valle pedregoso, de raíces que se hunden largamente en la tierra para ofrecer al aire una rama verde, un fruto maduro. Allí la historia de los años transcurrió con el afán de cada día, unida a los seres, y a las cosas, al dolor ya la alegría, a la confiada paciencia, al trabajo. Allí se celebraron los fastos felices y se entregó a la tierra la frente doblegada por los años; continuaba viviendo en Dios y en la memoria. Allí todo estaba presente. La conversación era un libro de estampas y se volvía al mismo tema como se vuelve a la página pasada. Consejos, advertencias, juicios de padres o del abuelo conservaban su valor y su vigen-

cia. Cada objeto se penetraba del instante pasajero y lo retenía. El naranjo, la higuera, la viña participaban de la unión de la familia. Las calles, los caminos de los huertos, las casas, narraban la vida pasada; «allí» sucedió tal cosa, «aquí» acaeció tal otra; personas amadas cuyos rostros yo no llegué a ver si se hallaban presentes en la mención y el elogio. Ese mundo donde crecíamos había adquirido el derecho de permanecer constante. El tiempo fue alejándolo. ¿Dónde podremos hallarlo? ¿Con qué pagar ese cariño?





## LENGUAJE

En la tertulia familiar de etiqueta por la presencia de personas de distinción recién llegadas se extremaba el vocabulario; había mucha gracia en los comentarios que se hacían por este afán no siempre logrado de hablar con términos cultos: las «preciosas ridículas» figuran hoy todavía en los cuentecillos de aquella época. Me sorprendió mucho en ciudades ilustradas oír con qué gusto algunas personas famosas decían «páis, tiatro, llegao»; el fin que se proponían era semejante, mostrar un abolengo. Cuando aprendíamos a conjugar, la razón nos enseñó a cambiar el vos por el tú o el usted; el tutearse era lo común sin que nadie lo encontrara afectado. Llegó después la moda de un «gauchesco» relativamente fácil. Es cierto que allí había un habla casera y un vocabulario penetrado de provincialismos; esos provincialismos eran nombres de cosas con un pintoresco geográfico innegable; el racimo de unos pocos granos que a veces suele dar la parra se llamaba «tilín», probablemente por la forma de campanilla, si me perdonan los etimologistas; el que lo cortaba lo movía diciendo: ¡tilín, tilín!, y así «refusilo» por relámpago y tantas otras; los nom-

bres de plantas y animales forman parte del caudal de la lengua. Había que continuar en la capital la escuela primaria; allí iban alumnos de apartadas regiones. Debíamos cuidarnos los recién llegados de los orgullosos compañeros ciudadanos de no soltar una palabra que trascendiera al terruño de donde veníamos, porque provocaba risas.

Cuando se va a estudiar en una brillante escuela se teme el rústico empleo de palabras lugareñas. Muchas de ellas se decían también en la ciudad y en gran parte del interior, pero no eran cultas; «en denantes» por hacer un rato, antes, expresión anticuada de sabor campesino, trajo la burla. Muy común era decir: «cuanta» por hace mucho tiempo: «En los tiempos de cuanta»; «ahora no es como cuanta»; «ya cuanta se fue»; «ya cuanta debiste estar allá»; extraña metamorfosis y supervivencia del «ya cuanto» y «ya cuanta» arcaicos; odioso por fastidioso, «deja de odiar, por dejar de fastidiar». Algunos indianismos traían su gracia pintoresca: «chaguar» por exprimir, enjugar, torcer la ropa lavada, los cabellos; «no hay que chaguar tanto las telas finas»; «chuschar» por tirar del pelo; «chuschas por cabello», en sentido burlesco; «hacerse el champi» no moverse de donde se está, quedarse, como el champi, coleóptero que en cuanto se lo toca simula estar muerto; «tacana» por «sordo»; se decía para dar más fuerza «es sordo tacana»; «chuse», por alfombra rústica; y así tantos otros. Recuerdo que un chico cordillerano dijo en la escuela «chaucha» por moneda; otro, «tumiñico» por cosa pequeña; «tumiñico» era nombre indiano del picaflo. Indianismos y arcaísmos asomaban en el habla común ignorando su origen. La ya aldeana palabra «vihuela» parecía recordar las glosas de los viejos tiempos. Empezó a llegar un vocabulario con arcaísmos gauchescos, traía un tono distinto del que allí se hablaba. Me tocó conocer en



mi niñez una generación ya extinguida, la del natural aticismo. El ingenio de la conversación, el dicho gracioso, la anécdota, el refrán oportuno, la indirecta, la alusión, tenían un intencionado donaire. Se hablaba de las heroínas de los libros y se admiraban los versos; se honraba a quien logró con sentimiento escribirlos; había quiénes coleccionaban poesías; cuadernillos de papel con filigranas conservaban acrósticos, décimas de un trovador enamorado de hacía años. Nuevas formas de vida, la vejez y el éxodo extinguieron esa generación que traía del pasado un urbanismo difícil de ser explicado si no se lo considera un tesoro que se transmitía en la familia a pesar de las vicisitudes y los contrastes. El buen lenguaje otorgaba una parte principal a la validez del juicio. Aunque estén en las más leídas obras castellanas: agüela, asigurar, ansí, debujo, enjuria, asconder, la forma empleada era la moderna; admiro lo arcaico y cuando oía decir «güeno», «nacencia», «misia», por doña, sentía el deleite de las cosas viejas.

Mi impresión primera de algunas expresiones fue de extrañeza: «Es un tragaldabas», ¿era posible que trague aldabas? «Tuvo que sacar el dinero de debajo de la tierra», debía de estar en inciertos escondrijos; «lo que no se va en lágrimas, se va en suspiros»; «fue a remachar el clavo», y aún miraba resistirse la madera a la tenacidad del martillo, «habla por boca de otro», me parecía imposible; «se lo puso entre ceja y ceja», y yo veía unas alillas que revoloteaban para volver a asentarse si se las ahuyentaba; «tiene telarañas en los ojos», así salían el gato y el perro de los lugares infrecuentados; «mentir pide memoria», se cernía la infalible amenaza de que habíamos de confesarnos en contradicción manifiesta; «me costó un triunfo»; «lleva el agua a su molino», no había sabido antes que don Pedro tuviera molino; «lo hizo en un periquete», y era la rápi-

da vuelta del diablillo de la veleta; «está en el peral», por disfrutar la prosperidad, yo miraba el peral creyendo que se había subido. La conversación familiar se poblaba de estas figuras raras que ilustrábanse con hazañas portentosas; «porque no le ando haciendo bailar el agua». La veía a la persona con los brazos en alto y el agua sabia bailando con expresión casi humana. Alguien hallaba la horma de su zapato; llevaba la procesión por dentro; andaba con la sogá al cuello, con un hilo en la pata; el narrador se detenía para decir «aquí fue Troya»; por los cerros había una quebrada de Troya, pero no era a esa quebrada a la que se refería, sino a un hecho más o menos catastrófico. La explicación que me daban lo mejor que podían de cada dicho me conformaba. Las atrocidades y primores no eran tales: «le arrancó las orejas de un tirón»; «lo dejó por muerto»; «me hizo trastabillar», sin embargo yo vi cuando «lo sacó bailando» y oía los gritos. El que se aleja va desapareciendo en la lejanía del camino; quizá ante un maligno se abrió el suelo para arrastrarlo a los antros; y aquella persona y aquel pájaro que cantaba en el níspero ¿qué se hicieron? Se los tragó la tierra, nos respondían.

La sabiduría moral se expresaba por sabias sentencias heredadas; se las oía siempre: haz el bien cuando puedas, no hagas daño a nadie; no hay que alegrarse con la desgracia ajena; mejor es perder el derecho que ponerse en boca de perversos; el perverso calumnia, se goza en el mal ajeno, junta falsos testimonios; Dios aprieta pero no ahoga, no abandona ni a los gusanillos bajo una piedra; eran las sentencias áureas; desconfía del agua mansa, advertían al que se envalentonaba en la blandura ajena; el que siembra vientos recoge tempestades, no las podrá aplacar a su antojo; más vale dar que pleitear; no hay tesoro como un buen vecino; ten presente que Dios te

mira y conoce tus pensamientos; cumple tu palabra porque allí va tu honra, la honra era una fortuna inalienable; cuando otros se pelean no hay que atizar el fuego; nadie debe complacerse en la discordia porque trae consecuencias funestas; cada uno es hijo de sus obras; nadie diga de esta agua no beberé; no se desprecia a los pobres; Dios premia a los buenos hijos; no hay enemigo pequeño, llega una circunstancia en que de su voluntad se depende. Cuando pasaba un hombre haciendo eses y hablando solo; «va entre San Juan y Mendoza» decían, porque ya estaba en la calle, ya estaba en la acera; en su origen se dice: «Estar entre Pinto y Valdemoro». Los chicos al saltar en las hogueras de San Juan, gritaban: «Viva San Juan y Mendoza», para agregar un segundo octosílabo ocurrente. Si uno se levantaba del asiento, el que lo ocupaba, al reclamárselo, respondía: «Quien va a la villa pierde su silla»; la villa, reemplaza a Sevilla. La abundancia de frases y refranes abarcaba una vasta extensión del idioma hablado. En el juego del burro, en que había que responder con la carta del mismo palo o robar hasta encontrarla, de pronto pegándonos en la mano, decían la frase terrible: ¡Quedó zapatero! Mucha parte de la exquisita riqueza de modismos y refranes la oí cuando niño; aparecían tan naturalmente que me sorprendí encontrándolos después en las colecciones antiguas y modernas. Algunos cuentecillos que oía los descubrí con otros protagonistas y lugares. El agraviado recordaba al santo que al abandonar esta tierra ingrata, sacudió sus sandalias. Los antiguos adagios de los días y las noches, de las siembras y de las cosechas, aplicados al retorno de las estaciones, al día que se alarga con paso de pollo, de gallina, con paso de gallo, me admiraban en la expresión de la armonía del tiempo con las labores de la tierra.

La palabra tuvo en mis oídos un valor mágico: caía una he-



lada aguda como alezna, el año verde, los quintos infiernos, el perro barcino, la barba de piedra, la esquina blanca, me sugerían en la infancia imágenes extrañas; «pelo verde», me dijo probablemente por el cierno de la viña una persona que no olvido, y causó en mis cuatro años una alegría orgullosa; al aprender a leer la palabra «sublime» me parecía la corona de las palabras; homérico, titánico, empíreo, divino, pertenecen a mis primeras adquisiciones. Venía leyendo y hallé una poesía que empezaba: «El olímpico cisne de nieve». En el sol de la mañana de estío brotaba transfigurado el mundo; nada había más bello que las palabras suntuosas ordenadas por un ritmo. Se acercaba una famosa carrera de caballos; llevaban a los animales a varearlos en la calle llamada de las carreras. Me dominó un entusiasmo desmedido por el «rosillo overo». ¿Qué sabía de carreras? No conocía al caballo. Me trastornaba su nombre cien veces repetido: «rosillo overo».

Las frases y fórmulas rimadas entran en el oído del niño con su consonancia misteriosa; «mi gozo en un pozo» encerraba una realidad inextinguible que entonces apenas entendía; «su alma en su palma», traía la impresión del desdeñoso y temerario que llevaba su alma obstinada mirándola bailar en su palma como una gota de azogue. «No creo sino lo que veo», se afirmaba para contener la presurosa perfidia del maldiciente, y se agregaba, al «ver para creer», el generoso «aunque veas no creas», porque puede ser engaño a los ojos; la energía pronta empezaba la obra «diciendo y haciendo», sin olvidar que hay que proceder «con ciencia y conciencia». Alguien quedaba, después de tanta «ida y venida», «sin oficio ni beneficio»; se le veía andar cabizbajo o consultando pareceres. Al oír las conversaciones graves, donde nadie hablaba «sin ton ni son», la riqueza de sabiduría tradicional asomaba en las menores pala-

bras con la comprobada experiencia y el regalo del idioma bello; del que se iba a tentar mejor fortuna, si era trabajador y hábil se decía: «quien tiene arte va por toda parte»; ese arte era un oficio.





## LA LUNA

El ramaje de terebintos ondulaba en el aire del anochecer. Las casuarinas, tañidas por dedos invisibles, si se detenían en una pausa era para unirse al rumor del río rápido y pedregoso. Cosa olvidada, un niño siente los ruidos, oye venir esas voces y poblar un ámbito que no es él, que está afuera, animado quien sabe de qué designios. La masa de sonidos y de penumbras se transformó de pronto. En la colina aparecía grande y clara la luna. El niño percibió una realidad ignorada. La emoción esencial, llave de la vida, lo había tocado. Quien adquiere vista impensadamente quizás contemple así, con agradecimiento conmovido. Una ola se levanta, nos transporta en un silencio donde se apaga la significación inmediata.

Redonda, en el cielo de verano, la luna alumbró los juegos infantiles. Sombras errantes, los niños se detienen, escuchan. La curiosidad de mis pocos años les dice reminiscencias de la lección, lo que aprendí a solas. Dibujó el maestro una esfera con rayos; órbitas y planetas; puso a la Tierra fondo verde, la mostró en relación al Sol, le agregó la Luna. Las estrellas son soles, afirmó, la mayor parte más grandes que el nuestro. Du-

daron algunos alumnos, nos inquietamos otros, sorprendían las figuras, los círculos; oíamos con asombro las palabras. Yo inventaba la geografía de la Luna, el tamaño de las estrellas. Me internaba en otra existencia, iniciado en un misterio. Acercamiento a ese universo que había de torturarme. Los niños iban, venían, interrogaban: ¿Hay gente en las estrellas? ¿Y en la Luna?

Inquiero la finalidad, la causa; la memoria sabe y se desentiende; me representa noches de la infancia. Asomado al barandal dejé islas de florestas y de seres que se descubren a la mirada pura en su expresión primera. Averigüé, en crédulos astrónomos, fantasmagorías de la Luna; leí relatos de sus habitantes y castillos, de los viajes a ese reino de la fábula. Recojo su brillo en la mano. Trae la antigüedad de descansadas calles de provincia, el alejamiento, la evidencia de encontrarse con el niño que anduvo allí como escondido. Un día se hizo más penetrante y atractiva. La hallábamos en nacies sombras de tardes de soledad. El disco argentado se alzaba entre los árboles; su luz se deslizaba por las paredes, inundaba el huerto, se remansaba en los espejos, abría grietas en el ramaje, daba lejanía a las personas, intimidad al reposo, apariencia de signos, de oídos que escuchan, a los objetos. El cielo se dilataba por sierras y campos. Venía de afuera un llamado en las brisas, y estaban, allá, las madre selvas en las rejas, cabelleras de flores, de aromas, flotantes en el agua de la luna. Hubo una luna vagabunda en las callejas de los pueblos. Una ventana. Se trasluce el cortinado, un reflejo interior envuelve la entrevista sala. «Vayamos por la sombra, la luna es fría», solían decir. Más encendida que el sol y las estrellas, me retenía, ansiosa. Velaba las palabras, se asentaba en un tul, en las manos. Perduraba su poder enigmático en las consejas; se temía ser

cegado por su maleficio, daban en asegurar que embrujó, extraviándola con un filtro de aroma del aire, a la joven enlunada en la claridad de los jardines. Nos contemplaba con mudables frases en extravagantes calendarios. La vi asomar, residuo desolado, menguante rojo, pasada la medianoche, en el oleaje de los montes; una ceniza de luz se posaba en las tinieblas. Los cuentos de aparecidos empezaban: «Era la noche como el día». Formas medrosas vagaban en atrio derruido, en portales rotos; fluidas túnicas, acechos de dañados. La casa yace en el sueño. La noche profunda ya no se contiene, nos despierta. Ancho resplandor traspasa el árbol, tiende un indeciso velo; corporiza la presencia, el vestigio. Los retratos antiguos, los viejos muebles se responden. Visita esperada, esplendor que se consume y anuncio que renace, materia de pronósticos, la luna tejía la tela de los meses, salvaba las distancias del tiempo, volvía hospitalario el ocio, horrible el hueco de un muro. Importaba saber si vino con nublados o con viento, si estaba cercada de un halo. El plenilunio desciende al jazmín del patio, vaporosa blancura de encaje; al recogimiento del silencio; descubre de soslayo la delicada inclinación del rostro, la frente a donde traslada los jazmines. Por la oscuridad aquí y allá luminosa de los estanques, en repentina suspensión, una voz se desvanece; las manos se tendían a un llamado; oculta la fuga los rasgos de esbeltez inadvertida. ¿Cuándo vendrá la luna? La descubríamos casi en la línea de las cumbres. Allí estaba, joya de plata, en el laberinto de alamedas y montañas o sobres las nieves andinas, junto a Venus. En la maraña de torcidos veredones, como en una danza de la tarde, voces anhelantes y burlonas decían: «La luna, la luna nueva». Se alzaban hasta tocar la esperanza. Reunía voces no heridas en las gozosas volutas de un coro; le agradaba transfi-



gurar los sitios, devolverlos a una anterior existencia. Llega, densa, la noche; viva en el cielo, opaca en espesuras rumorosas. Los cerros penetran en una transparencia desvaída. Se recortan las sombras. La pesadumbre del desamparo busca la humildad de la tierra. La anciana tienta el apoyo con mano sarmentosa. Las campanadas de las oración la reconcentran en la familia, en duelos lejanos, en la tristeza de las separaciones, en el daño de unas vías que conducen a distancias remotas: se ve joven, la palma frisa la seda, y ya es una seda de luna deshilada en la nostalgia. Nos retiene la proximidad de cuanto hemos amado. La palidez resbala por las hojas, se transforma en inconstante enjambre, en juego de calados sutiles; templada el rumor, le da otro acento. La certeza desaparece. Indefinibles sortilegios pueden hechizarnos; sin paz, lo que no llegará o nos fue quitado. En el vano oscuro un hombre extraviado hablaba de los abuelos, de un mal repentino, de cómo cayó en menosprecio; enlazaba su desdicha con los buscadores de oro en las entrañas de los cerros; la aventura lo erguía y se postraba en la conformidad de las prisiones. Lo hallé en descoloridas estampas, la ropa desusada, dudoso. Conocí a quienes llevan una afirmación en que no confían; sospechan el esquivo anverso; guardianes del vacío, con algo de rostro enharinado, los domina la sombra que proyectan, más real que ellos.

Fui a esperarla en lo alto de la colina cuando se oye venir el secreto paso de la noche. Florecían las violetas, los naranjos con sus pomos maduras entraban en la hallada delicia. Benigna, de corona luciente, velaba en elevado pórtico. Quise adivinar en mi ternura su propio nombre. Concordaba el número par con el impar, se convertían en notas y símbolos. Seguiría oyéndola, esa fascinación no termina nunca. Niño, la mirada desprenderse de la montaña; breve aurora, redondez crecien-

te, copón de luz en la piedra y el salto en el espacio. Iba hacia ella; ascendía y me sumergió en un olvido de todo. Se despoja uno; ya no es más que una vista fija y no se sabe; parece al fin que nos hubieran enseñado mucho. Blancas de luna estival, se alargan las tapias bajas, cubiertas de enredaderas y de viñas. Enormes árboles cierran sus copas, duermen. Palpitación de viento, ruido de agua que se derrumba en la hondura de la aceña en ruinas, agua sombría, engañosa, trágica. La claridad se extiende en hemisferio impenetrable si el conocimiento no es eternidad. Nos alejamos, ¿hacia dónde? La hora pasa más allá de la vida y del mundo, halla desconocido horizonte. El ser inaccesible se entrega con una palabra apenas encontrada y ya perdida.

Deseaba los verdes manantiales. Me hería en esa tarde del Ambato una angustia de partida. Se espesaba la oscuridad de las serranías. En el cristal incesante sobrenadaba un esmalte precioso. Encontré la flor del agua, me dije. Subterráneas raíces de agua van infiltrándose, uniéndose; brotan de la arena; da flor, quizá cada cien años, la perseverancia del agua; llegué, sin pensar a verla. No, no era la flor del agua. Había descendido, leve, la luna. La corriente no podía arrastrarla, la dejaba con mi pena.

La serenidad quiere llevarnos, disolvernos en la extensión de los espacios, ir diciéndonos misteriosos mensajes. No conocemos aún el mar; debe ser como esta noche; así debe de caer este vientecillo en el sosiego oceánico y romperlo en trémulas vidrieras donde brilla la luna. Nada más que sombras de paredes y de árboles, desiguales, inmóviles, callados. Nada más que esta oleada de primavera; el plenilunio en la media noche. Y este querer quedarse aquí, retiro sin aridez ni discordia.

Cedió la repetida indagación ante el límite, fatigada; salí a sentir el aire. Deslumbrada el lucero. Distinto, el cielo se tornaba índigo, negro, en centelleo de estrellas. En ese titilar surgía, límpida, la curva del menguante. Un indicio de claridad perfilaba las sombras. Se traslucía la madrugada. Madrugadas de luna, en qué enternecidos viajes; en regresos, anunciadoras, ya lejanas. Nos detenemos, después de tanta ausencia, en los sitios preferidos. La vida anterior se busca temerosa de su inconsistencia, de oír su latido en la nada. Lo que fui, el uno, lo que soy, el otro, se contemplan. Veo la luna con nuevos ojos de niño. Nieva. Es el tiempo que pasa. El tiempo nieva. Largas ráfagas llevan el ramaje que vuelve y reposa.



## EL VIENTO

Solía llegar tarde, pasada la medianoche. Se le sentía andar, apoderarse de los objetos; no le agradaban, pues los arrojaba o hacía pedazos. Los árboles eran los primeros en recibir el golpe impetuoso. Movían desesperadamente las ramas, alzaban un clamor entrecortado. Andaba por los rincones, se enardecía con un utensilio; un lienzo restallaba; batía, desvencijada, una ventana. No se le olvidaba nada; ni el nido en el limón, ni los brotes del injerto; lo que quedó en el patio era arrastrado, destruido, cambiado de sitio. Se afirmaba en las puertas con su hombro de gigante. Entraba por una rendija para ver qué le escondían. Un ruido de pedrea levantaba la fruta al caer; se desprendía, crujiente, una rama. Este viento nocturno, huracanado, despertaba en el niño un temor que llegaba a la angustia. A veces no lo sentía y sólo sabía de él por los indicios que miraba al despertarse. Oírlo de noche, escuchar ese resoplido de monstruo que quería devorarse el mundo, lo estremecía de desesperación. Cada instante de calma era una tregua para volver con más fuerza, con más estruendo, con más furia. El sueño protector vencía al niño y cerraba sus oídos al

combate de afuera.

Una neblina sutil volvía pálida la claridad del sol. Posando aquí y allá sus pies polvorosos, llegaba el viento zonda. La mañana de agosto se tornaba cálida y terrosa. Levantaba el zonda la arena con las piedras menudas al arrastrar su vuelco por la tierra. Arriba desmelenaba los árboles. Temblaban las naranjas maduras y caían con ruido de masa aplastada. En la siesta su dominio impedía salir de las piezas. La jauría diabólica andaba desatada. Los diablos sueltos eran señores del viento. La lluvia de arena se volvía violenta. El lloro de las viñas podadas dejaba caer sus lágrimas en la tierra reseca. En esa hora, cuando más fuerte soplaba el zonda, se le ocurrió al niño cruzar el patio. Unos cinco o seis años tímidos que se atrevían a cortar la ola de viento. El niño lo sintió por debajo de los brazos; por allí lo tomó el zonda. «Me lo llevo», se dijo, seguro de la presa. No contaba con el grito del niño. Qué grito: «¡Me lleva el zonda!». Fue un instante. No lo había levantado aún y lo dejó. Temió al verse descubierto. El niño desconfió del zonda y de los otros vientos. Podían encontrarlo solo; se ocultaba al oírlos. No sé cuánto tiempo duró este miedo; quizá menos de lo que podría imaginarse. El zonda, viento diurno, no tenía el misterio de los vientos de la noche. Y acaso, el niño, ya perdido el temor, ¿no era también un diablillo que corría entre las ráfagas desatadas? Supo además que el viento del valle no levantaba ni a los grandes ni a los chicos; arriba, en los caminos de las cumbres, las terribles ráfagas arrojaban al viajero al precipicio si no descendía de la cabalgadura y se tendía en la piedra; el sendero iba orillando abismos.

En la fresca sombra del zaguán, leía en la siesta. Del jacarandá se desprendían las flores como grandes violetas. Venía de la arboleda el zureo de la torcaz. Mi alma de joven, se

asomaba a otras regiones. «¿No es aquí, en cierta parte del Illiso, donde Bóreas, según la leyenda, robó a la ninfa Oritia?», preguntaba el protagonista. «¿Crees tú -agregaba- esta maravillosa aventura?» Y recordé cuando estuve a punto de ser arrebatado por el zonda. ¿Fue una alucinación de la infancia? Con el viento a la espalda anduve cuando niño. Se hinchaba la blusa como una vela y el brazo potente me arrastraba. La familiaridad con el viento enseña secretos que no debemos revelar; este ser invisible tiene mil bocas para dejar en cada oído una palabra distinta.

Columnas de polvo -a veces rojizas- se levantan aquí y allá en los campos desiertos; se juntan, se apartan, giran vertiginosamente. Esta columna que parece que va a desvanecerse se divide en dos; a aquella le nacen hijuelos. Velozmente se alejan, vuelven, se disuelven; la danza se extingue. Ya a lo lejos aparece otra danza de columnas. Siempre veremos alguna en los llanos y en los grandes valles. En estos remolinos -trombas de polvo y arenisca- se esconde el diablo. El diablo anda en los remolinos; anda con la diabla y los diablitos. Un diablillo corre hacia un lado, el hermano hacia otro. La diabla quiere asir a uno, el diablo a otro; los diablillos que se quedaron quietos se contagian con la travesura y corren también. ¡Qué carreras para juntar la dispersa familia! Lo van a tomar, se les escapa, éstos van por allá, aquellos están ya más lejos; los juntan a todos, se van de nuevo, se encuentran, se esquivan. La prole traviesa da disgustos a los padres que quieren tener a los hijos prendidos a la faltriquera. Así ambulan en las siestas de la pedregosa región andina estos díscolos chicuelos. El calor de mediodía inmoviliza el campo. Apenas si una avecilla blanca, la monjita, flor de la rama seca, vuela al oír un ruido; parece que hubiera volado la corola de un cardón, una de esas corolas que nievan



los grandes tallos en el silencio misterioso de la soledad. Llegamos al lugar donde debemos pasar el mediodía. Bajo las parras, de racimos dorados, corre el agua. Está la mesa de manteles blancos en el comedor umbroso. El aire cálido y pesado gravita en la hora quieta de verano. El cielo dilata su desierto reverberante. Obscurece instantáneamente. Las puertas se abren con estrepito. Manteles, copas, platos, saltan de su sitio. Todo es confusión, ruido, voces. «Ya pasó el remolino», nos dicen. Ya se fue. Vuelven el sol, el aire claro. El peligro está en que a uno lo tome el primer golpe giratorio de este viento. El comienzo tiene influencias maléficas. El torbellino de polvo que llega detrás es la causa del remolino. El diablo viene adelante.

El zonda soplaba incansablemente. ¿Quién podía aplacarlo? La mañana, ya avanzada, quitaba la sombra a las paredes. Las ráfagas, violentas cabalgatas de lanceros salvajes, pasaban dando alaridos por las calles. Un sopor tedioso nos retenía. Yo sería muy niño. Empecé a oír largos lamentos en los álamos. Ya grande escuché esos lamentos en maderas que se rozan fuertemente. Los crujidos desesperados me infundían temor. Era el llanto de los árboles. ¿Cómo no llorar? El viento los removía sin compasión; los tomaba del cuello y los sacudía hasta descoyuntarlos; quería hacerles tocar la tierra con la erguida cima. Los alamitos pequeños, flexibles, inclinaban sus cuidadas cabelleras de hojas verdes hasta dar de cabezadas en el suelo, pero los grandes no podían, y el bandido les ponía la mano en la coronilla para doblarlos. «¡Que los deje!» ¿Quién podía hacer oír razones al zonda? El padre de los álamos, corpulento, con millares de ramillas, con huecos donde hacían panales abejas oscuras, no resistió más. Fue el estallido seco y un rumoreo de hojas; como quebrado por el rayo doblégó su

parte alta; la copa dio en tierra; quedó unida al tronco por un jirón de la corteza. Tenía nidos; vasos de fibrillas sutiles con plumas. Ante este crimen pudo detenerse el zonda, arrepentirse. Siguió con el mismo impulso, gloriándose de su poder tiránico, de ser dueño de todo, de hacer lo que se le antojara. Descansó a la tarde. La luna enrojecida asomó a contemplar los destrozos del bandolero de los aires. A veces el viento traía las nubes y los truenos, los diluvios. El niño veía en el torbellino de ráfagas y de agua las copas retorcidas de los árboles. Repetían las colinas y los cerros el estampido de los truenos, espantoso, interminable. Los cerros se pasaban el ruido; ninguno quería guardárselo; y cuando de tanto ir y venir disminuía; las nubes enviaban otro más fuerte, más desesperante, más cargado de sonoridades, un trueno henchido de truenos, entre enloquecidos relámpagos. Atemorizado, el viento sosegaba. Llovía. Se abrían islas de cielo. El sol doraba el agua. De la oscuridad y del caos brotaba un mundo dorado, en la delicia de las brisas, nuevo.

La sombra de los árboles va acentuándose con los retoños próximos a reventar. Los que escuchamos el viento sentimos una gradual suavidad de tonos; no silba ya la ráfaga aguda. Las ramas, antes desnudas, atemperan el sonido con las primeras hojas y los retoños abiertos; aquel silbo de flautines, de un día a otro, se transforma en amplio rumor; al instrumento de cuerdas sustituye el de las hojas inquietas y aterciopeladas; de agosto a septiembre la orquesta de la ventana ha variado. Un aroma de viñas en cierne se une al olor de la primavera. Nos agrada dejarnos llevar por la veleidosa suavidad del aire. Descubrimos entonces los vientos menores mimados por más de un poeta, gratos a los pintores y a los músicos. Nuestro silbido bastaba para levantarlos. Dormían en un lecho de hojas, ocul-

tos en la copa del árbol; se dejaban caer con las alas abiertas. Les agradaba la oscuridad de la tarde. Venían del lado del río, mansamente, cansados de vagar por los campos, con los cabellos impregnados de hierbas aromáticas. Querían jugar con el libro, levantar los papeles; se quemaban en la lámpara, y desesperados, por escapar del tubo, aleteaban tanto que llegaban a apagar la luz. En las siestas estivales abrían con sus manos las ramas, estremecían el follaje, se aquietaban en una frescura de manantiales. Los oía en la tarde; los fugitivos músicos tenían por acompañante al tordo, también músico alado y maestro. El tordo iba afinando su nota con el viento; nota de cristal tan sutil que ya no podía más; era un llamado a las divinidades de la quietud en los umbrales de la noche. Disminuía el canto con los últimos restos de luz, lo entregaba al silencio con los más tiernos gorjeos finales; lo perfeccionaba todavía con un silbo perdido, casi imperceptible, como gota caída en el estanque oscuro. Daba pena hablar, andar. ¿Qué palabra, qué música igual a ese vacío que quedaba en el cielo con Orión brillante y en la tierra con los vientos vagabundos? Me entregaba a oír los rumores. Podía distinguir el de cada árbol. El enorme pino extremaba la dulzura de tonos. Poco sabe del viento, quizá nada, quien no lo oyó, en la serenidad de la tarde, en lo alto de una colina pedregosa de mi tierra. En la cima de la colina el aire no reposa. Viene fresco y fuerte. Abajo quedan las torrenteras, la vegetación de matorrales espinosos. Cierran el horizonte grandes montañas, tan cercanas algunas que podemos distinguir sus peñascales y otras que oculan en una larga línea azul. La tarde se sumerge en indecisa suavidad. Las espinas de los cactus, los huecos, las aristas de los peñascos, los ásperos arbustos leñosos, las hojas menuadas, la ausencia de otro rumor, ofrecen un órgano a la sucesi-



vas oleadas del aire. Toca el viento millares de casi imperceptibles registros. Todos forman una orquesta ascética. Cuando estamos en la caja sonora de un bosque, llega del ramaje un interminable ruido de mar; las ramas agitadas se abren y se cierran; si ese bosque es de pinos el murmullo pasa como una bandada incesante. Ahora el instrumento suena junto a nosotros. Cada ramilla da un silbo ligero, cada pedrusco, el roquedal desnudo o erizado de cactus y chaguares; los zaguanes de grandes peñascos que juntan sus cimas al inclinarse, las hornacinas labradas en las piedras por los siglos, el paredón de rocas, se unen en un murmurio indefinible. Ya en el cielo apuntan algunas estrellas.

Pasa un rumor acelerado en la noche. Grandes ramas soñolientas palpitan y se levantan; vuelven al reposo; no pueden seguirlo. ¿Adónde va este viento solo, esta ala momentánea? ¿Qué mensaje lleva? El silencio brota ya de la tierra, de las raíces; oye crujir un tallo, vela en las hojas, pone el oído en el agua que corre, diciendo confusamente palabras que quizás le enseñó la piedra, la ceniza que transmite su ciencia a los capullos nacientes. Los follajes se aprietan en este cristal de silencio roto por el rápido salto del viento. ¿Qué seres invisibles van por la noche? ¿Pusieron el pie en la tierra en el viaje de una a otra región de lo infinito? Centellea el cielo, oscuro en el brillo, próximo.

Al pie de las colinas los álamos y las viñas arden con el rojo y el ocre del otoño. La mañana encendida se entrega al viento. Andan las hojas con un rumor creciente. Las avispas buscan el racimo escondido en los nudos de la viña. La ráfaga sacude el álamo y ese flotante palacio dorado cae blandamente como si una ola se desgarrara y descendiera en un tumulto de espumas. Encontré los vientos, de inflados carrillos, en los viejos

atlas. La rosa de cuatro pétalos se vuelve de ocho, de dieciséis, de treinta y dos vientos. Los ví, con amor, en los poetas, el Bóreas, el Céfito, el Euro y el Noto; la prole innumerable y cambiante. Cada uno tiene un ser, una índole. Los sentí después en la Pampa; en el Río de La Plata, en el mar. Los conocí descriptos en diarios de navegantes, en hexámetros que cantan con el soplo del aire, en una cuerda sutilísima. Los ví llegar furiosos en la llanura y el agua, entre avasalladores remolinos, con la tempestad en los hombros. No olvido los que me hablaron en la infancia, graciosos niños acariciadores y errantes. Despertaban con los primeros pájaros. Friolentos descendían de las ramas y volvían a adormecerse en los follajes. Era en el sueño de la madrugada.

## EL PUEBLO NATAL

Venía por la penumbra de la pared; toda la calle era de luna. El Famatina con Venus cerca de la nieve emergía de esa soledad melancólica del anochecer de verano. Un vespertilio rayaba el aire. El olor de los jazmines pasaba en el aura amorosamente callada. Los árboles dormían en su silencio misterioso. Ese cielo, ese aire, esas cimas de montañas, ese haber andado por las callejas en la tarde, tenían un centro, la casa. La casa alzaba su techo para encerrar el mundo, el cariño, el largo sueño de la noche, los brazos que nos acarician y nos enseñan a llevarnos la mano a la frente en el signo de la gracia, a pedir por todos en el recogimiento de la oración, cuando el niño siente unos invisibles dedos en los cabellos aún esparcidos por el roce de las ramas. Volvía yo a la casa tras la sombra de la madre, sombra que andaba por las hierbas de la acera, larga en la luna nacida en las colinas. De pronto se escondía esa sombra en la de un ramaje o pasaba por los calados sutiles que dibujaban las hojas. Las últimas campanadas de la tarde quedaban aún en el espacio estremecido. Cuando uno vuelve a esa tarde, cuando ve los viejos naranjos, la sombra de la madre



o de la tía, oye el rumor del agua y al grillo largamente obstinado, no sabe cómo perdió aquel refugio, aquel andar; cómo dejó de ser niño; y cómo el sitio de los primeros pasos fue alejándose también, cambiándose, negándose, poblándose de otros seres, no sabe cómo se fueron tantas personas que nos levantaron en sus brazos, que tuvieron para nosotros la ternura con que se trata a los niños; que eran, en fin, una parte de las cosas como lo es el árbol, el molino, el río, las serranías. Ellos estaban allí cuando nuestra conciencia alcanzó a familiarizarse con ellos. También iban a la casa, hablaban con mi padre, con mis tías, participaban de la vida de las flores y los frutos, de los dones del año; levantaban al pasar la rama de jazmines, se asombraban de su fragancia, de la belleza de la noche, de la frescura de la mañana. Posaban sus dedos en el teclado para sorprender una nota. Abrían un libro quizás para leer una palabra. Entraban en la casa quizá para ver cómo había florecido una amapola; o a mirar el color del primer gladiolo. «¡Qué hermosa será esta vara cuando todas las flores se abran!». Había que mirar el granado. Allí había un nido de picaflores, de picaflores libres, que a nadie temerían, flores del aire, para volar en el aire, las pobres maravillas. Tendrá seis años. Tres o cuatro tacuaritas seguían a la madre en una rama de la higuera. Habían salido de un agujero de la tapia, racimo de seres minúsculos. Les arrojé un terrón y al caer desmenuzadas, ellas también del color de la tierra, aleteaban en el suelo. Allí fue de ver el enojo de mi padre. «Nunca debe perseguirse un pájaro. Es nuestro hermano. Nunca debemos destruir lo que Dios crea». Y alcancé a entender que quien ama el arte, quien vive en el arte, quien expresa el arte y se da en la obra creada, participa de la naturaleza entera. ¡Cuánto amé a las avecillas simples! Venían los chingolos, -afrecheros les

llamábamos-, a buscar su parte. Llegaban a mis pies, huidizos, cuando les arrojaba el afrecho del maíz recién molido en el mortero. Un afrecho casi húmedo, oloroso. ¡Ah ese canto del chingolo, del cabecita negra! Al oírlo en el árbol es mi niñez la que despierta, es recobrado tesoro el que poseo. No cambiaría a ese canto por ninguna riqueza. Y allí supe que había un secreto que se comunica, una consigna de guardianes en la tierra.

¡Isla venturosa, perdida; gorjeo de la alborada en los naranjos! Fuerzas implacables destruyeron los chingolos, los cabecitas negras, los naranjeros, las reinas moras. Monjiles, las pequeñas palomas grises, descendían con su reserva confiada. ¡Cómo viví mirándolas! ¿Qué mensajes de campos, de misterios me traían? Supe amarlas en su libertad combatida por la crueldad del hombre. El que ama la tierra y el invisible pensamiento que germina en las cosas, ama a estos seres, la expresión de su alma, tan dulcemente maravillosos. Un pájaro arrancaba hilillos de la corteza suelta de las cepas para hacer su nido en el naranjo. Entre los sarmientos de las viñas vi los nidos de zorzales. Una cotorra descendía como una rumorosa hoja verde. Pajarillos asombrosamente melodiosos me enajenaban. Una oleada de viento aleteaba en el follaje, invitándolo a viajar por las extensiones. Allá quedó en el tiempo el paisaje natal como antes era. El también fue cambiando su antigua fisonomía, convirtiendo sus predios arbolados, los aterciopelados alfalfares, en edificios, sus caminos montañosos en rutas trabajadas para el tránsito moderno, las acequias por entre las hierbabuenas, en canales. Quedaba todavía, en la ceniza, la supervivencia de los seres tan amados, el tiempo fue creciendo, anegando, borrando. Queda una sombra que va por la acera en el silencio de la claridad de luna. En esa lejanía

de colinas y de muros halló mi niñez el milagro de la aurora,  
del hogar y de la noche, de la piedra, de los arboles que se  
desvanecen y de la letra, de la letra que quería como el pájaro  
la limpidez del aire.



## LA ESCUELA

Las letras, las primeras letras, fáciles en su comienzo y que uno nunca alcanza después a entenderlas del todo, son cifras encubiertas que el niño ansía conocer para poder penetrar en ese mundo de líneas negras de los libros. Estaban los volúmenes en el breve anaquel, en la alacena, junto a los signos cabalísticos -ya lo serán siempre para mí- de los músicos que mi padre leía y amaba; estaban los libros, unos permanentemente, otros de paso; traían, por el murmurio que dejaban, un mar de historias maravillosas. Me crié al lado de los padres, de la abuela y de las tías. La abuela, ya ciega, me arrastró al laberinto de la imaginación y de las fábulas. Ocultaba mis lágrimas y me quedaba dormido con la visión de los episodios del Evangelio, del nimbo de las leyendas áureas, ante el rumor del mar, que ella conocía, o del relato de las montoneras tumultuosas, de cuentos de hijos que salían por diversos caminos a rodear tierras y a probar fortuna, que dejaban señales de ramillas, de granos o de piedrecillas blancas, del niño que encontró la mágica flor de lilolay y a quien mataron sus hermanos envidiosos, a los que acusó, convertido en caña de la

que hizo flauta un pastor: «Me mataron mis hermanos, por la flor de lilolay»; en los cuentos de hadas me describía las mansiones de palacios encantados, las mágicas carrozas, los servidores invisibles, la argentería y el oro de las mesas y las luces, los talismanes, los cofres con tesoros que no se acaban nunca, las transformaciones de princesas hermosísimas, el castigo de las hermanas envidiosas, los encantos y desencantos, florestas con guardados castillos y desoladas cautivas, los gigantes opresores vencidos por un príncipe joven, anillos con sortilegios, palabras de virtud, enanos, animales que hablan y disponen de poderosos secretos, viajes aéreos, encuentros, batallas de caballeros que eran hermanos sin saberlo, y el reconocimiento después de haber luchado sin llegar a vencer ninguno, las aventuras remotas por las islas, el peligro de los caminos ignorados. Mi infancia crecía en el temblor de las hojas de los álamos, a la sombra de las viñas y naranjos, oía el afinado gorjeo del tordo, el agua que corre, allí en la soledad, entre las colinas, entregado a una mirada interminable ya sabía las letras y podía descubrir algunas líneas de los libros. La época ineludible se acercaba, mi entrada en la escuela. La escuela era para mí esa cosa exterior, desconocida. El niño huraño, medroso, iba a pasar el umbral extraño, lleno de no sé qué temibles acaecimientos. Vi una vez, por la reja de la ventana, al maestro con el puntero, la esfera terrestre, cuadros murales donde alcancé a deletrear «el poeta Quevedo», los niños, los bancos y sentí una impresión de miedo. Pasó diciembre con las fiestas de Navidad, enero colmado de frutos, febrero con sus tamboriles y empezadas vendimias y se asomaba marzo. Ante mi temor, la buena tía, me trajo la noticia tranquilizadora: tu maestro será Belisario. Hablaba el maestro lentamente, con entonación despaciosa; pronunciaba todas las letras y nos obligaba a pronunciarlas.

Empezó averiguando. Cuál decía soy del Dorado, cuál de la Retamilla, cuál de la Esquina Blanca. No vine ayer, -advertía alguno- porque fuimos con mi madre a buscar yerba del pollo; otro, que su padre no recibió la montura que dijo que le había mandado. «No era montura, le respondió socarronamente el maestro, era un recado». «El tiene bastantes recados, y que si es para regalárselo». Había curiosidad en la clase. El tal recado era un mensaje sobre el comportamiento del alumno. Un chico de los ejidos trae la frente vendada. ¿Qué le ha pasado? Me recordé apurado, responde, al oír la campana, -a la campana de la escuela, llamando a clase, se la oía desde lejos-, me tomé de un palo que habían afirmado sobre el catre y me vine al suelo, porque no había sido palo sino el sol que entraba por la ventanilla. Alguno preguntó que si es cierto que los muñecos sacan puñales de noche, si los gatos negros tienen tratos con el diablo. Salido de mi timidez oía las conversaciones en los recreos, los desafíos de muchachos mayores, relatos fabulosos de andanzas, de correrías tras un zorro y de sus artimañas, de apariciones de rastros de duende en la arena, de viajes al cerro, de uno que trajo palo azul de Catinzaco, de un hombre al que le salió el al camino mientras volvía de noche al galope del caballo una luz mala que lo acompañó largo rato, de cuevas donde el que pasaba oía músicas diabólicas. El maestro, inexorablemente, negaba toda superstición, aunque no es difícil que creyera en algunas. Escribía con atildada caligrafía y elegantes mayúsculas. Con la pizarra, el lápiz y la almohadilla de borrar empezamos a invadir las regiones de la escritura, las líneas del dibujo, el esquema de las formas, la geometría y los números. El animal, la planta, los ríos, los seres se grababan con sus rasgos. De pronto respondí a una pregunta que nació de una explicación precedente sobre la función de las hojas. La respues-



ta me dio cierta estimación que llegó a oídos de mi padre. Un elogio, aunque no entendido, queda en uno por la propia condición humana. En aquel tiempo y en aquel lugar el maestro de primer grado enseñaba a los niños casi todo lo que sabía. Los niños eran vehículos que esparcían lo enseñado y se comentaba en la mesa; de allí que se dijese que la mesa es escuela. Allí o en el grado inmediato aprendí para siempre el sistema planetario con asombro igual al de haber sido yo quien lo descubriese. Ese año el pupitre del maestro en el solemne día del examen estaba enriquecido con premios para los mejores alumnos. Las señoras asistieron a escuchar a sus hijos, unas volvieron contentas, otras queriendo llorar; los señores interrogaban. Hice la descripción de las raíces, del tallo, de las hojas, de la espiga del trigo. Esa memoria de la espiga fue siempre para mí un símbolo precioso. Un libro antológico que leía juntamente con el de la escuela por haberlo encontrado en mi casa, ejerció en mí una influencia perdurable por sus trozos de literatura castellana. Buscaba en las geografías la descripción física como si tuviera miel, imaginaba las bahías, los promontorios, los istmos, los errabundos témpanos. Aprendía a viajar al leer los textos. Con algún compañero curioso conversaba al volver a casa, me detenía en la esquina, nos decíamos lo que habíamos leído o inventado del sol, del mar, de los polos, parecía que teníamos medida a la tierra, hablábamos del nacimiento de los ríos, sobre qué era el trueno, qué la nieve o la nube. Una tía, la mayor, me contó muchas veces esta anécdota. Entre las visitas que venían, después de la cena, como era costumbre en provincia, se encontraba un tucumano recién llegado que ponderaba la altura de los bosques de nogales silvestres y el valor de su tierra. Yo dormitaba, siendo muy niño en las rodillas de mi abuela. De pronto levanté la cabeza y le

dije: «No sea embustero, don Lídoro, no fue así la batalla de Tucumán», y me puse a describirla. En la escuela se hacía una suscripción para honrar a un héroe de la Independencia. Yo era alumno de primer grado. Me pareció mucho lo que me daba mi padre. Quizá me entregó casi todo su escaso caudal de ese día. «Nunca es mucho, me dijo, cuando se honra a un grande hombre, no hay que ser mezquino en el culto del héroe y del genio; llegue, aunque sea tarde, a sus cenizas el homenaje santo». Mi imaginación se pobló de hombres y de ejemplos ilustres.

El maestro nos daba el tratamiento de usted, de alumno o de niño; si llamaba o nombraba por el apellido empleaba la palabra señor. El criadito del maestro que pudo recibir algunos coscorrones en la casa, se oía tratar por su patrón en el aula, de usted, de señor, de niño. La intuición infantil sabía que no era solamente el maestro el que hablaba sino la República quien por su voz nos trataba con respeto irreprochable, con la dignidad que quería para sus hijos. Me sorprendí, años después, en escuelas de las más doctas ciudades al oír tratar a los alumnos de vos, salí, leé, corré; en las provincias se decía usted, salga, lea, corra. El mal estaba arraigado, nacía de una arrogancia falsamente emparentada con lo gauchesco.

Debo contar que en el primer día de clase la escuela me oprimía con su horror; veía una mano despiadada que podía arrastrarme a calabozos sin salida. Formados en el patio los escolares, de trajecito nuevo y bien peinados, algunos chicos grandes que habían estado en años anteriores se atrevían a alguna protesta: «no nos cuente, a la gente no se la cuenta». Alguno viendo mi timidez me guiñaba el ojo y señalándome una pieza oscura me decía al oído: «Allí te van a encerrar con las calaveras». Apartado alguno de las filas por haber hablado

o molesto al compañero me extrañaba que no llorase ante la inminencia de un suplicio imaginario. En los primeros días al salir a la calle, el maestro me tomó del brazo, el grito fue incontenible, creí que era para encerrarme. Llegó mi primer castigo cuando ya estuve familiarizado con la escuela. No respondí justamente en la tabla salteada a cuanto era siete por siete. El maestro me mandó a dar vueltas en el recreo por el naranjo del patio repitiendo la tabla de siete. La cartilla decía: «tabla pitagórica». Desde esas palabras el filósofo empezaba a hablarme. Fue natural que una noche, oyendo conversar a una persona joven, de algunos estudios, venida de Europa, le preguntase: ¿Qué quiere decir pitagórico? Me habló fácilmente para acercarse a mi entendimiento de niño. La palabra filósofo se convirtió en adquisición misteriosa de mi infancia. Esa persona me aconsejó saber si quería indagar secretos incomprendibles al que ignora. No entendí, pero me había entregado este joven que no volví a ver ni a oír nombrar un mensaje que como el ritmo responde a la pregunta que cada ser se hace. En el país donde el agua es elemento primero me pintó también al viejo milesiano en una realidad activa que frecuentó mi memoria.

Vestidos de azul y blanco, en la madrugada, salimos los niños de la escuela para encaminarnos a la plaza a saludar el sol de mayo. Crujía el hielo, aún había alguna estrella, un esplendor rosado ceñía las nieves del Famatina. Formábamos con nuestro traje los colores de la bandera que avanzaba al frente, orgullosa. Los dos o tres maestros nos conducían. El pueblo entero nos rodeaba. Las familias señalaban con el dedo y la sonrisa el paso de cada uno de los suyos. Empezaron a arder los cohetes. Un hormigüear enloquecido de detonaciones no se cansaba de reventar con sus raicecillas de fuego. A mi lado



iba animándonos un inspector que había llegado. Me daba algún rímero sonoro para que lo arrojase al aire. Alto, cetrino, casi jovenzuelo, parecía acrecentarse en el humo el incesante bullicio de la pólvora. Catorce años después me reconoció en una calle de Buenos Aires; se apoderó de mis papeles recién escritos, de recién llegado, obligándome a publicar un primer volumen de versos; puse su nombre en la dedicatoria. Lo veo ahora en aquella mañana de la infancia. Nunca fui partidario de celebrar con estruendos las conmemoraciones ilustres. Ese entusiasmo atónito inhibe. Alcen sus voces el cántico y la música, no las contorsiones de los bárbaros estampidos atronadores. No se educa con el ruido fácil que produce el encender una mecha. Se educa con el ritmo del coro, con las bellas palabras que vienen de labios antiguos, con las voces nuevas como desplegados pabellones. No seré injusto. El ruido innumerable me entusiasmaba. Brotó el silencio. El silencio que precede a la llegada solemne. En las cumbres del Velasco los heraldos de vestiduras argénteas con frisos de púrpura anunciaban el astro. Un redondez diamantina de magnificencia fulgurante comenzaba a encenderse, el sol asomaba. Recibía el saludo del himno cantado por las claras voces infantiles que se iban acrecentando con las voces de las mujeres, de los hombres y los viejos; en esa elevación del sol, levantado por el himno, pasaba un estremecimiento sagrado. Cuando después de tantos años, me imagino en la plaza de mi pueblo vestido como los otros niños de azul y blanco en ese rito solar, entre la muchedumbre que unía en un solo culto el sol, la libertad y la patria, creo que ese canto queda todavía en la extensión del espacio, que no ha de extinguirse nunca; tomaré con mis manos la tierra donde están los muertos y al esparcirla ante el sol ha de decir ese canto. La conmoción de las

dinamitas daba fin al saludo. La fiesta de la escuela se efectuó por la tarde en el centro de la plaza. Fue una danza de cintas azules y blancas, pendientes de un palo coronado de gallardetes, alrededor del cual se hizo el tablado, las tejíamos más de una docena de alumnos, cada uno con una cinta, al son del canto, hasta bajar a la altura de nuestras manos, y volvíamos a destejer, obra difícil con cuyo elogio se entretuvo la fama. Tremolaban banderas en las cornisas; alguna estaba prendida de un árbol.

## EL CIELO

Cuando el crepúsculo se extingue y los últimos arreboles se disuelven en el cielo de la tarde, la nieve del Famatina se junta al destello de los astros; las campanadas de la oración aun vibran, el ala del ángel roza nuestra frente. Las grandes casuarinas de la plaza unen su rumor delicioso al del agua que corre. Yo estaba allí oyendo los rumores de la noche esparcida como un silencio oscuro. Cosa auditiva, tímida, oía ese murmurio, me hablaba. La luna creciente lucía sobre las cimas. Años después, ya lector, venía con un libro, mi impaciencia era extrema. Venía leyéndolo por la plaza a la luz de la luna llena. Los viejos terebintos con las ramas inmóviles dormían en el aura tibia de diciembre. No oía el rumor de las casuarinas, ni el agua. Iba transportado. No me llamaba la noche. Me llamaba la lámpara encendida. Esas páginas me conducían sobre las montañas. Volví de nuevo a contemplar el cielo.

Apareció en febrero un cometa, se lo veía cerca de la madrugada hacia el sur; me desperté con la impaciencia de mirarlo; abrí la ventana; una leve nube cubría las regiones de la Nave y ocultaba a Canopo; el cielo brillaba con esa indecisión



que anuncia la madrugada; en la oscuridad austral donde se desvanecía la sierra, vi un astro rojo; era Antares en la asomada cabeza del Escorpión; este encuentro anticipado con ese ojo insomne del universo me produjo temeroso asombro. En madrugadas de invierno me había hallado con el cielo de la noche de verano, con Orión lleno de majestad y con la memoria de las brisas nocturnas en los estíos de la adolescencia. Antares en esa impensada visión me descubría el orden imperturbable que desconoce el descanso; sobre el sueño de la tierra el astro avanza y al velarse en la claridad del día queda invisible y presente. En mi niñez el cielo fue siempre una cercanía esplendorosa. En mis primeros recuerdos están las voces que dicen: «ya aparecen las Cabrillas, ya se ve la Paloma», nombre que daban a las estrellas de Orión; ya estaba la primavera, ya venía el verano. Las nebulosas magallánicas eran ciudades perdidas, según alguien me dijo: Júpiter que al principio confundía con Venus, esos diamantes inmensos, Júpiter en lo alto del cielo, más luciente que Sirio, venía en el silencio tenebroso a traerme secretos de un país de inalcanzables maravillas. En la oscura colina, pasando por el hueco de los árboles, la luna en menguante, aparición de medianoche, trascendía no sé qué misterios. ¡Qué distante de aquella luna de hacía algunos días, redonda, límpida, nuestra, en la tarde aromada, en confusión con los jazmines! Al fin, qué fue la noche sino todo el cielo. El ojo fijo en un muro veía, lentamente, el orto de una estrella. En el aire de la montaña el cielo se descubre, espléndido. Las Pléyades visibles son el anuncio de una nueva edad del año. Las heladas, las nieves, el frío se alejan. Aparecen atraídos por un llamado los brotes. Resueltamente la primavera acercándose a la igualdad de los días transfigura los campos y los huertos. La savia en flor invade la aridez, exalta el fruto. En

los árboles hay nidos. Yo oía las leyendas de las estrellas. La Vía Láctea constelaba las serranías tenebrosas. La nieve del Famatina parecía una isla lunar en los archipiélagos estelares. La niñez también crecía en el paso del anual retorno, y las estrellas, el agua, las flores y los frutos eran una parte de sus ojos, de su alma tocada por quien sabe qué misteriosas impresiones que después ignoramos. El halo zodiacal rodeaba la distancia, se lo veía en las noches serenas por detrás de las montañas, encerraba como el mar que circunda una isla el centro de la tierra en que estaba la casa; venían a juntarse los puntos cardinales; perduraba aquí la memoria de quien creó y labró la piedra; de aquí partía la ruta difícil que quiere encontrarlo más próximo y participar del espacio divino. Cuando ya tenía conciencia de mí mismo no sé cómo abrí los ojos en la madrugada de verano. En la claridad tenue, en el brillo de las estrellas, me asombró ese resplandor de nieve encendida que parecía fundirse en una agua luminosa, el lucero. Ante su presencia la tierra adora. Nada podía compararse a ese anuncio de trono de plata. La madrugada se henchía de airecillos vagabundos.

¿Por qué puse en mi primer libro de versos el nombre de los astros?. En mis ojos de niño estaban las estrellas. Por la cima de las colinas y los árboles asomaban resplandecientes en la noche. Sombrecilla pequeña en una piedra miraba el cielo. El cielo se venía a mis ojos en un misterio magnífico y callado. El lucero de la tarde me hablaba en su inextinguible maravilla. La constelación de Orión me deslumbraba. El Toro, con su ojo enrojecido, me contemplaba en las distancias infinitas. Sirio asomaba, el primero, en el azul oscuro de la tarde. Ávido del nombre de los astros, los oía de alguna persona sabia, me los daba la figuración de los dibujos del cielo, los calendarios con

conjunciones de planetas en el Sagitario, en los Peces. A los Gemelos levantaba mi vista. En el otoño aparecía Antares. La Cruz del Sur, las nebulosas magallánicas, me llevaban al viaje por los espacios donde moran los que nos oyen. En la fiebre de mis primeros versos, en la aspiración poética, cuando la distribución de la luz sublime en el universo es una voz sin palabras que nos transporta, mis manos parecían tañer ese órgano donde resonaba el silencio.



## TEMORES

Vi el espanto en los rostros; mi abuela quería quedarse en el umbral, «aquí estoy segura», decía. Las voces llamaban con angustia a los niños. Las copas de los árboles se movían extrañamente. Mi tía me arrastraba a la plaza. Un hombre corría en la otra cuadra hacia la acera de enfrente, la pared se desplomaba. Guardo el recuerdo de los comentarios. Las personas parecían otras, temían permanecer bajo techo; allí no había sucedido nada grave. Llegó la noticia de los grandes pueblos que se habían perdido. En Jagüel se hundió la tierra, brotaban volcanes de barro. Doce años después en la ciudad del Velasco, aún con ruinas del terremoto, donde vivíamos en el periodo escolar, estaba escribiendo mis deberes en la mesa. Vino el grito: temblor; parecía que el suelo se retiraba de mis pies. Había pavor en el aire. Se supo al otro día la catástrofe del otro lado andino. Pasaba al anochecer por la plaza. Una fuente me arrojó el agua. Miré, no advertí nada. Al instante oí gritos, vi personas que corrían. Temblaba la tierra. Por las ventanas del aula huían una mañana los alumnos. Los veo saltar en la luz viva. Había temblado. En la tibia noche de luna me sacudie-

ron de la cama para despertarme con el grito de «temblor». La serenidad del aire consternaba.

El mundo caía, a veces, deshecho. El agua arremolinada por el viento corría por las paredes; inundaba el patio, abría pozos en la calle; los árboles sacudían sus ramas clamorosas; el aire se esperaba en neblinas líquidas; el trueno arrojaba la conmoción y el espanto. El ruido temeroso se convertía en un golpeteo acelerado. Ya casi no llovía. Era una masa blanca, saltante al caer en la oscuridad de la tormenta. Estábamos de rodillas. Se rezaba a gritos el trisagio. Llegaba el mundo a su fin; la ira del Señor se endurecía en el viento, en el agua, en el granizo y en el trueno.

Se hablaba de las piedras que caían en el patio de una casa desde que llegaba la noche. Esta casa estaba al pie de un cerrito entre las viñas. Grandes cántaros de arcilla se alineaban al pie de las columnas de la galería. Allí se guardaba el vino. En el espacioso lagar se pisaban las uvas. Para el vino temprano se tenía un noque de cuero suspendido por troncos de algarrobos. Todo el terreno abundaba en pedruscos rojos, con resplandores de mica. Estos pedruscos empezaban a llover; sin pausa y sin tocar a ninguna persona. El terror dominaba a la familia y quizás a casi todo el pueblo. Otros opinaban que las piedras no venían del diablo sino de alguna persona. Por la calle de mi casa pasaban las gentes que iban a ver el prodigio. Llevaban un farolcillo. Volvían consternadas. Ni el agua bendita detenía la obra maléfica. Una tía mía tomó de la mano a una muchacha que servía en esa casa y dijo: «No caerán más piedras». No cayeron más. ¿De dónde y cómo nacía este intento? Para mí es un misterio a pesar de haber leído idéntica escena con idéntico móvil en viejos autores y también en modernos. Contaban un caso parecido que desesperaba a la

gente. Nadie podía encontrar el origen de ese constante caer de pedazos de ladrillo, de piedras, de fragmentos de loza. Tampoco herían a nadie. Una persona de la casa los arrojaba. En otro lugar supe de un miedo idéntico; una chiquilla era la autora. Esta habilidad que nace de pronto, con tanta estrategia, se debe quizás a un estado extraordinario de la persona. Queda la impresión en mi niñez de las luces que pasaban por la calle hacia el otro sitio donde el diablo se divertía con su persistente crueldad del príncipe de las tinieblas.

En días de primavera en que aprieta el calor se exhalaba de las cortezas, de los frutos, del crecimiento apresurado de los brotes, una novedad desconocida; andaba algún pájaro extraño de gritos guturales; el canto inesperado de los gallos tenía no sé qué de fatídico. El gallo, que responde en el silencio del mediodía a otro canto lejano, anunciaba algo inminente. Pasaba a veces un halcón, un aguilucho, un cóndor en el firmamento. Uno que otro pato por la noche. Un tero. Un zorro andaba cerca. Había aparecido un puma por el vecino cerro, dejó los rastros en la arena húmeda del río. En la siesta solía andar el miquilo, demonio indígena temible. Se atemorizaba con el miquilo a los niños que vagabundeaban en el calor del verano, por el cauce de las acequias y la espesura de las huertas, al pie de las colinas. Había huellas sospechosas en la arena, eran de las patas del miquilo. Salía con el primer canto del gallo en la medianoche la mula ánima; se la oía arrastrar la cadena.

En las lejanías, entre las viejas tapias, en los peñascos y los algarrobos y embosquecidos talas, algunas de esas viejas mujeres oscuras, de pies descalzos, que saben el secreto de las hierbas y el poder de las lechuzas y las víboras, el lenguaje del zorro, los vaticinios de un cometa o de un eclipse, que cono-



cen los rastros maléficos en la arena de los ríos secos, que traen la resonancia de un siglo en la voz y en la copla que solloza con la injusticia, la persecución y la ausencia, que despiertan al son de la guitarra y cantan como un instrumento antiguo que de pronto hablara con frescas pasiones, algunas de esas mujeres tenían fama de brujas. La fuerza de que se valían está en el origen de las supersticiones; agregaron la intimidación del misterio de la tierra, el secreto del algarrobo y del atamisqui, de la noche en los campos, de una vida que venía de los laberintos de la selva y de los cerros, del conjuro indígena con que se hablaba al muñeco de penca traspasado con espinas, de las luces que se levantan en los sitios donde hay tesoros ocultos, de la tradición fatídica de sus genios, del poder del aire y de la luna, de los silbos que se responden en la noche, de la palabra del viento colorado de los llanos y del viento blanco de las cumbres en sus remolinos de nieve; las apariciones de la noche hablaban a ese oído y hablaba el silencio. Las manos en el telar estaban ellas en su saber alejado. Ladinas, en su mirada recogían la razón de la súplica o del maleficio. Tenían una bondad vegetal de enredaderas. Conocían la medicina de las enfermedades y los daños. Fueron un tiempo jóvenes y hubo albahacas en sus manos y sonrisas en sus ojos negros. Se pintaban las mejillas con la roja y delicada flor de sisapuca de sangre y de oro; llevaron aros de plata llamados caravanas en el lóbulo de sus orejas, y cuando los hijos salieron a rodear mundo y las hijas se fueron, quedaron solas en el rancho de piedra con los lagartos, el grillo y la chicharra; a sus maridos los llevó la guerra o un dolor de costado; quedaba alguno, venía con su carga de retama, con la cosecha del maduro ñuño rojo, de la melada achuma, sonantes las ojotas, con la novedad de haber visto la huella de la mula perdida o un halcón blanco o un

peligroso zorro colorado o haber oído cantar la chuña, que anuncia la lluvia. Es terrífica en alguna aldehuela del declinante norte del cerro la charla nocturna de las brujas santiagueñas que vienen volando de tan lejos a devorar las uvas; de los duraznos dejan solamente el carozo pegado a la rama; riense del despojo con provocadoras carcajadas. Una mirada mal intencionada podía «helar» una calabaza recién formada, un melón ya crecido, las frutas que empezaban a cuajar entre los pétalos. Vi una mujer en el callejón arenoso de Vichigasta borrar sus pasos y las señales donde había estado hablando. En los Algarrobos, ya muy entrado el monte, había una confusión de pisadas de los que fueron a la cosecha, colgaban hilos rojos y amarillos de un árbol, probablemente como ofrenda. Era un campo profundo y allí yo hubiera deseado quedarme a oír la tierra y los días. Esos viejos sabían mucho, mentaban el pozo airón, cada cosa les hablaba. Respondían a todo, desde lo que dice el grito de un pájaro hasta el secreto de una curación o de un daño. No discutían con el extraño; «así ha de ser», respondían, aunque no creyeran. Se cerraban como un arca. Alguno era rastreador. Iba con el ojo fijo mirando la orilla de una acequia, indagaba por qué se había movido un pedrusco y en el camino o en la hierba distinguía entre otras la huella más imperceptible. Sus ojos pasaban las distancias y veían en lo invisible. Quizá el pastor de cabras, que a la sombra de este peñasco escucho, sabe el don que está en su flauta de caña; modula, alejado; ningún poder maléfico vencerá la dulzura del sonido.

Al anochecer, en mis primeros meses de la escuela riojana, venía por una calle entre tupidos huertos de naranjos; en esa tiniebla de follajes, de vallados y de tapias, en la oscuridad, espantaban. Se oían voces engañadoras, ruidos que parecían

salir de bajo de la tierra, solía verse allí a la fantasma negra o a la fantasma blanca. No hacía diez años que la ciudad fue arruinada por un terremoto y mostraban todavía algunas viejas casas los restos de los muros, la oscuridad de las puertas donde crecían arbustos y enredaderas. Con valor despreocupado, en esa hora bella en que la noche recién venida penetra en los follajes, caminaba apresuradamente, cuando vi venir a mi encuentro una figura blanca, parecida a un perro que anduviera de costado; el miedo con sus brazos de plomo me hundía en la tierra; la fantasma blanca comenzó a detenerse, vino después resueltamente a mi encuentro; era una mujer, el vestigio negro levantado con una mano, dejaba visible la blanca enagua almidonada; «Chico, me dijo al verme, demonio ¿por qué quisiste asustarme?» Había personas que solían jugar al fantasma. Un claro de luna que pasaba por la lobreguez de los ramares creaba representaciones angustiosas. Muchas personas habían visto al duende, hombrecillo enano con un gran sombrero. Por los viejos pueblos, entre los vallejuelos y los riscos, este ser se convertía a veces en frecuentador de algunas casas; lo que se perdía se lo había llevado el duende. Las brujas tramaban algo. En procesos medievales de hechicería fui haciendo memoria de idénticos casos que oía siendo niño. Se hablaba de las brujas de Famatina, viejo pueblo que en la noche debe penetrar en el misterio de su silencio de serranías y de leyendas; los ruidos del viento, los gritos de las estriges, el paso de los animales en las tinieblas, crearían los innumerables temores que despiertan al que duerme. Las enfermedades, los disgustos, podían venir de una influencia maligna poderosa; de alguien que pasó de la pobreza a la abundancia se sospechaba que vendió el alma; se le veía orgulloso, con chapada montura, haciendo caracolear el fogoso caballo; una viejecita le ha-



bía llevado a medianoche a la cima de un cerro donde se celebró el pacto; no faltaba algún ocioso que amenazase con seguir el ejemplo; me pegaré de nuevo los botones para que los hilos no formen cruces, decía; se veía a las claras, aunque nadie le hiciese caso, que sabía modos de entrar en tratos con el diablo. Los cuentos de personas del campo, con apariciones de uturuncos, hombres que se convierten en tigres de noche, de un animal engañoso que en las tinieblas lleva el fulgor del carbunclo en la frente, de toros que echan fuego por las narices, de mulas condenadas que arrastran las riendas, de puertas que se abren al contacto de una mano espantosa, de seres desaparecidos que vuelven, erizan los cabellos, y quien relata también se espanta, renueva la pavora. A muchos de estos cuentos los encontré después con variantes en mis lecturas, pertenecen a la antigüedad de su origen. No se les puede negar realidad subjetiva a las apariciones. Una tía mía, muy animosa, en los desvelos de la enfermedad de mi abuela, al salir de noche al patio para ir a la cocina se hallaba acompañada por un extinto hermano; la sombra iba y volvía junto a ella; en el umbral se detenía, esperándola nuevamente. Esa convivencia en la casa, me llevó a escribir más tarde: «No están muertos los muertos si el corazón los ama». Esperan una oración, una memoria.

El miedo asalta al niño. Miedo de cruzar el patio en la noche, de una pieza sin luz, de quedarse solo, de un ruido. Los cuentos de espantos nocturnos estaban en todos los labios. Allí sale el diablo, allí te come el cuco, decían a los chicos como en todos los siglos, para asustarlos. Personas mayores se alucinaban con las apariciones. Algunos relatos tienen una sencillez conmovedor; seres del hogar que vuelven, sombras purísimas, a acompañar en la amargura. Golpes dados en la

cabecera de la cama de un amigo para decirle al despertarlo: «Te recomiendo mi hijo». Personas valerosas se sintieron desfallecer por una luz que dicen que se usó al lado de la cabalgadura acompañándoles en el viaje nocturno. La gente de hoy, perdida la simplicidad candorosa, ya no cree en las apariciones. La antigua que llegué a conocer, las veía porque las creaba y porque existe una posibilidad evocadora innegable. La impresión del reciente espanto va de boca en boca, sorprende en la infancia y se cree que una mano va a detenernos por la espalda en cualquier lugar sombrío. La edad escolar nos apartó de esos miedos. También se siente temor de cierta persona que viene por la oscuridad, que se mantiene inmóvil en la sombra, de un perro desconocido. El chico se tomaba de la mano de la madre y decía tengo miedo. ¿De quién tenía miedo? De una puerta oscura, de la sombra de un árbol.

Tendría doce años, me burlaba de las supersticiones y de los monstruos fabulosos, cuando estuve a punto de ser atrapado por un toro con cabeza de viejo de larga barba. Yo venía por un sendero abierto entre alfalfares y malvas en un potrero que estaba a una cuadra de la plaza. El sol del mediodía reverberaba en el aire azul y luminoso. Caminaba leyendo. Levanté los ojos, cerca de la terminación de la senda, al llegar al portillo, cuando vi el monstruo. Estaba con las piernas dobladas entre la hierba de la acequia, las barbas de su cabeza humana llegaban al suelo. Si yo hubiera intentado huir, en dos saltos me alcanzaba. No me daba la voz para gritar, flaqueaban mis rodillas. Me atraía esa mirada inmóvil. Fijé los ojos en el negro lomo. Era el arqueado tronco de una vieja planta de durazno cubierto de una enredadera llamada «loconte». Tantas veces había comido sus frutos; cuando miro en la memoria esa rota esquina de tapias por donde entraba el agua de riego, la veo con

maduros duraznos amarillos, alegría de los ojos.

Salamanca o salamanquesa, se llama a un saurio parecido al matuasto. Habita las cuevas y es temido superticiosamente. En las hondas grutas de la montaña la salamanquesa guarda los secretos diabólicos, parecida al basilisco que mata con la ponzoña de su mirada. La he visto, si no la confundí con algún lagarto del color de la piedra. La oí nombrar muchas veces. Tengo una vaga impresión del relato de quien, pernoctando solo, en el socavón de una mina abandonada, vio con espanto pasar por el fuego a la salamanquesa. No se quema, decía, le agrada para su frialdad, la llama. Entre los leños aún mojados, puestos a arder, los vapores se encienden y cruzan sus exhalaciones como sierpes de fuego, de allí se originó probablemente la leyenda, pensaba al ver en mi niñez de escolar estas alucinaciones de salamanquesas del fuego. Me sorprendí cuando al relatar un episodio de su infancia un artífice atrabiliario cuenta cómo su padre vio el rarísimo caso de un animalito en las brasas ardientes y le dio a él un cachete para que no olvidara la aparición de esa lagartija que era una salamanquesa «la cual no fue jamás vista por nadie de quien haya noticia segura». Nuestra salamanquesa era la famosa salamandra. La veo en el dibujo del Dioscórides, que anota Laguna, y la hallo idéntica. Busqué salamandra en Covarrubias; decía, «es nombre griego, es una especie de lagartija, que comúnmente llamamos salamanquesa, cuasi salamandresa». Hace cuatro siglos la disputa de si la salamanca se quema o no, dividía la opinión documentada. Salamandra y ave Fénix andaban juntas en el símbolo de la llama. Siguiendo la identificación del *stellio* antiguo y de la piedra estelión, encontré la figura del saurio apellidado gecko por el autor francés de la *Historia natural*, le llamaba «este lagarto funesto», y aunque yo entienda poco si a este



estelión se identifica con la salamanquesa, se parecía con el nombre de *gecko* a la lagartija verdosa, no dejó de sorprenderme el nombre con el *chelco*, pequeña salamanquesa de las piedras de mi tierra. ¿Qué analogía hay entre esta rara voz francesa de *gecko* con nuestro *chelco*? Cuántas veces, siendo niño, huí de un *chelco* que a la vez huía de mi paso. Formas oscuras de la vida de la tierra, filosofaban mansamente en la hendidura de una roca, en el tronco de la raíz de un árbol, al sol de las siestas, oyendo el imperceptible murmullo de la música tañida por los dedos del viento, habitantes a veces, de la tapia ruinoso, del umbral de la puerta caída, de la pirca indígena, abrigo de una generación extinguida.

Si el lagarto de color de piedra y tierra llamado *matuasto*, es venenoso, lo ignoro. Desde la grieta de un peñasco del cerro mira con fijos ojos en las siestas reverberantes; desde la hendidura de un árbol seco, tiene ese aspecto la madera envejecida; los hay pequeños que corren por la arena, entre las ramas, por las tapias. El *matuasto* ganó mala fama. Sólo suelta, al que muerde, cuando truena. Me parecía inverosímil que estuviera fijamente mordiendo tanto tiempo. Nadie dudaba que fuera cierto. A un tal don Felipe que vivía en Chañarmuyo lo había mordido y tuvieron que cortar al *matuasto* para arrancárselo; de no hacerlo así hubiera habido que esperar el trueno. Una simpatía misteriosa me acercaba a estos reptiles de las piedras de rápida carrera o de paciente mirada inmóvil. Pero cómo corrí y grité cuando me saltó al hombro hincándome el diente y no había sido *matuasto*, sino una ramita seca de aromo prendida con su espina punzadora.

Un *colcol* había caído del nido en la puerta de la iglesia, lo alumbraba la luz del atrio; era una masa de plumas erizadas y de chillidos; las mujeres se afligían por el agujero nada favora-

ble; temí en mi infancia a esta lechuza encrespada; supe al verla por qué se decía «cabeza de colcol», a las que llevaban revuelto el pelo. Volvíamos casi a media noche desde Malligasta. Desde el anca del caballo veía una luz penetrante que se posaba en la senda. Era el atajacamino. Lo vi en las madrugadas por los senderos de las sierras, su luz insomne se inmovilizaba, fascinante. En los relatos de viajes nocturnos se mencionaba el atajacamino que espantaba a la cabalgadura. Quizá esta ave, con sus dos diamantes encendidos, que quería detener al viajero, colocándose siempre adelante, traía el temor de las tinieblas. Cuando me aventuré, a la siesta, por el campo oía el ucultuco bajo la tierra; esta especie de topo, poblaba el silencio de un rumor isócrono. Un suave silbido denunciaba la presencia de una perdiz. Perdices misteriosas, conocí sus bebederos. Las crecientes del cerro, se remansaban en huecos de arcilla, al pie de escarpadas barrancas de arenisca pedregosa; allí duraba el agua. Un agua profunda, donde llegarían de noche quizá un venado, un asno salvaje, un guanaco. El zorzal daba al aire un silbido tan fino que recogía la soledad primera de las piedras y del árbol. Nada hay tan lejano como el andar por este escalonamiento caótico de colinas. Parece que sólo allí está el ser de las cosas. El mundo está allí con un idioma traído por el viento y el silbo del pájaro. Al mirar el agua de las cuevas me dijo un hombre del cerro: «Bajo esta agua había palacios encantados. Ahora no se los ve. Aquí se unían en un solo río, dos manantiales que bajaban de esas quebradas, con aguas perennes de cristal tan limpio que se veía el oro y las piedras esmeraldas. Mis abuelos más remotos nacieron de ese río. Ya las fuentes están secas». Una perdiz de las sierras vigilaba las grutas donde aun moraba el agua de las lluvias. El hombre le imitaba el silbo. Creí que fuera de los

que se dice que tienen pacto con el diablo. Lo llaman de noche en las colinas desiertas y disfrutan de dones maléficos, de riquezas incalculables. No tenía esos tratos porque nada necesitaba. Mirándolo se pensaba que descendía del agua. Era un sobreviviente de los hijos de los manantiales sumergidos.



## ANDANZAS

Mis salidas al seguir el agua de la acequia llegaban hasta el sauce álamo. Cerca del sauce crecía un viejo saúco de ramas quebrajosas y un granado. El dueño del árbol, su genio guardián, ofrecía sus ramas innumerables para el pesebre de Navidad que hacíamos en casa. Las lanceadas hojas tiernas tenían el olor del estío. Llevábamos las ramas como una movible selva. El árbol, cada año más alto, veía posarse en sus flexibles cimas a los benteveos llamados también bicho feo, o cristofué, o tistejuelo, con algazaras sonoras. Más ancho mundo conocí al llegar a la dilatada torrentera pedregosa, al pasar como a otro país por el declive de la colina de la Puntilla o al internarme hasta su repentino término entre enormes peñascos con cardones y chaguares. Se bajaba precipitadamente, uno corría y ya estaba, el cauce del arroyo. Había un bosquecillo de chilcas, de algarrobos, de retamas; las piedras mojadas por el agua verdeaban, una lama casi amarilla ondulaba entre las raíces descubiertas. Una bandada de loros pasaba por los cerros. Una cotorra conversaba en un árbol, invisible por su color idéntico al de las hojas. El pájaro carpintero trepaba por los troncos,

picoteaba la corteza, ágil, lo oía al volarse, en arbolillos de amarillas ramas, de raras hojas menudas que poblaban las colinas. Islas de carrizales, llamados cortaderas, de filosas hojas, daban su penacho blanco. Un escarabajo, el torito, caminaba por la arena. Había visto en las estampas un extraño caballo blanco con un cuerno en la frente, el unicornio. El torito era un pequeño unicornio negro. La tijereta, golondrina de doble cola, pasó rozando el agua. No, no era una piedra, era una pequeña tortuga casi humana, o mejor dicho, materia animada y meditabunda. Oí el grito del chiviro, pájaro que rara vez escucho y que trae yo no sé qué amado mensaje de soledad de los bosques. La urraca con su copete observaba. Pasando el agua se espaciaba el río seco. Cuando crece con las lluvias, su ruido imponente atruena el valle. ¡Cuántas veces vi los brazos, los torsos, las cabelleras de sus ondas de color de greda, agua furiosa, irresistible! Siguiendo la colina hacia el oriente, las piedras del río seco, estaban amarilleando con el *quillay*, arbusto que según los botánicos se llama «espina de corona». Al pasar la caudalosa acequia por la hilera de piedras descansábamos en la frescura de la sombra de enormes algarrobos. La cuesta oriental de la colina terminaba con un hendido peñasco que casi cerraba el camino. Entre ese peñasco crecía una planta de redondas hojas verdes, llamada «pata» y un cedrón silvestre. Suelo todavía buscar su aroma en mis manos. Estaban más allá las viñas, los huertos, las amistades; casas antiguas, muros de piedra, tinajas rojas entre el denso follaje; esos huertos, mirados con ojo de niño, eran un mundo maravilloso detrás de los cerritos. Por lo que recuerdo unía una cariñosa fraternidad a la gente. Se entraba por las callejas de jarilla, de espinillos, de tapias cubiertas por el melón del zorro, por los vástagos de viñas, por las higueras, por las ramas

con ya crecidos frutos granados, por el verdor tan fino de los perales, asomaban por los portillos de las acequias y por los cercos, los hinojales, los espárragos silvestres de semillas rojas como uvas, las calabazas que colgaban con sus guías del algarrobo, del duraznero, el escaramujo o rosal silvestre con su flor y sus bayas, el jazmín de Jujuy o azucena del bosque, de grandes flores blancas, mágicamente bellas, las malvarrosas, con sonrojo de mejillas y sonrisas, las campanillas o suspiros, ajadas en donde daba el sol, abiertas todavía en la fresca húmeda de las mañanas. Los patios ostentaban la camelia, los jazmines, la yuca, de racimos blancos, el conejito, la achira, el brinco, los tréboles de olor, la espuela de caballero, la capuchina. Matas de orégano, de cilantro, corimbo de perejil, plantas de anís, los ajíes, se mezclaban en la huerta a la borraje con su flor azul y sus hojas velludas, a la menta, al paico, a la ruda de flor amarilla, en la humedad de las paredes labraba sus hojuelas la doradilla de los cerros que me deslumbraban; por entre ruinosas tapias asomaban juveniles las adelfas o laureles rosas, cuyo veneno se temía. Laureles rosas de San Miguel, de Malligasta, era un solo ramo gigantesco de flores rojas; las había blancas. En los boscajes la cidra, como un gran limón amarillo, se unía a la tusca, al plumerillo en flor con sus rígidos pelos morados donde brillaba un destello de polen, al laurel de tupido follaje, árbol nunca tocado por el rayo, al que en toda la vida me acercaría un respeto religioso. Salíamos de las viñas cubierta la ropa por el amor seco, saetillas negruzcas de espigas adherentes. En los días de otoño volvía a una huerta que avanzaba en el pedregal del río, a esa espesa selva de hojarasca luminosa; los árboles estaban desnudos, en lo alto de una rama había un gran membrillo maduro. El contraste de las estaciones me impresionó hondamente.



El ojo del niño es fino. Tiene el niño un reino de frutas todavía verdes. Va y viene, mira. Los botoncillos del racimo se convierten en un blanquecino ramo de leve flores de ligero y delicioso aroma; ya las uvas están formadas; empiezan a soltar la caperucita del cáliz. Crecen lentamente los racimos, adquieren tamaño; se amontonan en los vástagos, los cargan con su denso peso. Un rayo de luz penetra en algún grano y le da apariencia de estar maduro. Diciembre avanza. No, no es ilusión; aquel grano ya quiere pintar. Llegamos a palparlo. El descubrimiento, tan grande, se resiste a mantenerse en secreto, asoma a los labios, impetuoso. Al otro día contamos dos, tres granos pintones. Los racimos verdes empiezan a negrear; las uvas blancas se vuelven suaves y traslúcidas. El verano madura también como un racimo.

## COLORES Y OFICIOS

Levantándome con la punta de los pies, las manos en el mostrador, miraba aquellos grandes frascos azules, blancos, rojos, verdes, amarillos, de la botica. Fue el primer poema compuesto de innumerables estrofas de color brillante donde se guardaban misteriosas esencias que contemplaba. La edad me enseñó a leer y deletreaba en la leyenda de los recipientes: regaliz, vinagre aromático, canela, zarzaparrilla, yodo, láudano, alcaparrosa, ipecacuana, áloe, quina, orozuz, tragacanto, jengibre, estoraque, mostaza, árnica. El boticario confeccionaba en el almirez las pomadas; combinaba en las medidas los colirios y raras pociones. Recetaba la miel rosada, el agua de azahar, el bálsamo aromático. Con sobriedad de castellano nombraba simples extraños y daba nombres que parecían talismanes. Colgaban de las paredes cuadros murales con la figura del ave fénix en un lecho de llamas, con regocijados rostros de niños, con fuentes de agua de Juvencia. En un lugar de los estantes lucían tras los vidrios los medicamentos preciosos, las píldoras, las drogas finamente guardadas, los específicos, los perfumes codiciados; ese lugar se llamaba ojo de boti-

cario. En la alta acera con cordón de piedra, atados a las argollas, había un asno, un caballo, a la sombra de un terebinto. La gente lejana acudía también a la botica desde el campo en busca de remedios, del agua olorosa, de la harina de lino, del aceite alcanforado. En cucuruchos solía vendernos los confites rosados, las pastillas. Comprábamos más, sin temor a equivocaciones, estas golosinas en las tiendas, atrayentes por la modernidad de sus bellos nombres, donde las guardaban igualmente, en transparentes frascos. Ciertos confites llevaban en el interior un papelito con una copla, las encontré después reunidas en un cancionero repetidamente impreso de donde de nuevo se esparcían para asentarse en tantos labios. Estas coplas que todos querían aprender, nos daban más contento que la dulzura de la pasta que las cubría. Con el nuevo año llegaban a la botica los almanaques; los había de diversas clases y procedencia, traían el año astronómico, poesías, cuentos, alguno el libro de los sueños, el lenguaje de las flores, el horóscopo de las personas por el mes del nacimiento, entre la propaganda de las medicinas.

Es necesario gustar siendo niño de la belleza de las telas, de la inquietud cambiante de sus colores, de la suavidad de su roce, de sus destellos en la luz cegadora del mediodía, deleitarse con sus dibujos, con sus cuadros, con sus pintas, con el estremecimiento de agua que ondula por la seda y por el raso, por el apretado musgo de los terciopelos y la pana; bandadas de primavera, daban sus alas al aire, el nansú, la cretona, la muselina, el holán, la batista, el linón, la percalina; venía la ilusión con las fiestas y los trajes, se vestía de alamares, de abalorios, de pasamanos, lucían los puños de albanillo, la manga boba en el gracioso brazo; el chal de cachemira, la mantilla y el velo, las blondas, las randas, las puntillas, las gasas, los tules,



las cintas, se exaltaban en las mañanas luminosas, en las penumbras de la tarde; la suavidad pesada de los flecos, el pañuelo de espuma, de hilo crujiente, acariciaban las manos; los abanicos con mariposas y una flora extraña, daban su olor de sándalo y de aromas suspirados. Las tiendas tenían el prestigio de los colores de las telas. El bramante, el percal, el satén, se confundían con las sombras y los colores del día. Al abrirse los tejidos por el mostrador, al caer al trasluz desde el brazo, se desarrollaban paisajes y fiestas de mis ojos. Había una heredada tienda, la más antigua, casi oculta en apartada calle de nogales. El buen paño en el arca se vende, decía su dueño. Tenía sedas, espumillas, encajes, resplandecientes restos de otros años; el avaro dueño era muy viejo; añoraba tiempos mejores. Esta seda ultramarina que pasó la cordillera, no es para aros de huairuro, le oí decir, se guarda para el oro y el rocío de diamantes. Se le creía «idioso», es decir, atrabiliario, con ciertos días de lunático. Poseía viñas de sus bisabuelos y la leyenda de los vanos intentos de sus padres para darle educación esmerada. Estaba por terminar con la tienda: «vivo más en los majuelos», contestaba al preguntársele por qué no la había abierto. Mi tía y una muchacha veían la seda, la muselina. Probablemente discutieron. «Suyos son los ojos y míos los olmos» respondía. Crecieron los años. Lucían las telas en la gracia adorable de sus dueñas. Se vestían los días de lumbre y de encajes. Me oí componiendo un final de villancico: «Dios me dio los ojos, para ver los olmos».

En la casa heredada y después perdida, de elevada acera en el declive de la calle, se dedicaba a la carpintería aquel hidalgo envejecido. Corría el cepillo por el listón de madera ajustado en el torno, y las cintillas blancas como libertadas se enrosocaban, caían; la madera en la mano apoyándola, con ojo seguro,

labraba los biseles, los cortes delicados, la cabal justeza de las ensambladuras; trabajaban los barrenos, el berbiquí, al que llegué por su indicación a ajustar un taladro, no cedían los serruchos a la dureza de los nudos, la azuela desbastaba con justedad acostumbrada, mostraban su pericia las limas, el formón, las escuadras, los gruesos lápices, los cartones geoméricamente cortados; en un fuerte olor a madera, a cola podrida, el aserrín se doraba con el sol que entraba por las puertas. Yo iba a la carpintería para que encolara el marco de mi pizarra escolar o un trompo partido, para verlo trabajar con los clavos en la boca y el martillo en la mano. «No hay oficio más noble, me decía, que el de carpintero»; su capacidad no pasaba, por lo que supe después por experiencia, de la construcción de mesas, sillas de cuero con clavazón de cobre o de plata, ventanas y puertas; por el peligro de las herramientas y su peso no llegué a manejarlas; en mi casa había un serrucho, martillos y mi taller de carpintero llegó a fabricar pequeñas cajas con bisagras de suela; algo aprendí de esta labor de lima en los ángulos, en las curvas, en el ajuste de una tabla; cuando fui ya joven de doce años a la escuela riojana, cerca de donde vivíamos había un taller de carpintería de un florentino amigo de mi padre; selvas de calados, de molduras, colgaban de las paredes; aparadores, cómodas, roperos, se diseñaban en los arzones. Maderas lustradas, papel de lija, líquidos en grandes frascos, pinceles, cincelados, dibujos en duros maderos; miraba con curiosidad las obras que entraban en los límites de la perfección, las brillantes ramificaciones de los ojos de las tablas; la intimidad del árbol convertido en mueble. Un día que le llamaba carpintero, la señora que estaba presente en esa breve oficina de trabajo, tan llena de objetos, me dijo: «don Pascual no es carpintero, es ebanista». Obras de sus manos

estaban visibles a mis ojos en el transcurso del hogar provinciano, guardaban con la realidad de otro momento un esplendor perdido; salvadas, se fueron cuando quiénes las conservaban dejaron de mirar el aire donde dibujaba la memoria.

En mi recuerdo de las primeras palabras oídas está el del platero. Sería una especie de mago. De sus manos brotaban los candeleros de plata, los mates de plata con sus pies y sus asas, decorados, a veces, hasta convertirlos en pólipos de encajes, con sus bocas labradas con oro, los anillos, la suntuosidad de un salero, de una aceitera, un vaso, un jarro, un broche, los adornos de un freno. Oía comentar las obras de estos artífices. Uno de ellos casi no trabajaba porque estaba muy viejo y apenas veía. Su hijo, tan renombrado, no aceptaba indicaciones de nuevos gustos, seguía su arte y era caprichoso, había que llegar en un buen momento; le traían encargos de lejanos lugares, aquel otro demoraba los trabajos, quería hacerlos con esmero; alguno tenía abandonado el oficio y sólo la persuasión amistosa lo hacía volver a su costumbre, nacía de sus manos una joya, una flor de cinco pétalos; estaba trabajando los dorados rayos de sol de una custodia. Del cerro brotaba la plata y el platero le daba forma, la sometía al fuego, al martillo y a la lima. Oficio generalmente heredado de tradición indígena y española el suyo, tenía un singular prestigio. En la historia confusa de lo que uno oía en la casa se hablaba de cómo habiéndose perdido parte de una alhaja que debía ser entregada al otro día para el manto de la Virgen, fueron pasada la medianoche a despertar al platero que la hizo en la madrugada tan perfecta que al encontrarse la que creían definitivamente desaparecida era idéntica; tragedia minúscula, donde la voluntad del artífice traía la salvación en la angustia desesperada. Cuando íbamos por la calle larga que termina en el río



de San Miguel, me adelantaba corriendo y me trepaba en una piedra grande que había en la esquina puesta quizá para defender el ángulo de la pirca altísima de los embates de las crecientes. Le daba sombra entre las ramas de los poleos un algarrrobo enrojecido por el muérdago. Desde allí miraba la casa de un platero, hecha de adobe blanqueado, como se mira la cueva donde hay un genio dueño de fabulosos tesoros; se veía por la puerta la mesa, los tornos, el pequeño yunque, un fuelle, botellas con líquidos, ollas negras, que le servirían de crisoles, algún objeto de plata brillante. Quise tener mi taller de platero. Una masa de harina se convirtió en metal maleable. Usaba también la miga de pan; las figurillas se resquebrajaban al secarse. Pensé en fabricar cántaros de arcilla. La arrancaba en pedazos cuadrados del sedimento que quedaba en el lecho seco del río, después de las crecientes. Cargados en asnos, ofrecía el alfarero los cántaros. La greda roja de los cántaros, atados a los dos costados del asno sobre una árgana de madera, brillaba, derretida a veces en los bordes, con sus grandes bocas y asideros apenas labrados, como dos orejas. Ofrecía los cántaros comunes y los más trabajados que servían de filtro. Del filtro caía constantemente una gota de agua en el recipiente de greda. De mañana amanecía lleno. Se traía el agua de la acequia al anochecer y se llenaban los cántaros. A veces el agua venía oscura después de las lluvias por las avenidas de los cerros. Había que decantarla. Las impetuosas crecientes volcaban el caudal del agua de la quebrada por el declive del antiguo cauce, los campos lejanos que la perdieron la veían volver rescatada por su lecho de boscosos barrancos, sorbida con júbilo por la arena y las raíces, blanda en las resquebraduras de la impregnada greda, ignota en sus postreros refugios donde la aguardaban los venados y los jabalíes monteses. Quedaba sin

agua el pueblo y las aldeas agrícolas. Llegaban al otro día los hombres de los viñedos y los huertos a recobrarla, al paso de sus mulas, con las azadas, palas, picos, hachas, detrás de la montura. Era un pequeño ejército en marcha a la puerta de la quebrada. Debía remover los montes de arena y de piedra formados por el aluvión sobre las compuertas. Solían detenerse en la plaza a reunir más gente. Se oía la orden de partida. Vivían del agua escasa que alimentaba sus viñas y sus huertas, esos trabajadores de las tierras ávidas de riego.

Pasando por la acera empedrada del talabartero, con caballos de monturas con guarniciones de metal labrado, atados por las riendas a los postes y algunos con maneas, al doblar por el corral de la mensajería para ir hacia el algarrobo grande de las hilanderas, miraba al lomillero en el pilar del corredor descubierto, trenzando un lazo; colgaban de las vigas del techo cabezadas, viejos frenos, correas, pretales desusados. Breve la barba de casi amarillentas canas, la nariz aquilina, los ojos contraídos, «algo gané en los tiempos de mucho trabajo, le oí decir; puse la confianza de la mejora en un conocido que viajaba con su tropa de mulas; no he de mentar su nombre por no ofender a sus parientes honrados; vendió a peso de oro la mercancía a los arrieros sanjuaninos, se guardó los soles de plata, aseguró que fue salteado en la cueva de Los Colorados; el hombre lleva un demonio escondido, no se sabe como va a dar, traidoramente, el paso; tiene cara para negar una deuda; mejores nos hicieron, no es villano el de la villa; el lazo negro de lejos me lo veo». Golpeando su polvoroso guardamonte de cuero, sujetó las riendas el jinete que llegaba de la travesía; pidió que le cosiera una cincha rota.

El albañil extendía el barro y al colocar los adobes según el cordel, observaba la verticalidad de la pared creciente con la

plomada. Se parecía a los pesos de bronce del viejo reloj de la sala. Ese don de la plomada de ser infalible, de decir «va bien», o «hay que correr este adobe», me inquietaba. No supo el albañil darme una explicación muy clara; me dijo que servía para guiarlo, indicándole si la pared estaba derecha o inclinada. Tenía en mis manos ese rústico cilindro de plomo colgado de un hilo y lo aplicaba a los muros, a los árboles, a los muebles.

Alguien, agregó, que señalaba el centro de la tierra. Leí después en unos versos que Dios echó el cimiento del mundo «tan a nivel y plomo». Conocía también el nivel con su móvil burbuja de aire en el agua, en la carpintería y en construcción de las paredes. Estos instrumentos tan simples eran maestros que no trabajaban; se ocupaban en indicar únicamente la justeza horizontal o vertical de una obra. El universo fue el primero en construirse con el nivel y la plomada. Toda obra humana que aspire a la duración tenía que sujetarse a la ley de estos instrumentos y ser, en su estructura, miniatura del universo. Nuestras palabras, nuestros actos debían también regirse por esta norma. La plomada sola no bastaba. Para manejarla bien se requería tener una mirada experta. De todos modos, señala el centro de la tierra cuando está quieta. Y si se la inquieta llegará a extraviarnos momentáneamente hasta volver a su ley insobornable, la universal rectitud, norma de la conducta.

Tenía el enjuto rostro blanco y la escasa barba blanca. En un asentadero de piedra del umbral del patio, ante una mesa, aprovechaba la tarde limando el asta que convertía en peines, en cucharas; sólo el naranjo hablaba con el ruido del huésped que buscaba acomodo para pasar la noche; a veces había tumulto; le decía a la vieja mujer, «le quieren quitar la rama».



Probablemente el pájaro venía a dormir en el mismo sitio y se encontraba con otro que se lo había usurpado, cuando había tantos lugares en el naranjo para elegir cómodamente albergue. Según oí, este anciano, que también hacía cola de pegar y jabón llamado de vaca, había andado en muchos pueblos, participó en hechos ejemplares, estuvo en defensa del oprimido en guerras, alguno aseguraba haber visto en más de una memoria su elogio. Se afirmaba que se escribía en otro tiempo con personas famosas que lo habían llamado. La casa era de tapial de tierra, muy agujereado por los abejones. Una pieza honda, se fue comiendo el suelo con el barrido, una galería breve, sostenida por soportes de algarrobo con enredaderas de granadilla y de justicia; pendían calabazas secas, astas, garabatos de hierro. En una alacena vi papeles, el lomo de una encuadernación de pergamino; una redoma guardaba arenilla para enjugar la hoja escrita; de creer a la opinión, por su carácter reconcentrado no le agradaba conversar con nadie. Le llevé una pizarra para que le encolase el marco. Estaba limando una matraca a la que hacía sonar dándole vueltas. Quizá le encarecí que la quería con urgencia. Dijo una frase, sonriéndose, que en otro labio descubrí que sería: «quien todo abarca, poco ata», porque añadió la anciana, que no podía hacer muchas cosas al mismo tiempo, que hay que poner la cola en baño de María. Estuve no sé cómo un momento en su casa una noche. La vela se consumía en la palmatoria dando grandes aletazos. Corrió a apagarla. «No se puede dejar que la mecha llegue a quemarse en el sebo derretido, este final es muy triste», decía. Le llamaban el viejo del árbol, por un gran algarrobo antiguo que extendía sus ramas retorcidas sobre el humilde techo de su casa. Se me olvidó su nombre. Cuando pude indagar acerca de él en mi mocedad, ya no existía, y pensando en otras

cosas no volví a recordarlo. También conocí a otras personas notables por su saber y su esfuerzo que después de haber peregrinado y construido, sin pensar en el provecho propio, volvieron al umbral nativo a trabajar en su vejez en el dulce olvido de un oficio que les daba el sustento en la pobreza, galardón de sus años.

Don Belisario, mi maestro de primer grado, tenía una imprenta. En las horas de ocio que dejaba el doble turno escolar componía. Yo penetraba en la imprenta, ignorante de la tipografía del ancla y del delfín. Cuando veo la prensa en los antiguos grabados, pienso en la diminuta oficina donde el maestro armaba pacientemente las galeras, en las gastadas cajas; la impresión recargada de tinta, quizá del negro de humo, que advertía en las mojadas pruebas me explicó el sentido de una frase que leí en un viejo libro sacado, por su autor, «del humo de la prensa a la luz del mundo».

El agua caía con estruendo al mover las ruedas y por una boca profunda salía espumosa para correr a reunirse nuevamente con el río; los altos muros del molino se alzaban entre las viñas rodeadas de paredes de piedras y de cercas, casi todas de rosas trepadoras, de añosos troncos: el ruido del agua y de las muelas de piedra, de las correas y la cítola, del trigo que venía por canalejas de madera al caer de las tolvas, me amedrentaba; un polvo sutil y oloroso de harina parecía salir por las ventanas donde con la luz del sol se volvía una movediza niebla. En la espaciosa plazoleta, frente al molino, estaban las acémilas que venían con el trigo en grandes costales de gruesas telas ejidas, a la manera antigua, con hilos rojos y amarillos; estas acémilas, casi todas asnos, llegaban de lejos, llevaban de vuelta la harina blanca, la harina oscura, con que se hacía el pan llamado cemita, y el afrecho. Subiendo por las

escaleras del molino se entraba en la huerta donde había tres grandes castaños con sus frutos de abiertos erizos. Los molinos de agua atraían gentes remotas que llegaban con sus cargas y pagaban la maquila. Soltaban a pacer los animales y se retiraban a dormir en las noches de verano, en la quebrada de las colinas. Ya no era niño cuando venía con un amigo en la claridad de la luna llena, por el camino del cerrito de la Puntilla, admirando las cumbres y los cardones en el silencio luminoso. El cerrito se ahonda por una ancha torrentera donde queda un breve vallejuelo arenoso. Trepando desde esa hondonada se encuentra un gran peñasco con un portillo en su base, por allí lograron esconderse, me contaba mi tía mayor, cuando eran chicas, de una montonera que estaba invadiendo el pueblo. En el vallejuelo arenoso, vi esa noche de luna el más espantable monstruo, una piel como caparazón gigantesco lo cubría; sacaba al aire quizá una docena de movibles patas y un ojo destellante brillaba, fijo; gruñía con una especie de carraspera. Mi compañero y yo pasamos cerca, sin decirnos nada, ocultando el miedo. Pacíficos y buenos hombres que habían traído la cosecha a la molienda dormían vestidos puesta la cabeza bajo un cuero apoyado en las piedras para que no les molestara o hechizara la luna y quedaban con las piernas afuera; una botella de agua en la luz parecía un ojo encendido.

La nueva y rica veta de oro era posibilidad esperada en el famoso cerro. Los cateadores conocían, por el color de las piedras, la mina. Los yacimientos quedaban en las entrañas lejanas de las rocas, en las alturas de la nieve. Oía los relatos de esa vida extraña, del agua que brotaba de los socavones, del trabajo de los apires, pirquineros, barreteros, de los peligros de los caminos por los precipicios y las pendientes. Había personas que tenían prósperas minas en los cerros; un paso más y la



fortuna podía convertirlos en señores poderosos, la fortuna que se complacía en atraerlos dibujando castillos imaginarios; les daba el bien mayor la esperanza. Allí gastó sus años y la experiencia de sus viajes don Gaudencio; extrajo la plata en piña, el rosicler, el oro, el cobre sulfúreo, el alumbre de pluma, la malaquita; retirado y pobre vivía entre las paredes y los cántaros de barro y el retorcido tronco de las viñas en la antiquísima casa del pedregoso hueco del cerrito; viejo, alto, de escondido ascetismo, repentino en la agudeza, algunos actos lo delataban por trastornado, aunque cualquier extranjero que con él hablaba le tenía por sabio de refinada cordura; en su trato mostraba una distante cortesía, igual con todos; ceñidas las pantuflas de cuero, con bastón de olivo y una calabaza llena de agua -de allí también que se le llamara loco- andaba por los campos días y aun semanas. Las piedras minerales mostraban su sorprendente brillo, traídas de las minas, se guardaban algunas sin ser trituradas, como joyas y preciados adornos. En las torrenteras secas, en las hondonadas se veían rastros áureos, brillaban las sutiles engañosas laminillas de una «lis de oro», al tocarla se confundía con la arena.

En la ascendente quebrada, entre sucesivas cumbres y lomas de cambiantes colores, descendía el río de agua pura en el secreto de los peñascos y los árboles. Estaba una voz nuestra en el rumor de la soledad encontrada. El cerro brama de noche, me dijeron. Desde niño oía hablar de los ruidos de los cerros. De lejos me señalaban «el cerro manchado», la figura de un toro que se recostaba en la cumbre del Velasco, se mencionaban piedras pintadas, los penitentes de rígidas túnicas, los castillos, obra del tiempo en la arcilla roja; las receladas cuevas; las casas de piedra de los caminos habitadas por el silencio; paredones de pircas ruinosas; restos de viejos pozos;

al pie de los cerros los morteros trabajados en la roca donde las tribus molían el maíz. También me sentaba yo en estas grandes mesas de granito con sus hoyos, a la sombra de los peñascos, donde aún quedaba un resto de lluvia; allí, la charla de aquellas mujeres de la tierra se mezclaría al rumor del río y las cigarras. Los chingolos llegarían hasta posarse en sus manos atraídos por el afrecho. En las mañanas fragantes de arbustos campesinos el canto de los chingolos aún hallaba oídos en los árboles y en las piedras. Les llamaban chuschines. Caminaban familiarmente, breve el copete y rítmico el meneo de la cola. El granito sólo podía ofrecerles ahora la gota de agua que guardó para ellos de la lluvia de los otros días. Entre la bruma del sol naciente, vi una mujer que bajaba una artesa de madera con agua, del techo de un rancho. Pensé que la colocaba allí para ofrecerla a los moradores de la noche. Era «agua serena», a la que el rocío comunicaba virtudes misteriosas. Tal medicamento se hacía con este cristal tocado por los dedos mágicos del aire que venía de las serranías y de los astros. En las escondidas noches de la niñez inspirada, también yo puse mis estrofas al sereno para que las tocara la tiniebla con su cabellera errante de airecillos y de cósmicos mensajes.





## LA HUERTA

Ya casi en su vejez pensó en tener una huerta. Disponía de un breve terreno pedregoso en la orilla de una torrentera seca. Había que defenderla de las crecientes. Hizo el primitivo resguardo con las rocas de la heredad. La tierra era arenosa, reseca, desnivelada. Consiguió su parte de agua. Había que regar de noche, cada veinte días. Alguna lluvia ayudaba el crecimiento de los frutos. Las eras, las acequias vieron brotar el verdor de la hierbabuena, de la menta. Los acodos de viña largaron los verdes pámpanos. Ya algunos ostentaban los racimos en cierne. Los duraznos dieron sus primeras flores; delicada, la primavera tuvo allí su fiesta exigua, suficiente para anunciar el estío, generosa. En alguna rama de algarrobo daba la cigarra su canto estridente. La casa alzó sus paredes. La pobre casa con sus madre selvas. Por la acera pasaba el agua y crecían las acacias. Sombra movediza en las mañanas de sol entre la brisa de los cerros. ¡Que bien sabe el sosiego de disfrutar el aire sentado a la puerta cuando empieza el sol a encender el mediodía! Se llegaba al verse renacer en los retoños ya brotados, al asombro y al contento. La humilde mesa, las sillas de estera,

ofrecían su descanso a la fatiga. A los pocos años se embosquecieron los árboles y formaban umbrías colmadas de hojas, de racimos, de madurez deliciosa. El nogal creció con pasos de gigante. Un olivo quería invadir el sitio escaso. Mira, me decía el viejo tío: yo trabajé en los cerros, hice largos viajes en carretas y a lomo de mula, atravesé las cuevas, penetré en los imponentes bosques del norte que hoy ya no existen; supe de sed en las travesías, leía cuanto pude, fui pobre y a veces la fortuna me colmó la mano, gané y perdí; tú me conociste cuando ya no era joven. Encontré en los manantiales de un vallejo remoto del Ancasti un anciano que veía transcurrir el tiempo, conforme, en su huerto de higueras y membrillo; la vida escondida le infundía una transparencia donde otra luz le daba el ser de la íntima realidad; dueño del día que impele, de la quieta oscuridad nocturna, su vida llevaba el saber que continuamente recuerda y conquista espacios de reunión perenne; parecía que la existencia no lo hubiera herido, aunque en sus ojos la sensible dulzura mostraba no desconocer ni la propia ni la extraña pena. En la penumbra de la tarde el último silbo del ave pedía oído a la hora detenida, cuando después de haber andado retornamos a un sitio nuestro. No sé por qué felicidad logré adquirir estas cuatro piedras peladas.

Mira ahora el huerto. Casi puedo decir que me sustenta siendo tan chico, tan escasa el agua y perseguido a veces por el granizo. El granizo es el peor flagelo. Empieza la madurez de la fruta, atruena una nube que viene de lejos y ya todo ha caído, apenas ver en el suelo la esperanza de tanta fatiga. Pero la naturaleza se rehace. No pierdas nunca el valor, crece la hierba en la ruina y da flor el árbol combatido. Ama la tierra. No te importe lo que digan si obras bien. El labio dice por decir lo que se le antoja. Quien será más generosa que la tierra regada

y trabajada. Mira. Las plantas de tomate ya no resistían la carga de las pomas maduras, nuevas, en flor; los guisantes soltaban innumerables vainas verdes; crespas lechugas gozaban del sol y de la humedad donde crecía el musgo al lado del pozo.

Era un ancho pozo de claras aguas. Las calabazas pendían de un aroma caprichosas, alargadas, torcidas, algunas aun pequeñas.

Me mostró el melonar, los melones fragantes, algunos recién nacidos, diminutas joyas. Sandías jaspeadas, crecidas. Esta es mi obra y la obra de mi mujer y de este niño. Los demás volaron del nido. Trabajamos el huerto. Regamos en las mañanas con el agua del pozo que algo nos dura. Un olor a albahacas brotaba al roce de mi mano. Crecían los membrillos aún con su tenue pelusilla. Me ofrecía los frutos mejores; los higos morados, uvas ya dulces. No busques renombre ni poder, me dijo. Mira este racimo de moscatel. Era inmenso y empezaba a dorarse. Las naranjas estaban verdes, lucientes. En el limón los pomos de oro se mezclaban a los azahares. Pasaba un abejorro. Cantaba un chingolo. Un chingolo en el tala. Brotaba el canto en el azul profundo.





## FIGURAS

Brotaba con un suspiro la palabra triste, la queja del desamor, de la ausencia, del ansia. Era de oír lo que decía una pobre mujer del esplendor de su mocedad, de los joyeles cincelados, de la imaginería de los relieves, de la alhajas perdidas con la plata labrada, de los arcones argénteos. «Nada es mentira», respondía mi abuela, conocí a tus padres. Venía de lejos; en setenta años se malbarató lo heredado y el trabajo de sus manos fue al viento. Una pura humanidad nacía de sus labios. No perdía la fe en el trabajo que la sustentaba. Hablaba mansamente. La existencia diaria mostraba su faz, descubierta. Sentencias sabias, reflexiones maduradas en la noche, presentimientos que se cumplieron, se unían a las minucias cotidianas. Hondo es el ser cuando se escucha y habla al pecho amigo en las congojas con la mirada puesta en la condición humana. No ha perdido todo si halla una piedra que le da asiento para mirar la tarde. Oía un llanto en la noche. Venía ese llanto afligido y suplicante. Una «niña», ya nevada la cabeza, fue a buscar consejo y desahogo. Estaban por pleitarle la parcela que le quedaba de la herencia de los padres. Quiso

Dios que así no fuera. Eso de expresar con voz no tocada de artificio, en ingenua espontaneidad de sentimientos, los estados del alma, nace de la delicadeza de los huertos y los campos. Las generaciones laboriosas, afinadas por un instinto secreto de perfección y de fidelidad en la familia, se transmiten el interior tesoro, la nobleza intachable. Oscuros rostros muestra a veces el hombre. El interés le trastorna, un olvido de la gratitud le cierra los oídos.

Goza el fausto, sin ver que quien le crió y le dio no tiene nada.

Desconoce la ley de la universal piedad, no escucha el gemido oculto en un silencio dignamente despreocupado.

Era época de astrónomos, los almanaques llegados con el año nuevo pronosticaban las lluvias, las sequías, los vientos, los temblores, los eclipses, los cometas; daban las fases de la luna, la salida del sol, la visibilidad de los planetas. Por no sé qué atavismo astrológico era común consultar el cielo, considerar, para ver los pasos del tiempo, para descubrir si la noche traería lluvia o viento; tendremos una noche serena; puede ser que llueva en la madrugada, aseguraban; corría la noticia de que ya asomaron las tres Marías. La higuera se oscurecía con las hojas crecidas de sus brotes. Me indicaron el retorno de las estrellas. El cielo traía muchas novedades, muchos huéspedes, príncipes luminosos.

Se creía vagamente en los sueños. ¿Qué ha soñado anoche?, solía preguntarse. Los sueños dicen mucho en la afinidad ensimismada de las almas; no siempre están vacíos de realidad futura; hablan en el espíritu vivo de la tiniebla. Muchas veces oía: «me lo anunciaba el sueño de la otra noche». Había señales y presagios en el grito de un ave y en los rumores nocturnos, en el brote raro, en un fruto contrahecho. Vivían aún



en vigencia los calendarios perpetuos, el Lunario de un siglo, guardados en el fondo de los baúles, como tesoro, y algún libro para conocer la fisonomía y las virtudes de las hierbas; con nombres parecidos esas hierbas no eran todas las mismas nuestras; vinieron muchas a aclimatarse en los huertos con sus acreditados nombres; lo mismo las flores, el iris con su maravillosa corola nacida en el extremo de una hoja; el gladiolo, llamado así ya con este bello nombre por Laguna; un crisantemo vulgar, la alcanforada; la ampolla de fuego, las rosas, las cañas de cinta, las arvejillas o guisantes de olor, los juncos de amarilla nieve; la flor de noche, los pajaritos, los nardos, las azucenas, los pensamientos, las violetas que encerraban suspirados secretos. Guardaba una memoria la sensible diamela; brote de un mugrón, enlazó tradiciones.

Ya la vejez ahueca su tallo en el tiesto de arcilla; la vegetación de una selva de musgos le recuerda un reino perdido en las rojizas manchas decrepitas, mientras el año nace pintado de geranios, de tacones de reina, de achiras, de salvias, de malvones.

La aljaba crecía junto al farolito, al melón de olor, a las enredaderas de jazmín del cielo, de todo esa región amiga del rocío; en los estanques abandonados las vegetaciones acuáticas reposaban sobre sus ramificadas raíces.

La vida rural tiene en la niñez atractivo en todo tiempo. Se guardan para el invierno los higos secos, enharinados, con hojas de laurel y no recuerdo si con granos de anís, en grandes arcas y cajones. En medio de los juegos, dice un chico: «anda, trae pasas», y uno vuelve con los bolsillos llenos; comiendo y jugando.

Las uvas se solidifican con su propio azúcar; el invierno se enriquece con las dádivas del verano y del otoño. El trueque

entre los chicos, en sus reuniones con bolillas y trompos o en los recreos de la escuela, creaba en el invierno un mercado de cambios: «dame pasas de uva y te doy nueces; toma patay, te cambio por bizcocho ». El niño ya grande no podía andar comiendo por la calle. No siempre se cumplía esta indicación urbana. Inconscientemente uno se golpeaba los bolsillos para ver si aún había pasas, sin acordarse que ya no era niño. Eran un depósito mágico de golosinas. «¿Qué traes en los bolsillos?», preguntaban. Allí quien obsequiaba ponía el regalo. Yo era vergonzoso y tenía costumbre de decir que no si algo me ofrecían en otras casas, aunque se me estuviera «por reventar la hiel»; la hiel revienta cuando a uno se le van los ojos por la golosina que mira o ve comer a otro; solían correrme, me dejaba alcanzar, para recibir en los bolsillos empanadillas vidriadas con azúcar o rubios racimos de pasas de moscatel. Al ofrecer cualquier cosa se decía: «estas pasas son muy aseadas; las secó doña Tránsito; este alfajor está en su punto, lo hizo la Candelaria; estas nueces son de los nogales de don Pablo; coma con confianza estos quesillos, mi compadre los trajo del cerro».

Adelantándose a la duda se advertía que lo que daba era limpio y de calidad inmejorable. Cuando uno se aleja de la infancia y las muchas lecturas y el trabajo de los estudios le dan otro sentido de la medida, una ascética, se pregunta cómo un chico come tanto. Es como un pájaro, aquí y allá encuentra, ya el arroje en que unta el pan, o la uva colgada para que se conserve, la manzana entre la arena, las peras en la paja, los innumerables frutos secos; llega la invasión de las naranjas; las limas han cargado tanto que algunas ramas se recuestan en el suelo densamente llenas de pomos amarillos; y por todo se anda y aunque la comida de la mesa haya sido lo que menos se precia si se compara con las frutas, dulces y diversidad de con-

fituras y alfeñiques, sólo por un misterioso no querer tal cosa se decía: «esto no me gusta». Se creía que alguna vez le hizo daño. «Me gustan los melones, no los como», porque en tal año me dañaron, decía alguno y contaba cómo fue la enfermedad ocasionada por la mezcla del melón y tal otra cosa. «Si comes naranjas, no tomarás leche», porque la mezcla hace daño. La costumbre de creer que si se comía ésto no podía comerse aquello, rigurosa entre la gente antigua, se convertía en tiránico yugo, no siempre acatado. «Si has comido manzana tiene que esperar dos horas para tomar mate». Lo mejor era negar que se había comido manzana o naranja. Venía después el preguntar ¿me hará mucho daño?, porque engañé, comí manzana: «¡Ay, esta criatura se va a enfermar, hizo una mezcla!».

En los cuentos aparecía el ingenioso pícaro Pedro Urdimán que no era otro sino Pedro de Urdemalas, cuyas hazañas y patrañas vienen de la tradición medieval del mañoso artificio. A sus astucias las oí mentar en gran parte de la región andina del norte. La fama de Urdemalas debió correr entre la gente que vino a América; de tal modo su presencia estaba viva en los valles de nuestra tierra que creíamos que allí había andado o aún vivía. Se me hizo contradictorio en mis lecturas o referencias y en índices de representaciones. Se decía «es un Pedro de Urdemalas» con la significación que le da Correas: «El que es tretero, taimado y bellaco», pero con la simpatía que despertaban sus mentiras y habilidades. Casi volaba, según se cuenta, el embustero por la calle vieja, cuando le fue forzoso huir, echando los ojos hacia una parte y otra, al darse trazas de hurtar una cabalgadura; se afirmó a la pared ladeada fingiendo sostenerla; pasaba un comedido en una mula; se la pidió prestada; lo dejó en relevo asegurándole regresar con un puntal al



instante; algunos creen ver todavía una sombra que espera a Pedro. La pared aun subsiste; no pasen, nos decían, cerca de la pared retorcida, estaba por caerse desde hacía años; también sobre el angosto senderillo del cerro el saliente peñasco amenazaba continuamente derrumbarse; corríamos para no ser aplastados; el tiempo corría con nosotros; quedaron sin moverse el peñasco, la pared de la calle vieja. Conocí en mi niñez un pícaro, creado en parte por la imaginación popular, se referían a él mil cuentecillos de hechos graciosos; padeció también persecuciones porque se le creía autor de lo propio y de lo ajeno y parece que nunca llegó a hacersele decir que sí; viejo ya, más bien pequeño, de barbilla corta, tenía una mirada oscura y risueña; debía encerrar en la memoria peregrinas anécdotas, circunstancias y dichos; no escribió su autobiografía; sus hechos, el ponerse cera en los zapatos para robar al pasar las apuestas que se arrojaban al suelo en el juego de la taba y tantos otros, explican como puede con la ayuda de cuentecillos, crearse, arrancando de la realidad un personaje trabajado con la colaboración de las invenciones populares. Callo el nombre de esta persona que recurría a mil trabajos para ganarse la vida y posiblemente a perderse en el juego a pesar de sus argucias; lo estoy viendo cuando una vez volvía del cerro con una carga de nieve. Sonaba el cencerro del asno.

Caco y Quico, pertenecían también al gremio de los ingeniosos antojadizos de lo ajeno. Cuando dos parecidos iban en compañía se hablaba de que «se juntaron Caco con Quico», algo como «Juntóse el hambre con las ganas de comer». Ya era Caco el que robaba a otros o al mismo Quico o Quico quien confirmaba el refrán de ser más ladrón que Caco. No sé de dónde salió Quico para acompañar a Caco; debieron ser alternativamente ya el caballero o el escudero, el ladrón que roba a

otro ladrón, personajes gemelos, aliados y rivales proponiéndose difíciles empresas para vencer al final en el reparto el uno al otro. De toda persona del tiempo pasado se contaban aventuras y dichos, algunos tradicionales que se les atribuían, los encontré en viejos relatos; otros de la época incierta de invasiones de bandas armadas; éste se salvó escondido entre el cielo raso de un techo; aquel cubriéndose de enredaderas en una tapia; las peregrinaciones, las huídas se llenaban de trágicas dificultades.

Alguien contaba una tarde grandezas un tanto inverosímiles y se turbó porque un zorzal decía a cada rato en el naranjo: «mentira, mentira». La oportunidad de este pájaro, sea cual fuere, debía escribirse en una página eternizada con aceite de cedro, exclamó don Carmelo; crece la vanagloria y lleva a quien le da oído, aunque sea paloma sin hiel, a ostentar en su flojeidad el brillo que fue de sus antepasados, que antes lo deslucen si no se les parece; crece la malicia ajena y la pobre y buena alma se halla como enferma que padece hastío cuando no inventa nuevas hazañas; venere la memoria, alábelas, continuando la virtud de sus abuelos.

Hubo en provincias una tradición de finos guitarristas de escuela, que se había extinguido; hacían hablar la guitarra, la hacían llorar; tenían colecciones de las mejores coplas y seguidillas nuevamente impresas, a las que ponían los conocidos versos: «Si este libro se perdiera»; frecuentaban los umbrales de antaño, de sillones de cuero. Almanagues, anuarios, revistas del hogar, novelas, repertorios de juegos y de cuentos, que se distribuían uniformemente en toda América unificaron la extendida tradición colonial, hicieron de la lengua una región común en sus fuentes; lo leído se copiaba, se decía; en los viejos baúles, en las alacenas, en los armarios había volú-

menes preciados, que desaparecieron con el tiempo y la extraña manía de los coleccionistas; leí muchos de esos libros y revistas siendo niño, los desdeñé cuando joven, ya no los encontré después cuando necesité volver a un relato, a una rima o a una fábula. Lo que trabajó la imprenta contando con la exportación a América en el siglo diecinueve fue de abundancia extraordinaria. ¿Quién puede negar esa obra de poner en manos tan distantes de todos los de nuestra lengua las mismas lecturas?

Aquella hacendosa señora de tradición aldeana, un tanto rústica, cuyas buenas maneras se fueron atildando ceremoniosamente con el adelanto de la viña y la mayor extensión de las propiedades, sin contagiar a su marido, un véneto entregado a la campesina alegría de ver crecer y fructificar sus majuelos, adornaba su parco hablar sentencioso con alhajas, cuando venía al pueblo, en su caballo de lento paso y valiosa montura. Llegaba con una criada solícita en manso asno de pelo reluciente, llenas las alforjas y el cesto de frutas y de dulces. Voy a mostrarle al niño lo que traigo en el lenzuelo, dijo, mientras hablaba preguntando noticias y dándolas, noticias en que el marido, don Pedro, y la gallina bataraza y las crías de la pava y los patos y el ternero y la Serafina y la luna nueva y el nuevo lagar y el otro mate de plata y el viento de ayer alternaban.

Abrió la tela floreada, con las huellas de las dobladuras de la plancha, y con sonrisa burlona me entregó el regalo y agregó mirando a todos: «para que se le quite el antojo». Por suerte, dijo, a estos chañares los trajo un hombre que vino de los Llanos, es difícil encontrarlos, recordé que el niño los buscaba en el cerco, y aquí esas plantas rara vez llegan al fruto. Levantaba en mis manos los chañares.

Tiene hábitos cerreros, se decía; traía el olor de las hierbas



de las peñas; en sus ojos parecía reflejarse el agua de los manantiales; yo le preguntaba de los guanacos, de los pájaros del monte, de las cuevas encantadas; hablaba de la Aguadita, del Cerro Pintado, de los Manzanos, de los Horcones; de las lluvias en los campos desiertos, el rayo había caído cerca, espantoso estampido entre un deslumbramiento de culebrinas y centellas; contaba la enfermedad de una hijita que se curó; una tarde había visto salir por la puerta un pajarillo blanco, de las sierras, la almita, que se posó en un molle; Dios lo quiso mejor; el león andaba una vez cerca de donde él dormía esa noche en el monte, tuvo que encender serojas, para espantarlo; sabía la leyenda de las aves quejumbrosas, el cacuy y el crespín, que fueron transformadas en castigo de una culpa; no aceptaba variantes, era así, había oído el relato por boca de su bisabuelo; se dejaba una mediana barba, tenía cabellos castaños, ojos azules, llegaba al pueblo en una mula con guardamonte, mandaba de regalo una harina, mezcla de algarroba molida y cernida con harina de trigo tostado, llamada cocha. Traía el duro fruto, de fuerte envoltura leñosa rebelde al martillo, con tres o cuatro almendras interiores, de la chica, arbolillo misterioso que se encuentra únicamente en las sierras de Vilgo, en los campos de Amaná y Pagancillo y del sur, infrecuentado. Siempre sentí soledad de esta planta que hubiera deseado tocar con mis manos, ver sus flores y el primer verdor de sus semillas.

Mi hermano mayor estaba en la escuela. Me hacía enseñar las letras. Aprendía por sus lecciones. Deletreaba a mi manera.

Fue a mi casa un hombre bajo, de cara oscura; estaba levantando un trozo de pared; hacia los adobes en las hormas bajo la higuera. Yo seguía atentamente su trabajo. Vio en mis

manos un libro. Era una novena. Empezó a leer con voz llena, se detuvo. Me habló de las ánimas. No sé bien lo que me contaba de las penas infernales, de los aparecidos, de los espantos; misteriosamente me descubría las artes diabólicas. Falsos caminos, encrucijadas, callejones frecuentados por las brujas, exorcismos, mulas endiabladas, caballos encabritados por una aparición a los que había que hacerles sentir el frío del cuchillo en el hocico,, perro que heridos de terror aullaban en la noche, criaturas espeluznantes que eran una cabeza con alas; chicos que habiéndose dormido con sed se iban en el sueño a tomar agua en la cordillera; apariciones de luces que indicaban el secreto de un alma; tienes que armarte de valor para acercarte a saber lo que quiere y cumplir lo que pide, me decía don Panta mientras pisaba con sus pies el barro. Me contaba la lucha de los sapos con las víboras, de cómo la víbora perdía la ponzoña. Antes de cruzar una acequia deja la ponzoña en una hoja, cuando vuelve la recoge. Creo que me decía que el sapo se la robaba.

Los tormentos del ofidio eran terribles. Por eso se dice de una persona desesperada; «anda como víbora que ha perdido la ponzoña». Una serpiente guardaba un árbol o un ojo de agua; él sabía la verdad de los tiempos en que las víboras volaban.

Me relataba la burlona astucia de los zorros, el convite del zorro con la chuña, la omnipotencia del rey de los pájaros, de toros que echaban llamas por la boca, de toros con cuernos de oro, del demonio en formas de animales; de la metamorfosis de hombres y mujeres en pájaros; las penas de los perjuros, de los hijos, ingratos, de los maldicientes, de personas llevadas vivas por los demonios, de cabellos que se convertían en víboras. Me contó la creación del mundo, cómo Dios había hecho

la golondrina y el diablo por imitarlo el murciélago; de las miradas que matan los frutos; de los maleficios de la luna, de cómo él por saber contestar las preguntas no quedó preso en una cueva infernal; de los remedios para curarse de los males y las ponzoñas; de la manera de conocer desde lejos la suerte de los ausentes, de atraer a los ingratos, de los encantamientos, los brebajes que convierten a los hombres en alucinados. Si miras esta noche el cielo, me dijo, verás unas nubecillas blancas, al sur de la Paloma, son pueblos desaparecidos. Me descubría la causa de la perdición de esos pueblos; prometió enseñarme la forma de la Paloma, que era, como advertí después, la constelación de Orión con otras adyacentes. Don Panta se transfiguró de pronto.

Hablaba de los cazadores de la montaña, de los leñadores. La montaña morada de la diosa de la tierra, defiende a sus hijos, los guanacos, las vicuñas. El cazador es sacrilego, encuentra los abismos que se abren a sus pies, las tormentas de nieve, las nieblas que lo extravían; el rayo había tocado en la sierra al hábil platero Jacinto que se volvió adivino y narraba episodios venideros que estaba contemplando con sólo cerrar los ojos; se preguntaba que a quien había ofendido, decía que ninguna falta cometió ni pudo heredar a no ser la culpa ajena; le devolvió la cordura, días después, el trueno que retumba en los precipicios. Los árboles tienen vida, son personas y muy queridas de la tierra. Levantan sus ramas implorando protección, sus raíces tienen labios para hablar a la diosa madre. En el tiempo antiguo los animales hablaban nuestra lengua, nos entendíamos; y algunos por ser reyes, pasaban de su figura a la nuestra; aun hoy toman nuestra forma si un sentimiento que ocultamente padecen los inflama; vigilan los ríos en las entrañas de los montes; ayudan a brotar al agua en las aberturas de



las peñas. Vi en sus ojos el relámpago. Me habló de los indios, de los conquistadores, del camino del Inca, de los senderos inaccesibles, de los países de la nieve en las cumbres, de los pájaros que habitan en las nieves, de las iras del cerro, de cómo truenan los montes. Lo vi después en un rancho del río. Estaba remendando un revoque. Me habló de los remolinos del viento colorado, de los secretos de las piedras. Empezaba a oírse en ese mes de febrero el ensayo de los tamboriles. Ya había charcos en algunas aceras, el carnaval estaba cerca. Colores, corridas, gritos, el carnaval había llegado. Salimos a la puerta atraídos por los sones y el bullicio. Una mujer tocaba el tamboril y cantaba, la seguían otras mujeres y hombres. Todos iban enharinados, la cara blanca, los cabellos blancos por la harina, llevaban albahacas en las orejas, en los bolsillos, en las manos. No había una sonrisa en sus rostros. Graves, casi delirantes, al son del tamboril, del intermedio de las flautas de caña, pasaba por la calle, esa procesión que imponía más bien un respeto temeroso. Esas mujeres enardecidas por el canto, que recibían con gesto de divinidades de la tierra los puñados de harina, podían convertirse, si alguien se atrevía a arrojarles agua, en fieras. En ese grupo donde hablaban las raíces de los algarrobos convertidos en la aloja de los frutos fermentados, las raíces de las viñas vueltas «chicha», en el jugo de los racimos exprimidos días antes, vi a mi amigo. No pude contenerme y le grité: «¡Don Panta!» No me oía, no podía detenerse a oírme. El era el rey de una tribu en el tropel de apoteosis.

Oí, siendo estudiante, como quien escucha en el rumor de su origen, de labios de una señora tradicional que frisaría, aunque no envejecida, en los ochenta, la resonancia del tiempo; pesaba y juzgaba en aspectos y no en todo, la intención, la palabra engañosa, el disfavor, la crueldad, el encono, las con-

tiendas, la traición, la lealtad, la promesa no cumplida; se asomaba como quien contempla los acontecimientos a un estado de conciencia.

Ese juicio claro, definitivo, lugareño me instruí y me inquietaba. Yo había leído ya las memorias que hallé en la biblioteca.

Preferí después siempre el hecho, el dato; traté de poner el hecho y el dato en la balanza universal, en lo absoluto; busqué la causa generadora y a esa causa la medía con lo que hay de ilustre en la aspiración a un orden. En esos días conocí en el libro al que escribió su nombre al campesino que no sabía escribir en el voto de ostracismo; y también a quien dijo «cozco a otro más feliz que tú» al rey poderoso. Sólo el bien es móvil permanente. La ignorancia del bien será funesta.

A quien no se salva ante el sumo juicio no lo salvará la apología. ¿Se puede domeñar el libre arbitrio, extinguir la libertad interior, exterminar al que no piense con nuestras pasiones y tendencias? ¡Feliz el justo que cultiva su viña y sus árboles, en la paz de la ley, sin incitar a las luchas odiosas, destructoras del hogar, de la obra necesaria y de la patria.

La conversación de los viejos que hablaban de otros tiempos, poniendo añoranza en las palabras, poblaba mi infancia de seres y de cosas que se hacían presentes en la insistencia de los nombres. Veía a esas personas mentadas, en los huertos, en las casas, en los largos viajes. Recordaban las antiguas costumbres extinguidas, los grandes árboles señeros, los tiempos prósperos, las fiestas y los duelos. Una sabia experiencia los hacía ser sobrios, tranquilos, prudentes, los realizaba la tradición de la familia; cultivaban el huerto heredado, por los anchos portones de sus fincas había pasado la prudencia. Leyeron en sus ocios, trataron gente extranjera que venía por las

riquezas del cerro; paladeaban para desechar el frío un sorbo de anisado; entendían de oficios y de leyes; estaban emparentados con los pueblos vecinos al caudaloso nacimiento del agua y a las bellas aldeas agrícolas con que el río se rodea. Tenían un habla jovial y un indulgente saber aprendido en la soledad y en el trato diario de tantos años. Cercado alguno por la necesidad, la sobreleva ocultamente. No olvidaban las enseñanzas viejas y conocían el idioma del viento, de las nubes y las piedras. Al escucharlos me compenetraba, en ese horizonte de montañas, de la índole humana y del tiempo. Eran una voz del pasado que se acercaba a mis oídos.

Yo estudiaba en La Rioja. Dio los buenos días y se sentó en el umbral, cansada, doña Aguedita. «¿Desde cuando estás aquí?», le preguntó mi madre. «Desde ahora, le respondió, vengo llegando a pie de Chilecito para visitar a mi hija, la Domitila, que vive aquí, en el barrio de Pango. Salí anteanoche con el primer canto del gallo, aprovechando la luna, llegué al pie del cerro como a las doce, hice ánimo y empecé a subir el Velasco, dormí un rato esperando la luna en la casa de piedra, bajé por la quebrada de Sanagasta; estaré aquí una semana y volveré por el mismo camino; no me gusta el tren porque se pierde el pasaje, lo mismo se llega andando» -«¿Y si te sale un león por esos campos?» -«El león huye a la gente; traigo orégano para la ponzoña y para que me dé suerte; vi manadas de guanacos, el cerro estaba verde. Como ya nadie viaja la senda se encuentra perdida en muchas partes; yo la conozco y no me engaña, vengo continuamente». Hacía, ya vieja, quince largas leguas caminando, quince largas leguas de terreno frágil y de montaña altísima, naturalmente. Yo hubiese querido viajar así, dormir en las cumbres desiertas, andar por los vallejuelos entre los ingentes paredones de granito, oír en la noche dis-



tante el rumor, estar mirando las figuras del cielo, poner mi oído en la corteza de los árboles, quedarme días en la soledad de un manantial que brota de la peña. Al salir una tarde de la escuela, vi gente en una calle de la plaza nueva; se había trazado una raya blanca; estallaron los aplausos. Con carrera contenida llegaban a la línea dos corredores de mi pueblo. Los conocía.

«Partimos a la cinco de la mañana, decían; el camino puede asegurarse que no existe; teníamos a veces que soltarnos por enormes peñascos, arrastrando piedras que saltaban rebotando peligrosamente cerca de la cabeza del que iba adelante. En doce horas llegamos. Después de tantos sacrificios, alcanzándonos y dejándonos, sin comunicarnos nada, no peleamos al final por la victoria, emparejamos el paso y llegamos juntos. Los dos hemos ganado. Que aprendan a correr así por los pedregales y los barrancos, por las espinas y los vericuetos de las serranías, a miles de metros de altura, los que se llaman corredores en las tierras lisas». Cuarenta años pasaron y aun oigo al hidalgo, que puso, con su rival juntamente, ante mis ojos, la imagen de la proeza, el verdor del triunfo. Y pienso en los que corren hacia término más distantes, donde el alma es el camino, y hallan laderas y precipicios y hallan también un estímulo secreto cuando se teme el extravío o desalienta la fatiga.



## EL ESPACIO DE LAS ALAS

Miraba en la humedad del pozo, en la tierra blanda al borde de la acequia la muchedumbre vívida de los insectos. Todo ser tiene por centro la humedad de la tierra. Llegaban las avispas de color oscuro, algunas rojas, con pinceladas amarillas, al limo casi disuelto en agua. Iban y venían constantemente.

Algunas formaban bolillas de barro, volaban a la pared donde construían sus nidos cilíndricos; los hacían en una viga; las que construían el avispero tomado de una especie de pecíolo resistente de un hueco de la piedra, de un muro, de un vástago de viña, de una rama de un árbol, terribles por su aguijón. Las veía con su elegante forma succionar el barro; las contemplaba en las flores, libando el néctar, en una fruta madura, en los racimos olvidados de la parra. Si recibí alguna vez el flechazo ardoroso, fue mía la culpa. Al querer cortar un fruto, al mover una rama, no advertí el avispero. Me corrían furiosas. Defienden su nido, a nadie dañan por crueldad, hasta creo que a nadie pican lejos del nido, a veces, al cortar una pera ya mordida por el otoño, salía de un hueco de la fruta una avispa con pacífico vuelo. Llegaban otras a la superficie dura y seca.



Empezaban a cavar con rapidez pasmosa, ya no se veía más que la tierra que arrojaban del hoyo. Ágiles, vigorosas, salían de la mina recién trabajada; giraban con las alas abiertas, volaban. Cada una excavaba el nido. Cada una volvía con una arañña verde o blanca, la dejaban en el hoyo, lo cubrían con tierra y ya sin pensar en la futura familia se alejaban. Se posaban como flores rojas unos grandes insectos de antenas negras, príncipes del reino, deslumbraban con la orgullosa riqueza de sus alas.

El sapo anda de noche; le vi en la siesta salir de un hueco de la tapia y atrapar en el aire una avispa. Bajaba al pozo una paloma, una calandria, una mariposa de trémulas alas. Entre las hojas, en las grandes flores, descubrí luciérnagas; esas divinas luces de las noches de estío, eran de día insectos soñolientos, ocultos, no pintados por la luz como las flores y las alas; de noche eran la luz de ligereza vagabunda, semejante al gemonio que se embriaga en las tinieblas de la condición del hombre cuando despierta en sí un llamado que le despoja y en un instante le presta un momentáneo resplandor del sol en el impaciente vuelo. Interrumpiendo la conversación de la familia, un huésped de caparazón labrado, sonoramente golpeaba el techo en vuelos circulares, atraído por la luz caía con las movibles patas para arriba en la mesa, se enderezaba con trabajo, fatigado buscaba donde guarecerse y quedarse quieto, contento de hallarse alumbrado en la noche. Entre las ramas secas, bajo una piedra, vivían los gloméricidos. Se convertían en una pequeña bola en cuanto se los tocaba. Impelidos por una ramilla rodaban, liviana, esfera, por el suelo. A veces al hurgar un hueco polvoroso salía una araña de la tierra, fea y repulsiva. No era suya la culpa de mostrarse sino del que trastrueca la ley invadiendo un sitio ajeno. Andaban en su ocupación algunos

coleópteros. Brotaba crespas la tierra que cavaban. Algunos pequeños insectos abrían galerías en la piel húmeda de la arcilla. Alguna araña fabricaba una tapa movable a su subterráneo. El polvo que por estar cerca de la tierra regada crecía con vigor vicioso, al llenarse de florecillas menudas en casi todo el estío, se convertía en un universo visitado por las abejas, las avispas, los abejones, por moscas de oro. Avispas armadas de seguridad y de acero, cortaban con prisa redondeles en las hojas tier-nas del rosal; como fatigadas por la carga se detenían en un árbol y levantaban el vuelo nuevamente. Las costumbres, la industria, la agilidad de estos pequeños seres alados despertaban en mi infancia una amistad indefinible. Cuando fui a estudiar, la escuela nos obligaba, con método orgulloso, a fabricar cajas de cartón para encerrarlos clavados con un alfiler. Se creía que allí estaba la ciencia. Me repugnaba esta cacería. En las vitrinas del colegio, la colección de insectos era un discutible tesoro. Teníamos textos especiales para aprender a coleccionarlos, instrumentos, querían hacer de nosotros naturalistas. La naturaleza es la vida. El naturalista es un amante de la vida, que guarda en su alma la vibración de la luz, un guardián de los secretos de la tierra; debe saber el idioma de las cigarras, de los pájaros, debe haber recibido al dormirse en la frialdad de la piedra, en el temblor luciente de las hojas, la savia que alimenta a las raíces; debió sentir en sus cabellos la cabellera de los árboles, haberse desprendido de sí para librar como una abeja en las cálices invisibles de la sabiduría creadora, debe aprender la magia de hablar con las flores y los animales para que ese ritmo que mueve a un aborrojo se manifieste en sus actos. Creían que se aprendía la naturaleza matándola, teniendo en los dedos a estos martirizados para clavarles un alfiler y ponerlos en una caja. Esos nunca supieron lo que es esta ma-

ravilla en la luminosidad del aire, en el oro del polen que los envuelve cuando pasan de una a otra corola.

Entre los troncos de los álamos y las higueras, al lado de la tapia, encontré en la mañana siguiente de un día de lluvia una ciudad de seres minúsculos y sorprendentes, los hongos; grandes y livianos sombreros blancos, rojos, cubrían a estos diablitos que se tenían en un solo pie, que estaban allí, huéspedes inesperados, con intención secreta. Algunos parecían copas; otros, ligeros tallos de diferentes alturas, se agrupaban en tomo al mayor como hijuelos, vestidos ya con sus redondos gorritos para el paseo de la mañana. Algunos, con obeso cuerpo redondo, sostenían una media esfera negruzca de piel lustrosa, fuertes príncipes, de colores vivos, dominaban a la muchedumbre de enanillos blanquecinos, tropa menor detenida repentinamente en sus correrías por la presencia deslumbradora, con sus sombreros rotos denunciaban sus andanzas por la noche. Pabellones de un trono, en las cortezas, crecían, como gruesas manos invertidas, masas purpuras de reverso liso. Curiosas familias se asomaban del balcón de una húmeda grieta para mirar la plaza de los reyes. Algunos señores cubrían con su sombrilla a los chicuelos que se apretaban a su alrededor como temerosos. Temían a los encaprichados gigantes, a los sombreros de sapo, cubiertos por su redondo escudo de nieve. Estos gigantes, hijos de la tierra, no acababan de apatecer todos; algunos apenas mostraban su naciente dorso ente las resquebrajaduras el suelo; hinchados lóbulos de arcilla humedeca indicaban la aparición próxima de muchos otros; eran multitud; al levantar la vencida tapa de una leve costra vi las familias innumerables agrupadas junto a los mayores que estaban por salir a la región del aire.

Aquellos de los sombreros rojos combatirían con los de los



sombreros blancos. Las tropas nacían también con sus tubos torcidos, con sus bocas prontas al estruendo de los sones. Pá-cíficos, se quedaron todos a gozar de la frescura del día. El sol, por entre las hojas los pintaba con danzantes sombras del fo-llaje.

No los toques, me dijeron, pueden ser venenosos.

Tienen algunas supersticiones la frescura del saquillo que amanece para ver copiada su nieve por el agua. Una arañita blanca anuncia buenas noticias; se apresura la verde; con la agilidad de sus ocho patas cuelga de la cresta del amaranto; blancas, verdes, pendían de sus hilos, como un minúsculo es-tambre; pasaban por la página que escribía, corrían por el agua. Pacientes otras, como insensibles, estaban dotadas de una aten-ción y una velocidad pasmosas. Salían, oscuras de su breve nido de telas, donde permanecían inmóviles, con instantánea urgencia, vagaban por la pared, corrían, tomaban a su sitio. Al trasluz, la tela construía al ponerse el sol por una diligente araña grande, recoge un enjambre de leves insectos, visibles sólo con la claridad de la luna o del crepúsculo. En los huecos de la madera oía en la siesta el chillido de la presa. La ace-chaanza se esconde en una grieta y espera que el que tiene el espacio y el ala se acerque al antro; la red, una tela llevada al interior, esparcida en la superficie en sensibles filamentos, anuncia. Un insecto zumba, logra libertarse a veces; se anun-cia una noticia. Una saltona araña atrapaba una mosca, una avispa. Trabaja también secretamente la carcoma. Se le oía. Caía una lluvia dorada por los rayos del sol que penetraban por los huecos de las viñas.



## NIÑOS

Como un conejito asomaba por el alballón; venía por entre las malvas silvestres de la acequia, de hojas cenicientas y florecillas rosadas; me llamaba con un leve silbo. Su padre, un hombre pequeño, que hablaba al andar, con enajenada voz ronca, lo dejaba solo en la ramada donde vivían. Había allí un pozo y una planta de colorados duraznos pelones. El chico sonreía con la dulzura de sus ojos; sus pocos años tenían un saber oscuro de las piedras, de los lagartos, de las leyendas de un árbol, de las apariciones en la noche. Jugábamos, a veces, a la luz de la luna. Queríamos saltar por sobre nuestra sombra; el padre, que nos había visto, nos dijo: «el que llega a saltar sobre su sombra, la pierde». Ibamos a quedar sin sombra. Esta figura que nos acompaña andaría sola, lejos de nosotros, quien sabe por dónde. Habló de los tesoros ocultos, de cómo los que los escondieron hace tanto tiempo vuelven en la tiniebla a vigilarlos; se ven luces errantes que extravía y espantan; las almas en pena despiertan al que duerme para decirles secretos, entonces descansan. Una tarde yo estaba con el chico cerca de la puerta, de palos atados, de su casa. Vino un mucha-



cho grande y ocultamente, nos dijo, uniendo los dedos para que viéramos, que sólo él podía juntar la punta del pulgar con el índice; se fue; nosotros también hacíamos lo mismo, repetidamente. Se acercaba un hombrecillo, medio indio, que al vernos hacer ese signo con los dedos se volvió frenético; huímos por bajo de la puerta; la ramada tenía pared de tapia a la calle, con una ventanilla ciega tapada con adobes; los empujó y el sol penetró entre el ruido y el polvo; de una carrera por los portillos y el potrero llegamos a mi casa. Salíó una tía a mirar, ya el hombre venía por la calle. Era «el chiquito». Algo le hicieron, nos decía. Contamos inocentemente la historia de los dedos. Ese signo lo enfurecía. El chiquito no guardaba rencores y algunas veces lo tomé de las manos adulándolo. Un día venía rabiando, desesperado; lo había escupido un guanaco. En el terreno de la ramada empezaban a construir una casa. No volví a ver más a aquel amigo de la infancia de ojos que se sonreían calladamente. Ni su nombre recuerdo. El retrato que me queda es el de una pequeña sombra móvil en la claridad de la luna.

En la siesta, sentado en el añoso tronco de una parra, estaba trabajando el hueco canuto de la hoja del zapallo; hendía los dos extremos con cuidadosos tajos; dejando sin tocar el medio de la áspera caña; ponía en el agua estos flautines calados; debían convertirse en flores dobles, al arquearse; resultaban curiosas sorpresas al día siguiente. Por la tapia llena de ramajes asomaron unos ojos; de cuatro pies, me miraba un chicuelo.

El sombrero, el rostro, la ropa, las piernas, las manos eran del color de la tierra de la tapia. Se tomó de una crecida rama nueva del álamo. La rama lo dejó en el suelo y se volvió a su sitio. Pisando los rastros de agua de la acequia vino a colocarse

a mi lado. Arrancaba con la mano algunas tejidas fibras secas de la corteza de la viña. Perdido el temor de que fuera un demonio errante de la siesta, seguí, acompañado, en mi juego. El chico cortó el extremo creciente de un vástago y empezó a masticarlo. «Esto se muerde», me dijo. Sonó al romperse en mi mano el tierno pimpollo lleno de hojillas, de zarcillos, aun envueltos en la pelusilla del retoño; gusté el zumo ligeramente agrio. El silencio nos llevaba a una región distante. Al levantar los ojos del chico que mordía el tierno gajo de viña veía por entre las ramas la nieve del Famatina. ¡Fue en verdad un niño quien me iniciaba en un secreto? Yo tendría seis años cuando masticué la guía de la viña en la siesta, hora en que andan vagando los genios que habitan en las hendiduras de las piedras y los matorrales de los árboles. Ahora, después de tantos años, veo que fui iniciado en el culto de las colinas y los boscajes.

Por mis seis años el compañero inseparable en los juegos fue el herrerito, de mi edad y quizás de mi idiosincrasia de niño.

No recuerdo sus rasgos, qué se hizo. Su sombra pequeña, su ojo puesto en la boquilla que arrojaba bajo la higuera donde jugábamos, las momentáneas disputas, son mi única memoria.

La herrería del padre estaba cerca. Solía llegarme a mirar el trabajo. Veo aún la cadena del fuelle, la fragua ardiente en la noche, el martillo, el yunque, las herraduras colgadas en el muro de adobe, las tenazas, las ruedas de carros, la pata alzada por otro hombre del caballo que herraba, marcas de animales que soportarían la crudeza de la llama, goznes con dos alas para ser fijados en la puerta donde quedaban al herrumbriarse como un pegado murciélago, rústicos pasadores, travesaños

metálicos, groseras llaves forjadas con martillo. Oigo aún el ruido del hierro candente sumergido en el agua; el son metálico del yunque o del trabajo en las bigornias. El herrero era tembloroso y parecía viejo. Al hablar se trascordaba en la lengua de su patria, llamaba a las herramientas con otro nombre; se expresaba en un balbuceo que yo no entendía del todo. Le temía, al acercarme a la forja, miraba con cautela; me tomó de la mano un trompo al que tentaba cambiarle la púa y lo arre-gló primorosamente con la tenaza y la lima. Una arde su señora detuvo a mi tía, le pidió con acento extranjero que entrara a sentarse.

El herrero en su temblor nervioso también hablaba. Debieron de contar el infortunio con reservada nobleza. La impresión de aquella herrería, de ese trabajo de dominar el metal duro, no se borró nunca de mi memoria. Yo también quise forjar el hierro encendido de la palabra.

Por mil novecientos apareció, como brotado de la tierra, un muchacho que venía de lejos, le llamaban «el salteñito»; traía una guitarra y cantaba en las casas para que le dieran algo.

Unos grandes ojos negros y buenos miraban melancólicamente en esa faz morena. Era un vagabundo de las rutas que no terminan. Hablaba de muchos pueblos, de la adversidad de su fortuna. Lo veo como en una estampa en esa tarde de verano, el pie en un travesaño, preludiando el canto. Con voz angustiada decía: «Ya me voy, ya me lleva el destino -a un lugar donde nadie me encuentre...» Esos versos son muy tristes, exclamaba una tía mía. El desamparo, la lóbreguez, la soledad sin la familia, nacían de ese canto, flotaban en el aire. El ritmo de los versos, mi ritmo preferido entonces, me hablaba como herido de un mal extraño, como un anuncio de futuras lejanías, de despedidas sollozantes. También yo me veía peregrina-



no en ciudades desconocidas; en los caminos que se bifurcan, en lugares donde no hay una respuesta al gemido. Esa obsesión quedó en mi vida: el presentimiento de los seres que se alejan con el tiempo, el dolor de imaginar el retorno a la casa y de hallarla desierta. Colgaban de las clavijas, ahebradas, las cintas de seda.

Entre las primeras impresiones de esas verdeantes acacias y la acequia rumorosa con piedras y malvas, está la memoria de una niña, hija de mi madrina. Al jugar una noche de luna «con ésta me caso yo», mi madrina me dijo, riéndose, que su hija era mi novia. Estaba yo, alumno de primer grado de la escuela, en casa de mi madrina. Había ido siguiendo a mi tía en una visita de la tarde. El sol entraba por un montante de la ventana. La casa señorial lucía aún el vestigio de un esplendor deslizado ya en el ocaso: espaciosas salas, sillones de gastada sea roja con flecos; el viejo piano, con algunas teclas insonoras, cubierto de desgarrada tela; con cierto arcaísmo, los retratos en las paredes de antepasados famosos en la tradición de la provincia, la galería de pilares de algarrobo tallado, los estrados, salientes del cimientto de los paredes que servían de asiento, cubiertos por una alfombra, a las señoras en las reuniones de antaño. Estaba el dilatado patio con sus naranjos, las enredaderas y el jardín donde había rosas oscuras, casi negras y blancas, amarillas y el enjambre de mosquetas y los malvones. Una pared baja, con puerta de barrotes de madera, separaba el jardín de la huerta de membrillos, perales, higueras, viñas, que llegaba a la otra calle.

En esa tarde se quería ver quien leía mejor, si la chiclela o yo.

Ella loqueaba, subía a las sillas, levantaba la tapa del piano, volvía con un gatito que tenía aún cerrados los ojos, seguida

por la gata, a la que llamaba morronga; yo estaría callado, viendo con asombro las travesuras, las risas, los gestos, considerándome más sensato, agradeciéndole quizá con cierto placer el hallarla reacia a la prueba que a mí también me atemorizaba. «Estás insoportable, te has vuelto una tarabilla», le dijo mi tía al despedimos. La palabra tarabilla quedó en mí como un mito. La noble casa fué perdiendo su realce, parcelándose, arruinándose.

La madrina era siempre igual sin que le inquietara al tocar la edad madura la pobreza traída quizá por su propio capricho. A la niñita la habían llevado, hacía tiempo, los tíos. Casi nunca nos juntamos en los juegos infantiles, su casa estaba en opuesto lugar del barrio; nos conformamos con el título, oído algunas veces, de novios, que no entendíamos del todo. Mi madrina me daba ese título a pesar de la ausencia de la chica. El noviazgo venía del cielo, había que aceptarlo por destino. En los dos primeros años que estudié en la escuela riojana no recuerdo haberla visto. Sólo en las vacaciones poblaba mi memoria, La madre, con insistencia, me decía: «cuando seas grande, te casarás con tu novia». Unos paraísos floridos esparcían en esa esquina el olor de la primavera. Venía yo con un compañero de grado, vecino de la casa donde vivíamos, hojeando un libro ilustrado de geografía que él acababa de recibir, bello, flamante. En el umbral de una casa muy estimada por antigua amistad de mi familia, una jovencita jugaba con los niños. «Esa chica, me dijo el compañero, es de tu pueblo, ¿la conoces? Estuvo enferma en las sierras; hace pocos días que ha venido, parece que anda queriendo noviar con el porteño». Al llegar a la esquina nos encontramos con el porteño; miraba hacia la muchacha medio oculto por el tronco ahuecado de un paraíso. Tendría dos o tres años más que nosotros, usaba

bastón, se componía el bozo naciente; brillaban sus lustrados zapatos con un engaste de metal amarillo en los tacones; con mi compañero, que lo conocía, conversaron. Le agradaba la chica, la había visto el día anterior al salir ella de misa. Sacaba nerviosamente el reloj de bolsillo, abría la tapa, la cerraba y se oía el ruido de la cadena al guardarlo. Hablaba de un desafío a efectuarse por la noche; si mi enemigo usa manopla, decía, yo emplearé mi estoque. Todo eso sonaba para mí a cosa de otro mundo. La niña, llamada mi novia, me parecía desconocida. Hacía años que no la había visto, la recordaba en mi infancia. Cautelosamente miré la puerta, ya no estaba en el umbral. La noche de luna llena de la primavera, incontentible, se exhalaba en la fragancia de los azahares. La joven, acompañada de las primas, estaba en la acera de mi casa con mi madre. Desde la penumbra de la pared miré sus facciones. Caían por sus sienes las trenzas oscuras; sus ojos parecían sonreírse melancólicamente en su rostro pálido, tocado por la luna. «Estuve enferma mucho tiempo», le decía a mi madre que la mimaba acariciando un rizo de su pelo. Llevaba en su vestido azul con encajes blancos un ramo de junquillos. Al despedirse dejó secretamente junquillos en mi mano. Los escondí como un misterio. ¿Que originó, después, su ausencia? En las vacaciones de otro año, divisé de lejos, vestida de negro, a mi madrina. Venía a visitarme. Huí sin que alcanzara a verme. Vagué por los roquedales; al llegar la noche, miraba en la colina el destello de Júpiter.

Jugaba en la acera con otro chico cuando pasó al trote del asno un hombrecillo pequeño, medio loco, de ojos oblicuos, de las ahueras del pueblo. Los chicos solían detenerlo para hacerle preguntas disparatadas que él contestaba en serio, según nuestra creencia, y contarle cuentos de equivocaciones para



que se riera.

Fulano se acostó en el techo de la casa para cuidar el maizal, oyó el ruido de los boricos que entraban en el sembrado, corrió sin acordarse que estaba arriba y se vino abajo.

Unos viajeros herraron una mula cansada en la Cordillera, con corteza de álamo, al volver al otro año la vieron en lo alto de las ramas; las cortezas habían echado raíces y se la levantaron al convertirse en árboles. Celebraba siempre con una cajada cada cuentecillo. Ese día no se detuvo. «Me va a tomar la lluvia», nos dijo. No había una nube en el cielo. Empezó a nublarse y grandes gotas pintaron la tierra seca de puntos oscuros que se multiplicaban hasta formar un solo color de suelo mojado. El chaparrón descendía en copiosas cortinas de brillantes varillas de agua.

Las noches de verano solía llenarse el aire con el brillo móvil de las luciérnagas, errátiles estrellas de oro fugitivo; conocidas por su nombre indígena de cocuyos o tucos, las de luz continua, y minaqueros, las de luz intermitente; los chicos comúnmente llamándolas: «tucu tucu»; tanto y tantas revolaban que parecían oír nuestro reclamo y acercarse. Este juego de las noches estivales del «tucu tucu», debía ser milenario en la tradición de la tierra. En algunos diccionarios está la voz *acudia* como otro nombre americano de este cocuyo o tucu luminoso. El autor de *Historia de Indias* había escrito «y llamándole por su nombre, acudías», «esto es -según el primer y único tomo aparecido de la segunda edición del Diccionario de Autoridades- venía a donde le llamaban». El verbo *acudia* de la *Historia*, dio, mal entendido en la traducción francesa, el sustantivo *acudia*. Cuevo, el filólogo americano, pone en claro este error peregrino. El tucu de mi tierra *acudia* según una heredada creencia de niños.

Nuestro grito: «tucó, tucó», llegaba al oído condensadamente de estas estrellitas de la noche y alguna, como brotando de la sombra, acudía a nuestro llamado. Venían las vendedoras al lento paso de sus borricos con las árganas cargadas de melones, de choclos; los viejos que traían patay, mujeres con canastos de pan recién salido del horno; la esquina en la mañana ya alta se poblaba de voces; gimoteaba un chico y descubriría un ojo riéndose; mi madre mirándolo le preguntó a la mujer que vendía tomates por qué le pegó. «Me arremeda, señora, y me cansa», le respondió con presura. «No le arremedo, me comiedo», decía el chicleo. «Lo hace adrede; me arremeda la voz y no me gusta.

Me busca rencilla. No puedo dar rienda al menor gozo ni decir chalay cuando huelo una albahaca, porque lo echa en burla; resolví no contestarle palabra pero me saca de quicio. Yo sé bien con qué pie danza y no es de apocado. La cabra tira al monte. Tan chico y le gusta tañer la vihuela y andarse como un payaso haciendo gracias. No nació nadie para sí solo. Que me respete y no me contradiga. No tiene más que a mí en el mundo. La osadía no dura, la necesidad lo ha de golpear cuando yo le falte y andará sin que nadie le diga como ahora: boquita, ¿qué quieres?».

Caminaba mi hermano con un compañero, hacían bailar el trompo en lugares difíciles, en un montón de arena, entre las hierbas; yo, que todavía no había entrado en la escuela los seguía; llegamos al término de la calle, allí, bajo un gran algarrobo que aún hoy me acompaña en la memoria, había un chiquero de cabras; como un relámpago vi al compañero subir a un burrito pequeño y anisco y a mi hermano en un chivo que, en rápidas carreras, retorció su cabeza diabólica con ojos furiosos; me alejé espantado. Fui de niñez medrosa. Me agrá-

daba que me contaran relatos de batallas. Entraba imaginativamente a pelear en los combates; ya viene el enemigo, me decía mi abuela; voy a huir, le respondía; no puedes, te van a alcanzar; entonces, me rindo. Cuando exclamaba: me rindo, quedaba tranquilo. En una noche de luna del 97 jugá-bamos a la guerra armados con gajos verdes de chamico. Yo, el más inútil, formaba parte de un bando. En una pared estaba un papel, la bandera, defendida por el bando contrario. Sonó el grito. Me electricé. Olvidé que era juego y desafiando los golpes, uno solo entre tantos me hubiera hecho llorar en otro momento, entre la lluvia de ramas que se rompían en mi cabeza, en mis espaldas, alcancé la bandera y la victoria. Esos golpes no dolían; llegué después a poder sospechar el grandioso gesto del «no duele» latino. Volvía esa noche del triunfo, cosa pequeña, melancólica, donde pesaba un destino. La nieve del Famatina parecía una niebla en la claridad nocturna y había silencio en los árboles.

Un silbido a la salida del sol nos llamaba a ver la escarcha. Huíamos de la casa secretamente; una sal blanca, fina, cubría el suelo, era la helada. Rompíamos con el pie la superficie del agua en los recodos de las acequias, en las zanjas. Arrancábamos los translúcidos cristales del hielo. En el blancor, asomaba alguna rama; había nevado en la noche. Los cerros eran gigantes de nieve; estaban blancos en su extensión entera. Nevaba a veces escasamente. Los copos vagantes entraban en las habitaciones. Se posaban en las manos. Veíamos nevar desde el aula en la escuela. «Estaba nevando», eran palabras que despertaban en mi infancia no sé qué asombro. Me explico ahora ese saber oscuro. El año era en verdad un representante en el teatro de la naturaleza. La nube, la lluvia, la nieve, el granizo, el viento, las hojas, los frutos, el calor, el frío, aparecían ante



mí, espectador, animadamente. Venían. Acaecían. Los pájaros que se calentaban en el escaso sol de las mañanas de invierno, sobre las tapias de tierra, buscaban como yo esa caricia vivificante.

¿Quiénes eran esos pájaros? Venían. Vivían. ¿Sabían quien era yo? Quizá algunos me conocían, quizá todos. En la noche cerrada, nevaba. Gotas de agua caían del techo, de las ramas. Las oía en el sueño. No había viento. Todo se congelaba en la madrugada. Ya la nieve no goteaba. Nevaba en la noche. En el calor del lecho yo sabía que ciertamente ocurría afuera un acontecimiento, nevaba. La nieve era algo que convivía con ese mundo misterioso de la sombra. ¿De donde venía el viento? De los cerros.



## FRUTOS

Los brazos llegaron a rodear el grueso tronco de la higuera. Con un poco de audacia, haciendo pie en una pared me vi en las horquetas más cercanas. Poco a poco ese universo de hojas iba siendo conquistado. Mi cabeza se asomaba por las ramas más altas; oía gritos diciéndome que me bajase, que las ramas eran frágiles y traidoras. Esa higuera y las otras me ofrecían innumerables caminos de robustos leños. La de la esquina de la casa que aun vive con sus setenta años, era inmensa, formada desde la raíz por dos ingentes troncos; sus dulces cuellos de dama ofrecían su riqueza inagotable de enero a abril; una rama tenía la particularidad de dar algunos higos pequeños, entre los grandes; era la rama de los higos chicos o tumínicos; creo que todas las ramas tenían su nombre en esa apretada masa de unos treinta frondosos metros de extensión; a veces por tomar un higo, de los primeros en madurar, de los pimpollos más altos, cai con estrepito de gajos y de gritos entre la desesperación de la casa; rival de esta higuera de cuellos de dama, era una higuera nueva que creció de un gajito que yo había enterrado jugando y que, apresurada, aspiraba a ser



gigante; la higuera con brevas, era una selva cargada de tanta fruta que se volvía negra con el color de los higos maduros. El uñigal, con sus higos morados, en su blanca almíbar de ambrosía, parecía no envidiar ni a los negros ni a los blancos. Con los calores de enero los higos llegaban como una locura. Pagábamos el tributo de la impaciencia en los primeros días con la hinchazón de los labios. A veces, quieto en la bifurcación de una rama, veía a un pájaro comer un higo. Brillaba la pluma renegrida, el pecho colorado. Es lástima que los árboles no tengan oídos. Al volver a ellos y abrazarlos les diríamos nuestro cariño, con la cabeza emblanquecida, ellos nos recordarían con nuestro despeinado pelo rubio; se fueron quedando solos los grandes tallos amados. En el tendido brazo del limón injerto en un naranjo pasé muchas horas deliciosas. Ese limón tenía dulce fruta madura casi todo el año. Cuando ya supe las letras, leía recostado en los troncos del limonero.

Sentía en mi rostro el aire de las alas de los picaflores. Se asentaba sonoramente una bandada de tordos. Los naranjos con azahares o con las frutas maduras me daban la certitud de la belleza. No puedo contemplar a este árbol lleno de frutos de un amarillo enrojecido en el verdor sin que aparezca mi infancia. El olor de una hoja, de una cáscara de naranja en ciertos momentos, me parece una emanación sagrada.

Los niños aman los juguetes. Los hay fascinadores, joyas de arte y de mecánica. Habrá niños que poseen tantos juguetes que ya no los estiman. La estimación da a los objetos el valor de la memoria que los hace amados. Mi cumpleaños infantil se celebraba sobre todo con cariño. Una caricia era oír: «mira qué hermoso está el día porque es tu cumpleaños», «ese pájaro que canta en la higuera está diciendo que seas muy feliz», y yo miraba la tierra, el sol, regocijados; me despertó la

tía en el día de agosto, me levantó en sus brazos, era mi cumpleaños; antes de que nadie me viera, quería mostrarme el primer regalo.

La planta de durazno que estaba al lado del pozo había dado una flor temprana en mi homenaje; rosada, en la rama todavía oscura, donde apenas asomaban las flechillas verdes de las hojas.

Se extendía el espacio y las colinas parecían venir a mi encuentro; la flor con que el durazno se alegraba era el encanto de la mañana.

¿Cómo expresar el asombro dichoso que me producían los primeros retoños de las vias? El regocijo andaba en los árboles, en los ciruelos, en las guindas, en los higos blancos, negros, morados. Con el otoño venían el patay y el mashaco de Vichigasta, las manzanas del Carrizal, los quesos de los Llanos, las nueces de Sañogasta, las aceitunas negras de la Cuesta, el arroppe de chañar de los campos de Ambil y de Vilgo, las pasas de higo o de breva de la Puntilla, reunidas en collar por una fibra de gramínea, el arroppe de uva de San Miguel con cascots de durazno, de cidra, las jaleas de higo de Malligasta, el dulce de membrillo hecho en la ley de la paila. En las largas noches de invierno se entretenía la vigilia con alfajores caseiros, con el mate infaltable. Cuando la tía Amelia iba de visita de noche a una casa vecina, el niño quería volverse en cuanto se aburría.

Le ofrecían para que no apurase bizcochos cocidos en la arena, tortillas tostadas en la ceniza, zapallo asado de Famatina -lo probó, le pareció deliciosa, ya grande no quiso hacer segunda prueba-, pan dulce de harina con arroppe, si decía, «no», le tentaban con pasas de uvas de Nonogasta que manaban azúcar, con dulce de lima o de naranja, con frutas en almíbar, con

palomitas o multitas compuestas por jirones de duraznos desecados, y aun, a veces, con la jalea de cayote o con el afamado dulce verde de limón sutil intacto, obsequio raro, con la líquida gelatina de membrillo, miel dorada y digna de los ángeles.

Ya las primeras hojas estaban abiertas. El racimo en cieme daba al aire el aroma. Por mucho que indague en mí no podré transportarme a la emoción religiosa de los primeros brotes. Saliendo de sí misma la higuera empezaba a estar verde. El peral se transformaba en una nieve temblorosa. El ciruelo, el durazno, eran nubes rosadas. Al mirar esa delicia fugitiva la hubiera querido eterna. De lo alto de la colina, al ver las primeras flores, hubiera manifestado mi júbilo al viento y a la extensión de las serranías. En los días de las vacaciones de julio, hice jugando un jardincillo. Le puse cerco de ramillas de álamo, al volver ansiosamente de la escuela, en diciembre, me dijeron mis tías: «ven a ver tu jardín», las ramitas de álamo que puse para resguardo, se habían unido a la primavera, no quisieron quedarse como secos guardianes; altos, los tallos se balanceaban con las hojas lucientes. Los alamitos tenían una gracia de niños juguetones. Los grandes se construían con sus millares de ramillas que tendían apretadamente al espacio, como voces de coro en una voz multiforme. En la corteza el tiempo dejaba manchas de líquenes. Había nidos en las cimas. Removía la tierra húmeda en torno a las flores y me quedaba quieto. Las primeras en llegar en busca de blancas larvas eran las tacuaritas; confiadas, del color de los terrones, solían disputarse el sitio con voz cascada. En las pedregosas laderas florecían los cardones.

Los veía blanquear desde el patio de mi casa. Los espinillos del campo se cubrían de oro. Descubría entre las piedras y la vegetación espinosa «el cuerno del diablo», con vainas abier-



tas como astas de carnero, el «nogal del zorro», con su lustrosa elegancia; las rojas y amarillas flores de verbenas silvestres. El algarrobo se cubría de vainas verdes, que empezaban a dorarse en diciembre. Las cigarras, algunas de gran tamaño, daban su estridente canto. La mañana era el rumor de las cigarras. Me detenía, en el silencio la rama chillaba estridentemente. En el deslumbramiento del sol se inclinaba una flexible vara florida de la retama, el élitro volador se había posado; hija de la tierra, la cigarra, se apodera de las vibraciones de la luz, y en esa ceguera luminosa lleva al espacio la voz del árbol, de la roca, del gozo de los frutos, domina los rumores; cuando al anochecer se calla cansada, el grillo, empieza a ensayar su instrumento; toda la noche se gloria de ser músico único; en la madrugada tiene por afortunados rivales a los pájaros; el sol despierta a las cigarras.

Estaba observando un choclo. Le arrancaba las envolturas verdes, cada vez más húmedas y fragantes, hasta llegar a la túnica fina que envolvía la gruesa espiga; un raudal de caballos fríos y pesados, caía en mi mano; los granos aparecían, grandes, admirablemente dispuestos. Yo también podía ser dueño de unas plantas de maíz. Las sembré un poco tarde, en diciembre. La tierra se cubrió de brotes; se convirtió en una pequeña selva de hojas largas, móviles. A fines de enero dieron flor y ya en las axilas de las hojas crecían las espigas. Cada planta tenía su belleza, aún las más humildes y menospreciadas; esas hierbas que se arrancan de las eras, que se refugian en un cerco, en la hendidura de una tapia. Parece que conocen su suerte algunas; se hacen fuertes en el menor fragmento de raíz que les queda para volver al aire. La multitud de hierbas, sus flores, sus semillas, su índole, me admiraban. No sé si me hablaban con palabras; en la infancia nos entendíamos. ¡De

dónde sacaban tanta alegría y tanto color las clavelinas? Al ver arrancar una planta, traté de impedirlo; «hay muchas, me dijeron, se estorban; pero no son «ésta», respondí. ¿Creía yo en el alma de las plantas?

Preparada la tierra tenté la aventura. Llegó muy pronto el día gozoso. Las plantas pequeñas de zapallo se libertaron de su cáscara de la semilla que salía con ellos. Podía decir que miraba agrandarse sus hojas, estirar su tallo, tomarse con sus zarcillos de una rama, extenderse con guías poderosas, la flor amarilla, daba nacimiento al fruto; lo que fue ayer una poma diminuta era el otro día del tamaño de una manzana, luego el crecimiento asombraba; colgaban algunos de un árbol, sostenidos por el pezón resistente. Entre los maderos y las hojas de la parrá un zapallo inmenso de color verde obscuro me sorprendió inesperadamente. La vida de las plantas tiene mucho de divino; yo veía un amaranto mimado por la tierra y por el riego bañarse gozoso en el sol, aspirarlo abriendo las hojas como alas; veía en la noche como algunos vegetales duermen; mi infancia crecía entre las plantas, mi oído se juntaba a las cortazas; mi mano recogía el higo morado, o blanco o negro, con la piel rasgada, manando miel en la madurez deliciosa, la ciruela morada, la ciruela blanca, de oro líquido, en la cima de las ramillas inclinadas con el peso de los frutos. Las flores ascendían como un canto feliz a la luz; abejas, abejorros zumbantes se embriagan en el néctar; no se había olvidado Dios de poner el néctar en el cáliz de esas coronas preciosas. ¿Para qué arrancar las flores? ¿Qué vaso mejor que el aire en que se sostenían? La huerta, el jardín fueron mis maestros, el campo que ya a unos pasos empezaba a embosquecer las callejuelas, la barranca del río pedregoso, los vericuetos cambiantes de una colina. Allí las vegetaciones espinosas, los helechos

en la hendidura de una piedra, las raíces obstinadamente poderosas que descendían por un declive terroso que al ser lavado por las aguas, las dejaban al descubierto y sorprendidas por la luz echaban ramillas. Seguía por el lecho socavado de las torrenteras raíces larguísimas de un chañar desmochado por el hacha y que persistía en crecer nuevamente. El niño vio las vicisitudes de las raíces, el quedarse solas prendidas por fibrillas menudas que se asían a la tierra en los barrancos como criaturas que se aprietan a la madre. Había en esa tierra de piedra, de arenisca, de greda, por donde andaban las raíces, fragmentos de cántaros con dibujos de colores, asas rústicas de vasos, granito labrado que aún mostraba en su suavidad haber sido instrumento secular en manos trabajadoras de tiempos desaparecidos; las capas sucesivas de arena, de piedra, de greda, parecían informes páginas de un libro. Los viejos arbustos espinosos, no vencidos, enviaban sus raíces a las regiones de la ceniza y daban su flor para contento de las abejas silvestres. ¿Que se decían en la noche?





## TRADICIÓN

¿Por qué tanta pena? Suena el tamboril, suenan las cajas.

La tarde oscurece las ramas del algarrobo, el patiezuelo del rancho. El grupo orgiástico de viejas mujeres y de viejos, todos casi indígenas, canta la vidalita. Suena tenaz, repetido, obsesivo, el tamboril. El rostro enharinado tiene una mueca triste. El carnaval anda por allí, por las afueras de los pueblos, anda por allí resucitando el pasado. Suenan las cajas, suena el tamboril.

La vidalita sale del corazón, herida; herida está. Las estrujadas albahacas tienen olor a dicha muerta, a dicha no alcanzada. Suena el tamboril, «¡ay, vidalita!». Los ojos se aduermen o brillan.

La voz del canto, monótona, quejosa, se apoya en el tono y llora. ¿Por qué tanta pena? Dolor inconfesado, saltas, de pronto, corres -lágrima silenciosa y resignada- por el ¡ay! profundo. Vidalita, vidalita, tú subes el desahogo de la tristeza oculta.

Y la tierra antigua: montoneras, ausencia, desamparo; y la tierra antigua: paz, umbral feliz; y los años -¿qué se hicieron esos tiempos buenos?, ¿qué se hizo ese brillo oloroso a clave-

les y sonoro de guitarras?- sollozan en la vidalita. El grupo orgánico de viejas mujeres y de viejos de la tierra, canta la vidala.

Suena el tamboril, lo repiten las abbras de la sierra, los ecos de la noche. Quizá ese tamboril tenga cien años. Cien carnavales han gemido en él; en ese cuero de marfil opaco, lloraron el abuelo, el bisabuelo. Ya descansará. Estos viejos -oficiantes de un rito- son de los últimos descendientes de una raza, hija del suelo protector; por sus oídos pasa aún el rumor de la extinguida selva, el estruendo del zonda o el silencio del desierto.

¿Por qué tanta pena? Suena el tamboril, suenan las cajas «¡Ay vidalita!, por el carnaval».

Temeroso, cuando niño, no miré esos sitios. Alcancé a verlos después al lado de la iglesia de Malligasta, junto a los olivos, cerca del tala de los promesantes. En Anguinán, al mediodía, traspongo la puerta de la tapia contigua al viejo templo. Las raíces de un algarrobo penetran por los deshechos adobes de las tumbas del antiguo cementerio. Una retama florida crece en una bóveda; la jarilla en la reseca tierra verdea. Las parras de la viña vecina pasan por la tapiezuela y con maderos racimos de uvas de un ámbar brillante, de negra aterciopelada, dan sombra a disgregados despojos; se embriagan con su aroma sobre la ceniza olvidada, sepulta. Unos niños gritan a los lejos; ellos verán el retorno de los días y pensarán en rehacer la acción disuelta en tierra, en lejanía. Estos seres que aquí yacen fraternalmente desde hace siglos, hasta que dejó de ser aquí lugar de reposo, modelaron la greda, trillaron, animando con gritos a las mulas, la madurez feliz de las mieses, partieron el pan, oloroso, de leudada masa, con sonantes guardamontes cruzaron los llanos por los caminos de las cuestas, levantaron los muros coloniales de las paredes de



esta iglesia, vieron las aguas del Pacífico con el ejército libertador; se mezclaron en las luchas civiles que brotaron en los ruidos llanos del sur, trabajaron en los cerros, prosperaron con las viñas, los campos del Velasco conocieron sus andanzas; lucían frenos de plata, monturas de labor recargada, de tejidos rojos y amarillos; transitaron por estos ahondados callejones de algarrobos floridos en el estío por la rojez del muérdago. Indios, criollos, se regocijaron en las fiestas; guardaban el vino en grandes tinajas de arcilla que vemos aún en los zaguanes y en los patios. El mediodía anega las callejas, el campo, se compenetra de este rumor de cigarras.

Armados los moldes de tablones, se arrojan las paladas de tierra húmeda; el pisón las aprieta; cuando la tierra, fuertemente comprimida, está seca, si los moldes no son altos, se colocan encima de esta primera capa los maderos y se aprisiona la nueva tierra; los tapiales llevan cimientos de piedra para que no los gasta la humedad del riego y el salitre; con tapia se levantaron iglesias y casas resistentes a los años innumerables; los muros de los huertos fueron de tapia, las casas de adobe; una heredad íntegra estaba rodeada de tapias; al lado del amplio portal se construían las habitaciones realzadas de la mansión familiar; de las paredes coloniales cayeron pedazos, se los substituyó con cercas donde crece el seto vivo; los ramajes de los talas, viscosos, algarrobos, naranjos, higueras, asoman sobre la tapia en las viejas aldeas agrícolas de largos callejones, esparcen en el verano su indolente frescura; caminábamos por sobre los tapiales y aún nos ejercitábamos allí en la carrera; para impedir las travessuras y los hurtos de racimos, solía colocarse encima una selva de cactus; en los potreros de alfalfares y trigales esta defensa era innecesaria. Las tapias que aún quedan están casi derruidas; eso les da gracia pintoresca; el poleo,

las enredaderas, «lagañas de perro», llamadas también «guitaristas», porque las semillas suenan cuando uno pulsa con las uñas la vaina, las envuelven de verdor y de flores; la tapia alterinaba con la pirca, muro de cantos rodados del río, sin argamasa; había subiendo a los cerros, restos de pircas de un pucará, la defendida ciudadela indígena; eran de pirca, por las afueras, los corrales de cabras. De las pircas y de las tapias, saeta verde, en el calor del mediodía, salían los lagartos veloces; se detenían a veces mirando con sus ojuelos vivaces; al venir, a esa hora, por la orilla de la tapia, había un desbando de lagartos, seguía alguno rozándola hasta hundirse en un hueco, se veía el rápido movimiento de la cola; los conejos de cerco habitaban también en el cimientado de los tapias; inquietos, movidos, huían al menor ruido; en los huecos solían hacer nido las tacuaritas, llamadas «arañeros» o «rucas»; los abejerros negros o bumbunes, se les daba también el nombre de guanqueros; vivían en los maderos viejos o en estas paredes de tierra o de adobe. Allí los perseguía una tarde un chico para sacarle una odrecilla de miel que llevaban en el cuerpo. Una persona que vivía yendo hacia San Miguel, revocó el muro de la casa; lo encaló; le pintó el friso. En el gris de las piedras y las tapias, en la maraña de viñas y de espinillos, lucía la blancura nueva, y el umbral con tuestos de albahacas y malvones. La primavera que volvió de oro los follajes, hizo estallar el revoltijo por mil agujeros. Siendo niño no me explicaba la causa. Son los nidos de bumbunes, me dijo el dueño. Las larvas llamas por el sol, por el aroma, horadaron la reciente capa de barro y se entregaron al aire de las colinas.

Vi, siendo niño, un espacio de tierra removida en el pedregal arenoso, al pie de un cerrito. Ayer domingo, me dijeron, enterraron aquí al Pusllay. Lo había visto pasar por mi casa, lo

Llevaban al son del tamboril; era un muñeco grande, armado con ropa vieja y levantado en un palo. Del que andaba mal vestido se decía anda como el Pusllay, o anda hecho un cuarenta horas, nombre que también se le daba a esta encarnación del carnaval, quizá porque en las cuarenta horas de Cristo en el sepulcro el diablo andaba suelto. Tengo también la impresión de que alguna vez llevaban a este muñeco a caballo, el jinete que iba a las ancas, lo sostenía abrazado con una mano; alguna vez le echaron cohetes en los bolsillos quemándolo en parte antes de enterrarlo. Quizá confunda en mi memoria con la quema de Judas que alguna vez habrá mirado. El entierro del carnaval, ceremonia europea antiquísima perduraba en el entierro del Pusllay; este mito agrícola simbolizaba el entierro de la vegetación del verano, el paso a la región subterránea en espera de la anual resurrección de las hojas y los frutos.

Oía en mi infancia a un sacerdote e extrema vejez; predicaba el sermón de la Agonía en el atrio de la vieja iglesia de adobe. Severo, su voz sencilla y áspera, resonaba imponente. Se detuvo y dijo: «Llorad, mujeres de corazón de piedra». El gemido brotó de la muchedumbre oscura de cabezas cubiertas de velos y de mantillas negras. Veía, compungido, asomarse las lágrimas, correr por las mejillas, la pena en los rostros casi ocultos. Era un llanto que venía a llorar por ellas mismas, por el dolor de la vida, por la culpa, por el mal impedernido, por la corona de espinas, por la Pasión detenida en un perdón y una pregunta.

Ancianas con porotos partidos, pegados en los párpados, y carnosas hojas verdes en las sienes para quitarse los dolores, mujeres transportadas por la alteración y el desapoderado desconsuelo, viejos montañeses que habían resistido insensible-



mente tantas tribulaciones, venían, calzados con ojotas, a piel, en asnos, en caballos; se aglomeraban en la plaza; venían de pueblos cercanos, de los lugares escondidos de la sierra, llegaban a despedir a los hijos arrancados de la breña, al iniciarse la conscripción nacional. Se formó el pelotón de mozos de veinte años, inhábil grupo de muchachos, algunos de pañuelo rojo o blanco al cuello, de traje y de zapatos nuevos, otros casi descalzos, la camisa abierta, todos con un atado en la mano; las mujeres corrían hacia los hijos llevándoles nuevos regalos para que comieran en el camino, dándoles los últimos consejos y bendiciones. Despejada a la fuerza la multitud empezó a moverse la columna vacilante.

El llanto de las madres quebraba el ánimo. Los adioses y las lamentaciones se unían a los nombres y a los ruegos. Se volvieron a sus casas, a sus asnos, a sus caballos, cubierto el rostro, irreprimibles los sollozos.

Estaba cerca del foso que se abría en la nave de la iglesia; allí iba a ser enterrado aquel joven cura emprendedor que construyó el templo. Sonaron las matracas como en Semana Santa; hubo un movimiento en la muchedumbre vestida de duelo y se levantó el llanto; entrecortado y vacilante en un comienzo adquirió sonoridad de órgano. Las mujeres eran proclamas a las lágrimas, lloraban a gritos en la expresión de los dolores, como niños.

«Eso fue en el tiempo en que vino el padre Aimón», se decía para fijar la antigüedad de un uso o de una fecha, era difícil que la referencia tradicional no lo aludiese en un relato, en la memoria de una plática, de un consejo, en una ocurrencia y aun en una hipóbole: «es más viejo que el padre Aimón»; quizá contribuyese a aumentar la imagen de su vejez el apellido legionario. Una figuración me lo mostraba yendo de un lugar a

otro, en su mula, sueltas las nudosas riendas, con el chifle y las alforjas, entre el bosque ralo o los páramos de la cordillera, para aparecer en la calle larga de un poblado; más ligera corría la noticia, lo miraban por las cercas cubiertas de loconte y de poleo, con temor de descubrirle los pecados o impacientes de su protección; en las casas con revoque de los alrededores de la plazoleta, se levantaban a santiguarse; se detenían los que ensillaban el caballo bajo el tala; el déspota ya no decía, al ordenar el castigo injusto: «traiganlo, que sepa que aquí mando yo».

No llevaba el padre Aimón puñal ni lanza; traía el arma en las palabras que atronaban y compungían, que llegaban a encenderse con la amenaza de la excomunión; en el bolsillo un crucifijo sacado en trance difícil al combate con el bandido, y el ojo del alzado miraba al suelo; tenía selváticas las cejas, mechones blancos en las sienes, gastada la palmilla del hábito castaño, las sandalias de cuero, dedos como garfios para arrastrar de la oreja a los mozuelos procaeces; sordo a la hipocresía, igual con el débil y con el fuerte, en su rústica santidad avanzaba no sin utilizar los golpes; severo en las penitencias ordenaba humillarse en la puerta de los ofendidos; aquella mujer sin ley, ya casi sintiéndose arder en el infierno, cubierta la cabeza con el manto, llamaba desde el umbral; arrodillada, pedía perdón de las calumnias y el insulto.





## LA LUZ

Las formas más asombrosas de arte que conocí en mi infancia fueron las formas vegetales. El árbol, la flor y el fruto.

Cada árbol, cada arbusto, cada hierba, se daba una fisonomía distinta. La multiplicidad natural de este orden viviente no se apartaría de mis ojos. El olivo, de inmenso tronco centenario, alguno con una selva de retoños en las raíces, parecía entregado a su oficio de dar fruto; el álamo, amante de las corrientes perennes del agua, de tallo fácilmente vencido por los años, se enamoraba del aire con la multitud armónica de sus hojas verdes que caerían en el otoño en un tumulto enrojado. Los retoños del álamo, simétricamente crecientes, flexibles, me parecían niños. Alguna vez puse en verso una escena que sorprendí en mi infancia. Había llovido. El otoño resalta en el zafiro de la tarde luminosa. Caían en el viento las hojas amarillas de los álamos viejos. Los alaminos estaban verdes, primaverales. Unas cañas con sus panojas blancas, como hisutos cabellos canosos se inclinaban en la ráfaga hasta querer tocar esta cabellera de hojas tiernas; al inclinarse las cañas, los alaminos atentos al peligro, también se inclinaban rápida-

mente como niños que huyen.

Las cañas querían asustar a estos pequeños juguetones que las temían. Había un murmullo en las ramas de todos los árboles.

Comentaron el juego de las cañas y los alamitos. Así también jugábamos nosotros. Había una intimidad en las plantas. Se hablaban entre ellas; se tocaban en el viento como si se dieran la mano. Una guía de viña desprendida de un árbol y vuelta a la parra, convertida en un caos de hojas con el dorso hacia arriba, se componía con tal naturalidad que nadie sospechaba el anterior trastorno. Este retorno de la cara de la hoja hacia el sol en cualquiera planta me admiraba. Los dibujos, la simetría, el ritmo me enseñaban en secreto. Una fruta se labraba en su arquitectura sencilla y prodigiosa. Cuando vi la obra humana en los vasos, en los frisos, en las columnas, en la escultura, en los hexámetros, hallé naturalmente algo que me pertenecía en la viva existencia de las formas dotadas de movimiento y del esplendor de su íntimo trabajo. Ellos, los sagaces artifices, sabían el secreto que conocen las fibrillas de las hojas, el entendimiento de la luz con las fuerzas organizadas por la armonía. El éter y la tierra cincelaban el rocío en la inteligencia ordenadora.

Tres eucaliptos, el uno al lado del otro, los únicos que conocí en el pueblo, llegaron a pasar la cima de todos los árboles de la comarca. Los álamos más altos parecían hijos menores de estos gigantes. Les llamábamos «los eucaliptos de doña Eduvigis», que era la dueña de la casa donde crecían. De mañana la sombra de los eucaliptos pasaba al calle y se extendía hasta la higuera de la esquina. Van a ser las doce, nos decíamos al ver que perdían su sombra. Eran un magnífico reloj de sol para los entendidos. Caía con esta sombra una fresca

amiga en las mañanas de verano. El agua corría por las piedras que limitaban la acera con rumorosa presura. El espacio se coronaba con ese verdor erguido, la fragancia de los brotes del tronco que llegaban a la pared quedaba con persistencia en nuestras manos. Sobre toda virtud nos ofrecían un juguete inestimable, los trompitos. La parte de la cápsula desprendida al abrirse las flores, era un vaso hueco, oloroso, con un pezón que servía para imprimírle movimiento. No se cansaban al saltar de los dedos esos excelentes bailarines; también nos servía de trompo el pie del cáliz, despojado de sus cabellos blancos y su gota de miel abundante. Un día que recogía trompitos en la acera me dijo doña Eduvigis, «ven a buscarlos adentro, aquí hay muchos». Vi desde cerca los enormes tallos fraternales, algunos con jirones de vieja corteza desprendida. Un año al volver en las vacaciones había un vacío en el aire. Se temía que cayeran en alguna tempestad, los derribaron con el serrucho y el hacha. Quedan con la memoria de mi infancia.

La sombra en la luminosidad puebla mis ojos de niño. En la mañana las largas sombras móviles de los árboles crean selvas penetradas de resplandores en los muros, en las calles y en los patios. Antes de pasar frente al umbral la persona, el caballo, el asno, aparece su sombra. El sol no olvidaba una rama, el movimiento de una hoja, todo se duplicaba. Los pájaros, el aguilucho de bajo vuelo, corrían también por la tierra, delatora de las novedades del aire. El sol al ganar el centro de cielo iba acortando las sombras. Aquellas figuras gigantes se volvían enanillos que andaban con nosotros. La sombra daba la hora. El mediodía las ceñía a su extensión más estricta. En los ramajes ralos del campo se movía en las cortezas como un enjambre de insectos translúcidos, danzaba en las piedras. En la espesura densa de las alamedas tenía la frialdad de un agua



naciente de la tierra. En las siestas estuosas, me ganaba la penumbra de la sala; el sol era en la calle la plenitud vívida del verano; la sombra del que pasaba por la acera, se escurría por una leve desigualdad de la puerta para proyectarse en la pared interior; de haber estado encerrado siempre allí el mundo se me hubiera aparecido como un andar de sombras en determinado y repetido espacio del tiempo. Cuando en esa misma penumbra se me apareció el maestro eterno y le oí hablar de la caverna, abrí la puerta para ver el sol y le pedí que me diera la otra mirada que traspasa, conducida por la belleza, las apariencias fugitivas. Sombras luminosas, violáceas, andariegas en la mañana, opacas, quietas en el brillo encendido de las doce, se tendían al oriente en la tarde, hasta desvanecerse en la fluidez indefinible de la entrada de la noche, para volver con la luna llena al juego de encajes oscuros en espejos de plata.

Tuvo mucha importancia en mi niñez la luz en las hojas.

Una verde hoja fresca traspasada por la luz de la mañana entre el follaje era una joya gozosa. Lo era en el mediodía. En el sol de la tarde se volvía misteriosa y quizá melancólica. En el sol de la tarde se volvía misteriosa y quizá melancólica. Un resplandor del poniente al pasar a la misma hora por una rendija, por la abertura de una ventana, al irse alejando hasta quedar solo como un fugitivo friso casi rojo en lo alto de las paredes, me hablaba en otra forma. Mi infancia se descubre en el juego de la luz y de los matices de las rojas, del agua y de las piedras.

Cuando los árboles se cubrían de ramaje nuevo disfruté de la riqueza innumerable, de los tesoros que me colmaban de júbilo comunicativo. Abría los ojos al sol para ver el álamo. Era un verde cristal multiforme de espejuelos por donde corría el sol, parecía que el álamo quería quitárselo y se sacudía

en la ráfaga resbalaban los rayos, hacían pie en otras hojas, seguían el movimiento de las ramas, como pájaros sorprendidos tornaban en bandada, las temblorosas hojas se esquivaban; inmóviles entraban brillantes en el azul, en el azul del aire, en las extensiones azules donde irradiaba el deslumbramiento. En las viñas de tiernos vástagos audaces, en los árboles, en el agua, estaba el sol de la mañana. Yo corría por la esparcida lluvia de rayos que con redondez de oro fulguraban en el suelo, por los encajes de una sombra móvil penetrada de resplandores. El sol estaba en mis manos, en mi frente, en mis cabellos, en mi ropa; la mañana crecía en la límpida luminosidad entre las flotantes islas de los árboles. Yo, niño, la tuve en mis brazos, en mis ojos. ¿Qué fui yo? Fue el dueño de esa mañana luminosa, fui el más rico de los reyes, poseí las mansiones de las hojas, la inmensidad fulgurante de los espacios. Abejillas movedizas, los reflejos vívidos, pacían en el musgo aterciopelado de una vieja tinaja de greda; cuidaba este jardín precioso; no hay esmeralda como el musgo húmedo visitado por esta legión de abejas, quizá también de mariposas por las anchas alas, que andan en ese verdor penetrando por saetillas encendidas. En las orillas del arroyo, entre las rocas, crecía en masas apretadas el musgo. Se rompía el agua presurosa, le formaba arcos arborescentes de rocío, las gotas altas, ardían en el sol, como diamantes. Con la cabeza al borde del agua yo veía venir la corriente que no cesaba nunca en su tumulto por las piedras azules, rojizas, circuidas de fajas blancas, en los hondones remolineaba la arena, formaba vallejuelos, cimas, el sol penetraba el agua. El zorzal desde las marañas era el señor de esa soledad viviente. Su silbo traía un dulce arrobo inexplicable. La arena, las hierbas, los arbustos espinosos no me desconocían.

En el vasto patio de la heredad de San Miguel rodeada de viñas estaba junto a la galería el flamante reloj de sol. El dueño de la huerta, un toscano ingenioso, trabajador de la madera y de la piedra, vinicultor y arquitecto, conversaba con mi padre sobre las particularidades de estos relojes en relación al año; aunque no entendía las referencias técnicas, me sorprendió saber que también era reloj de luna, esa claridad vagabunda de las noches serenas posaba allí su pálido dedo de plata. El orden del universo me asombraba. En esos relojes había una correspondencia, variable, segura, en las alternativas de la sombra. El brazo extendido también era reloj de sol, uno mismo lo era.

Trazaba círculos en el suelo, se animaba la redondez de los planetas, con el almanaque hablaba de la aparición alternativa del lucero o de la estrella de la tarde; de la exaltación del brillo de Júpiter o Marte; invitaba a mi padre a ver en tal fecha con un catalejo a Saturno rodeado de anillos. Puso en mis manos, el anteojo, lo graduó para mi vista; las remotas cimas azules del Famatina que perdían nieve en verano se convirtieron en torsos despedazados, en caóticos infiernos de piedra. Es el efecto de las nieves, me explicaba, de enormes explosiones en los deshielos.

Los cerros cercanos se venían a mi vista y creía poder tocarlos.

Sonreía mi padre y me enseñaba. «La naturaleza es inmensa, me dijo. Estúdiala y sobre todo ámala; el estudio sin amor es ciencia muerta; el amor se convierte al admirar una flor, una piedra, en plegaria, en arte». Trajo el amigo una copa de vino nuevo, un líquido topacio. Yo andaba ya por las viñas oyendo a los tordos, buscando los últimos duraznos, fragantes, deliciosos; el sol declinaba iluminando las cimas de las colinas



pedregosas.

En las últimas estribaciones, el Velasco termina al sur en una caótica diversidad de mogotes con cactus y ásperos arbustos; allí contemplaba en viajes juveniles en que el anhelo va de paso hacia extensiones que lo llaman, el agua salada que desfila una peña; quizá la soledad de un ser que esperó hasta convertirse en piedra el retorno amado, llora en esa perenne agua de silencio; en la oleada estival del aire de los cerros me acercaba a indagar su mal de ausencia a esa breve fuente salada que medrosa se sume, al brotar, entre las hendiduras de las rocas, no sin que antes se pose en su cristal amargo el día, la imagen de la nube, el brillo de la noche.



## DESCUBRIMIENTO

Ya en el primer día de vacaciones yo ansiaba volver a nuestra casa nativa. Mi madre me dejó en el tren recomendado a una señora amiga. Me llamaban las tías, los árboles, el perro, las cimas de los montes. La selva rala de quebrachos, de mistoles con verdes loros, corría por la ventanilla. A medianoche llegaríamos. Empezó a arder la tarde con intermitencias en el horizonte. Entrábamos en la región de las llamas; al encenderse la oscuridad la selva rala seguía corriendo. Las ventanillas se cubrieron de tumultuosas cortinas de lluvia. Los relámpagos iluminaban el campo mojado, los ríos secos se convertían en torrentes. El rumor de la lluvia crecía al detenerse el tren, inseguro. Un mar inquieto, negro, del que emergían los árboles se tornaba rojo con las llamaradas del aire; rapidísimos caminos de fuego se dibujaban en las nubes; el agua arrebata. Una claridad casi verde se hacía en el horizonte; aparecieron las estrellas de la Cruz del Sur. Empezaron a resonar en torno al tren inmóvil las crecientes que descendían del Velasco por los hondos cauces terrosos. Me despertó en la madrugada el lento movimiento de los vagones. Volvíamos a La Rioja. Los



rieles podían estar socavados por el agua. Un cielo de intenso brillo estelar entraba en una claridad de zafiro. Algunos halcones dormían en las ramas altas; había grandes nidos oscuros en los arbustos secos. Se oía a los sapos, el grito lejano de las chuñas:

Un zorro pasaba con lentitud estudiada. Apareció el prodigio.

Nunca había visto la aurora en la llanura. Contemplaba en mi infancia salir el sol de la cima del Velasco, escena siempre impresionante y gloriosa pero sobria; ahora se anunciaba en las deshechas nubes de ese llano con bosques. Velos indolentes se cubrían de cambiantes coloraciones rosadas, escalas luminosas se extendían por montañas de vapores opacos, nervaduras diamantinas bordaban profundos lagos de sombra que se sumergían en la fusión de brillos de blanca incandescente; se volatilizaban los encajes flotantes; resplandores instantáneos se apoderaban de las alas vaporosas de una nube y la extinguían; con presura acrecentada la claridad combatía entre encendidas cimeras y cascos de acero deslumbrante; cascadas de rayos repentinos brotaban de una hoguera; roja redondez inmensa, empezaba a aparecer el sol en el oriente; vivo, claro, cegante, se desnudó de su púrpura. Entorné los ojos. ¿Cómo no esperarlo con cánticos, con la lira en la mano, ceñidas de laurel las sienes? «¿Que hará mi niño?», suspiraba mi madre. Le respondí mi presencia, me vio volver, sorprendida. Ya no era el mismo; crecí en una noche.

Traía el culto del sol en los labios; había asistido al misterio de la aparición de la luz encendedora del cosmos. Esa luz circularaba también por mi ser, inextinguiblemente. La bella, alta mañana otoñal caía con largos polígonos de oro brillante en mi banco del aula catamarqueña. Un condiscípulo daba la lec-

ción de historia. El profesor le ayudaba a encontrar los nombres de las divinidades mitológicas; la fábula no merecía mayor trabajo.

En una antología yo había leído la descripción asombrosa que trae El Arte de la Antigüedad de una estatua de Apolo. Debieron irritar mi silencio las palabras del alumno. Con las manos, con la frente en la claridad del sol, hablé de la grandeza del dios de la luz y armonía. Una escena inolvidable se produjo. El profesor, en cuya alma dormía un vestigio quizá por el mismo desconocido, agitó, herido por el dardo del sonoro arco de plata, su cabeza, elevó sus manos al aire claro, aprobando mi admiración por Apolo, habló del sol, fuente de la vida, habló del arte, hijo de la luz y del ritmo, de la claridad educadora, senda hacia la lumbre eterna; sus manos buscaban mi hombro; me acarició tan dulcemente que creí ver en su rostro algún signo; el universo era en ese momento para mí la música de la luz en la vibración que creaba el éter. Al norte de la Sébilla me tomó la noche en el umbral de la casa del cantor don Lino. La luna llena se alzaba sobre la cima de los árboles; templó las cuerdas, mirándola, el viejo cantor y sin quitarse el sombrero, echado hacia atrás en la frente, puso su pie en la gastada piedad; no había fuerza mágica donde su voz llegaba, porque toda potencia soberbia se aleja del modulado acento que en el corazón humano despierta la bondad que lo ha creado antes que el mal existiera, y el orgullo del infierno solloza y aspira al perdido bien primero, al gozo puro; en esa claridad de luna estival, en la pausa del canto, el canto volvía repetido por las colinas y la selva; es la voz de los que callaron, me dijo; se reúnen a acompañarme en la lejanía del tiempo; en la temura.

Le agradaba al anciano cantar en los campos; allí el oído percibe el anhelo más distante. No temía en ninguna parte un

rival engañoso; la tañida cuerda dominaba; nadie vence al cantor inspirado; no fue jamás en su humildad vencido por la niebla mala; el valor de su entereza venía del secreto que lo sumergía en la onda universal de la música; la tierra, el árbol, el cariño, la inextinguible nostalgia, se unían a sus dedos, asomaban a sus labios, y ya no eran las cuerdas solas, era el sentimiento de todo, el que al enajenarlo, hacía de esa noche de luna el albergue de una lágrima que se conoce tarde, cuando declina al ocaso la estrella que creíamos fija en un cenit luciente.

Así se dilataba el ciclo que inició una alborada en los alejados campos del este.



## LA TIERRA

Dos o tres preocupados compañeros de la escuela venían hablando de mí por mi calle, mi madre los oía. La madre oye siempre todo. La afligieron los juicios. Decían «no podemos contar con él, es muy escondido». A mí también me afligieron.

¿Cómo podía yo, inhábil -a eso se referían, sin que mi madre adivinara el sentido- entrar en los incesantes proyectos? Se trataba de excursiones, con un rumor de guitarras, de solaces en las huertas remotas, quizá de bailes bajo un alero con albahacas. Me sentía extraño. Ellos estudiaban y andaban; miraban el mundo, el pie en la tierra. Yo trataba de apoderarme de la extensión de un verso alejandrino; de convencerme que el soneto puede ser naturalmente expresión de una sinceridad sin artificio; pensaba con pena que los maestros no habían dejado espacio para los venideros; la muerte de mi padre cerraba mis caminos al estudio como yo lo concebía; y en fin, yo era inútil; me apesadumbraba el estar leyendo por una inclinación irresistible, apartado, a veces, del recto sendero de las ciencias escolares. La acción pedía mis esfuerzos, la acción

que enriquece, la voluntad de ser por el trabajo; el arado, las ciencias aplicadas, la industria, todo eso era bello y era justo. «Trabaja, me decía una voz interior, ama el bienestar que es reposo de la fatiga, lucha y hazte fuerte; sé la dicha de los tuyos, benefactor de todos, constructor del progreso». La acción hablaba en mis trabajos en prosa. Otra voz, de no sé quien, me respondía: también la soledad es acción, la soledad del que medita. Y esta palabra «meditación» aparecía en mi pluma sin descanso. El más antiguo cuaderno de versos que guardo entre los manuscritos de mi adolescencia se titula «Meditaciones líricas»; con ingenua insistencia hablé de «la frente que medita». Odiando como odié siempre la ociosidad, el ocio emanado de los placeres mezquinos, en lugar de ir a los oficios, de ser hábil en el trabajo manual que remunera, me hallaba ante la página del libro o escribiendo el dictado imperioso de mis horas encendidas por un anhelo no sujeto a la conveniencia de la acción de paso seguro. El trabajo hace digna la vida. El trabajo honrado es santo. El trabajo de la tierra enoblece. Las frutas, el trigo, el hato, la miel, las viñas, los olivares, nos hacen señores. Yo también podría pacientemente ser agrícola y llamarme afortunado. Nunca dejé de cultivar aunque sólo mentalmente un imaginario huerto mío en las montañas. Ese huerto imaginario que adoro. La familia feliz vive del huerto que cultiva. Esos hombres -don Pedro, don Santiago, don Salviano, mi padrino-, tenían en su dulce sonrisa el tesoro que dan los árboles. Entre los árboles, en el descanso de la fatiga, podía componer versos y leer libros. El agricultor es generoso porque la tierra le enseñó a dar sus riquezas. ¿Que regalo igual al de los higos, de la higuera inagotable, de las uvas, y de todo el milagro de los frutos? ¿Que encanto igual al de regar la huerta? ¿Qué vida comparable a la de esta hermandad en que se

está oyendo el aire en los ramajes?».

Desdichadas personas abandonaron el huerto heredado seducidas por el falso brillo de las grandes ciudades. Se recordaba al joven Eugenio, tan hermoso en su juvenil alegría, en su sonrisa confiada, vestido de limpios harapos que penetrados por el sol más parecían raíces y filamentos que hilachas; vendía cantarillos de greda que labraba en el torno con la madre y la hermana; más de uno hubiera querido tener la felicidad que despertaba con sólo oírlo; se había ido, conquistado por la promesa de visitar países remotos, con un extranjero. ¿Cómo lo tratará la suerte? ¿Por qué no escribe? ¿Dónde estará? se preguntaban. Más vale ser agraciado, decía alguno; el extranjero lo adoptó por hijo y lo tiene en la opulencia. Alguien lo suponía enriquecido en fabulosos lavaderos de oro. Así ha de ser, exclamaba la hermana, se acordará de nosotras y vendrá a llevarnos a sus palacios. No faltaba quien lo imaginase lastimosamente desamparado; este joven cifraba la aventura, las mágicas ciudades, las navegaciones. Ha de volver porque fue buen hijo, se agregaba; y más si padece; la madre aunque nada tenga es siempre un amparo. Yo me quedaba en los papeles escritos.

Poblado por la naturaleza entera me seducían las letras. ¿Tenía acaso maestros sabios, guías expertos? No. ¿Podía estudiar en mi niñez a los griegos, a los latinos? Era imposible. En estas preocupaciones transcurrían mis quince años. Dos o tres compañeros de grado, que al ir por la calle, tramaban una aventura, al llegar a mi nombre en la busca, se dijeron «no podemos contar con él, es muy escondido».

En las vacaciones de ese año en las noches de mi pueblo, paseaba con un amigo por la plaza. Los grandes terebintos de uno y otro lado de la avenida se unían en lo alto, tocaban el



suelo al caer como cabelleras, corría el agua y había por las sombras fragantes, el murmurio de las casuarinas en el viento.

Al otro día una señora, era peruana, vecina del pueblo, desde hacía muchos años, llevó a mi casa la noticia. Estaba oculta por la penumbra y las ramas en un asiento de la plaza con la hija, una fina muchacha inteligente -¿leerá acaso esta página?- y oían lo que yo hablaba. La joven le dijo a la madre: «Este niño es poeta». Debieron conversar en la noche de este descubrimiento. Parece que las conmovió misteriosamente. Temían dar la noticia. Al fin se decidieron. Fue de esas noticias dichas en voz baja, en reserva, pidiendo que no me contasen nada. Al razonar lo que oyeron hablar en esa soledad de la noche, la verdad, según la madre, estuvo en la impresión que le produjo a la oculta joven mi palabra entregada al amigo y al aire: «Este niño es poeta», le decía.

Me atrajo con afinidad irreprimible la existencia escondida de los campos. Traducía del francés, a la letra, con estupor, algunos versos que entendía difícilmente en mis primeros estudios: «Ella es la tierra.... Ella ofrece un lecho de musgo»...

Cerré los ojos. Vagué por las llanuras y los valles. Era la tierra la que estaba ante mí; me ofrecía un lecho de musgo. Los árboles tendían sus ramas sobre el cauce de un poco de agua. Este amor a la tierra en los lugares solitarios prendió en mí desde la infancia; yo imaginaba dormir en las grutas de las peñas; oía el manantial, el viento. En ese silencio en que se oye más a Dios, amé el árbol, su obra. En la carne de las cortezas se animaba un designio divino. La piedra de la opacidad boscosa daba sonos. Eran las avispas en sus nidos de barro. Llevaron a la perfección su vida de habitantes de las rocas y los campos. Algo hay tan cierto que asombra. Al vagar en las barrancas de las torrenteras entre los follajes espinosos oía el

silbo de un pájaro.

La voz de los campos y las montañas acortaba los caminos y por la diversidad el paso se hallaba en el único aposento. Con estos racimillos temblorosos de polen visitados por una abeja, la tierra hendía los espacios; los más lejanos mundos se acercaban con la luz para acariciar esta corola aromada. Aunque su admirador y amigo, nunca perdoné del todo al que trajo el fuego para encender la hoguera. Amante de la humedad vital de la tierra posé mi cabeza en los cauces arenosos, miraba el cielo del día; el agua rumoreaba en las piedras. Una cigarra parecía caer en una ramilla verde; brotaba el canto estridente; lejos, venía sola desde el cerro una nube. Si uno se interna en el campo la tierra está habitada por un genio, por un numen; se va acompañado, se vuelve a oír, el numen existe. El grito lejano de un pájaro, un ruido de animalillo que pasa, el silencio audible de las cosas, nos hablan, las cortezas, las raíces, los frutos dorados del algarrobo, el aire, levemente sorprendido, están en el misterio de la luz y de la tierra. Hay huellas en la arena de los ríos secos, a veces únicamente del velo de las brisas, en la arcilla que fue labrada por las lluvias. El genio de la tierra nos llama con callada voz querida. Nos llama a recordar acariciando un espino que nos detiene. Nos habla así con voz lugareña: «¿Qué diciendo has venido? ¿Qué te hice que me dejaste?». Al oírlo se me anuda la garganta. «Ve esta flor del aire», me dice. Acercándome a las espigas del nido abandonado en el cardón, aspiró el aroma. Esta aún abierta en la sombra azulada de las retamas y las breas. Toco con amor las piedras.

Como nadie me oye, hablo al genio de la tierra en la hermandad secreta de un misterio.





## LA BELLA LETRA

¡La bella letra! La mayúscula inicial quedó inconclusa. En los viejos manuscritos era la mayúscula la que faltaba en la página llena; debía ser ilustrada por el paciente iluminador.

La dejó así, sin la curva gótica, quizá señalando los dos caminos que simboliza. Flaqueó la tentación repentina de escribir sus memorias. Lo alucinaba ese anochecer de invierno. Se levantó, se asomó a la puerta. Vagaban al aire algunos copos de nieve. Los advirtió en el rostro. Hubiera deseado andar, reandar su vida, lamentarse. La oscuridad, el frío, el silencio lo retuvieron. Encendió la vela. La luz se prendió, vacilante, de las blanqueadas paredes de barro. En el arca de cuero estaban algunos libros, minúsculas cabezas de antiguos ídolos de arcilla, algún objeto de plata labrada, esplendor de algún tiempo fácil.

Un mal cerrado vano daba al corredor donde se amontonaban instrumentos de minería, piedras de ensayo. De aquella que fue floreciente empresa no quedaba más que él, cuidador, vigía en una colmena ya desierta. Un paso más se encontraba con el cerro. La vida de los montes en el verano llegaba al

umbral.

El invierno convertía la habitación en una isla. La vela ardió en la soledad misteriosa. Tomó uno de aquellos cuadernos de apuntes ahora inútiles y amarillentos y con cuidado labró la mayúscula, una Y que sería quizá la inicial de yo. Había leído todo lo que se pudo leer en la montaña en aquellos años de sobresaltos y montoneras y en la larga paz subsiguiente. La bella letra le cautivaba; las dibujaba con finos rasgos y con varios estilos hasta convertir la página en una pintura o jeroglífico de una flora viviente. Las mayúsculas parecían seres animados. Probablemente es tentativa de memorias empezaría: «Yo nació»; quizá fuera sólo una letra que uniese lo callado a lo que pensaba escribir o la traía en curiosidad de signo encontrado en los vestigios inmemoriales de la arenisca de las laderas de las montañas. Recordó que también vivía allí, a un paso, el asno. El asno que lo llevaba a los ojos de agua, a buscar ídolos en las casi enterradas pircas. De tarde solía mirarlo bajo el algarrobo, en las matas espinosas, inmóvil. Y advirtió que la sabiduría estaba en esa paz, en ese no saber. Por el año 68 enseñó en una efímera escuela en un lugar de la sierra, en Amaná, vio allí raras señales de edades sumergidas, arbustos al parecer sobrevivientes de antiquísimos bosques, dibujos indiscifrables en la piedra. Para él las definiciones gramaticales eran muy importantes; había que conocerlas bien, conocer bien la aritmética. Una chiclela vivísima de nueve años, mayor que yo, le repetía una vez la lección de la escuela. Decía rápidamente de memoria: «el infinitivo es un derivado verbal substantivo».

Esa palabras, como si hubieran bajado los coros del cielo, sonaron en mi oído en un idioma extraño, portentoso; los umbrales, las paredes, los árboles, ardieron en una luz inverosí-

mil. Fue la revelación de un universo de palabras fabulosas. Y ¡oh destino! en una calleja de aldehuela montañosa, una mujer vagabunda, embrutecida, pedía limosna; me dieron su nombre; de esos labios, ahora vinosos, había brotado aquel raudal de gramática que tan hondamente se grabó en mi vida; aquella hermosura infantil desamparada se deslizó a la fealdad, al vicio, lastimosamente. ¿Para qué le servía a don Manuel el acopio de su inteligencia indagadora sino para su gozo, para estudiar en ajados manuscritos apuntes de viaje, las crónicas, la enseñanza de algún remoto clastro? El no fue allí. Era él, eran dos o tres jóvenes emprendedores, casi niños, de buenas maneras; debían trabajar en las minas. Escribiendo con los dedos en el suelo, leyendo en el rato de ocio, discutiendo, llegaron a aprender copiosamente. La mina tendía un contacto con hombres de otros idiomas. El cerro guardaba indicios de hábiles excavaciones en tan alejados tiempos que ni aun la conjetura osada se atrevía a sospecharlos. La riqueza momentánea de la veta que brota de pronto crecía con grandes ofrecimientos engañosos. El técnico europeo traía su saber en las palabras de la conversación, en la avidez que daba el escucharle. Personas del lugar habían viajado también y acrecentado de novísima ciencia. ¡La ciencia, el progreso! Allí se interesó por la jurisprudencia, en su necesario conocimiento entroncó con la tradición del derecho; componía estudios de la gente indígena en su quieto trabajo de guardián de la empresa arruinada. Asomaba a su memoria la montonera. El era aún muchacho. Se escondía en el cerro la familia, con un rebaño de cabras, uno o dos meses. Iba de noche a buscar agua a lo lejos, tentativa audaz, exploración peligrosa. El peligro inminente se volvía costumbre, no se le temía. El había visto de cerca las hordas.



Volvía la paz de las serranías, remota, como alejada del mundo.

El pudo hacerse valer, construir, indagar caminos; ya era tarde.

No sabía vivir, decía, sin ver a mi madre. Necesitaba su presencia. Tarde fue también pensar en rehacer la vida. La pobreza de aldea apretaba en la escasez del hidalgo. En un escrito sobre él, lo veo «solo, lleno de ocultas delicadezas lastimadas y de un ascético abandono». Vinieron las aventuras imaginarias.

Me mostraba la vegetación de líquenes en la nudosa rama; la había visto nacer y extenderse; tenía la apariencia de una floración de los árboles planetarios; casualmente la aparición temprana de los rayos horizontales de la luna se posaba en un verdor grisáceo disuelto en suavidad de encajes. Cuanto más amargo el gusto de una dádiva, de una invitación, de la ocasión tardía de una ganancia inesperada, más crecía en él la aventura imaginaria. La caligrafía perfilaba simbólicas mayúsculas ya trémulas, la altura jerárquica de las consonantes. Fue cuando yo muy niño empecé a estimarlo, cuando empecé a conocer las letras. Puso en mis labios leves rudimentos de gramática con nociones que iluminaron mi infancia ornándola de levantadas figuras. La dignidad nuestra, decía, exige el universal conocimiento sabio; aprende el buen latín, avanza; se ignora el griego con grave riesgo de nuestra integridad espiritual; verás que por el fruto fácil a la mano se pierde la sabiduría insustituible, raíz de todo crecimiento, perfección difícil que quedó para no ser tocada por el tiempo, orden que nos reintegra y da sitio en la armonía de donde fluye. El era paciente, reservado; blanqueaba su barba rala; delgado y alto; abovedada la frente, algo abatido el rostro, la indumentaria en

descuido. Los ojos se fijaban con un brillo donde ya el saber caía lejos, en otra ribera, pasaban sobre uno como si uno no existiera, para volver la mirada como extrañada y áfable. Bien pudo dar el largo paso, alcanzar el ala del éxito, la vida necesaria, abrir el cimiento. Se quedó con un ¿para qué?, con retraimiento de niño distraído. Tenía dichos graciosos. Al mojarlo impensadamente en el carnaval, dijo riéndose: «Soy como las hojas secas del amaranto, me vuelvo verde si me echan agua; hay algo en los juegos que quiere rejuvenecer al viejo». Alguna vez buscó olvido en el cristal o la greda del vaso. Eso se decía. Quizá se lo reprocharon; «yo no combato así las penas», le oí al defenderse. Quizá se desvió vencido. La aventura interna seguía rutas infrecuentadas. Hijo del cerro fue conocedor de hierbas y de sus propiedades medicinales, en la medida en que el sol condiciona la sazón de los juegos; las semillas sonoras de la amarilla vaina le aseguraban la futura aparición del año, pedían la humedad que las despierta. Sin creer en los que le consideraban sabio, curaba, a pesar suyo, por secreto. Ajeno a la superstición no se explicaba cómo llegó a formarse la leyenda de que sabía palabras. Ante el ruego tenía que ceder y el enfermo sanaba casi siempre. En más de un día escaso le trajo inesperados obsequios el agradecimiento. Hallaba casos parecidos en los antiguos, en libros de viaje de los conquistadores de América. Vivía una perfección de pensamiento de formas geométricas puras, como desintegradas de su música; en la imaginación del símbolo iba a la ciencia vislumbada. La ciencia que vislumbró con el alfabeto, con el perfil admirable de la letra. La fe en el esfuerzo lo llevó alguna vez a tentar el trabajo agrícola, a convertir el pedregal en viña, a conducir el agua por acequias donde brotaba la hierbabuena; los días indicaban la siembra, verdecía el surco, retoñaba el

injerto; el ganso, el gallo de rizadas plumas, no insistían en ser contrarios. Volvió a desentenderse. Esa noche quiso desentrañar en el papel la substancia de su realidad de hombre que va abandonando su parte, cediendo a la fortuna, quedando niño cuando crecía el mundo. La bella letra encaminándolo a la manifestación de su oculto sentido podía salvarlo todavía. La noche de la sierra se ahondaba brumosa, con ventisca; le inducía a creerse en el secreto de la leyenda de asombrosas razas de una región antiquísima sumergida con sus códigos de legislación atlántica, escritos en caracteres para él ya legibles; primorosos signos desenterrados le habían dado a pensar que llegaron aquí, en otras eras, sabios y artesanos que midieron el cielo y enseñaron los fundamentos hoy perdidos. Vuelto al pueblo no logró romper la timidez, la onda adversa. Con voz clara hablaba de la jerarquía de la gramática en los estudios, de los sistemas de la lógica, de la soberanía de la razón, de los descubrimientos astronómicos, de los héroes libertadores del siglo. No he leído casi nunca, decía, una obra que no indague, que no nos lleve a estar donde debiéramos vivir; en la novela el argumento era disculpable por la penetración y la experiencia. La verdad demostrada tenía para él suprema categoría en las letras. En lo posible conocía todas las opiniones; desde su observatorio, la política. Nada debía apartarlo del ocio duro donde un libro crea la realidad de otro sitio donde idealmente vivía. Se acercaba el Centenario de Mayo. Se lo sentía venir a comenzar otra serie de años desde el caudaloso principio del siglo. La noche de invierno se hacía densa. El pensó en la madre. Quiso verla, tenderla los brazos.

El silencio apagaba todo rumor, el aire se volvía tiniebla. Dio pasos, vacilantes; lo contuvo la soledad sin caminos.

En la mañana luminosa de febrero yo pienso en él. Me acer-



qué sin saber, llevado por una que otra cigarra. El sol deslumbró. La tierra seca se ahonda en barrancas rojizas. Recojo restos de alfarería indígena con dibujos, bordes de vasos y de cántaros. Le indico al amigo que me acompaña la conveniencia de reunir una colección de estos dibujos. Los arrojamamos luego.

Un largo paredón, límite de la vida y del sueño, casi se confunde con la tierra. Vuelvo la vista a otra parte. ¿Un silbo de perdiz? No, es el pájaro que llaman vicuña, según mi amigo. Corre oblicuamente, con rapidez pasmosa, sin levantar vuelo.

Seguimos por los cauces de arena entre reverdecidas ramas espinosas. El río pedregoso lleva un poco de agua. Zumban los abejorros, grandes abejorros negros, la cigarra se apodera del aire reverberante con su áspero ruido; andan por las retamas los cigarrones. El vivió aquí, cerca de donde ahora está; aquí transcurrieron sus años. Fue, con su barba castaña y su rostro alargado, hijo de la tierra, en la hermandad de estos arbustos donde hay un latido profundo, casi humano. Aquí miró la ciencia, la señal en la oscuridad geológica; confió por haber leído en un cronista del Almirante en la eficacia de la bella letra. Es una riqueza tener una bella letra, me decía.



## LA AUDACIA COMBATIVA

No olvidaré un reverso. Me refiero a la audacia combativa de algunos chicos que llegaban a disponer de la temeridad de su antojo. Este instinto de medir sus fuerzas, de tentar el peligro, no les pertenecía como a habitantes de lugares rústicos, formaba parte de la condición de muchacho insoportable, tan celebrado en libros picarescos y autobiografías, hasta otorgarle prestigio de héroe. Tema de la conversación de viejos era recordar las travesuras, muchas inocentes y graciosas y otras desdichadamente crueles. Esta aberración pueril se valía sobre todo de la pedrada. Cuando fui a la ciudad hacían blanco de las lámparas del flamante alumbrado eléctrico y huían. Bastaba que a alguno se le ocurriese la audaz travesura, todos se enardecían. Estas universales costumbres grotescas correspondían a un mínimo grupo turbulento. Había en mi pueblo un tonto de edad desconocida llamado Cora Negro, la cara surcada de arrugas, aficionado a tocar el clarinete, vivía en los aledaños, solo, entre las piedras, cerca del río. Salía a su hora a buscar la comida entre las amistades. Algún chico oculto en una tapia le arrojaba una pedrada. El manso viejo tonto se



enardecía, al correr en dirección de donde venía la piedra recibía un golpe de otro lado. Se revolvió furioso, arrancaba del suelo, de las paredes, ladrillos y cascotes. Era el momento de lidiar con el toro enloquecido; asomaban las gentes con rostros amenazadores contra los que maltrataban a ese pobre viejo. Llegaban gritos de la pelea de Cora en la siesta; abrió la puerta de mi casa; entró buscando piedras en el patio. Mi tía logró tranquilizarlo, cerró la puerta, lo hizo sentar. Al verme me creyó un chico enemigo. Apretándose una mano con la otra le dijo mi tía que éramos amigos. Mostraba un brazo herido por la mordedura de un perro que le habían azuzado, en la frente los moretones de las piedras. Yo veía una gran angustia en el aire como si el sol fuera a extinguirse. Nos pedía que fuéramos a la puerta a mirar si aún andaban chicos. Aquella fiera solitaria era de un corazón de oro. Lloraba de ternura si se le servía algo.

Los chicos que lo perseguían, como persiguen a los pájaros, a los animales y a las plantas, no eran malos, no habían aprendido la fácil dificultad de ser buenos. Así como en los bellos jardines el pie puede pisar el áspid, la crueldad está oculta en la acción inmediata. Asoman las cien cabezas de la hidra pronta a arrojarse a su presa. Cuando uno fue educado por la estrella de la tarde en los cielos profundos, por la suavidad de los crepúsculos de la montaña, por las aguas rumorosas y el viento vagabundo, por el gorjeo postrero en las hojas ya penetradas por la noche, por la gracia de las flores y los frutos, esta disonancia hierde. ¿Dónde no encontrarla?

En los manantiales de una aldehuela trasmontana apareció una garza. El maestro de la escuela, recordando mis consejos, según me dijo, pidió a los niños que no le hicieran daño. Habló también con los padres. La novedad del alado huésped

despertaba en todos los codicia de sus plumas. Dejarla viva y libre suponía un esfuerzo casi sobrehumano. ¿Será necesario transformar a la gente para que respete la vida de una garza cuando ya no haya garzas? El milagro empezó a producirse. Anduvo el ave por los manantiales. El maestro hablaba en el grado para felicitar a los niños por el comportamiento con esa ave tan hermosa que daba alegría al campo. Un estampido interrumpió la clase. La garza muerta se había convertido en trofeo triunfal de un campesino. Vagaba yo con un naturalista. A este sabio le temblaban las manos por matar un pájaro fuese o no raro. Así al gato se le estremece angustiosamente el hocico cuando mira un ave inalcanzable. Me oponía tenazmente. Me hablaba de sus colecciones con orgullo. Siguió su oficio llevando la muerte por los matorrales del valle pedregoso con espurio alarde de ciencia. ¿Será necesario transformar a los naturalistas para que amen la naturaleza? Se alababa alguien de no haber olvidado sus montañas. Quien va a mi casa, decía, oye en las jaulas cantar pájaros de mi tierra. Ignoraba su crueldad destructora. En la tarde ya entrada un chicuelo venía con un pájaro muerto y una honda en la mano. Era una reina mora que se había posado en un árbol. Pensaba que iba a caer vivo, decía el chicuelo. Este pájaro codiciado por su canto para las jaulas tiene buen precio y ya está cercano su total exterminio. Un cabecita negra cantaba en un tala. Un niño le apuntó con la honda en el momento en que yo asomaba por el callejón tortuoso. Pude hacer ruido, sacudiendo una enredadera, para espantar a esta delicia del aire. ¿Por qué persigues a un pobre cabecita negra que debes amar como a un hermano? le dije. Para matarlo, me contestó. Destruídos los pájaros de la tierra no se habrá logrado ningún propósito noble. Entre las marañas de las cercas salían las ramas de los durazneros toma-

dos por el rojo del avanzado estío. Creí que caía un durazno. Era un pecho colorado. Por el portillo se asomaba un chicuelo de seis a siete años con una larguísima honda. Venía a buscar su presa. ¿Cómo un niño puede manejar certeramente hondas tan largas? Ni aun la melancólica almita que se salvó del halcón refugiada en las espigas de los cactus se libra. El empedernido cazador de bellos pájaros los mata con rifle o con escopeta; la mira caer y los abandona o los lleva para vanagloriarse. Lo que le interesa es la puntería. Vuelve dichosamente los domingos después a saciar la apetencia cruel de la caza inútil. El tren iba lentamente por la falda de la sierra en la sinuosa orilla del río. Un hombre vestido con la indumentaria de turista, en uno de los peñascos que rodean la arena aguanosa tenía en la mano izquierda una escopeta y con la diestra levantaba gozosamente un ave abatida. En el camino que se acercaba por la otra margen brillaban el automóvil y los trajes de colores de la señora y los niños testigos de su hazaña. No quedaría ya mucho para ejercitar la puntería; se cuentan por millares los turistas y por docenas las aves. En una estación, al detenerse el tren, descendí y miraba la serranía, el campo devastado por el hacha y el incendio, los árboles secos. Había un grupo de mujeres y de hombres. Un muchachón tomó violentamente de la mano a un chico descalzo y del color de la tierra. El chico defendía su prenda, una honda. «Dásela, gritó no sé quien, ¡no ves que es para matar esa cata?». En lo alto de una seca rama de un aguaribay lucía al sol de la mañana una cotorra. Sin atreverme a defenderla me alejé espantado. En la ribera del Paraná, frente al Delta, con sus lagunas, sus pajonales y sauces, en una eminencia que ofrecía la emoción de lo divino de la naturaleza, vi por todas partes cartuchos de escopeta, tocando con el pie el borde de la barranca los hallaba bajo



tierra, en ese yacimiento el excavador podía juntar muchos miles. Supe que desde allí, en las vacaciones, los hijos y sobrinos del dueño se divertían matando patos y toda ave que se ofreciera a la vista. Antes abundaban los cisnes en los riachos, me dijeron; quedaban algunos; tuvieron su defensora. Había que conocerla, sentirla tan dulce, tan maternal, tan definitiva, en su plácida humildad de hermana agua donde palpitan las brisas y se duplican el árbol y la estrella. Ningún roble superó la fortaleza de su ánimo. Y era una sonrisa que entendía y amaba. Se posaban los pájaros en su hombro, los oía en su idioma. Hallaba indiferentes, en el fervor del pincel en los colores, la riqueza o la pobreza, el olvido o el aplauso. Vivía en las extensiones que en una luminosa atmósfera se acercaban a sus ojos. ¿En qué sobrellevados desconsuelos aprendió, con sensibilidad tan delicada, a conservar el rocío de su corona, la serenidad, la mansedumbre, sin que la detuviera el infortunio? Paciente, recogía las voces; su humanidad era una compenetración enternecida. Que no adulteren la tradición inextinguible, que no ultrajen un tala o un algarrobo de las riberas, que no persigan un ave; ella vigilaba.

En un pueblo montaños, entre las huertas, yo conversaba con un maestro que se sentía sumamente excitado con la guerra europea.

¿Quien no la deploraba? Algo se consolaba con los éxitos obtenidos por sus alumnos en la taxidermia. Hacía disecar los pájaros de la región. El Consejo recomendaba el valor educativo de este arte y ofrecía estímulos a los maestros dedicados a difundir su práctica, contribuía a la desaparición de las aves nativas. Con la taxidermia, me decía una señora de la sierra, los chicos de la escuela ya no han dejado más pájaros vivos que los gorriones que invadieron este pueblo desde hace po-

cos años.

Según leí, no solamente se incitaba a los niños a matar los mejores pájaros, sino a llevarlos vivos a la escuela. Se aconsejaba tener jaulas en los grados. El maestro me decía: «cada escuela debe ser un museo con aves disecadas, y si se puede, un pequeño jardín zoológico». Un jardín zoológico, le contesté es un campo de concentración con los horrores que se repudian; la taxidermia que usted considera una conquista escolar repugna a toda alma delicada. Educadores hay que se deslizan a lo fácilmente mecánico, a lo manual que nada crea, a las voces que se repiten con énfasis; enseñemos con la verdadera ciencia que no se alimenta inútilmente con la muerte, la paz pitagórica que al decir de un sabio contiene en una sola palabra la paz entre los hombres y la naturaleza que debe preceder inevitablemente a la paz de los hombres entre sí. Poetas hubo que elogiaron por ornamento la caza; cuando llego a ese lugar, al leerlos, lo esquivo. El poeta participa del universo, es un intérprete de la obra divina en su calidad de creación, no puede coadyuvar con las fuerzas destructoras que rompen el ritmo de la universal armonía. Siente y trasmite el poeta la afinidad heredada; el delfín sigue aún conduciendo a Arión y en la mente de Dios seguirá conduciéndolo aún cuando ya no existan ni poetas ni delfines. El mito del siglo de Saturno, el de la paz de la naturaleza entera, menospreciado por la crítica materialista, guarda su validez religiosa, es inextinguible como aspiración incontaminada. En el comedor, mientras el tren anda en la noche, el compañero de mesa, que según me dijo era legislador, me habla de la caza en automóvil en las Salinas Grandes. El automóvil es un proyectil que alcanza y mata aves truces, ciervos y otros animales. En los caminos modernos donde se puede dar velocidad se llega a la maestría en este

deporte. Los avestruces, sorprendidos, huyen por el camino. Los pequeños baten en vano sus alas en la carrera, el automóvil los va aplastando.

La persecución dramática no tiene casi siempre otro fin que dejar los despojos palpitantes. Venía en un ómnibus por el campo de Capayán; un viajero exclamó instintivamente: «¿Quién tiene un revólver?» Un avestruz pasaba confiadamente por un riacho seco. Parecía la encarnación de la tierra, la generación en el tiempo del alma de las torrenteras y los llanos. Las piedras, las cuevas, las raíces, os frutos, se entendían al verlo, en una voz que el perseguidor ignora, porque el perseguidor es sólo una garra ciega.





## LA BANDERA

Ya el grito sagrado nos reúne junto a la bandera. Sentimos la presencia de la patria. Viene a llamarnos a una realidad, a un destino. Centellea su mirada. Nos escruta. Nos infunde su fe. La patria invencible nos pregunta si le somos fieles. ¡Más cerca de la bandera, más cerca! Bandera argentina, nos estrechamos en ti, volvemos a ser lo que fuimos, tus hijos, a ser definitivamente tuyos; definitivamente. Sólo a ti debemos oír y obedecer, inspiradora. Deja que hable en el instante en que una onda rumorosa te despliega en el firmamento; que hable con voz que llega de los cimientos de la República; traigo en los oídos palabras de siglos; los ojos de las extinguidas generaciones se abren para mirarte. Deja que te conduzcamos por las plazas y los campos, para decir con certidumbre inextinguible que en ti está el destino nuestro. Deja que te sigamos; pasa por las multitudes y los pueblos gritando: ¡patria, patria! En la hora de peligro, de vacilaciones, te levantemos, bandera de los colores esparcidos en la no sojuzgada ciudad heroica, en el fuego de los días creadores, bandera, único norte, perpetua alborada, suprema política. Ya sólo tú imperas. Sentí de

niño tu llamado. Venías de la leyenda, del esplendor y del sacrificio, te hallé en las colinas natales, en el azul de las montañas y en las nieves y los cielos; en la voz de los poetas, de los magnos historiadores, en el ámbito sin fin del porvenir que te aguarda; en la torre, en el muro, en la escuela y en la casa; bandera de los días deliciosos. Te hallé izada en el algarrobo centenario, mordido por el tiempo, quebrantado por las tempestades; en su ramaje profético vio mi infancia signos, oyó rumores; decía misterios de la tierra, el reino de los muertos reposaba en sus raíces que se adherían a la piedra y elevaban a las cimas del aire la voz de antiguos labios, a asomarse en los labios de los brotes y hablar a lo invisible. Entregué mi oído a tu corteza, para sentirte latir; árbol sonoro, en la entraña cósmica de mi tierra, para que dijeras secretos de eternidad. Te abatió el hacha implacable, no te podrá abatir en mi memoria. Las raíces saben el idioma de los frutos, forman el enjambre de las flores, llevan las abejas el mensaje del trabajo de las horas, la niñez de los cálices se trasmite en el verdor donde la luz colora sus pinceles.

Izada al árbol, flameabas, bandera argentina, ascendía a tus pliegues la palabra de la tierra, ascendía con vehemencia acerada, y ya eras tú la tierra con sus ruinas y sus nidos, y su historia y su intimidad silenciosa. Ninfa blanquísima, sorprendida en la extensión azul, te volviste ave, para abrir las alas en el algarrobo de los valles donde te vio mi infancia; bandera, corona de la casa lugareña; allí las cumbres nevadas de las montañas mantienen tu imagen. Fuiste para mí el árbol de la esperanza inmarcesible, de exaltación continua, el árbol que recoge en su esmeralda intacta el pasado y el porvenir de la República, árbol inmenso en cuya cima el sol sin ocaso resplandece en un perenne mediodía. Y supe que las ramas de las



pedregosas laderas, de los barrancos de los ríos hablan tu idioma. Iba por un país de montes; las espinosas breas, arbusto del apartado yermo, se transformaron en oro. Y sentía la atracción que te une a las calladas formas de la vida indefensa que proteges, a la floración que esconde en el alvéolo la gota de néctar; y en ese latido de oro entre montañas estaba mi patria, los renacientes vestigios; en la sensible arcilla escucho, te hablan, bandera argentina. Tocados por la ráfaga del tiempo, eterna, aparecen casi desnudos, no entendidos, los varones heroicos, las mujeres prodigiosas; y allá, te juran nuevamente, en un río oscuro, el pie en el agua oscura, la frente en tus ondas. Quieren entregarse a tu dignidad con el fervor e cuanto aspiran; sólo te exigen que tú los cubras maternalmente en el transcurso de los siglos, brote verde arraigado en sus cenizas. Guiadora desasida de las sombras, tremolante en el bien, estímulo en el duro esfuerzo, premio el más querido del que alcanza a mirarte cuando cierra los ojos para siempre. Te estrechan junto a Dios, y tú flameas en el aire manso, diáfana memoria, dilatada por los cielos.

Se esconden ahora, no desean saludarte, bandera de Belgrano, las ociosas manos desveladas; no te miran los ojos llenos de alquimias que se cierran cansados en las fiestas nocturnas, las almas entregadas al placer mezquino, a la ambición peligrosa, ciegas a la ley, al deber y al sacrificio, ultrajan el tesoro espiritual de ser con la embriaguez de las sensaciones y el torbellino; no oyen tu voz, en el himno; no podían oírte, quienes escuchan en nefasto sitio, una música que no te halaga, que no toca el aire alto del día. Están demoliendo tus muros, la torre donde flotas, la santidad del hogar donde irradiaba la virtud constante y firme. Niños, en vosotros pienso, la bandera os necesita, templad vuestras manos en el manantial de su

agua caudalosa y pura. Recuerdo que en un nueve de julio, el niño quería jugar contigo, bandera del balcón, alzaba a ti sus manos, y tú descendiste hasta caer en sus brazos, cubriste la cabellera de la madre, unías madre e hijo en un solo abrazo, porque Belgrano te forjó para que juegues con los niños, por eso, bandera de la escuela, fuiste mía, cuando aprendí a decir: ¡Viva Belgrano!, mirándote de frente. ¡Bandera de mi niñez, dame ojos eternos para no dejar nunca de verte!

Ante ti no hay más partido que el tuyo, el de la ley y la justicia, el de la patria. La ley y la justicia se elaboran en el íntimo deseo del bien al cual tendemos; bien que se manifiesta en los actos; obrar bien significa el cumplimiento del designio divino que persevera en nuestra alma. La vida es camino de perfección, en la armonía que constituye la rotación marvillosa del mundo, el hombre integra el universo. Cómo resplandece la inteligencia en el orden, en la concordia, en el saber que crea el arte y la ciencia. El poeta trae allí la voz que le inspira un numen. ¡Ondea sobre la patria gobernada por sus sabias leyes, por la tradición de los que la crearon, bandera que eres vínculo de unión; que tus hijos, los que te ofrecerán la vida, conozcan tu llamado en las horas difíciles, que no encuentren nada que los separe puesto que tú los unes! Hay palabras sin sentido que embriagan, palabras que vienen y cavan precipicios; bórralas tú con tus colores; bórralas tú con tu amor y tu riguroso asentimiento. Que nunca las manos fraternas busquen la lucha enconada de los bandos; nunca el interés ajeno tuerza la rectitud del espíritu argentino.

Pasaba la bandera de Mayo que llevábamos los estudiantes por las calles coloniales de la ciudad de provincia. Destallaba la mañana, vívido diamante. Y aquel viejo hombre que cuidaba unos naranjos de su pobre huerta, anciano de dulce habla

quejumbrosa, convecino del árbol y la piedra, estaba allí para saludar su paso. Vestía un desteñido uniforme de guerrero; y al hacer la venia se encendió el fuego de su mirada y lucieron condecoraciones en su pecho, medallas y cintas, donde aun resonaba el mar del grito de la victoria y relampagueaba el heroísmo. Así aparecía ante mí el criollo, reliquia del limo de la tierra, desangrado al pie de la bandera, condecoración el mismo de la patria. ¡Si te vieron los hielos, los soles, las distancias, forjador de las epopeyas! ¿De qué bronce, de qué hierro he de fundir tu estatua, de qué hierro tu brazo que levanta la libertad en la bandera, de qué metal tus desgarradas ropas, qué tempestad he de poner en tus hombros, para que proclames, en la medida del desinterés y la prudencia, cómo era tu estirpe?

Y te vi, bandera emancipadora, bandera de la justicia, bandera de las naves, de los ejércitos ciudadanos, terrible en el combate, emnegrecida por el fuego, bandera que no retrocedes nunca aguijón en el brillo de las lanzas, imperiosa entre los apretados escuadrones, bandera de hombres libres, en el temblor del viento ensordecido, en el tumulto de los caballos y los héroes; bandera hecha voz, bandera con pie de diosa, con alarido inmenso, con frente circuída de rayos, bandera de los triunfos, bandera de la muerte por la libertad de tu pueblo, bandera que llevas el gesto de Palas Atenea y el délfico laurel. Ya ondeas en las rocas y te ve la cima ascender las cimas, ya te saludan las dianas en las gargantas de los montes, hermana de los cóndores, ave de los Andes, cuando con San Martín aparecías en las nubes de la aurora. Vieja bandera, tú sabes la fatiga y el dolor; vieja bandera que velas su paso, bandera gigantesca, largamente acariciada por el pampero; melancólica imagen de la patria, te llamó el poeta, bandera melancólica en la recorda-



ción de los muertos, que pides la lealtad y la esperanza, bandera que en la noche preguntas ¿quien me sigue?, para oír que te responden, «¡Nosotros!»; los gauchos vueltos tierra; bandera con tanta amistad en los sepulcros, agitada incesantemente por la memoria sagrada; bandera que vas a la Atenas inmortal a recordar con el verso de Píndaro a los que cavaron el cimientito de la libertad y de la ley en donde late el ritmo, deja que te evoque, augusta y fuerte en la torre de nuestra ley fundamental, deja que evoque los caballeros que te veneraron allí en la creación y el orden; fatigados y generosos, descansaron al contemplarte ya sosegada, bandera de la unión y la concordia, y acrecentabas en su pecho un pensar en Dios, fuente de toda razón y justicia, una visión de porvenir se animaba en los ojos insomnes. ¡Cómo abrías tus alas, bandera de los combates, en la dulce brisa!. Te habían visto sobre la crin de los caballos, entre el duro grito, defendida con los dientes y las uñas, bandera desgarrada, bandera hecha carne de patriota, endurecida por el lodo y la sangre; no hay brazos que te entreguen si no es la muerte, porque sin ti ¿para qué la vida?

Puse el oído en la historia. ¿Qué rumor de torrente de voraginosos remolinos avanza? Lo oigo en la sombra. Resuena la tierra, los reconoce; se transforman ya en un coro, dicen las palabras «coronados de gloria vivamos», palabras de profunda sonoridad, en el tropel sagrado; y tú rasgas la encendida nube, vienes con ellos, bandera de los que yacen por obedecerte en el sepulcro; palabras de niños, de mujeres cuyas cabelleras se esparcen, luminosas, frentes erguidas de ancianos; formemos con ellos, formemos con los creadores de la nacionalidad, entremos en el río de la historia, es la República que avanza, vamos con ella, sólo con ella. ¡Cuán difícil eres! Nos exiges trabajo minucioso y perfecto. Nos exiges vida ejemplar, ascen-

dente y laboriosa, las hondas fatigas; por merecerte suspirar, en las cuestas abruptas, los que te sirven para que se asome contigo la República a la claridad del pensamiento y de la ciencia, para que florezcan las letras y los campos, bandera del arado y de la espiga, bandera del pan honrado, en la mesa donde hay niños.

Bandera que sabes la lengua de Castilla, no desconoces tu origen, pabellón latino, pabellón de los Argonautas. En la noche dolorosa del desaliento, en a cegadora tiniebla, cuando la frente cansada quiso sumergirse el no ser, tan atroz era la pena y tan cercano estaba el precipicio, oí un rumor en el viento, tremolabas en el cristal nocturno arrebatada y poderosa, acicate del deber, del sacrificio, manantial de fortaleza, y junté mi rostro a tu paño maternal; qué tiernamente nos serenas, puente tendido sobre todo abismo. Cómo vienes a nosotros en el silencio estudioso, bandera pacífica, bandera de las artes. Con emoción me acerqué a los libros de la biblioteca de Belgrano. La conciencia esclarecida de su noble persona estaba nutrida de humanidades. Y así naciste, símbolo de la patria. Inmaculada en la pura diáfandad el éter, transparencia ineludible, en profundidades de horizontes y de espacios, blanca en la luz que todo lo penetra. Flotas en el aire, imagen de las extensiones infinitas, como las alas de mármol de la Victoria griega que avanza en el azul del mar y el cielo. ¡La nave de la patria te lleve con honor, siempre en lo alto, siempre unida a tu origen, bandera argentina, sagrada y eterna! Ha de llevar-te. ¡Danos tu inspiración, tu unidad; enciéndanos tu llama, sé nuestra doctrina; querremos oírte y penetrarnos del mensaje que alienta en tu memoria, sette fieles hasta más allá de la vida y de los tiempos!.





## EL UMBRAL TUSCULANO

Siendo yo niño, él era ya hombre que había vuelto después de diferentes estudios, a los que no dio término; se quedó en la casa a la sombra de los viejos árboles; allí corrí aparentemente apacible su vida; de tarde reposaba en el portal; la vista de la blanca cima del Famatina asomaba entre las ramas, y en la sombra creciente solía maravillarle el destello del lucero vespertino casi posado en la remota nieve. El patio era un huerto.

Oían las diamedas entre el aroma de jazmines. La tarde sumergía la casa en un silencio de extensión abandonada. Allí me habló, cuando yo, a mi vez, volvía en vacaciones, de su existencia, sin tocar las dificultades de los diarios menesteres, de viejas palabras que fueron siempre en su ánimo, sostén y resumen.

Cuando en la noche, me dijo, las imaginaciones turbulentas me rodean, salgo al aire, miro las figuras del cielo, las montañas donde alguna nube reposa, y en la balanza mía contrapongo lo pasajero de mis nubes vagabundas, de mis temores, con este sereno ser no derribado por la garra del momento: ni una hoja me oye, ni está impaciente por mi insomnio, la ola

de viento cae perdida entre los árboles y las colinas, sin espantarse de mi angustia, sin compartir mis futuros proyectos; dudo de mi existencia, de lo que quiero con mis ojos que exploran y este quedarme extraviado; me duermo y hallo de nuevo el día, las voces que me llaman. Vengo la impaciencia. Lejos los oídos del rumor, asimos la hora nuestra propia. Recobrada, dueña de su parte, penetra en las moradas interiores, descubre el esplendor irradiado en delicada continuidad; rica de sí, despojada de densísimo velo, ve dilatada su antigua medida, en la confusión, un orden, una voluntad no sospechada. En el silencio, hondura de la capacidad estudiosa, llégale, noticia del creado portento, la universal imagen; espejo sensible recoge lo exterior y lo hace partícipe de su soledad no atormentada por el agujijón de una culpa. Vivimos una era de esperanza, en el alma subsiste el ángel; no se lo puede ahogar, a esa limpidez la recogimos siendo niños; en la raíz elemental de la vida; recibimos el universo como una dádiva inmensa, el universo parece haberse creado para albergar este entendimiento que se descubre a sí mismo cuando mira el saber divino; no, no es la piedra donde estás sentado asilo de una sed oscura de apetencias; decía aquel sabio que temía odiar demasiado el vicio por temor de odiar a los hombres; crecemos para pedir los bienes del alma; descubre en el entendimiento al mensajero. De este conocimiento escondido el que busca, apartado del falso impulso, va enriqueciendo el propio señorío con la obra acendrada en la certeza creadora.

Menosprecia el curioso en la adquirida pertenencia breve, atento al fin en el objeto, a la palabra que ve la letra en el instante y no en la eternidad, vista en el vuelo sobre lo visible, que ve la idea en el cambio, y no en su inmovilidad perfecta; reduce a devaneo lo antojadizamente entendido; en su olvido

moral, ignorando el camino transformante, se convierte en deslumbrador de su propia mirada, en su engañoso, y vive como aquellos que acobardados de la necesaria navegación prefirieron la dulzura del loto. El que ha madurado en la meditación, en el móvil de los otros, ofrece la esencia, regalo al oído, dulzura al labio, nodriza en los primeros pasos inseguros, trasmisora de otras voces más altas. Quien lleva su rémora, en su temor vacío, no sabe que la validez de la vida brota del anhelo de la vida superada, que a la limpia humildad inaccesible no se le conoció término como a la vanagloria detenida en la ignorancia; que más da ser dueño de la riqueza interior descubierta lentamente que de fantasmas de ostentadas conclusiones. La flecha cree llegar enherbolada y se convierte en flor de jacinto, en racimo maduro, lo que pudo ser agravio se torna extensión y mástil. Fácil es halagar y conformar, difícil herir con amor, ser voz al que cierra los oídos. Tienen las tentativas opuestas una región común, la más noble. Callándose, el mérito anda, llega a la medida, a un concedido acento que significa su paso. El secreto de la flor, de la semilla, del vuelo, no impiden la entrada.

El descubrimiento de las nebulosas contribuyó a revelar el milagro. La angustia está en alguno, por iluminación, a un paso de la más acabada dicha, la que alcanza lo que ya no tiene aumento aunque parece aumentar constantemente. Mirame oír la noche, la convergencia en la soledad del plenilunio, el grito lejano de alguna ave; ve los matorrals espinosos y mi sombra en el silencio, la luna llena, la tierra. Estoy en los remotos campos de Talampayá. Toco la luna en mis cabellos. Nombres, antigüedades, arquitecturas, quizá no puedan ser amparo mío porque he pasado el límite. Sé que esta hora es fugitiva, que vendrá la madrugada. La hallo eterna. ¿Que ex-



perimento?

Mi no pensar, un deseo de quedarme en la noche de los campos. Dormí en esos campos desiertos. Brota el silencio con voces que el día esconde. Las oía y oía los árboles. El viento y la tierra se penetraban de la claridad que venía del éter. ¿Qué significaba yo, otro ser, en esa soledad de matorrales y de espacios? No es clara nuestra lengua y nos sorprendemos engañándonos. En casos tan varios y de tantos peligros interiores, apiñados casualmente en la ignorancia, detenida en uno, la mirada inquiera un secreto, no entre cerradas paredes. Vagando en la noche de los roquedales las nociones se libertan en la irradiación de ir consigo en el todo; religiosamente nos interrogamos. Anduve muchas veces en el cerro. Pasaba las tinieblas en los vallejuelos, cerca de algunos manantiales. Oía la vida nocturna, el agua que corre, la piedra que resbala o se agrieta; me tomaba el frío de la altura; amanecía en la niebla. ¿Estaba más cerca de mí, más lejos?. En yesos rosados había dibujos de helechos oscuros, sorprendidos en tiempos tan distantes, dejaron su figura carbonizada; en la piedra rota se veía el verdor de las hojillas con delicadas líneas, parecía que una pluma diligente las hubiera copiado; la piedra las guardaba más perenne que la flor querida que dejás de señal en una página; el caracol vuelto materia de una roca, intacto; la señal de las alas de una mariposa en estratos antiquísimos; la sorprendió la ceniza y se quedó en el diseño de un encaje inmóvil. Mi ser, mi palabra, mis actos, se detienen conmovidos. Yo he vuelto huellas de aves en arcillas descubiertas por el cambiado cauce de los torrentes. Eso que llamamos tiempo martirizó mis sienes. Cuando mis manos toman un cuarzo con sus prismas que brotan como haces de raíces incomprensibles, cuando en el lecho de los ríos la multiplicidad de pie-

dras y el crecimiento de las estructuras, la geometría ineludible de los cristales, me interrogan, qué podré decirles sino que olvidé el idioma con que entiende la roca y la corteza. El saberse a sí abarca los ámbitos cíclicos. En la aldea y entre los pastores de cabras de las serranías con mirada audaz fui viendo los hombres, contemplando una avispa o las espirales de esta enredadera. El vestigio, la multiplicidad de la tierra, el poema de concertado número, nos ponen en presencia de la actividad ordenadora, de ese deseo de perfección, hacen intuir el misterio que anima y transfigura al ser y le acercan a la naturaleza divina; le llevan a encontrar en la inteligencia limitada un destello de la mediación insondable en que despiertan delicadamente en su arobo los enamorados conducidos por un silbo secreto. Esta perseverante busca en uno es el principio de la ascensión espiritual, de nuestra liberación de los abismos oscuros del egoísmo sordo a tanta voz sonora: nos lleva a penetrar en el propio ser, en lo que tiene de esencial, en una aspiración a encerrar en su totalidad nuestro mundo menor y el universo. No llegarás a la entera alegría si no te hallas en amistad contigo. Dentro de ti, libre del daño, el día puro tiene su contento. Sabios los que oyeron llamáronse, se despojaron de la máscara. Veíanse nacer en el sitio que les agradaba, descubierta la propia vida. Crecían en amistad concorde, lo aprendido se transformaba en grada, el saber se hacía aceptación cada día más perfecta de la vista del ánimo, que se educa y emancipa tendiendo a la contemplada belleza, compenetrado de humanidad perfectible, de alteza en la individualidad generosa. La fisonomía moral resaltaba en la negación al parecer ligera o en la entraña del propósito largamente elaborado. Presentimos siempre la presencia en la tiniebla; como si el unido ser corporal y espiritual fuera un caos que

espera la palabra animadora, y el universo fuera mansión ya propia donde la claridad empieza a mostrarnos la arquitectura y la jerarquía de los elementos que se elevan y transforman hasta iluminarse en la inteligencia eterna; esperamos una certeza en nuestro ser indeciso que se encienda y dé forma y color a las figuras ocultas; palabra que atraiga irresistiblemente hacia nuestro amor las criaturas espirituales, la feliz dulzura; resplandor que se anime en la mansión olvidada, sol que al nacer dore la montaña donde el camino resplandece; esperamos en la prisión del dolor ese rayo inextinguible, en la tiniebla de nuestro secular extravío, de esta visión falsa que confunde la realidad con las sombras donde habita; querremos la luz que no es sólo la que brilla, sino la que penetra e ilumina todo en profundidades de cristal o de éter, que no deja sin vivificar la más imperceptible vibración de la interior mirada; y al desear ese amanecer en su abstracción pura, me parece que me penetro en la emanación impercedera y que escucho, andando guiado por la intuición antiquísima, la palabra que no puede escribirse y la veneración la guarda en el silencio, nos abrazamos a un padre que nos tiende los brazos, nos purificamos para retornar a una posesión originaria inexplicable; en el destierro de la noche informe, aunque la luz sea eterna en su idea increada, se esparció la aurora, así esperamos que en esta noche en que tentamos la apariencia, se encienda esa fe conductora, la otra vista espiritual que nos conforta y vuelve verdaderos nuestros ojos y nos da un ser re conocido; alma pura, espíritu que mira sin turbarse. La doctrina, norma de vida y camino de conformación benéfica, requiere en síntesis esa labor oscura que va mejorándonos hasta llegar a la santidad de nuestro respecto, vencedores al vencernos. El principio al que volvemos exige la existencia del ser atento a un



Llamado cuando se busca para conocerse, para lograrse en la conciencia; el que alcanza a ver la miseria de la ambición, de la crueldad armada de férula, descubre donde creía no hallar nada, vislumbra una existencia escondida.

Mira esta amonita; junto a la rojez y a la blancura de los claveles, del clamoroso matiz multicolor de las clavélinas, también nos habla el fósil; el molusco de extinguida especie perdura vuelto piedra; tocan mis dedos la suavidad de su piel plomiza. Allí se detuvo una de las innumerables ramas; esas ramas que se secan en el árbol que se viste de tantas otras. Adivinas lo que ahora pienso y alejo de mi palabra. En la compacta roca partida apareció la amonita como un testimonio. Lévala tú y ponla entre tus libros, página es, aunque no aspira a ser leída.

En nosotros este mundo de piedra pesa; esperanzas, temuras quedan apesadas; raíces que pudieron pedir espacio al aire se desentenden y quizá se guardan convertidas en la dureza caliza.

Yes en ti un deseo que siempre vuelve a honrar tu ser en su mejor, purificada forma, cuando olvidado miras un césped poblado de presencias donde el amor te dice la palabra que sin asentarse te descubre, al comienzo vacilante, y se ve real y toca el cielo y allana el mundo en ese instante en que ya no tienes hogar sino en tu alma suelta en el viento eterno.

El sosiego aparente no lleva la memoria a la natal esencia; engañador engañado es el que quiere, sin mejorarse, pensar con sus inclinaciones contradictorias por el horror de dar en el amor y en la preterida justicia. El que empieza a ver en sí y a mirarse en los seres y las cosas, va descubriendo que lo maravilloso de la selva de apariencias es visión fatídica, agua que se aleja del labio, señuelo que atrae, cadena que aprisiona.

Queda en lo no tocado el tesoro que quieren poseer los que se preguntan cuáles son las verdaderas riquezas. La estable sabiduría del que vio la hermandad, tan falsamente medida, ofrece la llave que abre la puerta hacia los esplendores aun no mirados.

La verdad nunca destruye lo divino. Lo divino se muestra en la verdad. Afirmaba el antiguo que quien dice la verdad se iguala a Dios en esa verdad que expresa. El sabio es dueño en parte de la bondad cuando, limpio, la inteligencia, la exactitud de su vista, le llevan indefectiblemente por el merecimiento a descubrirse, no con la opinión individual, cuando lo falsamente circunstancial empequeñece, sin valerse de esa opinión en lo que es aviso de una cordura que la vida trae en sí, como ese néctar que ves en la flor para la abeja. El afirmar y querer en saciedad, sin preguntar a las voces ajenas y ser alumno de todos, fluctúa, falto de asidero, arrojado miserablemente al juego monótono. Si carecemos aun de la comunicación para mirar desde allí vías en el universo, en el ser vivo, aprendamos a dejar la atracción maligna y a obrar y alcanzar con la ciencia más difícil, no tocada de apetencias crueles. La simplicidad rústica ignorante del nombre que vaga deslumbrando, se huele, olvidada, en los apacibles recuestos, en las musgosas peñas y lugares solitarios, en la templanza de la tierra abundosa en aguas y en las deleitosas arboledas. Allí busca la paz conmigo. El hombre externo copia en falso las virtudes esenciales; las viejas palabras del cócete a ti mismo, educaron a quien vio lo uno en lo vario; aparecen con la seguridad de una inscripción primera y nueva siempre. La mano experimentada cinceló no sólo para que está en la piedra la advertencia.

Nos veremos mañana, me dijo al alejarme. No será como hoy que te tendí celada; será para escucharte; mucho habrás

aprendido; en temprana edad con buena fama luces; leí en un libro historial que Georgias filósofo ponía la felicidad en oír cosas que aplacen.





## MEDIODÍA EN LA PIEDRA

Caminando con mi amigo llegamos a la loma de piedra, comienzo de la colina poblada de cactus y de arbustos que rodea el oriente, con seno verde de viñas; los álamos brillaban en esa mañana de diciembre penetrada de luz, de rumbos y de brisas; un algarrobo, tenazmente prendido en la roca, nos dio el arimo de su arraigado tronco y sus tendidas ramas. Una ternura de hogar, al volver yo en vacaciones, la mirada errante en la luminosidad de los espacios, una extensión de viento, me acercaban a las hojas, al cielo transparente, al vuelo de un pájaro, a la conocida hermandad de los lugares solitarios. El amigo me hablaba reanudando la conversación del día anterior, de que está en lo interior de nosotros la diversidad de los sitios; al vivir en mí, decía, descubro y creo mi ser; no aspiro a otro viaje. Yo le hablé con los ojos en la realidad querida que nos rodeaba y con la intención en el llamado de las horas incansables, en una experiencia impaciente. La planta está bien y se compone donde nace, la piedra donde permanece desde el instante primero; arrancada de su sitio se ve extraña, se llama piedra viva cuando vive en su seguro propio. El alma del

joven, numen alado, hiende el éter, contempla desde lejanías inaccesibles, quiere el resplandor eterno, centellante. Nada la contiene en su sed de infinito. La intimidad minuciosa, paciente, de las hojas y las flores me llevaba a traspasar el cerrado silencio en la raíz de la vida, en el laboratorio que continúa las metamorfosis.

La piedra sepulta por la arenosa dormía en el sueño sin ojos. La planta daba pasos para comunicarse en las rutas que frecuenta el ala. Trabajaba en el geométrico número de las formas dotadas de aroma y de frescura. El agua es nueva, nueva luz y el aire. Sobre el musgo de la tierra se inclinaba el ramo azul, morado, de las guileñas donde el fulgor de oro de la creación recién nacida gozaba en su delicia. Yo quería que asomasen las palabras en su entera significación, libertadas, desnudas en su definitiva transparencia; verlas entrar en lo permanente, pura ascensión lírica del ritmo, presencia inspiradora; verdad para siempre, no lo que aquí es y allá no es, movimiento que alcanza su esfera y no metal mordido por la amargura del ácido; quería aislarlas en la oculta analogía, que me trajesen el rumor que está detrás del límite de nuestro próximo horizonte. La forma alcanzada se impacienta para lograrse en su extrema figura, y se supera y al depurarse y volverse comunicativa nos deja en presencia del mundo descubierto o creado como si hubiera desaparecido la distancia. Pide como la flor y la hoja la participación en la realidad permanente de la perfección invisible en la idea divina que parece ser parte de quien la mira. Ansiaba en la desnudez de las palabras levantarme a la permanencia trascendente de la fundación pintada por el sol en su carrera circundante. Se contempla la grada de los pasos sucesivos, el aire ofrecido al ímpetu; la interior imagen anhela esparsirse por los labios, ganar las extensiones; el



ojo reconstruye los distintos itinerarios de este proceso, en el descanso de ese vuelo, aguilata el esfuerzo ímprobo que entraña el hallazgo que conduce a la claridad del orden; ve venir innumerables caminos, ve la espiral de hojas que se compone hasta llegar a constituir su morada propia en el mediodía que la circunda. Escudriña en la unidad definitiva el originario caos, el tanteo en la sombra, la aleación de elementos, la insinuación ascendente y heroica que termina en el don de sí no satisfactorio para el querer siempre sagaz en las formas animadas. Quedan en nosotros una interminable serie de tentativas adivinadas o inciertas, un conglomerado de confuso valor vital que no llegó a ser entendido. No volverán a la luz la imagen en el cambiado espejo, el nombre que asomó y fue olvidado. El año se mira en el retorno de las aguas; trata de aproximarse uno a la creación aun no fijada, al inalcanzable arquetipo; decir su ser aun no dicho. Veamos el licuen de la piedra, el paso de la nube en los días primordiales. La imaginación vagabunda consigna el delirio aproximativo en las oscilaciones del recuerdo, forja una arquitectura indecisa, en continua renovación de variantes interiores. Levamos hacia días distantes la impresión de la adquirida conciencia. Reconocemos paisajes que enriquecen los jardines intemporales donde vagamos en el ocio, los vislumbramos en otra realidad; el lugar insigne vuelve a ser habitado. No conocí la escultura, la pintura y la arquitectura sino en los campos; al poblar el aire tenían el encanto de las maravillas naturales. Las rocas, las nubes, los espacios, esbozan la arquitectura de la montaña; sugerían la columna, las cariátides, el frontón, la nave, el hemiciclo, el paredón cicolópeo. En esa luz, en esa piedra se transparentaba el modelo de quiénes trabajaron los relieves y los propileos. Las colinas peñascosas pobladas de cardones y de espinosos arbustos de

hojas menudas, traían alguna cosa de divino. Vagando por sus cumbres oía en la mañana, con el silbo del aire, la voz de las divinidades invisibles. En las umbrías de las rocas, en el rayo de sol que llegaba por las hendiduras de las piedras se animaban los rasgos de una ninfa huyente. Me tocaba el temor de pisar una huella sagrada. El ramo de oro se encendía en la entrada de un vallejuelo donde aún rezumaba el rocío de la primera aurora. ¿Qué hubiera sido de mí si no hubiese nacido entre las colinas? Ellas querían enseñarme el secreto de la misteriosa generación de la luz, sumergidas en el éter resplandeciente.

La atracción incesante dilata su dominio y se acerca. La diversidad en esta extensión de serranías, de espacios, con la juvenil audacia, nos impele y nos transforma, por la proximidad, para parecernos al anhelo o a la idea que nos domina.

Queda fluyente, imponderable, la razón de nuestra vida, lo que al encerrarse con fe de instantáneo enardecimiento en la palabra no llega adonde quisimos, facetas de un poliedro, no centro de su ideal esfera. Aquí está él se dirá ¿en qué instante?, es él, ¿en qué sitio?, ese él en un yo quizá engañador, no ahondado del todo en lo más precioso. El mirar más lejos apresura el vuelo, despierta del error de quedarse en el descuido, modifica el circunloquio que responde a la anterior valuación de una pregunta; al analizar sucesivas afirmaciones las desaprobamos a veces, reparamos, según el estado de simpatía que no siempre se entiende después, lo que traduce el instante lúcido, el deseo de conocer por qué aquí se estuvo, desvirtúa, a menudo el don recibido. El momento en que se superponen tantos aspectos para restaurarse en uno solo es más misterioso. Ocultan las repetidas proyecciones figuras que se exhalan y no aparecerán en la obra definitiva como se ve

asomar en los viejos cuadros el trazo cubierto por el pincel que esbozó en otra forma la insistencia. La primicia descubre el ser en hermosura; no teme sacrificarse la ansiedad alucinada. Ciertos en la invitación desconocida convertimos el detenido ocio en esperanza, en la mirada futura; llega el ímpetu de un llamado remoto y tan inmediato que nos trasladada a su misterioso espacio; no indagamos nuestro saber ya ajeno; caen las fuerzas ciegas; la humildad de una mano nos guía; en este correspondido sentimiento, se sabe; la aserción que apenas se dijo ya es veracidad confirmada. Descansa en la incomprendible amistad al contemplarla, al reconocerse en la identidad definitiva, gozosa de haber vagado en el extravió con el valor de libertar este desvelo, de atraer la palabra escuchada la vez primera en que se despierta al comunicarse en un canto de irresistibles memorias. En la indicación de su paso ve aparecer la evidencia que transporta; la revelación complacida le asegura un sitio desatado del tiempo. Queremos definitivamente el poema recién nacido, fusión de la palabra en su áurea concordia. El mediodía se detiene. Un dedo inspirado toca el pecho; le dice: «expresa tu alma sin deprimirla».

El arte impaciente brota sin conocerse, en el labio se posó la brisa que le pide palabras para conducir las al oído donde la afinidad escucha. Cuando la quietud de la tarde penetra en los arbustos y las rocas, las ramas se hacen más densas por los claros del follaje; los grillos despiertan con la sombra; un planeta se enciende, luminoso en la cima de la sierra; junto a un algarrobo el solitario está oyendo el silencio, viendo venir el secreto de la noche.





## LEJANÍAS

Me miraba las manos, blancas, pálidas, en la capota oscura del coche; volvía a viajar, dejaba los seres queridos; el tren estaba en la estación, masa negra entre algunas luces. La última lectura de un poeta de lo infinito y de lo eterno alejaba las cosas y los seres a remotas lejanías; la inexistencia del mundo me asaltaba; y en esa inexistencia veía con temor mis manos, blancas; las serranías confundidas con la noche penetraban en el misterio. La soledad, escribía al hallarme lejos, se convierte en la presencia herida de mi alma; me atrae y me lleva contradictoriamente a mi ser escondido que me recrimina; vacilante, la dejadez me extrayía; quiero huir, pedir consuelo y sé que el consuelo puede poco; todo está solo; perdido, empiezo a volver al deseo de ser otro; el anhelo de transformarme, de aliviar torturas de ausencia, me representa la infancia. Oigo el río, las voces claras, veo la luna en los jazmines, me veo contemplando las nubes vagabundas; las montañas, las cumbres encierran la noche en el secreto. Muchas veces, ya joven, casi hombre, temeroso ante el mundo quería volver a mi niñez y a un retornar al no ser; y había aromas en el viento y brazos

tendidos, de afectos profundos; era apasionado mi amor al amor, al universo indiscrutable y al secreto de la tierra. ¿Por qué no fuí, me repetía, una cosa olvidada en el silencio de la aldea y de los campos? Ignoraba que mi dolor de vivir no era más que mi apego a la vida y esa atracción la que me arrastra a volver a ver la casa, a oír las voces, la que lleva a otro sitio mi mirada a un balcón entreabierto. La madrugada aparece deliciosamente rosada en la nieve de los cerros. Mi retorno. Mañana de temblorosos círculos de oro en los parrales, de ramicos negros, el día ya vivido persiste. El agua, con el idéntico rumor antiguo, corre por entre las hierbas en la acequia.

El estío se atempera en la frescura del ramaje y de las ráfagas mansamente caídas en las hojas. El sonido de las palabras se une y prolonga en vibraciones que se quedan en la pereza del aire. Canta uno que otro pájaro. Pasa una abeja, un abejorro. La tranquilidad va apartándose de la lejanía. Las nubes velan por un instante la claridad y de nuevo la onda luminosa brilla en las piedras, en los cauces, en las colinas; llega una paz que sólo pueden sentir los que estuvieron entregados al es-panto.

Mientras descansaba al borde del estanque de un vallejuelo, lucía entre las menudas ramas el azul del cielo claro, vi asomarse un niño. Me miraba desde el agua. No sospeché, sino pasado un momento, que en ese niño creí reconocirme en mi infancia. Una joven que no había advertido antes, lo tomó de la mano diciéndole, «no te detengas, nos esperan en los manzanos». Al verme me saludó por mi nombre. Lo que quedó en mis más vivamente fue la mirada de la joven. Su cabeza estaba inundada por la luz, su mano unía en un haz los años. Veía su rostro en la seguridad de sus ojos abiertos a la luz visible e invisible. Yo era un ser al que hacía partícipe en ese instante



de aquel esperar, de aquellas voces juntas de las revelaciones infantiles, porque llegué a reconocerla en las figuras labradas en las telas preciosas. Sabes, imaginaba, decirle, hablando conmigo mismo, que convino con el más minúsculo brote que nace bajo la piedra; el largo tallo blanco se tiñe de verde en la luz; sabes que amo la hoja fresca del día transparente y quiero estar ahora a la orilla del agua densa que desciende de quebradas boscosas, de las quebradas que ningún paso humano -fuerá del tuyo- frecuentó; allí en el silencio de los musgos, del manto de menudas hojas que se consumen entre las piedras, allí descubriré la dicha de amar la vida innumerable. Ve cómo lucen las coronillas rosadas, ve cómo se abre junto al temblor de las ondas el botón de oro, ve cómo nos llama el racimo estremecido en el aire, y este lirio morado, y este vuelo en el canto, y aquí en mi patria, en tu patria, este silencio rumoroso de árboles, este encantamiento de la piedra y de nuestra palabra que la ninfa repite y el manantial y el viento escuchan.

Yo había creído en otra vida, en sitio infinitamente más igual y dulce, en las praderas doradas donde las arvejillas abren sus alas en el tumulto de espinos amarillos y hay grandes árboles, grandes árboles de estas riberas de aguas que corren entre peñascos con líquenes, aquí donde tu palabra, siempre presente, siempre la misma, vaga en el mediodía a la sombra de las enredaderas y los ramajes con nidos, en estas lejanías de tu patria, de mi patria, en la limpidez de estos cielos que se ven desde las colinas donde reposan las nieblas de la madrugada.

Te encontré en los países primeros, al volver de esa ausencia poblada de falsos muros, y aquí estás, presencia sin ninguna sombra, pura, naciente en el verdor de las hojas que estremece la corriente translúcida del agua en la arena, del agua que mana de la arena; mana incesantemente y ya es caudal

que cae en cascadas rumorosas, aquí te he visto en otros años, en estos alejados laberintos de piedra, de árboles y cielo.

Pensaba encontrarme en el estanque cercado de algarrobos con la memoria. Las viñas se enredan y el racimo luce en el agua. Contemplo los cardones con loras del aire. El viento mueve los retamos en la mañana colmada. Anduve, vi la argéntea vestidura de donde asoma la luz; la occidental diadema del oro postero, la rojez de los vientos otoñales, la oscuridad de las brumas cerradas en ferruginosa sombra. «No abandones, me dice, este paraíso interior; es término en el mundo, está en cada cosa digna de ser amada, en la compenetración de nuestro ser con lo que nos rodea; aquí brillan el sol, los álamos; de las marañas de la colina llega el rumor de la cigarra; el vienteccillo matinal nos arrastra en un olvido venturoso». Cierro los ojos.

Una visión amadísima me contempla. Levanta la mirada al azul de las eternas nieves. La hermosura no alcanzada por las más veloces ruedas la ilumina. Me vuelvo como huído a la opinión que labré de mis pasos; la fragilidad continuamente activa, está despierta en la mirada y el oído, domina a la palabra, se aleja, vuelve, se fija alrededor de un impulso indefinible, cubre en variables frisos el muro que si se toca cede, no semejante a la pared de piedra. Me veo en el contradictorio espejo de mi conciencia, me contemplo, como si fuera otro, para poder abarcarme en la extensión y en el tiempo, ante las circunstancias cambiantes. Me miro en la aspiración a identificarme con mi ser ideal como quisiera concebirlo al tomar de las meditadas noches, aspiración estimulada por la necesidad de substraerme de las apetencias inmediatas y salvarme en la realidad descansada de mi encuentro definitivo. Vuelvo a la tragedia interior, a las interminables metamorfosis, a la pere-

grinación por la apariencia de nuestras sensaciones, al ansia creciente de la verdad invariable, a desdenar o inquirir la nada de las pequeñas conquistas que nos deslumbran.

Me veo en este drama; oigo mi voz de protagonista. Y esa voz altera y modifica su tono; quiero oírte en las palabras misteriosamente sentidas. Enséñame, como a estos árboles, a libertarme del error, del vano día, del ciego impulso. La perfección, desnudo el pie, la mirada enriquecida, es inalcanzable; qué mágica luminosidad la de los horizontes remotos donde está el definitivo encuentro. En mí tu voz me responde: «¿Qué esperas?» ¡Cuándo podré decirte sin engaño: «La fortaleza que halla, vencidos los peligros, su deleite en la vista suprema, es-perol». Ya tu mirada, aquella mirada de tus primeros pasos, está aquí. La siento. Brilla en el agua del estanque donde llegué sin pensarlo. Insectos rapidísimos pasan, resbalan, vuelan. El musgo, nieve verde, intocada, brota de la tierra húmeda. Las abejas del monte estremecen los racimos de florecillas de tupida blancura. El amigo que impensadamente me halló me dice: «Este estanque es viejo, ¿lo conoces?» «Sí, le respondí, venía aquí a ver dibujarse las imaginaciones en el agua cuando era niño».





## ENSEÑANZA

En la tradición y la enseñanza de la familia donde la hora, el día vienen con su estructura definitiva, el arrojarse de la niñez a las sílabas va corriendo al ver representarse el saber que codicia; un llamado se entrega al otro en las alternativas del descubrimiento; la voz de adentro, de no sé qué regiones nuestras, unida a la totalidad de los seres me dejaba en el silencio asombrado; en mi cuaderno de sexto grado leo al final de un poema en prosa: «solo, en la borrasca, sin fuerzas ya en la lucha con las tinieblas, invoco mi fe de niño, esa religión que alienta en el combate. ¡Cuán negras son las tinieblas de la duda! ¡Cuán brillantes los reflejos de la verdad cristiana!» Mis sentimientos patricínicos se expresan abundantemente con fervor incontentido.

La lectura copiosa de ciencia, de polémica, de los apologistas y poetas había sido dirigida casi siempre por la atracción de las obras célebres; de allí venía cierta ira de alguna persona de más edad, que asista a la biblioteca, y me veía consultar el volumen juzgado inaccesible; el intento de aprender es fácil y en la ociosidad estudiosa del niño, sin grandes maestros que

los guíen, la lectura de un tomo compacto, no resultaba pesada; el haber frecuentado por deleite desde mi primera niñez en las grandes traducciones las historias clásicas y contemporáneas de universal renombre y bello estilo, me daba sin que- rerlo cierta erudición que yo ignoraba poseer; nunca llegué a pensar que esa inclinación que se ignoraba a sí misma podría crearme enemigos; «aquí traigo un libro que el sabio no ha leído», dijo en clase el joven maestro, con voz de guerra, señalándome; era un bello volumen de una traducción impresa en París, como otros tantos textos de esos años; yo había leído el libro y le dije que sí; se irguió triunfante al creer sorprenderme mintiendo. Estaba aplazado por una cita, creo que de las *Vidas*, que le pareció inventada por la circunstancia de habersele ocurrido a un compañero, mientras yo hablaba, una frase burlesca de esdrújulos. La clase le rogó que me examinara sobre el contenido del libro; tuvo que acceder el maestro cuya edad no sobrepasaba mucho a la de los alumnos que por venir de lugares lejanos de la provincia se retrasaron en los primeros grados. Me fue fácil explicarle cualquier capítulo porque lo había leído el día anterior, me salvé del aplazo y de la reprobación que me excluiría de la escuela. La verdad fue así: El librero, don Gamaliel, distinguida y bondadosa persona, me dijo espontáneamente un día: «Tú cuidas los libros, te gusta leer, te prestaré las novedades que lleguen, las lees por la tarde y me las devuelves de mañana». Instantes después de haber devuelto el tomo, el maestro que iba a la escuela, lo vio, lo com- pró y como poseedor único quiso humillar mi silencio de niño, no por estrecha inclinación que nunca existe en un maestro, sino por cierto arrojo ingénito y por la repugnancia que debía producir un niño que cite la opinión de más de un preciado escritor antiguo a quien la incuria ignora. Me había familiari-



zado con la confrontación de datos y opiniones de los autores que leía. Un rival impensado, asiduo compañero, mientras yo daba una lección manifestó que estaba equivocado, y, al no conseguir retutarme me esperó escondidamente de noche entre los follajes de la plaza, a la hora en que volvía de la biblioteca; salió de su escondite, rápido como el rayo, sin decir palabra y me derribó tomándose por la espalda, con saña; huyó al verse descubierto por alguien que venía; me levanté, transido; lo alcancé a reconocer, a nadie dije nada; seguimos siendo amigos, meses después, paseando por la plaza nueva, seca la voz, me hablaba mal de la poesía, que era mi pasión de niño, para humillar mi culto, haciéndose que lo ignoraba; yo la defendí citándole versos, sin que sospechara que eran míos, dándolos por de otros autores.

«Me convenzo que la poesía es bella», me dijo. Sentí en esa noche algo misterioso que me unía a los árboles, a las estrellas, al tiempo venidero. Quiso herirme dos veces, oscuramente, y oscuramente me ensalzaba. Me otorgaba, ignorándolo, un título en la soledad de la noche; deslumbrado, creí en una voz que en mí hablaba. Al mal lo vence el bien, también oculto, tardo en llegar, seguro siempre, valiéndose a veces de quien lo niega.

Así fue como en Catamarca me ocurrió una aventura extraordinaria que significaba mi ruina. Tenía dieciocho años. Había escrito mucho y algunos versos y ensayos míos se reproducían, porque la letra anda, aun en publicaciones porteñas. Había escrito mucho y algunos versos y ensayos míos se reproducían, porque la letra anda, aun en publicaciones porteñas. Había llegado a la madurez inspirada de mi edad juvenil, en esa época de transición que después se desdenea. Entregué al profesor de dibujo mi examen; él firmaba la hoja que le daban

al terminarla; al firmar la mía se le cayó una gota de tinta en el papel; pensé después en el misterio de «la mancha de tinta» del manuscrito de Dafnis; mi calificación fue la de «reprobado», con la nota agravante «no entregó el examen». ¿Qué podía ante la afirmación con que me dijo que era «embuste» la gota de tinta, al recordarle que yo le había ayudado a secar con una tiza? Los profesores reunidos para juzgarme, aceptando como cosa cierta, que no le era, que no había entregado el examen, le llamaron a la reflexión, obtuvieron que me levantara la nota oprobiosa. El compañero que me llevó la noticia me dijo: «Te hicieron grandes elogios». Profesores de otros cursos, de alta jerarquía, que fueron desde entonces para mí, nobilísimos, me ofrecieron su amistad, una mano abierta y generosa en mi vida. Un joven podía extraviarse momentáneamente, habían dicho, pero el castigo no debía llegar a aniquilarlo, sino a corregirlo, a mostrarle que la escuela con paternal solicitud quiere con su perfeccionamiento el de la nación entera. Quizá algunos alumnos que vieron cuando entregué el examen dieron aviso de la verdad a los profesores; volví a la escuela y me hallé con el triunfo de los maestros que me mostraban abiertamente su cariño; el vicedirector severo y sabio me dijo: «Usted forma discípulos en las letras porque las ama»; y el director: «yo le oí decir en clase hablando de la multiplicidad de la poesía que el gran romántico arrojó la púrpura de sus versos sobre el andrajo de los mendigos», debe corregirse de la alucinación de esa oratoria. Se hablaba de mí con una simpatía inesperada. Ese fue el epílogo de una ofuscación que quien sabe cómo se produjo en una persona no siempre dueña de su recto juicio, porque un maestro, por el hecho de serlo, es bueno, inspirado en el bien, continuador de una antiquísima tradición de la escuela que ni aun en las épocas más oscu-

ras dejó de llamar a la interpretación del signo de la palabra.

Otro guardó rencorosamente una ocurrencia mía, dicha en mi exposición rigurosa: una gallardía de ingenio, ante su impasibilidad de hierro, que debió más bien ser celebrada. No lo movió el tiempo. Conversando en un banco de la plaza catamarqueña, al verme pasar leyendo por la bella avenida de palos borrachos, dijo a su colega en leyes: «en el examen le demostraré que no podrá terminar la escuela». La noticia corrió, temible; abstraído, la olvidé. Según supe después, yo había dicho, y era cierto, «con un tono inocente que denotaba contumacia», más o menos lo siguiente: «Sólo el poeta puede tener la última palabra en derecho, es el legislador por antonomasia: él se rige por la ley no escrita que viene de la mente absoluta, igual para el árbol y el animal y el hombre; reniego de los que no ven una manzana o una pera sino en su valor alimenticio y no se consternan al ver caer, talado, un árbol; el poeta creará la jurisprudencia del entendimiento de los seres y las cosas». Mal consejero es el amor propio que no persona, no sólo en este caso sino también en otros, cuando el saber, que se cree poseer, es opinión recibida o caprichosa, y no indagada. Quien la oía, hombre docto, alto, enjuto, la adivinación sagaz, que frisaba en los cincuenta, a quien yo no conocía personalmente, se ingenió para formar parte de la mesa examinadora donde su colega me esperaba para perderme; iba a salvarme; la seguridad con que respondía a mi ignorado enemigo, sin advertir que estaba en una seria batalla, lo que quizás me hubiera perturbado, y la insistente aprobación y el aplauso, en presencia de todos, de mi mentor ocasional, me dieron el triunfo. Salimos amigablemente con mi protector inesperado, de la terminada escuela, dejada ya para siempre en el recuerdo amado, en esa mañana en que el sol me penetraba de lumino-



sidad. Mi mentor decía bellas palabras que hacían estar más cerca a la esperanza. Era en el espacio que empieza a entrar en los claros años, frecuentando por unas mágicas sílabas, las del nombre perennemente amado del ser que fue mi abnegada esposa.

Cuando llegué a leer vi en un libro versos de Mitre, con los de Manrique que también se hallaban allí, se ofrecieron a mis imitaciones. El sentimiento de la pérdida de una amiga de mi casa se expresó en la medieval pregunta. Un indeciso secreto me llevó a la ternura de la moderna estrofa. Trabajaba mis versos apartado de todos, con temor de ser descubierta; satisfecha la necesidad de sentirlos, abría un hoyo en la huerta y los entregaba a la tierra. Mi labor se reducía a cambiar palabras para apropiárselas en el ritmo a mi intención y a las circunstancias.

También en la infancia leía la menuda letra de Mitre en una carta a mi padre sobre el Himno de confraternidad, al que llamaba «una inspirada armonía, en un lejano pueblo de mi patria, consagrada a un asunto tan simpático para los argentinos» y que decía que conservaba como un documento histórico y como una producción notable. A los once años aprendí en ese lejano pueblo que la extensión de la lengua española estaba «bajo el cielo de un mismo destino», como proclamaban los versos inspirados a los que mi padre puso música. El idioma se convertía para mí en un bien que había que conservar como el mayor tesoro. Cuando fuí a continuar la escuela primaria, me impresionó vivamente oír al maestro don Osvaldo la lectura de páginas de la Historia de Belgrano. Sentí por el creador de la bandera un amor de niño que no se extinguió nunca. Con la Historia de San Martín encerraba el ciclo y tenía el pensamiento creador de la República. El autor, con

una acrisolada experiencia de épocas y de hombres, había llegado a la plenitud sabia de la crítica y de la psicología moral; los insustituibles historiadores entraban en una valoración activa. En su mente latía la universalidad juntamente con el hecho; su juicio participaba del propio conocimiento. Al leerlo se miraba a la patria en su generosidad, en sus símbolos, con el deseo de servirla, con orgullo de sus acciones ilustres; esa lectura abría extensiones desconocidas. Mi extremada pasión de niño por la historia creció con la consulta de aquellos capítulos en donde la emoción me velaba los ojos. Abierto un cuaderno escolar encuentro expresarse mi entusiasmo. Con no sé qué joven aficionado indagábamos las proezas en esas noches entregadas al fervor de los constructores austeros de la libertad ordenadora. Pasaban por nuestro cuidado los tomos. La sola mirada se enaltecía en esas bellas joyas de bibliófilo. Era entrar repentinamente en un labrado palacio. Una edición magnífica despierta el primer respeto por la creación literaria. Los libros primorosamente impresos se ofrecían como un regalo a las manos. El prefacio de las Rimas me decía un mensaje al que traté de ajustarme porque lo creí expresión de fe en la dignidad poética. En 1905 leí la versión de la Divina Comedia. Leía ese año las epopeyas. El delirio dantesco, un tanto nebuloso, enciende mi adolescencia.

La influencia del gran poeta, exaltado en el ardor romántico y en la gentil expresión de vida nueva era característica que llevaba desde la terrestre grada en la intimidad del símbolo. Asombra el trabajo de traducir el poema; el prólogo, las notas me confiaban un secreto sentido del saber minucioso, de lo que esconde en sus raíces la palabra. Sin dar su voz, el laborioso tiempo, a otra cosa que a la lima de los tercetos, traía al florentino a nuestra tierra, le consagraba la vigilia de una poé-

tica perenne.

Esa consagración difícil, cuando tenía tanta reflexión inmediata y tanto ámbito propio, que ofrecía al tumulto la meditación del genio, debió producir en mis jóvenes años una impresión que sólo puede ser medida en la formación de la conciencia. Si la música, la imagen, la metafísica lírica, la escondida sílaba y el ímpetu, se resisten al paso a otro idioma, la ardua empresa vencía la dificultad escuchando con insigne oído. Vuelto a la razón latina, a la libertad contenida en la expresión trabajada, a un todo en tan poca materia, se dio como deber a la orfebrería de las Odas. Las Horacianas con sus notas contribuyeron a temperar mi adoración por el período grandilocuente. La magia de lo menor, de lo humano que sirve de soporte, podía penetrar en mí; resultaba difícil ajustarla a mis inclinaciones fervorosas.

Un Arcadé me animaba a esa sabiduría sobria. El texto puesto al frente me transportaba a la hermosura de una lengua que ansiaba conocer. Los nombres propios tan abundantes fortalecieron mi afición por el mito, por la historia y la geografía antigua.

Ciudades, mares, islas, brillaban con nombres que eran ya de por sí un prodigio.

Solía ir, ceremonioso, a conversar de arte con mi padre, un personaje joven, de color trigueño oscuro, de blanca pechera, irreprochable cuello, corbata de moñito, salientes puños con gemelos de oro, traje atildado, zapatos de charol y sombrero de fieltro llamado galerita, que dejaba en una silla junto con el bastón y los guantes. Vestía a la moda. Se me hizo amigo cuando ya mi padre no existía; hablaba al encontrarme, con afectado misterio, de singulares escritores de provincia, de versos nuevos donde resonaba la rima, me daba a leer poesías senti-



mentales.

Alta la voz, alargándola para henchir cada vocablo, decía algún discurso que en su imaginación forjaba, casi contenido por las desigualdades de las aceras que, aunque las conocía de memoria, le obligaban a bajar la vista y a interrumpir el ademán, mientras me acompañaba por la calle hasta dejarme cerca de la escuela; me atreví a mostrarle alguna página mía, la halló de su agrado; me pidió que escribiera para él, porque estaba fatigado sobre temas que me señalaba. Yo extremé mi entusiasmo. El colaboraba con periódicos lejanos. Me dio la gloria de ver impresos con su nombre que ahora no recuerdo escritos míos. Los leía con énfasis en mi presencia, creyéndolos suyos. ¿Que se hizo?

Fue en mi breve ámbito resonancia muy honda, diría mi maestro.

Vino a mis manos una famosa antología. Conocí allí un vasto conjunto de nuevos poetas americanos. Nuestros románticos dieron consistencia en mi niñez a ese mundo que al convertirse en uno mismo exigía una actividad interior y un deseo de perfección moral constante. Vi en ellos la diversidad, el estímulo de la acción generosa, la solidaridad en el bien, el sacrificio que yo llamaba «la grandiosa herencia»: todo en mí se hacía destino como si templase cuerdas discordes que fueran a animar los elementos y a reunirlos en la ley interior en que concuerdan. Me acerqué a indagar la esencia transmitida por la escritura en el tiempo; otra persona, cuidadosamente vestida, de rostro anguloso, de mirada ubicua, joven, al parecer de información extensa, que frecuentaba la biblioteca me esperaba en la esquina para decirme: «¿Por qué lees lo que no entiendes?». Como yo persistía en leer los libros célebres, aunque fuera un poco más que su sombra en los ligeros años, llegé al

reproche enconado y a la amenaza. Me dijo que había estimado a mi padre y era su deber no consentir mi audacia, que él estaba allí para impedirme otras lecturas que no fuesen escolares. Me hablaba mientras caminábamos a la sombra de los naranjos de la plaza; el silencio de la noche se dilataba hasta las cumbres oscuras del Velasco donde se hundía el creciente de la luna. ¡Cuántas voces venían a mi alma, qué ansiedad sentía de confesarle mi aspiración más íntima! Con frialdad realista me ponía en mi sitio: «Tú no eres más que un alumno de la escuela». En unas vacaciones, de vuelta a mi casa, salí a la puerta. Me vio y vino a mi encuentro un hombre más bien joven, de rostro pálido, de mirada reidora; había estudiado en la universidad cordobesa; era don Bartolomé.

Hablamos de letras y caminando un poco me expliqué las pruebas de la inmortalidad del alma. Me pidió algunos versos míos. Le dije que los escribía sin entender del todo el arte, que someterse ciegamente a la regla de los acentos era labor difícil y que mis versos seguían a la inspiración más que a la métrica. Al leer la poesía que le levé, me dijo sorprendido que estaba escrita en endecasílabos perfectos. No era pequeño mi asombro. Con mis propios versos me expliqué la técnica del endecasílabo.

Era un cómico, quizá español de origen, fue con la compañía ambulante; blanco el afeitado rostro redondo, ligeramente tocado de polvo de arroz aromático; iba por las casas en averiguaciones de recién llegado y con el deseo de consultar el parecer de la gente; el mes era de enero, el año el séptimo, su edad apenas pasados los treinta. Invitado a sentarse, me miró; yo tenía un libro en las manos; instantáneamente descubrimos una admiración poética común, decíamos de memoria los mismos versos, los comentábamos; yo deslumbrado de oír-

Lo y él complacido de hallar allí en esos valles, de grandes cerros y roquedales, un fervor poético que encontraba tan raro; alto se ponía en su apreciación y en el conocimiento personal de algunos autores vivos, de los que se llamaba amigo, cuyas obras poseía dedicadas, según decía. Se desconfiaba entonces del artista de las tablas, singularmente donde casi nunca llegaban, y si llegaban no eran probablemente los de mayor renombre. En esa apariencia tan vistosa del cuidado traje, la necesidad urgiría; allí encontraba el favor poco, inseguro el éxito. Flexible la inteligencia, la dicción bella, se mostraba en ese instante de asombro para mí, voz reflexiva, oído abierto, estimulante en la palabra, persona, en fin, la primera con la que pude hablar, mano a mano, de estrofas y de autores.

Un alumno de sexto grado aspiraba a ser una enciclopedia. Cargábamos, a pesar de las prohibiciones del maestro, casi media docena de libros bajo el brazo. Me delicia eran las composiciones literarias. Alargada la escuela primaria en ocho años por la repetición de grados, se llegaba al final en la madurez de la infancia. Un antiguo condiscípulo me regaló un cuaderno de escritos míos de la niñez que él había conservado. El patriotismo, la naturaleza, el impulso lírico, hablan allí en un idioma desbordante. Yo había leído, con emoción, los poemas, cuánto podía leerse. Me exaltaba una realidad que pasaba los límites de lo visible; ¡cuántas noches en la avidéz de las lecturas! Ya aquella primera grada estaba superada; la niñez se desconoce a sí misma; en apretadas hojas concebimos versos, páginas grandilocuentes; descamos contemplar una floresta desconocida y un rumor nos llama, nos embriaga un ritmo, un anhelo, una imagen. Volvemos a recordar la idílica paz de la infancia, como se recuerda el témpano que flotaba en el agua. Temen el joven inspirado la voz vulgar, el aire le habla, la nube



le da asilo y emparentado a la palabra de sus ídolos ve remotos orientes.

Desde las primeras letras hasta el largo desvelo de los muchos y a veces contradictorios volúmenes, ¡qué entusiasmos, qué angustias, qué frenesí de palabras y de tiempos encendieron el ansia de un andar misterioso!

No faltó quien arrojase con desdeñosa inquina una mirada que hiela. ¡Qué andará pensando este jovencito sumergido en tanta lectura? ¡Creerá acaso que podrá ser sabio? La honda noche tocando la madrugada, colaboraba en la composición literaria.

Un maestro, raro caso, hacía que todos leyeran la suya, la mía no, como si por ser mía careciera de mérito y el tiempo debiera aprovecharse en otras. Elogiaba y yo quedaba ausente del elogio. Cuando alguna mirada justiciera se detenía en mí, la alusión reconcentrada, tendiendo a algunos casos de falso brillo, me hería en una forma que sólo o podía entenderla. Esa llamarada viva que andaba con mi ansia de niño silencioso y tímido, era una falta que merecía correctivo; algo amenazaba veladamente, más mostraba con las obras. Nunca creí saber, ser todo anhelo callado que asomaba, rayo encendido en la nube, al tocar los temas predilectos; allí iba encubierto el ácido del maestro que me tildaba desanimándome. ¡Si el vuelo de la aspiración al saber hubiera tenido oído, consejo firme, si los ojos que se levantaban del capítulo oscuro hubieran encontrado al intérprete, fácil a la confidencia, si el prudente me hubiera señalado el camino que, aunque no era de rosas, conducía! ¡Sombra, ahora velada en tu presencia invisible, tú adivinabas el escollo que yo, distraídamente, ni siquiera sospechaba, cuando creía oír voces irresistibles y gustar en mi labio una gota de néctar que me ofrecían las páginas, ellas las ha-

bían traído de lejos; tú, estoica en la escasez y el cuidado de los hijos, te adelantaba secretamente a defendermel.

El guardián de la deslumbrante ciudad de los libros, se llamaba don Donato. Tenía que poner silencio en los lectores y vigilar cuidadosamente algunas manos infantiles un tanto rapaces que llegaron a arrancar alguna lámina de un tono. Las dos horas nocturnas transcurrían rápidamente, dedicadas la mayor parte a la consulta obligada, porque una lección dada con el texto escolar no tenía gracia si no se llevaba la ampliación de la busca; el maestro preguntaba: «¿que ha consultado?» Recién llegado a la biblioteca, miraba con ojos ávidos los volúmenes que se custodiaban tras el cristal de los armarios, ediciones estupendas, algunas en varios tomos de grandes historiadores propios o traducidos y de clásicos antiguos y españoles. La imprenta hispánica del siglo pasado no era desdenable; se les reunían los ejemplares castellanos de librerías parisenses con sus encuadernaciones verdes, rojas, con títulos dorados. ¿Qué hada me había llevado a ese palacio encantado para consolarme de la pérdida de mi padre? Verás ahora, me dijo, a tu padre en los libros. Te hablo para enseñarte, pon tu oído en la palabra, contempla; iremos descubriendo un bello friso; sus animadas figuras se acercarán con voz viva cuando llegues a interpretarlas. Ciertamente inescrupulosos autores momentáneos podían ser dañosos en la niñez, algunos con falso estilo arrastraban al inseguro. El niño debe empezar leyendo los autores eternos y leerlos hasta que tenga conciencia de su libertad y sea maestro de su destino. El libro malo encuentra el antidoto del bueno; y el niño sabe que va a la biblioteca a conocer las obras valiosas. Inesperadamente don Donato me dijo una tarde en que estaba yo solo: «Puedes llevar un libro por día a tu casa, no lo cuentes a nadie; es una

excepción que hago contigo». La biblioteca era mía.

Llevaba un mapa que me mandó traer el maestro cuando pasé frente al famoso sexto grado de la escuela que tanto respecto nos imponía a los alumnos de los grados inferiores. Un jovencito de cara grande, de voz pausada, daba la lección y decía: «Al antepretérito unos le llaman pretérito perfecto y otros pretérito pluscuamperfecto». Los niños de cuarto grado nos vimos enlutados por la pérdida de un compañero. El maestro me designó para el discurso cuando íbamos a salir a la calle, «Escriba cuatro palabras sentidas», me dijo. Las escribí con el lápiz en una hoja de papel apoyada en una pared del patio.

Tengo presente la desigualdad de las letras por los granos de la arena del revoque. Al otro día el discurso apareció en el periódico; alguien me lo había tomado de las manos. Se hablaba de mí como de una promesa. Yo mucho quizá no oíría; el silencio de quiénes se alejan había herido mi infantil ternura.

Fue a verme en un recreo el joven de la lección del pretérito perfecto, me acarició la frente. «Tú eres escritor », me dijo.

Pregunté a los compañeros por su nombre, se le celebraba. Nos comunicaron, al comenzar el año, una concesión que se nos hacía; los alumnos de quinto grado podíamos ingresar en el colegio; fue como un levantarse regocijado de pájaros en el aire; muchos compañeros míos corrieron tumultuosos felicitándose entre el ruido de bancos y de alegres palabras; se iban, dejaban el grado por el curso, el maestro por el profesor, se adelantaban al esplendor de estudios superiores, de la carrera brillante; quedé, por circunstancias que impedían, en los asientos casi vacíos que fueron llenándose con aspirantes de otros lugares. Hubo una momentánea hiel en mi labio. Llegué a sexto grado. Mi madre velaba de noche a mi lado para que termina-



ra los deberes y no leyese libros ajenos a la escuela. Ya pasada la medianoche al notar el correr sin fin de las páginas, me dijo una vez, con sorpresa mía, al despertarme del espectáculo de los siglos: «Esta no es la Química»; tomó la obra por donde yo iba leyendo: «¿Queréis commoveros y saber hasta dónde puede llegar la imaginación del dolor, conocer la poesía de los tormentos y los lúgubres himnos de la carne y de la sangre? Bajad al infierno de Dante. Me enrojece conturbado por el desvelo que mi afición irreprimible le había ocasionado. Nunca me dejaba dormir sin la preparación de los deberes. Nunca fui a clase sin llevarlos terminados. En mis cuadernos de composiciones ese autor dejó una impresión vehementemente de estilo, de apologetica y escenarios de animadas pinturas. Terminado el sexto grado hay una indecisión en mi vida. Mi madre y mis tías estaban resueltas a que fuera a continuar los estudios de normalista en Catamarca. Una noche hacía mi habitual camino a la biblioteca, bajo la oscuridad de los naranjos. Había en una avenida de la plaza mesas del hotel del frente y muchas personas tomaban café y conversaban. Era ese el más visible lugar de reunión y de exhibición a la claridad de las lámparas eléctricas. Un joven se levantó de una mesa, me alcanzó diciéndome: «Te conocí por la luz de la esquina», y me llevó a presentarme al compañero, señor de escuchado juicio. Era César. Acababa de volver de Catamarca, alumno que iba a segundo año de esa escuela. Hablaba con una gran ilusión en las palabras, de tiempos nuevos, «de los sofismas didascálicos», de un nuevo estilo. Me presentó diciendo: «Este rubio es un ave aún implume, le están por crecer las alas». Quedé esa noche sin ir a la biblioteca. Descubrí un mundo de lejanías alucinantes, allí se bebía un licor que embriagaba. Yo tenía impulsos pero temía la acción, temía a los hombres, me entre-

gaba al espacio en el tiempo infinito, al fervor callado, y era incapaz de golpear en la puerta del actual instante, de explícitamente carne con otros; me encerraba en mi soledad melancólica, vagaba por los dólmene, por las ruinas de los arcos romanos, miraba las Cíclades. Imaginaba a los escritores que admiraba como a seres sobrehumanos, pálidos, en éxtasis; la espuma del mar acariciaba sus pies, las estrellas descendían a coronarlos; sus manos no podían tocar el presente, vivían en lo eterno. Me angustiaba la desaparición de los seres amados.

Me angustiaba el grito de la lucha. Veía en vagos laureles las cabelleras iluminadas por la luna, las miradas que señalan el cielo, y escondía en silencio palabras que podían hacer brotar el alba.

Estaba en el momento fugaz de la delicadeza, parecido a la rosa que se mira en el agua donde lucen los astros de la noche. La comunión me transportaba a jardines donde había una luz de oro y las espigas llamaban a la ascensión gloriosa, mis brazos sueltos renunciaban a todo y a veces el llanto nacía como una onda del manantial profundo. Era el instante en que florece la adolescencia y hay mensajes en la brisa; y eran los libros montañas con magnos tesoros y el rumor ascendente del tiempo un llamado que nos ordenaba la fidelidad con la obra alcanzada en sus ápices lucientes. Debía pisar el mundo real, tentar la lucha, valerme solo. Cuánto cambié en pocos meses. El amigo al comentar, en el diario donde se publicó un discurso que pronuncié en Catamarca decía, entre otras cosas, que era «una página de fuego que alumbra, que quema y purifica». Con más ecuánime vista un ático profesor escribía de mí en el periódico: «Un simpático rubio, canta al hablar como un buen riojano, y canta en verso y canta en prosa. Ha nacido con la nota de la melodía en el espíritu». Transformado, con versos

donde había tempestuosos ruidos de mar entre mis papeles, volvería en las vacaciones de ese año al apacible hogar, y al secarme las lágrimas de la alegría del retorno y del llanto por la abuela muerta, a leer con ansias, a llenar los cuadernos copiosamente, como urgido por fuerzas desconocidas.

Cuando empecé a estudiar lejos de mi familia, extrañaba el perdido silencio; mi anhelo fue siempre una habitación vestida de cal blanca, con una mesa, unos papeles y muchos libros; una lámpara solitaria en la noche; un umbral para salir a mirar el cielo en las pausas de la lectura o del poema empezado. En una mañana de primavera había visto muchas rosas; las ramas se extendían por los muros, por las rejías, en una apoteosis de colores y de aroma que me exaltaba; ansiaba lograr en el verso el triunfo de las rosas. Las presentía brotar en las líneas sustuosas; me dominaba la fiebre de decir en la página ese tumulto que se agolpaba en mi ser estremecido. Esa noche había fiesta en Catamarca. Los compañeros se fueron temprano. Yo era el dueño sólo de la ancha habitación, abierto el cuaderno en la mesa, con el título del poema «las rosas». Los alejandrinos se alineaban en las estrofas. Venía de afuera la música, el rumor de muchedumbre perseguida por un buscapiés, el estampido seco de las bombas de estruendo, el ruido blando de las luces de colores que se encendían en los fuegos de artificio; también yo podía estar allá, no me llamaban únicamente los giándulas presurosas que arrojaban torrentes multicolores y se detenían con recios estampidos y lágrimas de gruesas chispas azules, verdes, rojas; los volcanes deslumbradores, las arquitecturas que llenaban la noche de visiones fantásticas, me atraía aún más alguna probable presencia remota en los balcones abiertos; triste, casi sollozante, invencible, componía en la soledad mi ofensa a las rosas.



Atrae al joven el camino futuro; ilimitado no limita. La evaluación se realiza en sí misma, en la delicadeza del valor que no puede ser adivinado ni sentido si no se le encuentra en la levedad de la conciencia no engañada; me acercaba a la amplitud que halla correspondencia en la total esfera de la unidad del espíritu en el saber comunicado por el tiempo; nací oyendo los grandes nombres de los que descubrieron con el arte la interior belleza; tuve como pro atavismo el amor a la suma poesía, no sé cuando habré tentado por primera vez la línea escrita ni dónde alcancé con las primeras letras el ritmo; era un gran amor que unía al de mis padres; nacido en lugares remotos, en época en que el íntegro estudio no existía en la enseñanza, en donde era imposible saber el hexámetro, a pesar de mis esfuerzos individuales, me contentaba con las traducciones y los críticos; dotado de una voluntad de lectura incansable, en la época de mi formación hasta los veinte años, no adquirí sino comparando textos, una visión más directa de los maestros eternos. Una vida nunca se cura de esa ausencia en los mejores años. Había leído todos los clásicos traducidos; no podía pensar por entonces conocerlos más cerca en su idioma. Mucho se ha hablado para detestar a Hermosilla. Con el recuerdo de mi niñez venero sus notas sin par en castellano de la *Ilíada*. La música me arrastraba también al ritmo universal, al sostenido de la frase melódica.

Esa música venía en su limpidez sonora sin sujetarse a los límites del espacio. Las flores, los frutos en su perfección asombrosa me enseñaron un orden de arquitectura y de medida. El néctar que hallaba en toda flor, para atraer a las abejas, a los abejorros, a las avispas, a los colibríes, se opuso siempre a que me invadiera el materialismo. Una hoja, una semilla poblaban alturas inaccesibles. Este racimo dorado de flores del algarro-

bo me parecía brotar de la sonrisa del universo. Había un entendimiento transmitido. Cuando tuve que explicar el siglo de oro de Saturno, lugar ridiculizado por algunos críticos, me atreví a decir que ese siglo no podía ser nunca un lugar retórico, era el descubrimiento de la universal concordia: un vestigio conocí en mi infancia. Un niño modelaba una granada de greda amarilla; le labró la corona, la untó con manchas rojas; le pedí que me permitiera darle pinceladas azules para hacerla semejante a la tierra; esa corona agregada a la redondez, le dije, quedará como símbolo. El agua, el aire, la tierra, fueron mis maestros, los tres elementos cambiantes y siempre idénticos. La solidaridad en la presencia en que los seres y cosas se comunican hace más frecuente en nosotros la aparición de nuestro espíritu en la contemplación que descubre en lo divino del bien y la belleza.

El ser que nos fue dado hallaba en la ternura, en los pájaros, en los árboles, indicaciones de ciencia inagotable, apenas si podía presentirla, me daba voces que aunque ansiosas y oscuras no ignoraba que venían de la afirmación de un objeto supremo. Y oía también las exteriores divergencias, las interpretaba en la resonancia interior, eran para mí el aliciente o la detención que hacía oscilar mi anhelo; me sacaban de las celillas del inmediato contentamiento, me llamaban a donde no encontraba albergue.

Había un sortilegio en la distancia; me esperaban en la lejanía los trabajos que se acometen para sobrepassarse, para traer con el prestigio de la obra difícilmente cumplida la leyenda, el tesoro escondido, la fe en la propia ayuda. A veces quería huir, dejando el tiempo a mis pies, pasados los montes y las estrellas, en ascensión de amor, en cántico que brotaba de sobrenatural armonía, para acercarme a la ulterior respuesta.





## EXALTACIÓN

En papeles de mis dieciocho años la exaltación del universo y del hombre aparece con ardor de fiebre: «Sé que el universo está ligado al hombre que piensa con invisibles lazos. ¿No te has detenido a veces, pálido, sintiendo un desasosiego extraño en tu ser? Es que en ese momento un hombre de genio, había arrebatado al universo una gran idea, y como en nosotros duermen esos ocultos tesoros, has sentido commoverse tu mundo espiritual. Eres todo espíritu». El universo y «el hombre que piensa» andaban untos hablándose o esquivándose. Llegaba la noche: «Los grillos cantan en la casa provinciana y en el silencio el alma de las generaciones que pasaron te dice: construye.

La timiebla coronada de estrellas, como una musa inspiradora, extiende ante sus ojos la página oscura de las edades y la juventud perpetua de la tierra». ¿En qué oído decir mis palabras? ¿A quien confesar que mis dedos querían pulsar el universo, arrancarle una armonía en que se detuviese el tiempo? ¿En qué soledad extrema podía refugiarme? A veces, un orgullo en mi timidez, me alejaba de los que preciaban en otra

forma la vida; y llegué a decir ingenuamente en mi defensa para desconcertar al soberbio: a mí me enseña mi maestro, el universo, soy su alumno. ¿Para qué, me decía, otras cosas? Deseaba andar por los campos alejados, vivir en las grutas de las montañas, escribir con el papel puesto en la rudeza de las piedras. No siempre el universo me atraía dulcemente. Impe- netrable, eterno, me consternaba. Al cruzar por sus ámbitos el terror iba a mi lado. Tocaba con mi mano la humedad de la noche en mis cabellos; noche ciega, noche con voces de vientecillos errantes. Oía a las personas preocupadas por la nimiedad cotidiana y me parecía que yo volvía de otros mundos, donde el ser aéreo se entrega al misterio, únicamente, a la averiguación con los ojos deslumbrados; sí, volvía de otros mundos, volvía de la noche, del poeta. Desde las estrofas del poema me levantaba a ver si aún la tierra existía, porque en el poema me había trasmutado con la eternidad y el mundo se había exhalado, nubecilla extinguida.

No, no fue feliz mi adolescencia. Bien lo saben los que han pasado por el fuego. El dolor de ir de las raíces a las estrellas consterna; y allí estaba la dicha de entregarse en la pureza de no querer más que lo tocado por el valor divino. Viene todavía el canto de la adolescencia, un canto de muchas voces, de voces que duermen en la tierra; lejanías prendidas a los muros, a las colinas; un deseo de esparcirnos en una realidad soñada en la embriaguez de las palabras gloriosas; legáis, voces amadas, unidas al tiempo en que la extensión crecía con las auras vagabundas, llegáis de la adolescencia; una plegaria brota del labio.

Empecé a indagar la eternidad. Me creía ajeno a lo transitorio, a lo que se mueve en la tela del tiempo. Nada me perturbaba. Ponía mi oído en la piedra para escuchar la voz escondi-

da. En los largos crepúsculos que iban borrando la página, salía a ver la venida de la noche. Las colinas, os árboles, las hierbas entraban en el reposo. En el naranjo un rumor de alas, el último gorjeo, hablaban de la tranquilidad de la sombra penetrada del resplandor del éter. El son del Angelus tendía sus largas vibraciones, pasaba el ala invisible. Me retenía una rama.

El ser quiere comunicarse con las voces que hablan solamente al alma. Un muro, un objeto, se volvían misteriosos. Mariposas oscuras formaban un círculo móvil en un claro de las ramas.

Por cerca de las raíces andaba el agua. la oía. Yo también andaba. Una enredadera abría sus flores blancas en la sombra.

¿A dónde ir a indagar la eternidad? Fluía en el manso oleaje del aire. La noche tibia, penetrada del olor de las ramas frágiles, era un vaso de aromas derramado en la cabellera de las brisas. Las palabras que nacían en mí para unirse a la palabra de los espacios, ansiaban las remotas regiones infinitas. «¿Estás triste?», me decían cariñosamente: «¿Qué te aflige?» «Nada, respondía, estoy contento». No, no me atrevía a decir: «estoy penetrado por el aire de la noche, bebí en el resplandor de las estrellas una gota de locura, la soledad de los ramajes al tocar mi frente me trajo misterios de la tierra». Por entre las hojas, por la puerta, estaba visible el cielo luminoso. A veces el crepúsculo se anegaba en la luna. La claridad de la tarde, con el sol puesto tras la cima nevada, se iba llenando de encajes, eran las sombras proyectadas por la luna que nacía en las colinas.

El ángel vagabundo tocaba mi frente. Mis manos recogían la onda luminosa donde vagaba el suspiro.

La escuela primaria me había dado todo lo que podía darme. Más que la escuela primaria las bellas bibliotecas de mi infancia infantil me iniciaron. La religión, la familia, la liber-



tad, la patria creada por sus héroes, formaban el armonioso cosmos. Cuando fui a estudiar a Catamarca llevaba en la aventura mi timidez, los versos de Homero aprendidos en endecasílabos castellanos, los clásicos en las traducciones que había leído, la historia en su construcción por ciclos, la mitología, la fe cristiana; una elocuencia fervorosa. Afirmaba en mi cuaderno escolar en una meditación de semana santa, como si hablara entre las rotas columnas: «Todos los imperios se desvanecieron, la ciudad de la tragedia sólo ostenta ruinas, el mundo se conmovió desde su cimiento, ningún culto guarda veinte siglos; sólo la religión cristiana coronada por la diadema del martirio sobrevive a los tiempos y a los cataclismos, a las profundas conmociones». Donde no estaban ni mi casa ni las bibliotecas, encontré la librería. Hijo era yo de las bibliotecas. La biblioteca encierra el pasado, los libros definitivos, en su vasto caudal se equilibran las corrientes contrarias; uno halla allí los libros célebres de los escritores ilustres de todos los tiempos, las impresiones valiosas por su nobleza tipográfica; adquiere de por sí una gravedad de museo, trasciende con voz de siglos; la librería es actual, junta el instante, trae el acento de la hora en que se vive, pujan allí los libros para ser vistos, se impacientan, temen envejecer; están como pregones ansiosos por hablar al lector, por conquistarlo, allí se inquieta en la novedad el día tumultuoso. Las colecciones castellanas de esos años llegaban incesantemente a la irresistible librería, traducciones, obras originales impresas en las remotas ciudades sabias que consagraban con su prestigio el renombre; los filósofos, los biólogos, los deslumbrantes poetas y escritores modernistas. La librería empezó a combatir mis sentimientos heredados, a demoler los muros de las adquisiciones que creía definitivas. La lucha fue angustiosa. Me combatían las cien-

cias naturales, la astronomía, la arqueología, la interpretación de los textos. Insomne, me levantaba de noche a refrescar mis sienes.

Iba a perder el mundo de mi niñez, la esperanza inefable. La nueva poesía penetraba en mí con fascinación potente. La poesía era la voz reveladora, la poesía, escribía en 1908. Es «un grito en la conciencia», nos lleva «a dudar, a sentir una mezcla de cielo y tierra, a cantar la libertad, la rebeldía, el amor», la poesía «forma el estupendo prodigio del Apocalipsis». «Por la poesía el cristianismo conquista un mundo». Hablaba del duelo por mis noches. Este estado de alma confina en lo irrazonable.

Lo que no era poesía no era nada. Al volver a mi casa en las vacaciones debía de estar dominado por una fuerza extraña, puestos los ojos en una lejanía inalcanzable. Volvía de nuevo cada libro, descubriría los que anteriormente no había tocado; los leía con ansia de apoderarme de todas las formas del universo. Yo leía. La vid incontentida trepaba por el naranjo con grandes ramas frescas, maduraban sus racimos en la luz, en el aire; daba al viento una embriagada cabellera; la mañana era un rumor, invitaba a la frescura del río, a las colinas; me costaba ocultar mi avidez impaciente a los cuidados familiares tan delicadamente abnegados, a las nobles personas amigas y conformes, que eran parte de mi infancia, tan dulcemente cariñosas, las miraba con ojos de quien ha venido de lejos. Así escribía en 1908:

Feliz ese que pasa sonriendo al destino  
sin conocer los hondos enigmas de la vida,  
sin traer la nostalgia de un recuerdo divino,  
sin llevar en su espíritu una hoguera encendida.

Y en las noches de ausencia, al evocar los muertos, los que se fueron amándome tanto: «Lejos queda la tierra de mi infancia, -lejos queda ese mundo en que nació- la quimera de fuego de mi vida- y la triste locura de mi amor». Mi vista se volvía a la infancia, a la casa: «Ellos quedan muy lejos, yo muy lejos; -como un extraño peregrino voy... -Sólo las cumbres de mi tierra saben. mi atrevida, gigante confesión».

Me parecía que ya todo había pasado; así en una poesía de ese año que empieza: «Los hombres iban y eran una sombra», digo:

«¡Ay de los peregrinos visionarios -en el reino infinito de lo muertol!». Serán desalientos momentáneos. En la misma hoja encuentro un poema en prosa con el himno del Amor, de la Esperanza y de la Gloria: «la gloria es el pan de la vida, el vino del espíritu, la apoteosis inmensa». ¡La Gloria! ¿Qué era la gloria? Era el triunfo de la poesía. Mis dieciocho años vivieron ocultamente ese misterioso retiro provinciano. En las callejuelas solitarias, en las arboledas oscuras, me conturbaba esa lejanía desconocida, ese rumor incomprensible. Los días espaciosos se vestían de jazmines y naranjos; en la penumbra de la tarde se nevaban de una aromática nieve los patios; las ramas de jazmines florecían en las rejas y los muros; en la ventana el resplandor de Venus o de Júpiter parecía un ave de luz; el cielo sereno de la noche traía de los espacios una magnificencia que hacía olvidar que uno pisaba la tierra; una bondad natural embellecía a las personas. De todas guardaba un recuerdo de ternura. Un ansia había penetrado en mí como un llamado.

¿Un llamado de dónde? Mis oídos escuchaban el grito. Entonces la pluma labraba las líneas negras de las estrofas; llenaba páginas con arrebatada letra. La vida se elevaba como un



pájaro que hubiera dejado el sitio de su reposo. Y de nuevo la soledad de las callejas de enredaderas y ramajes penetrados por las brisas, y ese andar como quien presiente un encuentro que es todo, un encuentro con qué revelación divina, y el pensar en las estremecidas palabras y decir las largamente, decir las al viento vagabundo, y volver como quien ha descubierto y ha perdido su tesoro. Y lo buscado no estaba ya ni en la noche ni en el día, era algo sobre los sentidos, sobre los libros, sobre los más adorables poemas, era el poema imposible, más allá de las letras, de lo que traducen las letras con los ritmos y las rimas, que está más allá con esa mirada que venía de un astro o de unos ojos -en la claridad de jazmines y de luna-, buscaba en un horizonte que está más allá de los horizontes terrenos; era el infinito, el alma que quiere entrar en lo infinito, esa voz que nos llama, ese ardiente deseo enamorado de confundirse con la misteriosa esencia. Todo cuanto me rodeaba era pequeño para contener el ímpetu en ese silencio abierto en la inmensidad. ¿A dónde, en qué libro, en qué signo, encontrar el maravilloso elixir? Y el llamado de la poesía me estrechaba en el extravío y en los límites. Temía sed de un agua imposible. Una sed ridícula. No había a quien contar ese martirio. Y los dieciocho años. Hablamos, leemos, viajamos indiferentemente. Y la voz despierta de pronto, pasado tanto tiempo. Algo que nos ciñe la garganta. Oímos. Es aquella voz, aquel anhelo, es aquella adolescencia, y ya nada existe; sólo existe eso, el deseo de ir, de confundirse en onda de poesía, en ese océano, en el infinito que sacie enteramente el ansia nunca extinta. Y nos vemos en las oscuras callejas provincianas, en la hora en que la luna brota de la montaña y hay aromas en el aire, solos, entregados a la locura de ir, de decir palabras en la soledad del ocaso, de la noche. Cómo me conturbaba esa lejanía descono-

cida, ese rumor incomprensible. En la fusión de los poemas brotaría el oro mágico. La palabra dictada por el numen revelaría la voz esperada. «¡Horror, eres un genio!», decía en una estrofa sonora a un pontífice lírico. La gloria poética participaba de ese horror divino. Fue necesario que pasaran años para que la realidad me volviera parte de la razón. En 1910, escribo en un soneto recordando esa angustia: «Yo supe del horror de hallarme enfermo de infinito». Ese mal no se cura nunca.

## ÍNDICE GENERAL

LA PIEDRA, EL ÁRBOL .....	7
LAS QUEBRADAS Y LOS VALLES .....	15
MEMORIA .....	27
LA SOLEDAD DEL TIEMPO .....	39
JUEGOS .....	51
LOS MUROS DE LA CASA .....	59
LENGUAJE .....	75
LA LUNA .....	83
EL VIENTO .....	89
EL PUEBLO NATAL .....	97
LA ESCUELA .....	101
EL CIELO .....	109
TEMORES .....	113
ANDANZAS .....	125
COLORES Y OFICIOS .....	129
LA HUERTA .....	143
FIGURAS .....	147
EL ESPACIO DE LAS ALAS .....	163
NIÑOS .....	169
FRUTOS .....	181
TRADICIÓN .....	189
LA LUZ .....	197
DESCUBRIMIENTO .....	205
LA TIERRA .....	209
LA BELLA LETRA .....	215
LA AUDACIA COMBATIVA .....	223
LA BANDERA .....	231
EL UMBRAL TUSCULANO .....	239
MEDIODÍA EN LA PIEDRA .....	249
LEJANÍAS .....	255
ENSEÑANZA .....	261
EXALTACIÓN .....	281





COLECCIÓN  
«LA CIUDAD DE LOS NARANJOS»





AL COMPLETARSE EL PRIMER TRAMO  
DE DOCE TOMOS DE LA COLECCIÓN  
«LA CIUDAD DE LOS NARANJOS»

Arribamos a esta primera etapa de nuestro proyecto editorial con íntima satisfacción, luego de superar algunos inconvenientes que demoraron la conclusión del primer tramo de doce tomos de nuestra Colección «La Ciudad de los Naranjos».

Esta experiencia nos obliga a reconocer algunos errores de impresión, pero estamos seguros que quienes nos acompañaron hasta ahora en este emprendimiento sabrán disimularlos y reiterar su voluntad de seguir acompañándonos, al saber que comprometemos nuestro esfuerzo en superar todas las falencias en las que hemos incurrido.

Este es el propósito de la Biblioteca Mariano Moreno que pretende continuar con este proyecto que es ambicioso e impulsa a potencializar el esfuerzo para próximas ediciones.



Se terminó de imprimir en abril de 2000  
en los talleres de Editorial Canguro  
Buenos Aires 207 - La Rioja  
República Argentina







En 1946 aparece editado por primera vez "**La mirada en el tiempo**", un recorrido autobiográfico por lugares y personajes de la infancia y de la juventud, hecho con un lenguaje y una preocupación estética inocultablemente modernista (que motivó, incluso, sutiles modificaciones hechas por el autor en las ediciones posteriores del texto).

Los momentos vividos representaron en el espíritu del poeta "algo más que una fracción de segundo" y por ello las palabras se demoran en la geografía montañosa, en la descripción morosa del cielo y la luna, las nubes, el viento y la lluvia, las vides y sus primeros retoños, los aromas de hierbas regionales, "*esa multiplicidad natural de un orden viviente que no se apartaría de mis ojos mientras viviera*".

La casa nativa, las calles, la madre y el padre, más el recuerdo de sus voces, que en el de su compañía, las travesuras y miedos infantiles y la pasión naciente por el conocimiento y la lectura, unidos a la crónica sin fechas de acontecimientos, usos y costumbres de personajes pueblerinos bien definidos por la fijación que consigue la nostalgia, le dan a este libro una densidad psicológica que invita a la reflexión y a la revalorización de ese "*poema imposible*" que es el tiempo de la infancia provinciana.

ISBN 987-90479-5-8



9 789879 047958